
Guillermo Ugarte
VINDICARE
TOMO III
EL AUGE DE LO EXTRAORDINARIO

CONTENTS

VINDICARE
Dedicatoria
Índice
Capítulo Siete
La Fugitiva
Capítulo Ocho
La Vindicare
Capítulo Nueve
La Hija
Capítulo Diez
La Súper
Epílogo
Índice de Personajes
Cronología del presente


Guillermo Ugarte
VINDICARE
TOMO III
EL AUGE DE LO EXTRAORDINARIO

VINDICARE

Guillermo Ugarte

VINDICARE Tomo III: El Auge de lo Extraordinario.

Copyright © 2026 Guillermo Ugarte. Independently published con Kindle direct publishing.

Autor: Guillermo Ugarte Alcaide.

Instagram: @guillermougarte_escritor

Email: guillermougarte_escritor@outlook.com

Correctoras: María de las Mercedes Fernández Galvarte, Rosa María Alcaide Sanjurjo, Yolanda Hernández López y David Recio Martín.

Portada: diseñada por Guillermo Ugarte empleando SeaArt AI, Galaxy AI, PENUP de Samsung y Pixlr Express.

«Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencional por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de reproducción, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.»

Iª edición: Mayo 2026

ISBN: 979-8-2486-5072-9

Guillermo Ugarte

VINDICARE

Tomo III

El Auge de lo Extraordinario

Independently published



DEDICATORIA

Querido lector, si has llegado hasta el Tomo III después de haber recorrido antes el I y el II, cualquier palabra que intente escribir aquí se queda pequeña frente a la satisfacción que me produce saber que la historia te ha complacido hasta este punto. Puedo permitirme pensar, con una sonrisa, que de no ser así, no te habrías aventurado tan lejos. Por eso, no voy a adornarlo más de la cuenta: gracias, infinitas gracias. Gracias hoy, gracias ayer y las veces que haga falta.

No quiero dejar pasar esta ocasión sin dedicar unas palabras muy especiales a un diminuto ser que decidió irrumpir en pleno proceso creativo de esta obra. Pues, mientras escribo estás líneas, un pequeño latido crece en el vientre de Meh, mi mujer, quien con paciencia y tesón, soporta las inclemencias del embarazo mientras yo me pierdo entre páginas, escenas y personajes. Y que, de forma totalmente casual (guiño, guiño), compartirá nombre con uno de los personajes que aparecen en estas páginas.

Y por último, aunque nunca en importancia, a Mei, la indiscutible reina gatuna de la casa, que con sus constantes maullidos, exigencias de comida y

atención justo cuando menos venían a cuento, ha contribuido (molestando) a pulir muchas frases y párrafos. Gracias a sus interrupciones, he tenido que releer, corregir y afinar más de lo previsto, descubriendo errores que, de otro modo, habrían pasado completamente desapercibidos.

A todos, en definitiva, pasados, presentes y futuros. Gracias por estar ahí, esta historia no es sólo mía, es de cada uno de vosotros.

ÍNDICE

TOMO I. El Umbral de la Justicia.
Prólogo. La Niña.
Capítulo Uno. La Detective.
Capítulo Dos. La Justiciera.
Capítulo Tres. La Policía.
Índice de personajes.

TOMO II. El Peso del Pasado.
Capítulo Cuatro. La Víctima.
Capítulo Cinco. La Bailarina.
Capítulo Seis. La Asesina.
Índice de personajes.
Cronología del pasado.

TOMO III. El Auge de lo Extraordinario.
Capítulo Siete. La Fugitiva. Parte 1.
Capítulo Siete. La Fugitiva. Parte 2.
Capítulo Ocho. La Vindicare. Parte 1.
Capítulo Ocho. La Vindicare. Parte 2.
Capítulo Nueve. La Hija. Parte 1.
Capítulo Nueve. La Hija. Parte 2.
Capítulo Diez. La Súper. Parte 1.
Capítulo Diez. La Súper. Parte 2.
Epílogo. La Heroína.
Índice de personajes.
Cronología del presente.

CAPÍTULO SIETE

La Fugitiva

parte 1

Axel y Gina corren hacia la barandilla con el rostro desencajado, incapaces de procesar lo que acaban de presenciar, pero cuando miran hacia abajo, sus expresiones cambian por completo.

-"¡En el piso de abajo!", grita Gina, señalando con urgencia.

Con una agilidad impresionante, Valeria ha aterrizado en el balcón del apartamento inferior y, sin dudarlo, atraviesa el ventanal con una embestida feroz con su propio cuerpo, esparciendo cristales fracturados por todas partes.

Dentro, su vecino la observa con estupor.

-"¡Lo siento, lo pagaré!", se disculpa apresuradamente mientras atraviesa el apartamento a toda velocidad y sale por la puerta.

Valeria alcanza la escalera y empieza a bajarla de cuatro en cuatro, casi volando por los peldaños, y sobre ella, la cabeza de Gina aparece por el hueco.

-"¡Detente, no lo empeores!", le grita mientras inicia la persecución.

La carrera es vertiginosa, pero Valeria es más rápida, su ventaja se amplía tras cada piso, cada vez más.

Al llegar al vestíbulo, salta sobre el mostrador de la portería y Matías se asoma con el ceño fruncido, sobresaltado por el estruendo, viendo como Valeria, ensangrentada y vestida con solo una camiseta que deja entrever la zona baja de sus glúteos, busca frenéticamente las llaves de repuesto de los trasteros del sótano.

-"¿Qué ocurre, mi niña?", pregunta, alarmado.

-"Voy a tener que irme una temporada, tío Matt", responde ella, sin apartar la vista de las llaves.

En cuestión de segundos, encuentra el manojo correcto y vuelve a saltar el mostrador.

-"No me busques. Esta vez volveré, lo prometo", grita, mientras se dirige sin perder el tiempo hacia la puerta que lleva al sótano.

Un momento después, Gina llega jadeando al vestíbulo. Está a punto de seguir corriendo hacia la salida, pero se detiene de golpe, tratando de recuperar el aliento y analizar la situación.

-"¡¿Dónde ha ido?!", espeta, clavando la mirada en Matías, que la observa en silencio, encogiéndose de hombros.

Frustrada, resopla y observa el entorno durante un instante, hasta que unas gotas de sangre le indican el camino. Se da la vuelta y atraviesa con determinación la puerta del sótano justo cuando el ascensor se abre y Axel emerge de él, uniéndose a la persecución.

En el garaje, Valeria llega a su plaza de aparcamiento y abre el trastero con manos temblorosas, aunque precisas, y de una pequeña caja de seguridad oculta, extrae la llave de repuesto de su moto.

Acto seguido, se monta en la Indian y se dispone a arrancar, pero Gina aparece corriendo a toda velocidad y con un último esfuerzo, da un salto, derribándola violentamente del asiento, rodando ambas por el suelo hormigonado.

Valeria, demostrando una mayor destreza y resistencia, se pone de pie de inmediato, mientras Gina permanece arrodillada, respirando con dificultad, agotada por la carrera. En ese instante, Axel aparece y se detiene a unos metros.

-"¡Joder, Valeria!", exclama con las manos en alto, aún intentando asimilar lo que acaba de ocurrir. —"¡Creí que te habías suicidado!".

-"Ax, por favor… déjame ir, tengo algo muy importante que hacer".

Gina, aún sin aliento, se levanta tambaleante.

-"¡Y una mierda!", exclama con desprecio. —"¿Para qué?, ¿para que sigas matando?".

Valeria desvía la mirada hacia Axel, ignorando deliberadamente a Gina.

-"Lo hice por las víctimas", su voz es firme, inquebrantable. —"Yo sólo le di lo que merecía, ese hijo de puta no volverá a violar".

Axel suspira y baja la cabeza.

-"No puedo creer que seas tú quien está diciendo eso…".

-"En el fondo, sigo siendo la misma, Ax…", su tono se suaviza, casi vulnerable. —"Te quiero, de verdad, aunque no como tu esperas. No te he mentido en nada sobre lo nuestro".

Pero antes de que Axel pueda responder, Gina vuelve a lanzarse sobre Valeria con los puños en alto.

-"¡Cállate ya!", grita, cegada por la rabia. —"¡Asesina!".

Esta vez, Valeria la ve venir. Con espacio suficiente para maniobrar, esquiva el ataque con facilidad y responde con una patada precisa al estómago que la dobla, otra al costado y una última al mentón en una rápida sucesión, haciéndola caer inconsciente al suelo.

Valeria observa a Gina tendida en el suelo durante unos segundos, adoptando una postura defensiva.

-"Se recuperará", dice con seguridad.

Luego, se vuelve hacia Axel.

-"No quiero pelear contigo, Axel, pero lo haré si no me dejas alternativa".

Axel aprieta los labios y desenfunda su arma, apuntándola.

-"No te reconozco…", su voz tiembla, traicionando su intento de parecer calmado. —"Aunque no puedo evitar quererte, Val… pero tienes que responder por lo que has hecho".

Valeria baja los brazos lentamente y camina hacia la moto con calma, ignorando el arma que la apunta.

-"Pues tendrás que dispararme", dice con voz serena.

Axel sigue apuntándola, su mano tiembla, su dedo tantea el gatillo… pero es incapaz de disparar. La moto ruge cuando Valeria la pone en marcha, y en cuestión de segundos, desaparece por la salida del garaje ante la impotente mirada de Axel.

{Un rato más tarde.}

Axel conduce de regreso a la comisaría del Distrito Uno. A su lado, Gina mantiene la vista fija en la ventanilla, con los brazos cruzados y el rostro endurecido. El silencio entre ellos es denso, casi asfixiante, hasta que Axel lo rompe con un reproche contenido.

-"No puedes descontrolarte así", dice, lanzándole una mirada de reojo. —"Si no llego a detenerte, la habrías matado".

Gina no parpadea, ni se inmuta.

-"Y si me hubieras ayudado desde el principio, no se habría escapado", responde con frialdad, sin apartar la vista del cristal.

Axel aprieta la mandíbula, con la tensión marcándose en los nudillos que se aferran al volante.

-"Quedamos en que hablaríamos con ella, no en destrozarle la cara a golpes", su tono sube, casi acusador. —"Ahora jamás volverá a confiar en nosotros".

Gina se gira de golpe hacia él, elevando más la voz.

-"¡Te estaba manipulando, Axel! ¡Lo lleva haciendo desde que volvisteis a veros!", su voz vibra de frustración. —"¿No lo ves? Ahora, de repente, vuelve a llamarte *Ax…* y tú, como un crío, te derrites por ella".

-"¡Eso no es así!", explota Axel, haciendo crujir el volante bajo la presión de sus manos.

-"¡Abre los ojos, hostias!", le corta Gina, con su voz desgarrada. —"No sé cómo sería antes, pero ahora es una asesina, joder. ¿Qué más pruebas necesitas para entenderlo?".

Gina vuelve a girarse hacia la ventanilla con un bufido, pero su reflejo en el cristal delata algo más que ira: miedo. No sólo a Valeria… sino a la posibilidad de perder a Axel.

El trayecto se prolonga en un silencio denso, cargado de reproches no dichos, hasta que el coche se detiene en el aparcamiento de la comisaría. Axel apaga el motor con un suspiro pesado, se reclina en el asiento y rompe al fin el silencio con su voz más contenida que antes.

-"No es tan simple, Gina. Sabemos que le inyectó el veneno… además, yo mismo vi las marcas del punzón en su piel. Ese cabrón la estaba violando cuando ella se defendió… imagínatelo, ha tenido que pasar por un infierno".

Gina gira la cabeza bruscamente, abriendo los ojos con incredulidad.

-"¡No seas ingenuo, Axel!", escupe, muy enfadada. —"Ella sabía perfectamente lo que hacía, descubrió las intenciones del violador, sabía dónde atacaría e hizo de cebo. Y no sólo eso, sino que despistó a Robert para quedarse con él a solas. Fue premeditado, es fría, implacable y despiadada. ¡Iba preparada, joder, por eso el veneno falló! ¡Date cuenta de una maldita vez!".

Axel baja la cabeza, incapaz de sostener su mirada, y tras unos segundos, abre la puerta del coche, obligándose a salir.

-"No puedo volver a fallarle… se lo debo", murmura, intentando autoconvencerse.

La puerta de Gina se cierra de un portazo cuando ella irrumpe hacia fuera, con la furia ardiéndole en el rostro.

-"¡Lo que pasa es que sigues enamorado de ella!", le lanza, con su voz hecha cuchilla. —"¡No sé qué haces conmigo si todavía te mueres por sus huesos!".

Axel cierra la puerta con más calma y la observa desde el otro lado del coche, con su expresión endurecida por la tensión.

-"Eso no es justo, Gina. Me costó superarla, es verdad… pero eso ya quedó atrás".

Gina se cruza de brazos con un gesto incrédulo y su mirada encendiéndose por momentos.

-"¡Si se abriera de piernas, te lanzarías a su coño sin dudarlo!", grita, desgarrada. —"¡Fue tu debilidad y lo sigue siendo! ¡Admítelo, Axel, te mueres por follar con ella!".

Axel rodea el coche con las manos extendidas en son de paz, intentando acercarse con calma.

-"¡Eso no es verdad!", responde con vehemencia. —"Eres tú a quien quiero, contigo es con quien quiero estar".

Pero Gina alza una mano, tajante, cortándole el paso. Sus ojos ya no escuchan, sólo arden.

-"Sí, claro… engáñate a ti mismo si quieres, pero a mí no me engañas más".

Y sin darle la oportunidad de responder, se da la vuelta y camina hacia la entrada de la comisaría, sin volver la vista atrás.

Axel queda inmóvil junto al coche, con el peso insoportable de sus dudas clavándosele como un ancla en su pecho.

Axel entra cabizbajo en la comisaría y se dirige directamente a su despacho, sin embargo, algo llama su atención: el ajetreo en la oficina es mayor de lo habitual. Su inquietud aumenta al ver salir del despacho del comandante a un hombre y una mujer con uniformes militares.

Son una pareja peculiar: el hombre es un coloso de dos metros, sin pelo, de tez negra, mirada agresiva y músculos esculpidos bajo la tela que imponen respeto con sólo mirarlo. La mujer, en contraste, es mucho más pequeña y delgada, de rasgos asiáticos, cabello corto y oscuro, y una mirada afilada que irradia seguridad, control y dominio.

En sus uniformes no llevan distintivos visibles, salvo por las siglas "RFS" bordadas en el lado izquierdo del pecho. Detrás de ellos, el comandante Travis ve a Axel y le hace un gesto para que se acerque, a lo que él obedece de inmediato.

-"¿Dónde os habíais metido tú y Gina?", pregunta Travis en cuanto está lo suficientemente cerca. —"Llevo desde primera hora intentando contactaros".

-"Lo siento", se disculpa Axel. —"Estábamos resolviendo un asunto importante y ni siquiera miré el teléfono".

El comandante sacude la cabeza con resignación y le hace un gesto para que entre en su despacho.

-"Da igual… pasa, tenemos que hablar".

Axel cruza la puerta y se dirige a la silla frente al escritorio.

-"¿Quiénes erán esos militares?", pregunta mientras toma asiento.

Travis se sienta al otro lado del escritorio, soltando un suspiro pesado.

-"¿No te has enterado?, está en todos los canales".

Axel se encoge de hombros, confundido.

-"Gina y yo salimos temprano y no he visto la televisión ni encendido la radio".

El comandante se masajea la sien con una expresión de cansancio.

-"Pues bien… tenemos once muertos en circunstancias bastante desagradables y cuatro policías hospitalizados con pronóstico grave. Todo ello en cuatro distritos distintos que abarcan tres áreas diferentes".

Axel abre los ojos con incredulidad.

-"¿Terrorismo?, ¿de ahí los militares?".

Travis niega con la cabeza.

-"Los militares vienen de la NSA. Pero no es un atentado, parece que ha sido una única atacante, y están muy interesados en identificarla".

Axel frunce el ceño.

-"Transfiere cualquier caso pendiente que tengas y ocúpate de esto ahora mismo", ordena Travis con tono firme y autoritario. —"Quiero que me informes directamente de todo a mí".

-"De acuerdo, ¿por dónde empiezo?".

Travis abre una carpeta y desliza varias fotos sobre el escritorio.

-"El primer ataque registrado fue en una farmacia del Distrito Diez. Los cinco ladrones que la estaban asaltando son las primeras víctimas".

Axel toma las imágenes y las observa con detenimiento.

-"¡Dios!", exclama, horrorizado. —"¿Eso lo ha hecho una sola persona?".

-"Sí, los agentes que respondieron a la alarma la vieron. Puedes empezar por ahí".

Axel asiente, deja las fotos sobre la mesa y Travis saca otra foto.

-"Esta es la segunda víctima. Estaba robando un coche en un aparcamiento del Distrito Ocho. No hay testigos, pero la brutalidad del ataque y la trayectoria hasta el siguiente incidente sugieren que fue la misma atacante".

Axel estudia la foto con gesto torcido, mientras Travis saca más documentos.

-"Distrito Siete, tres víctimas más. Estaban dándole una paliza a un testigo, el cual lo presenció todo. Fue ahí donde cuatro de nuestros agentes intentaron detener a la sujeto… con el resultado que ya conoces".

Axel alza la vista, con los ojos muy abiertos y el gesto torcido.

-"¿Cuatro agentes a la vez?, ¿no usaron sus armas?".

-"Sí que lo hicieron".

Axel lo mira, extrañado, sin saber que decir, y Travis desliza las últimas fotos.

-"Las dos últimas víctimas: dos hombres en un callejón del Distrito Seis. Por los vestigios hallados, creemos que estaban asaltando a alguien, probablemente una mujer, pero huyó de la escena y no ha sido identificada. Tampoco hay denuncias, aunque las características del ataque concuerdan con el resto de sucesos".

Axel entrecierra los ojos, deteniéndose en un punto concreto de los informes.

-"¿La atacante iba en algún vehículo?, ¿se han recogido las grabaciones de tráfico?", pregunta, señalando la línea de tiempo marcada en los documentos.

Travis exhala un suspiro antes de responder.

-"No, otra cosa que deberemos hacer. Habrá que revisarlo".

Axel asiente suavemente con la cabeza.

-"Me encargaré. Tiene que haber usado algo… una moto, quizá. Por tiempo y distancia, es imposible que lo hiciera de otro modo".

-"Ningún testigo mencionó nada sobre ningún vehículo", replica Travis, tocándose el mentón.

Axel arquea los labios, meditabundo. Luego, recoge los documentos, los ordena en la carpeta con un gesto meticuloso y se incorpora de la silla.

-"Muy bien, me pondré con ello inmediatamente".

-"Quiero actualizaciones periódicas", le recuerda Travis con firmeza. —"Es un asunto extremadamente delicado, y necesito la máxima diligencia. Llévate a Gina".

Axel vacila apenas un instante, con el gesto endurecido y el semblante lúgubre.

-"No creo que Gina y yo estemos… en condiciones de trabajar juntos ahora mismo".

Travis lo observa en silencio, calibrando más por lo que calla que por lo que dice, y finalmente, asiente.

-"Entiendo… entonces llévate a Jarvis".

-"A la orden, jefe".

Sin más, Axel sale del despacho con el peso de una nueva y aterradora investigación sobre sus hombros. Se detiene frente a la puerta un momento, observando el incesante movimiento en la oficina, respira hondo y, tras unos segundos, se encamina hacia un agente solitario que se encuentra inmerso en su ordenador.

-"Hola, Jarvis, ¿estás ocupado?", pregunta, tocándole el hombro.

El aludido se gira en su silla.

-"Hola, capitán. Estoy acabando un informe. He revisado la actividad en el resto de distritos, por si hubiera más ataques de la misma naturaleza que aún no hemos detectado".

-"¿Has encontrado algo?".

-"No, nada".

-"Bien, pues termina y te vienes conmigo, nos vamos a encargar del caso".

-"Entendido", el agente asiente y se gira hacia el ordenador para finalizar su tarea.

Axel y Jarvis llegan a la comisaría del Distrito 10 y se dirigen directamente hasta las oficinas del equipo de homicidios de esa área. Al entrar, Axel se acerca al primer agente que encuentra.

-"Buenos días, agente, somos de la UCOE, ¿quién lleva el ataque de la farmacia?", pregunta, mostrando la identificación.

-"Buenos días, capitán. El sargento Robert es quien se encarga", responde el agente, señalando con la cabeza hacia un escritorio.

-"Gracias".

Axel y Jarvis se encaminan hacia Robert, quien, al notar su presencia, les saluda con un gesto y se pone de pie.

-"Hola, Robert, nos volvemos a ver. ¿Llevas el ataque a la farmacia de anoche?", pregunta Axel, mientras le estrecha la mano amistosamente.

-"¡Hombre, Axel! Así es, lo llevo yo", responde Robert con un suspiro, devolviéndole el apretón.

-"Siempre te tocan los casos más interesantes", bromea Axel.

-"Ventajas de ser el veterano", sonríe levemente.

Axel señala la silla con un gesto.

-"Yo coordinaré a todos los equipos de los distritos, ¿me muestras lo que tienes hasta ahora?".

-"¡Claro!".

Robert saca unos informes y se los entrega a Axel y a Jarvis, quienes los ojean mientras él sigue hablando.

-"Únicamente he tenido tiempo de recopilar los testimonios de los agentes que acudieron al lugar. Justo ahora iba a revisar las imágenes de seguridad, me las acaban de enviar".

Axel frunce el ceño al detenerse en una de las declaraciones.

-"¿Demonio Rojo?", murmura, casi sin creer lo que lee.

-"Así la describieron", confirma Robert, asintiendo con seriedad.

—"Los agentes aseguran que su aspecto era… diabólico, casi sobrenatural. Juran que escaló los edificios como si volara, como si no fuera humana".

Los ojos de Axel se abren, incrédulos, aunque intenta mantener la calma.

-"Volar… es una buena forma de llegar a tiempo a todas partes, pero dudo que fuera eso. Lo más probable es que tuviera algún vehículo oculto cerca".

Robert se encoge de hombros, incómodo, bajando la voz como si temiera que alguien más lo escuchara.

-"Lo peor no es eso…", pausa un instante y traga saliva.

—"Dicen que cuando llegaron… parecía estar alimentándose de uno de los cuerpos".

Jarvis abre los ojos con incredulidad.

-"¿Alimentándose?".

-"Bebiendo su sangre, para ser exactos", afirma Robert. —"Esperemos que la autopsia nos dé más detalles".

-"¿Como un vampiro?", pregunta Jarvis con el gesto torcido.

-"Los vampiros no existen", interviene Axel con firmeza. —"Habrá una explicación racional. Lo más probable es que tenga un trastorno que le haga creerse uno, pero de ahí a que lo sea…".

-"¿Y cómo explicas que escalara un edificio por la fachada?", pregunta Jarvis, cruzándose de brazos.

-"Era de noche, la tensión era máxima… a menudo, nuestros sentidos nos engañan", afirma Axel, devolviendo los informes a Robert. —"Por eso estamos aquí, para averiguar la verdad. ¿Podemos ver las imágenes?".

Robert asiente y gira la pantalla del ordenador para que puedan verla los tres mientras busca los archivos.

-"¿Cómo quieres que los reproduzca?".

-"Veamos el vídeo completo primero, luego nos detendremos en los momentos clave", indica Axel.

-"De acuerdo. Esta es la cámara principal, la que enfoca al interior de la farmacia", dice Robert al hacer clic en el archivo.

El vídeo comienza a reproducirse.

-"Mierda…", murmura Robert. —"La cámara está movida, sólo se ven los pies".

-"Es posible que el impacto de la pickup contra el escaparate la haya desajustado", sugiere Jarvis.

-"Sí, seguramente, son cámaras antiguas con anclajes desgastados", responde Robert.

-"Veámoslo igualmente", indica Axel.

Continúan la reproducción. Sólo se alcanzan a ver los pies de la atacante cuando entra, y tras el fogonazo del disparo de escopeta, su cuerpo sale del ángulo de la cámara, desapareciendo entre dos estanterías. Luego se ve levemente moviéndose hasta su siguiente víctima y, después de eso, se pierde por completo.

-"Parece que uno de los ladrones la ataca por detrás", observa Jarvis. —"Luego, se ven los fogonazos de los disparos y como ella cae".

-"O se cubre", añade Robert.

Axel no dice nada, permanece pensativo mientras los otros dos analizan la escena.

-"Veamos la otra cámara", dice finalmente.

-"Ésta enfoca el escaparate desde dentro, hacia afuera", explica Robert, antes de reproducir el vídeo.

Aparece la atacante en el momento exacto en que irrumpe en la farmacia.

-"Ahí, páralo", ordena Axel.

Un escalofrío le recorre la espalda al ver el rostro de la atacante, desde esa distancia es terriblemente parecida a Valeria. La idea le atraviesa la mente como un vendaval, pero sacude la cabeza de inmediato, intentando expulsarla antes de que eche raíces. Se plantea que lo ocurrido con ella lo tiene distraído, debe apartarla a un lado por ahora, o entorpecerá la investigación.

-"*Es imposible que sea ella, sácatela de la cabeza*", se repite mentalmente.

Suspira aliviado al notar que el pelo es completamente diferente, mucho más largo y por toda la cabeza. Eso basta para disipar cualquier atisbo de duda sugerida por su propia sugestión y malestar actual con ella.

-"Saca una captura y distribúyela al resto de equipos", ordena.

-"Dalo por hecho", afirma Robert, tecleando rápidamente.

-"Parece que va descalza", comenta Jarvis, acercándose más a la pantalla. —"Se estaría clavando todos los cristales del suelo".

-"O podría estar usando zapatillas *barefoot*, de esas minimalistas, la imagen no es lo suficientemente clara", apunta Axel.

Robert asiente, cerrando el vídeo.

-"Tendremos más respuestas cuando lleguen los informes de autopsia, ADN y balística".

Axel se pone de pie.

-"Muchas gracias, Robert, nosotros vamos a seguir, mantenme informado de cualquier novedad".

-"Por supuesto".

Robert también se levanta y estrecha la mano de ambos antes de despedirse.

{Minutos más tarde.}

Axel y Jarvis llegan al hospital donde están ingresados los agentes heridos del tercer ataque. Sin perder tiempo, se dirigen a la habitación de la agente Kimberly, quien yace en la cama con ambos brazos inmovilizados y sus destrozadas manos sujetas con clavos y pines metálicos que mantienen unidos los frágiles huesos.

Axel se acerca con tono sereno.

-"Hola, agente Kimberly, lamento mucho lo ocurrido".

Ella levanta la vista con aire de abatimiento.

-"¿Y ustedes son…?".

-"Ah, disculpe", Axel muestra su identificación. —"Somos de la UCOE, estamos investigando los ataques de anoche".

Kimberly suspira con resignación.

-"Homicidios ya me tomó declaración".

-"Lo sabemos, pero nos gustaría escuchar su testimonio de primera mano", dice Axel, con tono comprensivo.

-"Muy bien, hagan sus preguntas, total… no tengo nada mejor que hacer".

Axel saca una libreta.

-"Describa a la atacante lo mejor que pueda".

-"Es más difícil de lo que parece… todo ocurrió muy rápido y estaba cubierta de sangre".

Hace una pausa, fijando la vista en el techo, esforzándose por recordar.

-"Pelirroja, eso seguro, a pesar de la sangre, su cabello destacaba, era de un color llamativo. Y sus ojos…", se estremece. —"Eran amarillos, pero no un amarillo normal, sino algo antinatural, con matices verdosos. Esos sí que los vi bien cuando se me acercó y me agarró las manos, nunca los olvidaré".

Jarvis traga saliva, inquieto, la descripción encaja demasiado bien con la imagen clásica de un vampiro.

-"¿Cómo le hizo lo de las manos?", pregunta, intentando disimular su nerviosismo.

-"Me las cogió y apretó, tan simple como eso", dice Kimberly, con la mirada perdida. —"Su fuerza era descomunal, apenas parecía esforzarse, incluso, quebró la pistola".

-"¿Llegó usted a disparar?", pregunta Axel.

-"Sí, tres de nosotros lo hicimos. Me pareció ver que le dimos varias veces, pero no puedo asegurarlo… se movía de una forma… inhumana, etérea… no pude seguirla con la mirada".

Hace una pausa, traga saliva y continúa:

-"Lo que sí le impactó de lleno fue el táser de mi otro compañero, pero no le hizo nada. Aunque, ya saben… esos chismes fallan a menudo, si los dardos no alcanzan los puntos adecuados, apenas tienen efecto".

Axel se mantiene impasible, anotando y analizando cada palabra, en cambio, Jarvis parece una colección ambulante de expresiones de asombro y desconcierto.

-"Lo único seguro…", añade Kimberly, con un deje de incredulidad en su propia voz. —"Es que uno de mis compañeros terminó con el brazo roto, otro con varias costillas fracturadas, a pesar del chaleco, y el tercero… bueno, ese acabó con una pierna, un tobillo y un hombro dislocados. Lo lanzó varios metros por el aire, lo vi con mis propios ojos, voló sobre el techo del coche como si fuera un balón de fútbol, y yo… bueno, ya ven cómo terminé".

Un silencio pesado llena la habitación y Axel cierra la libreta con calma.

-"Creo que con esto es suficiente, le agradezco su colaboración, agente Kimberly. Le deseo una pronta recuperación".

Ella asiente, agotada.

Tras despedirse, Axel y Jarvis se dirigen a la habitación del agente con el brazo roto, el único de los otros tres en condiciones de declarar. Su relato, sin embargo, resulta casi calcado al de Kimberly: la misma descripción, las mismas palabras temblorosas, la misma imagen imposible.

-"Todo apunta a que estamos ante un vampiro con habilidades sobrehumanas", sentencia Jarvis mientras avanzan hacia la salida del hospital.

Axel lo observa de reojo con el ceño fruncido.

-"Lo que padecen es estrés postraumático. Sus testimonios no son fiables… han pasado por algo demasiado brutal, y su mente maquilla la realidad con hechos extraordinarios para poder explicarla".

Jarvis no responde, pero la duda queda flotando entre ambos, pesando más que el silencio del pasillo. Sin información nueva, abandonan el hospital y regresan a la investigación, cada uno aferrado a su propia interpretación de lo ocurrido.

{Esa misma tarde.}

Tras terminar de comer, Axel y Jarvis se dirigen a una vivienda cercana al parque donde ocurrió el ataque. El trayecto es silencioso; ambos repasan mentalmente los detalles del caso, cada uno con sus propias teorías.

Al llegar, Axel se adelanta y toca el timbre. Desde el otro lado de la puerta se escuchan pasos vacilantes, y un momento después, un hombre de mediana edad abre con cautela. Su mirada inquieta se desliza sobre ellos y luego hacia la calle, asegurándose de que no los haya seguido nadie.

-"Buenas tardes, señor Pierce", saluda Axel, mostrando su identificación. —"¿Podemos hacerle unas preguntas respecto al suceso de anoche?".

Pierce no responde de inmediato, vuelve a echar un vistazo al exterior, escudriñando la calle en ambas direcciones antes de asentir con desgana y hacerse a un lado.

-"Por supuesto, agentes, pasen, ¿les ofrezco algo?".

-"No, gracias", responde Axel con cortesía.

-"Yo tampoco, gracias", añade Jarvis, echando un vistazo al interior mientras cruzan el umbral.

El ambiente dentro de la casa es pesado, casi opresivo, lo primero que notan es la inusual decoración: crucifijos de distintos tamaños cubren las paredes, algunos colgados de manera

meticulosa, otros clavados en posiciones extrañas, como si formaran un muro invisible contra algo que sólo Pierce puede ver. Jarvis le lanza una mirada rápida a Axel, quien levanta una ceja, pero no dice nada.

Los tres toman asiento en el salón. Pierce se hunde en un viejo sillón de cuero con los nudillos apretados sobre sus rodillas y Axel saca su libreta, observándolo fijamente antes de hablar.

-"¿Qué puedes contarnos sobre la mujer?".

Pierce resopla con desdén y sacude la cabeza.

-"¿Mujer?", repite con amargura. —"Eso no era ninguna mujer".

Jarvis alza una ceja.

-"¿Ahora resulta que no era una mujer…?".

-"A ver…", Pierce se inclina hacia adelante, apoyando los codos en sus muslos. —"Tenía cuerpo de mujer, sin duda, iba casi desnuda, pero esa cosa no era humana, era un demonio, estoy seguro. Como esos que adoptan la forma de mujeres atractivas para atraer a los hombres y robarles el alma, ¿cómo se llamaban…?".

-"¿Súcubo?", sugiere Jarvis.

Pierce chasquea los dedos y lo señala con un entusiasmo perturbador.

-"¡Eso! Una súcubo… y quería llevarse mi alma".

Jarvis se recuesta en el sofá con los brazos cruzados, mirándolo con una mezcla de incredulidad y curiosidad.

-"¿Iba específicamente a por usted?".

-"¡Ya lo creo!", exclama Pierce, con su voz subiendo de tono. —"Al principio pensé que venía a ayudarme, ¡reventó a esos tres cabrones sin despeinarse!, pero cuando se me acercó…".

Hace una pausa, tragando saliva con dificultad y clavando sus ojos en la alfombra, llenos de terror.

-"En cuanto la tuve de frente, supe que no venía a ayudarme, quería absorberme… de un mordisco. Me cagué de miedo, y lo habría hecho si no hubieran llegado sus compañeros… lo siento por ellos, pero no tuvieron ninguna oportunidad".

Jarvis se endereza levemente, ahora más atento.

-"¿Intentó morderle?".

Pierce asiente vigorosamente, abriendo y cerrando la boca varias veces en una exageración grotesca del gesto.

-"Sí, así…, tenía los colmillos afilados, los vi perfectamente".

Jarvis abre mucho los ojos.

-"¿Cómo los de un vampiro?", pregunta Jarvis, ladeando la cabeza.

Pierce se acaricia el mentón, pensativo.

-"Mmm… sí, más o menos, eran puntiagudos y afilados, pero sutiles, no tan exagerados como en las películas".

Un escalofrío le recorre la espalda al recordarlo, sosteniendo fuertemente la cruz que cuelga de su cuello.

-"Era aterradora… pero a la vez tenía algo… un aura magnética, sensual… sentí atracción por ella, era su hechizo de súcubo, sin duda".

Pierce sacude la cabeza con vehemencia.

-"Me quería a mí, quería mi alma, lo sé, después de acabar con los agentes, regresó. Podría haberse conformado con cualquiera, pero vino directamente a por mí".

Su respiración se acelera y su mano se aferra aún más a la cruz de su pecho.

-"Pero cuando ya me tenía… algo le pasó, como si de repente sintiera un dolor agudo en la cabeza. Se tambaleó, gruñó como un animal rabioso… y se fue".

Axel, que hasta ahora ha permanecido en silencio, anotando cada palabra, levanta la mirada y recorre la habitación con la vista.

-"Señor Pierce, ¿los agentes dispararon?".

-"Por supuesto, pero las balas no le hicieron nada".

Axel entorna los ojos.

-"¿Puede especificar?".

-"Pues… las balas la atravesaban, vi la sangre salpicar con cada impacto, pero seguía avanzando como si nada".

-"¿Está seguro?, ¿es posible que llevara algún tipo de protección, como un chaleco antibalas?".

Pierce suelta una carcajada seca, incrédula.

-"¿Protección? ¡Ya he dicho que iba desnuda! Le vi las tetas joder… muy bonitas, por cierto… estaba muy buena", se

detiene de golpe, parpadeando rápidamente, y se golpea la frente con fuerza. —"¡No! ¡Fuera de mi cabeza, maldita súcubo!".

Axel deja escapar un suspiro y lo observa con seriedad.

-"¿Es usted creyente, señor Pierce?".

El hombre exhala con fuerza y se pasa una mano temblorosa por la cara.

-"A partir de anoche, sí… del diablo, por lo menos. Esta mañana fui a comprar todas estas cruces para protegerme, por si vuelve".

Axel se pone de pie, cerrando su libreta.

-"Muy bien, gracias por su tiempo. Nosotros debemos continuar".

Pierce se levanta también, visiblemente aliviado de que la conversación haya terminado.

-"Claro, agentes, les deseo suerte… porque la van a necesitar".

Los dos se despiden y regresan al coche, y al cerrar la puerta, Axel suelta un resoplido mientras se acomoda en el asiento del copiloto.

-"¿Qué piensas?", pregunta, observando de reojo.

Jarvis tamborilea los dedos sobre el volante antes de encender el motor.

-"No estoy seguro, cada vez me huele peor. ¿Crees que hay algo de verdad en todo esto de la súcubo?".

Axel niega con la cabeza lentamente.

-"Vampiresa… súcubo…. No hay duda de que lo que vivió lo traumatizó, es posible que sufra estrés postraumático y que su percepción esté distorsionada, como los agentes. Sólo hay que ver su casa para notar que no está bien".

Jarvis frunce el ceño.

-"Pero es cierto que vestía poca ropa, en la cámara del escaparate se ve claramente, no llevaba ningún tipo de protección".

-"Sí, pero dudo que las balas la alcanzaran como dice, ni siquiera los propios policías podían asegurarlo".

Jarvis arranca el coche y se incorpora a la carretera.

-“Es raro de cojones, de eso no hay duda”.

Axel cruza los brazos y mira por la ventanilla.

-“Todo encajará cuando encontremos la explicación”.

-“Será, si la hay…”, murmura Jarvis.

{Anocheciendo.}

Tras terminar los informes del día, Axel regresa a casa. Se siente agotado, pero también inquieto, su mente sigue dando vueltas a lo ocurrido a primera hora con Valeria, desplazando al caso del Demonio Rojo. Al entrar en la cocina, encuentra a Gina de espaldas, la luz fría de la lámpara del techo proyecta su sombra contra los azulejos, mientras termina de preparar lo que está sobre la sartén.

Él se queda en el umbral, observándola por un momento, notando la rigidez en sus hombros por la forma en que sujeta la espátula con más fuerza de la necesaria. Finalmente, rompe el silencio con cautela.

-“Hola, Gina”.

Ella no saluda y tarda un par de segundos en responder, sin girarse.

-“Estoy haciendo huevos a la plancha y pechuga de pollo con tomate”, dice con voz neutra. —“¿Te apetece?”.

Axel avanza lentamente hacia la mesa y toma asiento.

-“Claro, suena bien”.

Gina termina de servir los platos y se sienta frente a él. Se acomoda en la silla con una postura rígida, evitando su mirada, y el silencio entre ambos se extiende, sólo roto por el sonido de los cubiertos chocando contra la loza.

Axel la observa de reojo mientras corta su pechuga en pequeños trozos, su expresión es tensa, algo en su interior se retuerce, deja el tenedor a un lado y respira hondo.

-“¿Qué tal tu día?”.

Gina se toma un segundo antes de responder.

-“Normal… terminando informes que tenía pendientes”.

Axel asiente lentamente, la atmósfera sigue cargada.

-“Lo siento”, dice finalmente, en voz baja.

Gina exhala con desgana.

-"Ya… bueno".

Él se inclina ligeramente hacia adelante, buscando sus ojos.

-"Gina, sólo quiero estar contigo, no con Valeria".

Ella mantiene la vista clavada en su plato, empujando un trozo de tomate con el tenedor.

-"No es lo que parece últimamente".

Axel estira una mano sobre la mesa, dejándola al alcance de ella.

-"Tiene que responder por lo que haya hecho", admite con sinceridad. —"Pero siento que necesita mi ayuda, no quiero tratarla como a cualquier otro criminal".

Gina finalmente levanta la mirada sin tomar su mano, sus ojos están cargados de emociones contenidas al borde de la explosión.

-"Yo no conocí a la Valeria de antes, pero la de ahora no necesita ayuda, es perfectamente capaz y sabe exactamente lo que hace… incluyendo aprovecharse de vuestra relación pasada".

Axel retira lentamente la mano, sintiendo un peso en el pecho.

-"Es más complicado que eso… necesito que confíes en mí".

Gina suspira, recoge su plato vacío y se levanta de la mesa.

-"Ahora mismo no sé si puedo", dice sin mirarlo, mientras abre el grifo y empieza a lavar los restos de comida. —"Necesito tiempo para pensar".

Axel la observa en silencio, el agua corre sobre sus dedos, llevándose la espuma, pero su tensión no se disipa ni un ápice.

-"Tú misma dijiste que no querías que atraparan a la víctima que acabó con el violador del punzón", comenta él, con la esperanza de encontrar un punto en común.

Gina se detiene por un instante, pero luego retoma el lavado sin volverse.

-"Era sólo una forma de hablar, nunca imaginé que nos tocaría tan de cerca".

Axel se levanta y se acerca, tomando su propio plato para fregarlo junto a ella. Sus movimientos son pausados, medidos, como si buscara la forma de acercarse a ella sin hacerla sentir invadida.

-"No todo es blanco o negro, antes de decidir qué es lo correcto, debemos entender exactamente qué pasó".

Gina cierra el grifo, se seca las manos con brusquedad y se gira hacia él.

-"Sigues intentando justificarla…", su voz es suave, pero su mirada es dura. —"¿Harías lo mismo si no fuera ella?".

Axel sostiene su mirada, quiere responder de inmediato, darle la certeza que ella necesita, pero la verdad es que no está seguro. Traga saliva y baja la vista a sus propias manos, donde el jabón sigue deslizándose entre sus dedos.

-"No…", susurra, pero la palabra se siente vacía incluso para él.

Gina lo observa un segundo más, esperando quizás algo que él no puede darle en ese momento. Finalmente, sin decir nada más, se da la vuelta y se encamina hacia la habitación, dejando a Axel solo en la cocina, con el sonido del agua goteando en el fregadero como único acompañante.

{Dos semanas después.}

La noche se extiende como un manto de sombras sobre una apartada zona industrial a las afueras de San Antonio. Valeria lleva varias horas apostada en el techo de un edificio de cinco plantas, inmóvil como una gárgola en la oscuridad. Su cuerpo, esculpido por el entrenamiento y la disciplina, está envuelto en su nuevo traje de nanofibras que se ajusta con precisión a cada curva, moldeándose como una segunda piel sobre sus músculos, casi como si no llevara nada.

Lo complementa con unas botas militares de suela antideslizante y punta de acero que descansan sobre la superficie del tejado, mientras sus manos, enfundadas en guantes tácticos anticorte, sostienen con calma un fusil de francotirador Remington M24 XM2010 con supresor apoyado en un bípode, además de su Glock 17 gen 5 que descansa en la funda adherida a su muslo derecho. Sus ojos verdes, fríos e inquebrantables, bajo un ceñido

pasamontañas, escrutan la explanada que se extiende frente a una nave industrial situada a bastante distancia.

A través de la mira telescópica, Valeria estudia a los cuatro hombres que custodian la entrada, los cuales visten chalecos antibalas y empuñan fusiles de asalto AK—47 con la soltura de quienes han disparado antes y lo harían de nuevo sin dudarlo. No parecen especialmente alerta, pero tampoco desprevenidos.

El rugido de un motor irrumpe en la quietud de la noche. Un tráiler avanza pesadamente a través del acceso y se adentra en la explanada, deteniéndose cerca del gran portón de la nave. La puerta metálica se desliza con un chirrido mecánico y otros cuatro hombres emergen del interior, armados igual que los de la entrada.

Los faros del camión iluminan por un instante la escena cuando el vehículo se detiene por completo. Las puertas del vehículo se abren y dos hombres bajan de la cabina, dejando al conductor en su asiento, y entonces, Valeria lo ve.

«¡Ahí estás, mamonazo!»

A través de la mira, su vista se fija en Yaroslav, descendiendo con la arrogancia de quien se cree intocable. Cada uno de sus latidos resuena en su cabeza como un eco lejano, acompasado por su propia respiración. Un leve ajuste en la mira y su cabeza queda alineada con la cruz del visor, mientras sus dedos acarician el disparador, lista para dar comienzo a su asalto, pero entonces, un temblor inesperado sacude su mano.

«Me he convertido en algo que odio… una asesina.»

Parpadea y sacude la cabeza, como si quisiera espantar el pensamiento, pero la duda ya ha echado raíces en su interior. Las sangrientas imágenes de apenas hace dos semanas asaltan su memoria, irrumpen en su mente con crudeza y una claridad abrumadora.

«Yo no disfruto con la sangre… sólo busco justicia. Esa noche… perdí el control, esa no era yo.»

Su mano no para de temblar, por lo que suelta el arma por un instante, gira sobre sí misma y alza los ojos al cielo. Las estrellas parpadean, indiferentes, burlonas en su calma cósmica, ajenas a la tormenta que la desgarra por dentro.

«Pero… ¿y si ese demonio siempre estuvo aquí, escondido en mi interior, siendo parte de mí?»

La idea le atraviesa la mente como un cuchillo helado.

«Disfruté la muerte de Alexander… no puedo negarlo, incluso fue… placentero.»

Un escalofrío, que surge desde su médula, recorre todo su cuerpo, hasta terminar en las extremidades.

«Él me estuvo penetrando un buen rato sin oposición alguna, incluso… mi cuerpo reaccionaba como si lo aceptara, como si me gustara. Lo que me hizo fue horrible, pero realmente yo no lo sentí así. ¿Estaré inmunizada contra la barbarie después de haber sufrido tanto?, ¿fue el veneno?, ¿o fue algo más oscuro que prefiero no admitir?»

Cierra los ojos con fuerza, reprimiendo un sollozo que nunca termina de brotar. Sus pulmones arden al tomar aire, como si buscara en la respiración un refugio que la absolviera de lo que teme ser.

«Tal vez mi cuerpo confundió a mi mente. Tal vez confundí el horror con placer… o quizá hay una verdad que todavía no me atrevo a enfrentar.»

Al abrirlos de nuevo, su mirada ya no vacila. Se ha vuelto dura, afilada, como una hoja recién templada. Recupera el arma, encaja la culata contra su mejilla y ajusta la mira sobre Yaroslav. Su respiración se estabiliza, ahora cada latido retumba con la precisión de un metrónomo.

«Lo que me hizo Grayson me endureció. Me ha enseñado sin quererlo a resistir, incluso a dejar que me violen si eso sirve a un propósito mayor. No soy una víctima, y tampoco una simple asesina.»

Una sonrisa fría le curva los labios bajo el pasamontañas, una mueca tan contenida como aterradora.

«Soy una vengadora.»

-"Podría liquidarte ahora mismo…", susurra en voz baja para sí misma. —"Pero quiero ser lo último que veas, hijo de puta".

{Una semana antes.}

Un lujoso Mercedes negro se detuvo frente a la entrada del club de alterne *Doble Placer*, un antro de luces violetas perdido en algún punto entre Chicago y Naperville. Antes de que el motor se apagara, el conductor ya había salido apresurado para abrir la puerta trasera, de la cual descendió un hombre bajo y rechoncho al que le faltaba el dedo índice de la mano derecha, reemplazado por un guante con un índice dorado que relucía bajo el neón de la entrada.

Desde el otro lado emergió un gigantón encorvado y una joroba prominente, que siguió al enano de cerca con pasos pesados, que retumbaban en la acera mientras se aproximaban a la entrada, donde dos porteros permanecían atentos.

-"Buenas noches, jefe, sin novedad", dijo uno de ellos, abriendo la puerta con deferencia.

El enano asintió y atravesó el umbral sin detenerse. Dentro, el ambiente vibraba con música sensual y risas entrecortadas: clientes de diversas calañas bebían copas caras mientras mujeres exuberantes los rodeaban, coqueteando con la esperanza de que gastaran más, ya fuera en licor o en una habitación de la planta superior.

Los recién llegados ignoraron el espectáculo y avanzaron con paso firme hacia las escaleras. Una vez arriba, dejaron atrás el corredor que llevaba a las habitaciones y continuaron por un pasillo más discreto hasta una puerta al final del mismo. Al abrirla, la luz del despacho se encendió automáticamente, revelando una inesperada silueta en la penumbra.

Una mujer pelirroja con un tercio de cabeza rapada ocupaba la butaca principal, con las suelas sucias de sus botas apoyadas sobre el escritorio que los separaba. Vestía vaqueros rasgados y una entallada camiseta blanca bajo una chupa negra de cuero. Su postura era relajada y desenfadada, pero su presencia llenaba el ambiente.

-"¡TÚ!", exclamó el enano, desenfundando un revólver y apuntándola sin dudar con su mano izquierda.

Valeria no se inmutó, con calma absoluta, deslizó las piernas por encima del escritorio, incorporándose de la silla, y rodeó la mesa con naturalidad, hasta quedar semisentada frente a él, mirándolo directamente a los ojos.

-"¿Necesitas que te recuerde lo que pasó la última vez que me apuntaste con un arma?", preguntó, con una sonrisa ladeada, sin rastro de tensión en su voz.

El cañón del revólver se mantuvo firme, pero la mano que lo sujetaba temblaba mientras el enano intentaba sostenerle la mirada, forzando una seguridad que no sentía. Sabía de lo que ella era capaz y la tranquilidad con la que lo desafiaba lo desarmaba más que cualquier amenaza directa. Finalmente, incapaz de soportar la presión, apartó la vista y bajó el arma con los labios fruncidos.

Valeria sonrió.

-"Sabia decisión", murmuró, poniéndose de pie.

En cambio, el grandullón, con menos luces y más impulsos, no entendió el tenso duelo de miradas. Su reacción fue inmediata cuando la tuvo al alcance: agarró un palo de billar cercano y lo blandió con violencia, descargándolo en un golpe devastador dirigido a la cabeza de Valeria.

Ella lo percibió por el rabillo del ojo y elevó un brazo en el último instante, resultando en un impacto que resonó con un crujido ensordecedor cuando la madera se partió en dos, esparciendo astillas por la estancia. La fuerza del golpe la obligó a inclinarse hacia atrás sobre el escritorio, teniendo que apoyarse con el otro brazo para evitar caer de espaldas.

-"¡Chúpate esa!", exclamó el gigantón, sonriendo con orgullo mientras observaba el palo roto en sus manos.

Pero el enano no celebró, algo no encajaba. Un golpe así debería haberle destrozado el brazo, y sin embargo, Valeria ni siquiera había emitido un solo gemido.

Ella sintió cómo el nanotraje bajo su ropa se contrajo sobre su piel como si estuviera vivo, absorbiendo el impacto y disipando la energía entre sus fibras hasta anularla por completo. Le dolía, pero mucho menos de lo que debería.

Consciente del desconcierto que había provocado, se reincorporó con una calma calculada, dejando claro que el ataque había sido inútil, mientras la expresión de triunfo del gigantón se desmoronaba con la misma rapidez que lo había hecho su arma improvisada.

-"¿Habéis terminado ya?", murmuró Valeria, mientras se ajustaba la chaqueta con indiferencia. —"¿Vamos a hablar o tendré que explicarlo por las malas… otra vez?".

Un silencio denso se instaló en la habitación, tenso e incómodo, hasta que el enano reaccionó.

-"¡Estate quieto, Giba!, es nuestra invitada", gruñó, lanzándole una mirada severa al gigantón. Luego, giró hacia Valeria y levantó las manos en son de paz. —"No quiero problemas".

Valeria, con la misma calma de quien está en su propio despacho, se dirigió al minibar del rincón, caminando con paso relajado, sin prisa ni tensión, como si la situación estuviera completamente bajo su control.

-"Si no quieres problemas, me temo que no has elegido bien a qué dedicarte", comentó, mientras servía dos copas de whiskey.

-"A veces no hay elección", respondió el enano, observándola con cautela. —"Sobrevivimos como podemos".

Valeria regresó con ambas copas con la misma serenidad y se apoyó levemente en el escritorio, ignorando por completo al gigantón.

-"Siempre hay elección", dijo, extendiéndole una de las copas.

El enano la aceptó sin apartarle la mirada y tomó asiento en una de las sillas frente a ella. Con un leve gesto de la cabeza, indicó a Giba que hiciera lo mismo y el grandullón obedeció en silencio.

-"¿Y qué es lo que quieres?", preguntó, tras dar un sorbo al whiskey.

Valeria los observó unos instantes, bebiendo también de su vaso, disfrutando del licor antes de responder.

-"He estado haciendo preguntas aquí y allá… y últimamente se escucha demasiado el nombre de *Retaco* en ciertos círculos… cómo decirlo… poco confiables".

-"¿Y?, no me dice nada ese nombre", respondió él con fingida indiferencia.

Valeria arqueó una ceja y le dedicó una mirada cargada de intención.

-"No te hagas el listo conmigo, sé que Retaco eres tú".

El enano fingió sorpresa, llevándose una mano al pecho.

-"¿Qué tonterías dices?, yo me llamo Hill, King Hill".

El ceño de Valeria se frunció de inmediato, con su expresión dejando claro que hablaba muy en serio.

-"Vuelve a mentirme y no te quedarán dedos para hacerte pajas".

Los dos se sostuvieron la mirada durante un largo segundo hasta que Hill, incapaz de soportar la presión, desvió la vista y asintió con resignación.

-"De acuerdo, tú ganas. ¿Y qué si uso ese sobrenombre en alguno de mis negocios?, lo hago por seguridad".

-"¿Por seguridad?, ¿o porque no quieres que don Giovanni se entere de que eres tú el que ha vendido información sensible a los rusos. Concretamente; sobre ciertos pisos francos de los italianos?", murmuró Valeria antes de llevarse el vaso a los labios.

Hill apartó la vista, intentando disimular el nerviosismo, que no pasaba desapercibido para la perspicaz mirada de Valeria.

-"Yo soy completamente neutral, siempre lo he sido, gano dinero con ambos bandos y no tengo interés en perjudicar a nadie".

Valeria sonrió con un deje de burla.

-"Excepto cuando el dinero que hay sobre la mesa pesa más que tu supuesta neutralidad".

-"¿Te envía don Giovanni?", preguntó Hill con falsa indiferencia.

—"¿Qué eres, su matona? Dile que yo no sé nada".

Valeria chasqueó la lengua con impaciencia y bajó la mirada por un breve instante, antes de volver a fijarla en él, esta vez con un brillo inquisitivo.

-"Mira, me importan una mierda los líos entre los rusos y los italianos", dijo con firmeza. —"Pero quiero cierta información

que sé que tienes y me la vas a dar… o te aseguro que don Giovanni se enterará de lo que haces con los rusos a sus espaldas. Sea cierto o no, creerá lo que yo le diga, y te aseguro de que no te gustará lo que pasaría después".

El enano la miró en silencio. El tiempo pareció dilatarse mientras apuraba lo que quedaba en su vaso, hasta que finalmente, suspiró, rindiéndose.

-"Está bien, tú ganas, ¿qué quieres saber?".

-"Quiero todos los detalles sobre los intercambios de Yaroslav Kuznetsov con los mexicanos. Y no te dejes nada… o la próxima vez volveré con otras intenciones".

{De vuelta al presente, en la explanada entre las naves.}

-"Я хочу, чтобы прицеп был на той стороне", ordena Yaroslav, haciendo un gesto con la mano al conductor del camión.

El motor del tráiler resopla cuando el hombre obedece sin titubeos, maniobrando con precisión hasta colocarlo en la posición indicada. Un par de sus hombres se acercan de inmediato y comienzan a desenganchar la cabeza tractora sincronizadamente, y una vez separada del remolque, el conductor la lleva hasta un garaje cercano, donde queda resguardada.

Mientras tanto, Yaroslav no aparta la vista de la pantalla de su teléfono móvil, con sus ojos oscuros brillando bajo la tenue luz azulada del dispositivo.

-"Всем соблюдать меры предосторожности, они скоро прибудут", ordena con voz firme.

Los hombres asienten, dispersándose con rapidez por la zona sin necesidad de más palabras, tomando posiciones estratégicas, preparados para cualquier imprevisto.

El tiempo transcurre lentamente en la penumbra, hasta que, veinte minutos después, el rugido de otro motor rompe el silencio. Un segundo tráiler avanza por la carretera desierta y se detiene ante la entrada.

Los vigilantes se acercan a la cabina y conversan brevemente con los ocupantes durante apenas unos segundos antes de que la barrera se levante y el camión avance de nuevo, dirigiéndose al punto de encuentro.

Al llegar, las puertas del vehículo se abren con un leve rechinar de bisagras y cuatro hombres mexicanos descienden con confianza, aunque saben que la traición siempre es una posibilidad latente. Tres de ellos portan subfusiles Uzi en sus manos, mientras el cuarto hombre, a simple vista desarmado, avanza con paso relajado, portando un impecable sombrero de cowboy blanco que contrasta con la oscuridad circundante.

-"Buenas noches, amigo", saluda el mexicano en perfecto español con una sonrisa fácil, extendiendo su mano.

Yaroslav responde con una expresión igualmente afable, correspondiendo el apretón con fuerza.

-"Hola, Diego. ¿Cómo logras mantener ese blanco tan limpio?", responde el ruso, en inglés.

Diego suelta una sonora carcajada, tocando el ala del sombrero con un gesto teatral.

-"Sólo un mexicano puede conocer ese secreto, amigo", responde con un guiño, esta vez en inglés.

Sus ojos dirigen su atención al remolque estacionado, recorriéndolo con el escrutinio de alguien que no deja cabos sueltos.

-"Ese es el camión con el dinero, ¿no es así?".

-"Así es", asiente Yaroslav, dando un leve golpe en la carrocería metálica. —"Cargado con tomates y pimientos frescos, como me pediste. El dinero está oculto y precintado en las paredes del remolque, incluyendo el techo".

Le entrega un documento junto con una carpeta gruesa de aspecto sobrio mientras sigue hablando.

-"Aquí tienes el desglose de la distribución del dinero y toda la documentación necesaria para cruzar la frontera".

Diego toma los papeles y los ojea con la precisión meticulosa de alguien que ha revisado demasiados cargamentos en su vida, tomándose su tiempo, analizando cada página, aunque su expresión no denota sorpresa, todo parece en orden.

-"Fantástico, da gusto hacer negocios con gente que se toma su trabajo en serio".

Hace un gesto con la cabeza y, al instante, sus hombres se ponen en movimiento sin perder un solo segundo, comenzando a desenganchar la cabeza tractora de su propio remolque.

-"La cocaína va en el doble fondo de las cajas, justo debajo del tequila", explica Diego con calma. —"Y la heroína está distribuida en las paredes del remolque, encontrarás hasta el último gramo que acordamos".

Yaroslav asiente con satisfacción.

-"Cuento con ello, como siempre".

Pasados unos minutos de maniobras, la cabeza tractora de los mexicanos queda acoplada al remolque de los rusos y uno de los hombres de Diego se acerca con paso decidido.

-"Ya estamos listos, señor Acosta".

Diego asiente, girándose hacia Yaroslav con una última sonrisa.

-"Hasta la próxima, amigo", vuelve a decir en español.

Ambos estrechan sus manos con firmeza, dando el pacto por sellado en la penumbra de la noche.

Pero justo en ese instante, el blanco inmaculado del sombrero de Diego estalla en una mancha escarlata. Un proyectil lo atraviesa limpiamente, y en un parpadeo, fragmentos de hueso y materia gris se dispersan en el aire como metralla sangrienta. El chorro cálido salpica a Yaroslav, tiñéndole el rostro y el traje con el hedor metálico de la muerte.

Diego apenas alcanza a emitir un gruñido gutural antes de desplomarse pesadamente a los pies del ruso, que permanece inmóvil, petrificado por una fracción de segundo.

El silencio se quiebra de golpe; lo que era un pacto queda reducido a un charco rojo que se extiende implacable entre ambos. Y entonces, la conmoción da paso al caos.

El estruendo de disparos irrumpe en la noche, la confusión se apodera de ambos bandos cuando los hombres, aún sin saber de dónde vino el ataque, abren fuego unos contra otros en un tiroteo feroz. La balacera es breve pero letal, los tres mexicanos con Uzis

caen en segundos, sacudidos por ráfagas de plomo, mientras que los rusos sólo pierden a uno de los suyos en el intercambio.

El conductor del tráiler pisa a fondo el acelerador en un intento desesperado de escapar, pero su huida se ve truncada de inmediato, pues un disparo certero atraviesa el parabrisas y le destroza el cráneo. Ya sin conductor, el camión queda fuera de control, arremetiendo contra la valla y derribándola con facilidad antes de estrellarse contra el muro de una nave contigua, dejando a su paso un reguero de destrucción.

Los rusos, convencidos de haber recuperado el control, rodean el camión accidentado y recogen a su compañero caído. Lentamente, la calma vuelve a la escena… salvo para Yaroslav, que sigue inmóvil frente al cadáver de Diego, con la mente acelerada, intentando procesar lo que acaba de ocurrir.

Entonces, su instinto le grita la verdad.

-"Это были не они, был кто—то другой", exclama con furia.

Los hombres se tensan, sin comprender del todo sus palabras, hasta que un nuevo disparo rompe la quietud y otro ruso cae al suelo con un agujero limpio en la frente. Ahora saben que el enemigo sigue ahí.

Sin perder un segundo, todos buscan cobertura de manera caótica, sin saber desde qué dirección les están atacando. Pero Yaroslav no necesita más pistas, sus ojos recorren la escena y, al analizar la posición del cuerpo de Diego, entiende de dónde vienen los disparos.

-"Они пришли с востока", grita.

La orden es clara, y los rusos corrigen su posición, apuntando en la dirección indicada, pero uno de ellos es demasiado lento, un nuevo proyectil le impacta en la cabeza, que estalla en una nube de sangre caliente, astillas de hueso y masa encefálica.

Yaroslav entonces lo ve: un destello en la distancia; el fogonazo del disparo.

-"вон там", señala con el dedo.

Al instante, una lluvia de balas se precipita sobre la posición de Valeria. Ella apenas tiene tiempo de reaccionar antes de que su cobertura se convierta en una trampa mortal, y sin dudarlo, rueda

hacia un costado, levantándose de un salto y corriendo hacia una tirolina previamente colocada. Se lanza con soltura, deslizándose rápidamente por el cable sobre la carretera contigua, aterrizando entre unos matorrales al otro lado.

Desde su nueva posición, observa cómo tres hombres corren por la carretera hacia el edificio donde estaba hace apenas unos segundos. Sin perder tiempo, ajusta su mira y aprieta el gatillo.

El primero cae con un grito desgarrador cuando su rodilla se pulveriza bajo la fuerza de la bala, desplomándose de bruces y sollozando de dolor. Los otros dos reaccionan con rapidez, disparando en su dirección, con las ráfagas de plomo destrozando hojas y ramas, pero Valeria ya no está allí.

Un nuevo disparo alcanza al segundo ruso que se retuerce al recibir el balazo en el hueco entre el cuello y el chaleco.

El tercero, al ver la situación, decide retroceder hasta la cobertura de un muro, pero justo antes de alcanzarlo, una bala le perfora el glúteo, haciéndolo caer de rodillas. Aún así, consigue arrastrarse hasta la pared, aunque ha perdido su AK—47 en el proceso.

Valeria cruza la carretera con la Glock en mano para flanquear al herido, habiendo dejado atrás su rifle, sin embargo, justo cuando está a punto de alcanzar otra cobertura, dos disparos sorpresivos la golpean con brutalidad en el muslo y el costado. El atacante es el hombre al que antes destrozó la rodilla, que en un último acto de resistencia, ha disparado una ráfaga en su dirección, soportando el dolor lo suficiente para apretar el gatillo antes de desmayarse.

Los impactos arrojan a Valeria al suelo con violencia, arrancándole un gruñido ahogado. El nanotraje ha detenido los proyectiles, evitando que la perforen, pero los impactos se han sentido como el golpe de un bate de béisbol directo a las costillas. El dolor le roba el aliento durante unos segundos, dejándola tendida en el suelo, mientras desde allí, ve a su atacante inconsciente, pero aún con vida, así que, sin dudarlo, levanta su arma y dispara, ejecutándolo en el acto. Una bala en la cabeza asegura que no vuelva a cogerla desprevenida.

El tercer ruso, parapetado tras el muro, apenas asoma lo justo para disparar varias veces con su arma secundaria. Uno de los proyectiles impacta en el hombro de Valeria, arrancándole un quejido ronco, mientras un dolor agudo se expande por su brazo. Antes de que el enemigo pueda alinearla de nuevo, ella reacciona, disparando una única vez, un disparo recto y certero, que le atraviesa el cráneo, entrando por la cuenca ocular. El cuerpo se desploma inerte, dejando un reguero oscuro mientras la pared que lo protegía se tiñe con el rojo de la muerte.

Valeria se retuerce en el suelo, respirando con dificultad y apretando los dientes para no gritar. El nanotraje ha vuelto a salvarla: donde debería haber un orificio sangrante, sólo queda un moretón creciente bajo el nanotejido. A pesar de no resultar mortales, cada impacto lo siente como una daga ardiente clavándose en su carne.

Inspirando hondo, lucha por recuperar el aliento y se obliga a incorporarse, apoyando una mano en el suelo para estabilizarse mientras su corazón late con violencia, afilando su mente con una determinación férrea.

«Vamos, Val… levántate. La batalla no ha terminado.»

Cuando se recupera, reanuda la carrera por los callejones entre las naves sin perder más tiempo, su respiración vuelve a ser controlada y sus sentidos están en alerta. Al llegar a una esquina, se detiene en seco al escuchar pasos apresurados acercándose desde el otro lado. Se pega a la pared agazapada en el saliente, calibrando el ritmo de los pasos, y espera, controlando su pulso, manteniéndolo firme, y en cuanto los tiene justo encima, actúa.

Surge de repente, atrapando a sus enemigos en su emboscada. El primero apenas tiene tiempo de reaccionar antes de que ella agarre su fusil con ambas manos y lo haga girar, a la vez que una patada explosiva en el estómago lo lanza hacia atrás, obligándole a soltar el arma con un gruñido de dolor.

El segundo levanta su AK—47 para disparar, pero su compañero bloquea la línea de fuego, por lo que maldice entre dientes, suelta el rifle y desenvaina un cuchillo, lanzándose a por

ella. El primero, ya recuperado, lo imita, rodeándola entre los dos, con las afiladas hojas reluciendo en la penumbra.

Valeria tantea la empuñadura de su pistola con los dedos, pero decide no usarla, no todavía.

«A ver cómo responde el traje en las distancias cortas.»

Un destello feroz cruza sus ojos: quiere sentir el choque directo, la crudeza del cuerpo a cuerpo, el pulso rabioso de la adrenalina. Suelta la pistola, levanta los brazos en guardia y agita las manos con un gesto provocador, desafiante, invitándolos a acercarse. Una sonrisa apenas dibujada se curva bajo el pasamontañas, como si el peligro mismo la alimentara.

El primer atacante lanza rápidas estocadas, Valeria esquiva las dos primeras con elegancia, pero la tercera va directa a su abdomen. En un movimiento fluido, cuando la punta apenas la roza, consigue atrapar la muñeca del ruso, inmovilizando su brazo con el cuchillo en alto, y está a punto de arrebatárselo cuando el segundo enemigo aparece por su costado, con la su hoja buscando directamente el cuello.

No puede arriesgarse a ser alcanzada, el nanotraje cubre sólo la mitad de su cuello, y si el filo la alcanza en la zona descubierta sería su fin, por lo que suelta al primero en el último instante, echando la cabeza hacia atrás para evitar el corte, sintiendo como el aire silba peligrosamente cerca.

Los dos hombres, toman aliento de nuevo y reanudan su ofensiva, atacando en perfecta sincronía, obligándola a mantenerse a la defensiva, esquivando las ráfagas de cuchilladas con movimientos precisos. A pesar de los entrenados reflejos de Valeria, es alcanzada por los filos en varias ocasiones, rozando su piel reforzada, y como era de esperar, el nanotraje demuestra su valía de nuevo, pues ningún ataque la atraviesa, ni la corta.

Tras unos segundos de combate frenéticos, los hombres empiezan a jadear con sus músculos ardiendo por el esfuerzo, mientras Valeria, en cambio, sigue respirando con calma. Ese es su momento; cambia de ritmo en un parpadeo y lanza una patada devastadora al primero, arrebatándole el cuchillo de un golpe certero en la muñeca. En la misma maniobra, gira con velocidad y su talón

impacta en la sien del segundo, haciéndolo tambalearse, y antes de que ninguno pueda reaccionar, nuevas patadas los mandan al suelo a ambos.

Valeria los observa desde arriba, erguida, saboreando la victoria, sintiendo como su corazón bombea orgullo en lugar de sangre.

-"Os felicito, habéis peleado bien", dice con una frialdad implacable.

Sin más, ahora sí, empuña su pistola y dispara. Dos disparos resuenan en la oscuridad, dos cuerpos quedan inertes en el suelo.

-"Lo siento, pero no puedo dejar testigos", murmura, impasible.

{En el interior de la nave principal.}

Yaroslav se mueve con prisa, dirigiéndose hacia su propia cabeza tractora, dispuesto a marcharse de allí sin mirar atrás, mientras los últimos dos hombres vigilan los alrededores.

Apenas el motor comienza a rugir al encenderse, las detonaciones de las armas de fuego invaden el lugar con una atronadora sucesión de estruendos ensordecedores. El eco de los disparos se disipa tan rápido como ha llegado, dejando tras de sí los cuerpos inertes de los dos últimos hombres de Yaroslav, ante la nerviosa mirada de este.

El corazón del ruso da un vuelco, que con un respingo sobre el asiento, agarra el volante y, sin dudar, pisa el acelerador. Pero, antes de que el camión llegue a moverse, algo cae desde el techo de la cabina, cruzando la ventanilla del copiloto con los pies por delante y, en un parpadeo, se encuentra sobre él, atrapando su brazo derecho, retorciéndolo con fuerza y doblándolo contra su espalda hasta hacerle crujir los tendones.

La mejilla de Yaroslav se estampa contra el frío cristal de la ventanilla, deformándose bajo la presión mientras forcejea desesperadamente, sintiendo la respiración de la atacante sobre su cuello, que busca inmovilizarlo con una brida que saca de su cinturón táctico.

Desesperado, tantea la puerta con su única mano libre, buscando a ciegas la manivela, hasta que finalmente la encuentra,

tira de ella con fuerza y la puerta se abre de golpe, arrojándolos a ambos al vacío, que caen pesadamente al suelo.

Valeria se precipita de cabeza y se ve obligada a soltarlo para protegerse de la caída, rodando sobre sí misma para incorporarse aprovechando la inercia, pero antes de que pueda realizar la maniobra, un pie le golpea el rostro con violencia, lanzándola de espaldas con un chorro de sangre empapando el interior de su pasamontañas.

Yaroslav no le da respiro, antes de que pueda levantarse, se le echa encima con un cuchillo en mano, apuntando directamente a su pecho. Valeria consigue atrapar sus antebrazos en el último segundo, deteniendo el avance de la hoja a escasos centímetros de su cuerpo.

Ella tiembla por el esfuerzo mientras su enemigo gruñe sobre ella, empujando con todo su peso para atravesarla.

-"¡Voy a desmembrarte!", brama Yaroslav con rabia, escupiendo sobre su rostro encapuchado.

Ella no emite sonido alguno, concentrada en frenar la presión creciente de su enemigo, sin embargo, su resistencia se resquebraja poco a poco, pues el ruso es más fuerte y la gravedad está de su parte. Lentamente, la punta del cuchillo comienza a perforar el nanotejido de su traje ante la inacción de la tecnología, ya que, al no haber un impacto con velocidad que active el sistema de protección cinética, las nanofibras no reaccionan. El filo avanza paulatinamente, abriéndose paso a través de la carne al dejar el traje atrás, directo hacia el hueco entre la tercera y la cuarta costilla, a la derecha del esternón.

Un ardor punzante se extiende en el pecho de Valeria, recorriendo todo su cuerpo, mientras Yaroslav sonríe con satisfacción, saboreando la cercana victoria. Aunque algo no encaja: la encapuchada no grita, no se retuerce, ni siquiera parece desesperada, únicamente sigue empujando con todo su ser, concentrada en sus músculos, que tiemblan por el titánico esfuerzo.

Yaroslav gruñe, ansioso, quiere terminar de una vez, por lo que se incorpora ligeramente dispuesto a dejar caer todo su peso en un

empuje definitivo, un golpe brutal que la atraviese de una vez por todas. Sin embargo, no percibe el error en su impaciente maniobra.

Valeria detecta el instante en que la presión cede levemente y no lo desperdicia. En cuanto tiene algo de espacio, eleva su rodilla con toda la fuerza de sus piernas y la estrella contra la entrepierna del ruso, provocando que se sacuda en un espasmo de dolor que le lleva a perder el equilibrio, lo justo para que ella pueda girar con un impulso de cadera, zafándose de su sofocante prisión. Valeria rueda hacia un lado, con la sangre asomando por la hendidura del traje, y Yaroslav se retuerce hacia el contrario, maldiciendo entre dientes con los testículos doloridos.

En cuanto se recompone, sin tomarse ni un solo segundo para ponerse de pie, Yaroslav regresa al ataque desde el suelo, blandiendo el cuchillo con renovado ímpetu, propinando estocadas rápidas y violentas, buscando cualquier rendija en la defensa de Valeria. Ella, en cambio, con la agilidad de una serpiente a la defensiva, esquiva cada tajo contoneando su cuerpo con una precisión casi reptiliana.

La hoja centellea al golpear el suelo una y otra vez, arrancando chispas en su frenesí asesino. Cada chasquido metálico alimenta la furia y la impotencia del ruso, que lanza embestidas cada vez más desesperadas, en cambio, Valeria no pierde la concentración, permanece atenta, paciente, esperando el momento preciso para contraatacar. El cansancio se instala en los movimientos de Yaroslav, sus ataques pierden velocidad, su respiración se vuelve errática, y entonces, la oportunidad llega.

Un tajo corta el costado de Valeria, pero esta vez, el traje reacciona activando la protección cinética, que desvía la cuchillada hacia el suelo con un destello de energía. Yaroslav sonríe con satisfacción, convencido de haberle hecho daño, pero su expresión se transforma en una mueca de desconcierto al ver que su golpe no ha surtido efecto alguno.

Ese segundo de duda le cuesta caro, pues es aprovechado por Valeria, que ve el resquicio en su defensa y atrapa su muñeca con una mano mientras con la otra sujeta la corva de su brazo. En el mismo movimiento, gira bruscamente ambas manos en direcciones

opuestas, y la articulación cede con un chasquido seco, haciendo resbalar el cuchillo de sus dedos, el cual cae al suelo trás ella.

Sin soltarlo ni un ápice, Valeria se desliza a su espalda, retorciendo su brazo aún más con una llave implacable. Yaroslav forcejea, gruñe, lucha por liberarse, pero ya es inútil, su resistencia sólo sirve para empeorar su propia situación. Ella no se conforma con inmovilizarlo; sigue aplicando más y más presión hasta que la extremidad cede con un crujido espeluznante, que resuena con fuerza, extendiéndose por la nave. Un alarido desgarrador brota de la garganta del ruso cuando su brazo queda reducido a un miembro inerte colgando a un lado de su cuerpo.

-"¡Te voy a matar!", brama, retorciéndose de dolor.

Valeria se incorpora con calma, plantando los pies con firmeza a ambos lados de su enemigo, triunfante, mientras su silueta se recorta imponente bajo la luz mortecina del lugar, contemplando al ruso desde las alturas con desdén.

-"Voy a matar a todos los que te hayan importado alguna vez", gruñe Yaroslav desde el suelo.

-"Para eso, antes tendrás que saber quien soy", sisea ella con burla.

Valeria lleva ambas manos a su rostro y, con movimientos deliberadamente lentos, retira el pasamontañas y su cabello se desliza por su hombro, liberado al fin, observando al ruso directamente a los ojos, con su expresión endurecida.

Yaroslav la reconoce al instante, ensanchando su mirada en una fracción de segundo antes de que una carcajada gutural rompa el aire.

-"¡¿De qué coño te ríes?!", pregunta ella con extrañeza, sorprendida por la reacción.

El ruso la observa divertido, como si el dolor hubiera dejado de afectarle de repente.

-"¿Te acuerdas, verdad?".

Valeria frunce el ceño, desconcertada.

-"¿Acordarme de qué?".

La sonrisa de Yaroslav se ensancha todavía más, con una malicia enfermiza.

-"Si estás aquí, haciendo esto… es porque te acuerdas. ¡Oh, claro que te acuerdas!", lanza un gapo a su bota y suelta una risita ronca. —"Lo estoy viendo como si fuera ahora mismo… cuando te la metía hasta el fondo en ese lindo trasero que tienes. Uff… ¡qué bien lo pasamos! Tienes uno de los mejores culos que me he follado".

El rostro de Valeria se tensa y planta su pie de golpe en el pecho de Yaroslav, aplastándolo contra el suelo.

-"¡Cállate!".

Pero él no grita, ni suplica, sólo sigue riendo, con la mirada recorriéndola de arriba abajo.

-"Me he pajeado muchas veces recordando cómo rebotaban tus nalgas cuando te penetraba bien duro", su voz se vuelve más viscosa, lasciva. —"Y el sonido al azotarte… ¡música para mis oídos!".

Los dientes de Valeria rechinan, su respiración se agita, sus puños se crispan y la furia crece en su mirada como una tormenta desatada.

-"¡He dicho que te calles, bastardo!".

Con un rugido de ira, se deja caer sobre él, rodeando su cuello con ambas manos y apretando con todas sus fuerzas, hasta sentir el latido desesperado bajo sus palmas.

Yaroslav intenta pronunciar algo, pero sus palabras se disuelven en un jadeo entrecortado.

-"Eres… u—un… p—put…".

-"¡Cierra la maldita boca de una vez!", brama Valeria, estrujando su tráquea sin piedad.

La risa de Yaroslav finalmente se apaga y sus ojos se abren desorbitados, inyectados en sangre, mientras su rostro se torna amoratado y sus piernas tiemblan en espasmos cada vez más débiles hasta que el cuerpo se rinde a la nada. El oxígeno ha dejado de alimentar su cerebro y, en un último estertor convulso, todo se apaga, quedando el silencio, denso y absoluto.

Valeria no pestañea. Permanece encima de él, con los dedos hundidos aún en su garganta y la respiración rota de rabia, sintiendo cómo la furia sigue ardiendo en su pecho como brasas

incandescentes. Sólo cuando la carne bajo sus manos pierde calor y el ruso comienza a sentirse gélido, sus músculos ceden, y con ellos, la cólera, que se disipa, dejando tras de sí un vacío helado que la cala hasta los huesos.

-"¡Puto desgraciado!", maldice, escupiendo con odio a su rostro inerte.

El descenso de la adrenalina abre paso a otra tormenta: la máscara de hierro que se resquebraja y, de golpe, emerge la muchacha herida que todavía habita dentro de ella. Un sollozo contenido estalla en llanto, desgarrador, que empapa su rostro hasta nublarle la visión.

-"El infierno es un lugar más adecuado para ti, degenerado", murmura, apretando los dientes.

Entre lágrimas, Valeria enfoca el cadáver bajo ella… y se queda inmóvil. La mueca de Yaroslav no es de pánico ni de derrota, en su rostro muerto persiste una sonrisa retorcida, un gesto demencial que rezuma lascivia y deleite. Aun en su último aliento, parece haber disfrutado del tormento, como si la derrota final también formara parte de su enferma victoria.

-"¡Nooo!", ruge Valeria, desgarrándose la garganta. —"¡Gano yo, no tú, hijo de puta!".

Un alarido primitivo brota de lo más hondo de su pecho y sacude el aire como un eco animal, rebotando en cada rincón del lugar hasta volverse un rugido interminable. Su grito no es sólo furia, es un intento desesperado de convencerse a sí misma de que la victoria le pertenece a ella y no a él.

Pero cuando el silencio regresa, sofocante, la realidad la golpea. A pesar de que a su alrededor sólo quedan los cuerpos destrozados de sus enemigos mientras ella sigue en pie, el vacío se abre paso en su interior y, pese a que todos los demás han caído frente a ella, no puede evitar preguntarse si de verdad ha vencido… o si lo único que ha conseguido es perderse a sí misma.

{Un día después, en la comisaría del distrito central. A primera hora de la mañana.}

Axel se dirige a la zona de laboratorios y encuentra a Tim, del departamento forense, quien nada más verlo, se incorpora y extiende una carpeta en su dirección.

-"Déjame adivinar, vienes a preguntar por esto", dice, entregándole los documentos.

Axel echa un vistazo rápido al título en la portada:

Inspección Ocular Técnico Policial.
Análisis de ADN.
Caso: Demonio Rojo.

-"En efecto, nunca fallas… ¿algo qué destacar?". Tim se cruza de brazos con expresión pensativa.

-"Pues… empezaré diciendo que el análisis balístico coincide con lo visto en las grabaciones y con los testimonios de los testigos. Y sí, encontramos proyectiles impregnados con la sangre de… bueno, de *eso*… de ella".

-"Bien, ¿tenemos coincidencias de ADN?", pregunta Axel, pasando las páginas del informe.

Tim lleva una mano al mentón y suspira.

-"Ahí está el problema. No hemos podido obtener ningún perfil genético de la sangre, y eso que la había en cantidad".

La expresión de Axel cambia por completo.

-"¡¿Qué?!".

Tim levanta las cejas y muestra una mueca de desconcierto.

-"La sangre estaba muy deteriorada, como si hubiera sido tratada con algún tipo de agente químico desconocido o, en su defecto, como si hubiera pasado demasiado tiempo desde que se derramó. Pero, evidentemente, esto último no es posible".

Axel ojea rápidamente el informe de ADN, con sus ojos recorriendo las líneas con incredulidad.

-"¿Cómo es posible?".

-"Lo que más me sorprende es…", continúa Tim, señalando un gráfico. —"Que la sangre de las víctimas está completamente

intacta. Si alguien hubiera rociado la sustancia con un aerosol o algún otro método, debería haber afectado a toda la escena. Y por si fuera poco, hay algo más…".

Hace una pausa, toma un par de hojas de la carpeta y se las muestra a Axel.

-"¿Ves estas cantidades?".

-"Sí", responde Axel, observando los valores con detenimiento.

-"Perdió muchísima sangre, cualquier persona normal estaría muerta, o como mínimo, inconsciente. Además, según las pruebas, recibió multitud de impactos de bala… definitivamente, nadie puede sobrevivir a eso".

Axel repasa los datos una y otra vez, como si intentara encontrar una clave oculta en las cifras.

-"No puede ser… algo se nos escapa".

-"Las pruebas son las que son", lamenta Tim.

Axel cierra los ojos un momento, tratando de ordenar sus pensamientos.

-"¿Entonces qué?, ¿me estás sugiriendo que la asesina no es humana?, ¿es una criatura sobrenatural surgida del infierno?, ¿una vampiresa o súcubo?".

Tim se encoge de hombros y levanta las palmas.

-"Sabes que no creo en esas cosas… pero, sorprendentemente, ahora mismo parece la explicación más plausible".

Axel niega con la cabeza.

-"No, no puede ser, alguien ha preparado esto, las pruebas han tenido que ser manipuladas, creo que hay algo más grande detrás de todo. Que no encontremos la explicación no significa que no la tenga".

Tim asiente con un leve suspiro.

-"Estoy de acuerdo, pero hasta ahora, esto es lo que tenemos".

Axel cierra la carpeta con determinación y se dirige hacia la salida.

-"Gracias, Tim. Voy a avisar a Jarvis y a darle novedades al comandante".

Tim se despide con un gesto de la mano mientras Axel sale del laboratorio, con más preguntas que respuestas.

Axel camina hacia la mesa de Jarvis cuando se cruza con Gina, quien lleva puesto un chaleco antibalas. Sus miradas se encuentran, y por un instante, el tiempo parece detenerse. Ambos se saludan con una cordialidad tensa, como si un muro invisible se alzara entre ellos.

-"¿Tienes alguna intervención?", pregunta Axel, intentando sonar casual, aunque la inquietud se filtra en su tono.

Gina baja levemente la mirada, como si le pesara lo que está a punto de decir.

-"Lo siento, Axel…".

Él frunce el ceño, extrañado.

-"¿Lo sientes?".

-"No te lo he dicho, pero puse un equipo de vigilancia y han visto a Valeria entrando en la mansión del fallecido Leonardo Castelli hace poco".

Los ojos de Axel se abren y parpadea con sorpresa, mientras intenta procesar la información que se le clava en el pecho.

-"¡¿Has metido al departamento en esto?!", pregunta, en un tono bajo, como si aún intentara convencerse de que ha oído mal.

-"De verdad, lo siento, pero tú no estás haciendo nada por capturarla", responde Gina con suavidad, aunque hay una firmeza latente en su voz.

Axel aprieta la mandíbula, atrapado entre emociones encontradas.

-"Comprendo que quieras encargarte tú, por vuestro pasado…", continúa ella, con cautela. —"Aunque considero que deberías mantenerte al margen, precisamente por eso mismo".

Axel suelta un suspiro profundo y aparta la mirada, buscando las palabras adecuadas en el vacío.

-"Gina… entiendo tu postura, de verdad, pero creo que estás cometiendo un error".

Ella también suspira y, por un instante, su expresión se suaviza.

-"Axel… te quiero", admite con un hilo de voz y la vulnerabilidad tiñendo cada sílaba. —"He pensado mucho

desde nuestra discusión del otro día… y no deseo que lo nuestro termine, pero ella… ella está suponiendo una barrera importante".

Axel alza las manos y las apoya con delicadeza en los hombros de Gina, tratando de transmitirle todo lo que siente sin necesidad de hablar.

-"Yo también te quiero, Gina", murmura con tono conciliador. —"Pero pienso que tampoco estás siendo objetiva con Valeria".

Ella alza la vista y sus ojos se encuentran en un duelo silencioso de emociones intensas.

-"Prometo ser justa con ella, Axel… pero debe responder por lo que ha hecho, y lo sabes".

Un tenso silencio se extiende entre ambos mientras se miran fijamente. Finalmente, tras unos segundos, Axel cede.

-"De acuerdo… lo dejo en tus manos", dice en voz baja, con una mezcla de resignación y confianza. Luego, se acerca un poco más y la envuelve en un abrazo firme. —"Pero vuelve a llamarme *Ax*… me gusta cuando lo haces", susurra junto a su oído.

Gina esboza una leve sonrisa, un reflejo del cariño que comparten, pero no responde, sólo se aferra a él un segundo más de lo necesario antes de separarse lentamente.

-"¿Cómo tienes pensado capturarla?", pregunta él al fin, tratando de recuperar el enfoque.

-"Travis me ha asignado dos equipos SWAT, vamos a asaltar la mansión".

Axel enarca las cejas, nublado por la sorpresa.

-"¿Un asalto?".

Gina asiente con seguridad.

-"Es necesario ir preparados, sabes de lo que es capaz. Aunque no tengamos pruebas, sigo pensando que la del puerto fue ella".

Axel aparta la mirada, procesando el riesgo que eso implica.

-"Ya… lo sé…".

-"No le pasará nada, si es lo que te preocupa", asegura Gina.

Él la observa fijamente, como si intentara descifrar hasta el último matiz de su expresión.

-"Confío en ti… pero ten cuidado, no quiero que ninguna de las dos salga herida".

Gina le sostiene la mirada, y por un instante, su determinación se tambalea ante la intensidad de sus palabras.

-"Lo tendré", afirma al final, aunque su voz ya no suena tan firme.

LA FUGITIVA

parte 2

A primera hora de la mañana, el motor de la Indian Scout ruge como un trueno entre las calles silenciosas del vecindario que rodea la mansión de Leonardo. Al llegar, la puerta del garaje se enrolla hacia arriba con un chirrido mecánico, dando paso a la moto, que se interna en el interior con el estruendo rebotando contra las paredes de hormigón, llenando el espacio rápidamente.

Valeria se baja con movimientos pesados, arrastrando el peso de todo un día de viaje sin apenas descanso sobre los hombros. Camina lentamente, agotada, deja caer su mochila con el equipo sobre una encimera, y sin detenerse, se encamina hacia la escalera que lleva a la planta principal.

A medida que avanza por el pasillo, bañado por los primeros rayos del amanecer que se filtran por las ventanas, comienza a despojarse de la ropa sin prestar atención a dónde cae. Primero las botas, que golpean el suelo con un sonido sordo a cada lado del corredor; luego los vaqueros, que quedan colgando descuidadamente del pomo de una puerta; finalmente, la chaqueta, que deja caer sin ceremonias en medio del camino, aunque antes de soltarla, saca del bolsillo una pequeña llave de proximidad con forma de pastilla metálica.

Entra en uno de los baños, cubierta únicamente por el nanotraje, que se ciñe con exactitud a su cuerpo. Al pasar la llave por la base del cuello, el traje emite un suave zumbido y comienza a perder rigidez, despegándose lentamente de su piel como si fuera una serpiente mudando. En unos segundos, queda completamente desnuda, salvo por un microtanga negro que apenas cubre lo esencial.

Se queda inmóvil frente al espejo, pensativa, y durante un instante, su reflejo se distorsiona: toda su melena crece y vuelve a teñirse de un rojo anaranjado vibrante, sus ojos se tornan amarillentos y llenos de furia, y una sonrisa feroz, inhumana, deja al

descubierto unos colmillos afilados como cuchillas. La visión la sobresalta y eleva el puño con fuerza, lista para romper el cristal y borrar esa imagen infernal.

-"¡Déjame en paz, maldito demonio!", grita.

Lanza el puño, pero se detiene justo antes del impacto y su reflejo vuelve, sólo está ella… cansada, herida, humana.

Suelta el aire con un suspiro largo, como si soltara con él a la figura demoníaca atrapada en su pecho. Baja los brazos con lentitud, sus dedos acarician el lateral rapado de su cabeza, luego resbalan por su rostro, tocando con cuidado el hematoma que le oscurece el ojo izquierdo, y continúan bajando, deslizándose entre sus pechos hasta llegar al esternón, donde una gasa sujeta con esparadrapo cubre la delgada incisión que le dejó el filo del cuchillo de Yaroslav.

Con movimientos lentos y meticulosos, retira el vendaje improvisado y limpia la herida, ya no sangra, pero la marca es un recordatorio brutal de lo cerca que estuvo de perder, una vez más. Mira de reojo la ducha, tentada por la idea del agua caliente… pero el cansancio es más fuerte. Sale del baño, se dirige a la habitación más cercana sin siquiera cubrirse y se deja caer sobre la cama como si cada músculo de su cuerpo se rindiera al mismo tiempo. Cierra los ojos al instante, entregándose al silencio con la respiración pesada, vencida por el peso de los kilómetros recorridos desde San Antonio… y por algo aún más agotador: la lucha interna que nunca la abandona.

Gina conduce su coche con firmeza por las calles pulidas y tranquilas de un vecindario de alto nivel. Las mansiones se alzan majestuosas a ambos lados, silenciosas y ajenas al caos que está a punto de desatarse. Detiene el vehículo frente a una de ellas, a sólo unas manzanas de la residencia de Leonardo, e instantes después, el sonido contenido de neumáticos sobre asfalto anuncia la llegada de dos furgones blindados con las siglas SWAT marcadas en letras blancas sobre el negro mate de la carrocería.

Sin perder tiempo, Gina se baja y camina hacia uno de los vehículos con una tablet en la mano. En la pantalla brilla un mapa aéreo de la zona, con marcadores de acceso y rutas de escape.

-"Esta es la casa del objetivo", dice, mostrando el dispositivo. —"Tenemos acceso desde estas dos calles", señala con el dedo con la voz decidida, aunque tensa.

El agente de mayor rango, con rostro pétreo y gesto curtido por años de operaciones, toma la tablet y observa la pantalla unos segundos, analizando.

-"Un equipo se situará aquí. El otro entrará por este punto", dice, marcando las rutas con precisión. —"¿Está confirmada su presencia en el interior?".

-"Mi equipo de vigilancia asegura que no ha salido desde que entró a primera hora", afirma ella con determinación, cruzando los brazos, desafiante.

-"Muy bien, manténganse en la retaguardia, le avisaremos cuando la casa esté despejada y la sospechosa asegurada", asiente el agente con tono seco y formal.

Gina frunce el ceño de inmediato mientras una chispa de incomodidad cruza su mirada.

-"Tengo entrenamiento táctico, puedo entrar con ustedes, cubrir una ruta de escape o asegurar un flanco", replica con voz baja pero firme, controlando una rabia latente.

-"Nuestros equipos operan como una unidad cerrada y sincronizada. Un agente externo sería un factor de riesgo y no me arriesgaré a comprometer la seguridad de mis hombres", hace una breve pausa, dejando que sus palabras calen. —"Yo soy el único responsable del operativo. Le ordeno mantenerse al margen hasta nueva instrucción, ¿entendido?".

Gina aprieta los labios, sus ojos brillan con una mezcla de frustración e impotencia y la tablet tiembla ligeramente entre sus dedos, mientras contiene el impulso de protestar. Tras unos segundos de silencio cargado, asiente con rigidez.

Sin una palabra más, da media vuelta y regresa a su coche. La puerta se cierra con un golpe sordo, y mientras se sienta, aprieta la

tablet contra su pecho con fuerza, como si intentara canalizar toda la rabia contenida a través de sus dedos.

Desde el interior del vehículo, observa a los equipos SWAT dispersarse y tomar posiciones. Sabe que no puede hacer más… pero algo en su interior se remueve y la impulsa a hacer algo, no es de las que se cruzan de brazos y esperan a que otros hagan todo el trabajo.

Valeria, inmersa en un profundo sueño, sigue exactamente en la misma posición en la que se desplomó sobre la cama: boca abajo, con los brazos extendidos y el cuerpo completamente rendido. El cansancio ha moldeado su figura contra las sábanas, y por un momento, el mundo parece en pausa.

Sin embargo, la tregua no dura mucho, una alarma estridente corta el silencio como un cuchillo. El pitido agudo rebota en las paredes como si quisiera arrancarla del mundo de los sueños a la fuerza.

-"¡Maldita sea!", gruñe, furiosa. —"¡Juraría que lo puse en silencio!".

Medio dormida, arrastra el cuerpo por la cama con torpeza, buscando a tientas su móvil en la mesilla. Pero no está allí, el sonido viene de más lejos… del pasillo, concretamente del interior de su chaqueta, que tiembla sobre el suelo con cada vibración del dispositivo.

A regañadientes, se pone de pie. Sus pies descalzos se arrastran pesadamente sobre las frías baldosas mientras se dirige hacia la prenda, donde se arrodilla y saca el terminal con la clara intención de silenciarlo de una vez, pero el brillo rojo en la pantalla la detiene en seco: *Alerta. Movimiento detectado.*

Valeria se queda inmóvil, la sangre se le congela y su expresión cambia en un instante, del sueño a la conmoción. En la pantalla, se despliega el mapa de cámaras de seguridad donde dos grupos de cinco hombres fuertemente armados atraviesan el jardín,

moviéndose como depredadores silenciosos. Uno toma posición en la fachada principal y el otro en el lateral.

-"¡Mierda…!", susurra con el corazón en un puño.

Un segundo después el infierno se desata.

BOOM. BOOM.

Gina observa la mansión a lo lejos, desde el interior de su coche, estacionado a varias calles de distancia. Su semblante oculta su tensión interna al exterior, pero sus ojos no pueden disimular el torbellino que se desata dentro de ella. La angustia le oprime el pecho como una bomba al borde del estallido, lo que humedece las yemas de sus dedos, que resbalan ligeramente sobre la carcasa de la tablet, que vibra con el directo de las cámaras corporales de los SWAT.

-"Vamos, joder…", murmura entre dientes, mordiéndose el labio inferior.

En la pantalla, las imágenes térmicas muestran a los equipos acercándose como sombras sincronizadas, rodeando la mansión desde dos flancos mientras Gina aprieta el volante con tanta fuerza que sus nudillos palidecen.

Algo no está bien, lo siente en las entrañas.

-"Valeria ha demostrado tener recursos, es buena, sin duda…", se dice así misma. —"Pero son dos unidades SWAT, ¿qué podría salir mal?".

Su intento de autoconvencerse suena hueco incluso dentro de su cabeza. Tiene entrenamiento táctico, años de servicio y experiencia en situaciones límite… pero esto es diferente, nunca antes había sentido ese hormigueo en la nuca, esa punzada insistente de que las cosas van a torcerse.

Los equipos llegan a sus posiciones. Alfa, liderado por el sargento, se coloca junto a la entrada principal, y Bravo, por una ventana lateral. Ambos colocan cargas explosivas, silenciosos, letales, precisos.

-"Bravo listo", se escucha por las comunicaciones internas.

-"Alfa preparado", responde el líder. —"Tres… dos… uno… ¡Go, go, go!".

BOOM. BOOM.

Las explosiones desgarran el silencio con brutal sincronía.

En la pantalla, el resplandor lo envuelve todo por un segundo. La entrada y la ventana se reducen a escombros simultáneamente, mientras las granadas de humo y aturdidoras son lanzadas justo después.

PANG. PANG.

Las detonaciones sacuden el canal de audio, dejando sólo un zumbido agudo por unos segundos, como un grito eléctrico lanzado al aire.

Tras un instante, la imagen se estabiliza, el caos se transforma en precisión y los equipos avanzan con firmeza entre humo y escombros, como una máquina aceitada.

-"Izquierda despejada".

-"Frente despejado".

-"¡Contacto!, ¡contacto!", salta una voz tensa por el comunicador. —"Mujer en el pasillo. Tumbada. Sin ropa. No presenta amenaza".

La mandíbula de Gina se tensa y el pulso se le acelera, como si estuviera ella misma presente en la escena.

-"¡Policía!, ¡no se mueva!", indica el agente desde el comienzo del pasillo.

-"Asegura a la sospechosa, te cubrimos", ordena el líder, mientras la cámara muestra al agente avanzando con cautela.

Gina aguanta la respiración. Ve cómo el agente se agacha, se coloca el arma a la espalda, saca los grilletes, y entonces….

El movimiento es tan rápido que las cámaras apenas pueden seguirlo. La figura se revuelca en el suelo, el agente cae y una ráfaga de disparos interrumpe la imagen, dando paso al caos, que regresa como un latigazo en una sucesión de estallidos.

-"¡No respondan al fuego, no respondan!", grita el líder, intentando contener la situación.

Desde su asiento, Gina se incorpora de un sobresalto, golpeando el volante con rabia y el corazón retumbándole en las sienes.

-"¡Me cago en la puta!", grita. —"¡Lo sabía!".

Las imágenes en la tablet son un torbellino repentino y la tormenta da paso a una calma tensa cuando Valeria se encierra tras la puerta del baño. Pero para Gina, la escena ya ha ido demasiado lejos, no puede seguir observando desde la distancia como una espectadora de una tragedia que ha visto venir desde el principio.

Comprueba su arma con manos firmes a pesar del nerviosismo y sale del coche de un empellón, cerrando la puerta de un portazo que resuena en la calle desierta. El sonido es el eco perfecto de su decisión, no piensa quedarse al margen ni un segundo más.

BOOM. BOOM.

El estruendo penetra en los oídos de Valeria como si le partiera la cabeza en dos, arrojándola al suelo violentamente.

PANG. PANG.

Su mente se nubla con ese chillido punzante de las granadas aturdidoras, que se incrusta en su cráneo como si le taladraran los tímpanos desde dentro. El pasillo se distorsiona frente a ella en una mezcla de luz blanca, humo y un dolor intenso que pulsa sus sienes.

-"¡La hostia…!", masculla, más por inercia que por conciencia.

Siente el suelo frío bajo la piel desnuda, el aire huele a pólvora, a metal, a urgencia. Todo su cuerpo vibra, una parte de ella quiere quedarse ahí, boca arriba, dejar que todo termine, en cambio, la otra, la más viva y peligrosa, ya ha empezado a calcular: los pasos, las voces y las botas que están entrando.

«He bajado la guardia, me lo tengo merecido.»

Rueda hacia un costado con los músculos aún entumecidos por el sobresalto y ve la silueta borrosa de un agente acercándose sin dejar de apuntarla, hasta que la alcanza, momento en el que aparta el arma y saca los grilletes.

«Pero no se lo voy a poner tan fácil.»

En un movimiento fluido, casi instintivo, le atrapa una muñeca, tira de él con fuerza y le hace perder el equilibrio. Caen juntos y el agente suelta los grilletes, confuso, antes de darse cuenta, Valeria ya se ha deslizado sobre su espalda, envolviéndole los brazos con sus piernas y bloqueándolo en un instante como si fueran uno. En un alarde de Judo perfecto, el metal de las esposas se cierra, pero no sobre las muñecas de ella.

Valeria actúa rápido, agarra el arma del agente inmovilizado, apunta alto y dispara sin contemplaciones, al techo, al aire, a lo que sea que obligue a los demás a cubrirse.

-"¡No respondan al fuego, no respondan!", grita el líder SWAT, intentando contener la situación.

Los gritos y las órdenes se mezclan con las detonaciones que retumban en el pasillo, pero ella no escucha, no puede permitirse escuchar, sólo corre rápido hacia la puerta entreabierta del baño.

Pero antes de alcanzarla el tobillo le arde con una súbita puñalada. Una bala perdida la ha alcanzado de refilón, quemando y lacerando la carne, haciéndola cojear, pero no se detiene, salta dentro, cierra la puerta de un golpe, echa el pestillo y derriba un armario con el hombro. Las maderas chirrían al caer, formando una barrera improvisada mientras el corazón le galopa en el pecho como si quisiera salir al exterior y continuar corriendo.

Entonces lo ve sobre el lavabo: el nanotraje, colgando como si nada, ajeno a la tormenta. Se lanza inmediatamente a por él, pero tras el primer paso, trastabilla, a la vez que un grito de dolor escapa de sus labios, como si el propio tobillo se quejara, negándose a obedecer.

-"¡Joder! ¡Me cago en todo!".

Aprieta los dientes y camina cojeando, impasible, pues aunque dolorosa, no es una herida grave.

Lo coge de un tirón y se lo enfunda, aún flácido y holgado, como si se tratara de un neopreno de varias tallas más. Una vez todo está en su sitio, toma la llave de proximidad, traza una línea por el cuello y entonces lo siente: el abrazo del traje activándose; una presión firme, un ajuste perfecto.

El tejido se contrae cual organismo vivo, se adapta, se fusiona con ella como si siempre hubiera estado ahí, tensándose y sellándose sobre su piel.

CLACK. CLACK.

De repente, el chasquido intimidante de un guardamontes al ser accionado al otro lado de la puerta es inequívoco: una escopeta está lista para disparar.

El silencio que le precede apenas dura un segundo, antes de que dos detonaciones atronadoras sacudan las paredes, haciendo añicos el pomo de la puerta en una explosión de astillas y metal. La madera se pulveriza, se desgarra, y dos boquetes del tamaño de puños quedan como testigos de la potencia del arma.

La puerta se abre con fuerza, arrastrando el mueble que la bloquea con ella, y al otro lado, las bocas negras de varias armas asoman como predadores oliendo sangre. En menos de un segundo, los operativos irrumpen coordinadamente, cubriéndose mutuamente y tomando posiciones, pero el baño está vacío, ni rastro de la sospechosa.

Uno de los agentes sigue con su linterna varias gotas de sangre hacia una pequeña ventana en la pared opuesta. El cristal está abierto, apenas una rendija horizontal, imposible para alguien con equipo, imposible para casi cualquiera... excepto para alguien como ella, delgada, sin ropa y herida, pero tremendamente escurridiza.

-"¡Ha salido por aquí!", dice uno, acercándose. —"Imposible seguirla".

El líder maldice entre dientes y recupera la compostura con rapidez.

-"¡Despliegue inmediato, de a dos! ¡Peinen cada rincón! ¡Ahora!", ordena.

Volviendo al pasillo, los operativos asienten sin perder un segundo, moviéndose con eficacia entre las habitaciones. Las botas resuenan apresuradas sobre la cerámica, mientras buscan cualquier señal de movimiento.

Valeria escala como un felino por el patio interior que conecta con la ventana del baño. Sus pies descalzos apenas hacen ruido sobre la pared mientras se impulsa hasta alcanzar el borde del tejado, y una vez arriba, se agazapa entre las tejas, jadeando en silencio.

«Seguramente tengan un francotirador cubriendo toda la zona.»

Se toma un momento para inspeccionar el horizonte, su mirada escudriña los tejados vecinos, hasta que el destello metálico de la luz del sol rebotando en la mira telescópica lo delata.

«Lo sabía.»

Pero antes de que pueda moverse, una bala roza su cadera, haciendo estallar una teja a escasos centímetros de su costado derecho. Valeria se cubre de inmediato, llevándose una mano al costado mientras gruñe de dolor entre dientes.

-"¡Mierda!".

El proyectil ha sido desviado por el nanotraje, pero la potencia del impacto ha rasgado el tejido protector, dejando al descubierto una zona vulnerable.

«Debo estar más atenta, probablemente el calibre de esos rifles me atraviese si me alcanza directamente.»

Sin levantar el torso, se arrastra con destreza entre las tejas, deslizándose como una sombra para evitar el campo de visión del tirador.

Se está quedando sin tiempo, pues los gritos del resto de agentes y el retumbar de sus botas comienzan a sonar por debajo, escudriñando las alturas desde el patio, alertados por el tirador.

Sin embargo, antes de que puedan divisarla, Valeria ya se ha colgado de un cable previamente instalado que conecta su tejado con el de una casa vecina, y sin pensarlo dos veces, se impulsa, lanzándose al vacío y deslizándose con los brazos a toda velocidad por la delgada línea metálica.

El roce abrasador castiga sus antebrazos sin piedad y aunque el nanotraje absorbe la mayor parte del daño abrasivo, el tejido termina cediendo hasta que su piel se desgaja bajo la fricción, provocando unas quemaduras abiertas que comienzan a sangrar.

Al llegar al otro extremo, cae rodando sobre el césped de un jardín ajeno. Sin perder un solo segundo, cruza corriendo el terreno, trepa una esquina del muro perimetral y, apoyándose entre ambas paredes, se impulsa hasta alcanzar la calle. La zona está desierta, no hay ni un alma ni un coche en movimiento.

«Creo que estoy fuera de peligro, tardarán un rato en darse cuenta de que ya no estoy en la casa.»

Se mueve entre los coches aparcados, agachada, buscando cobertura. Todo parece bajo control… hasta que una voz familiar, dura y vibrante, irrumpe a su espalda.

-"¡Ni un paso más!", el chasquido del cerrojo de una pistola acompaña la orden como una amenaza directa.

Valeria se detiene, levanta lentamente las manos sobre la cabeza y se gira con cautela para ver como Gina la apunta a poco más de cinco metros de distancia.

-"¡Ni se te ocurra moverte!", dice con un temblor perceptible en su voz.

Valeria, desafiante, baja los brazos con suavidad y la mira con calma.

-"No puedo dejar que me detengas, Gina, aún no".

Gina ajusta el dedo sobre el gatillo, duda, tiembla, pero no deja de apuntar.

-"Yo no soy Axel. Te dispararé si no te rindes".

-"Axel te eligió por algo", susurra Valeria, esbozando una sombra de sonrisa. —"Eres mejor que yo… y por eso no vas a dispararme".

Tras esas palabras, da un paso para girarse y seguir caminando, como si la amenaza no existiera.

BUM. BUM. BUM.

Los disparos retumban como truenos en la calle vacía y los cristales de los coches tiemblan. Valeria cae al suelo, golpeada por tres impactos: en el pecho, el abdomen y la cadera. De sus labios escapa un grito ahogado pero real, el nanotraje ha absorbido el

daño, desviando las balas sin permitir que penetren… pero estaba muy cerca, el dolor es brutal.

-"¡Joder, cómo duele!", gruñe, mientras se revuelca en el suelo.

Gina la observa con la respiración entrecortada, la pistola tiembla en su mano, pero los ojos están fijos en ella, convencida de haberla herido de muerte. Aun así, se acerca despacio, sin bajar el arma. Frente a ella, Valeria se incorpora poco a poco, atónita, hasta quedar sentada en el suelo.

-"¡Me has disparado!", exclama con incredulidad.

La mirada de Gina recorre cada centímetro del extraño traje. Espera ver sangre, un charco oscuro expandiéndose bajo ella… pero no hay nada, ninguna herida visible, sólo el tejido chamuscado y rasgado, aún humeante.

-"¿Qué clase de traje es ese?", murmura con un asombro teñido de desconfianza, con su dedo firme en el gatillo. —"La próxima bala irá a la cabeza".

El estómago de Valeria se encoge, pues ese tono... ya no es el de una compañera, sino el de una verdadera amenaza.

-"¡Has disparado a matar!, ¿por qué?", replica con un hilo de voz y los ojos brillando entre miedo y reproche.

Gina aprieta la mandíbula y sus facciones se tensan hasta la dureza de una máscara.

-"Eres una asesina, tú no habrías dudado, ya lo has demostrado", escupe con frialdad. —"Así que… sí, te metería con gusto una bala entre los ojos si hace falta. Por lo que no me pongas a prueba y obedece, a mí no puedes manipularme".

Gina lanza unos grilletes al suelo, que caen entre las piernas de Valeria.

-"Póntelos y no hagas movimientos bruscos".

Valeria los mira con un brillo de lágrimas asomando en sus ojos, pero no los recoge.

-"Yo jamás te haría daño, Gina", dice, levantando la vista hacia ella, con sinceridad en la mirada. —"Ellos eran monstruos, se lo merecían".

-"¡Eso no te da derecho a matar a nadie!", grita, golpeando los grilletes con la punta del pie. —"¡Póntelos!, o te entregaré con

un agujero en la cara, guapita… tú decides".

Gina desvía brevemente la mirada hacia los grilletes al golpearlos con el pie, ese leve instante de distracción es todo lo que Valeria necesita. Con un movimiento fulminante, se lanza hacia un lado, esquivando la trayectoria del cañón, y golpea con precisión la parte trasera de la rodilla de Gina, que pierde el equilibrio y cae hacia adelante. Desde el suelo, intenta volver a apuntar, pero Valeria ya le ha atrapado ambas muñecas, impidiendo que la encañone de nuevo.

Las dos forcejean, con sus respiraciones entrecortadas. En una rápida maniobra, Valeria usa el arma como palanca, le arrebata el control y se incorpora de un salto, apuntándole ahora a ella. Los papeles se han invertido.

Gina la observa desde el suelo, inmóvil, con el rostro tenso y las manos levantadas.

-"¡Venga, dispárame!, ¡asesina! ¡Lo estás deseando!", escupe con furia.

Valeria la mira fijamente. Durante un segundo, sus dedos titilan en el gatillo, pero en lugar de disparar, extrae el cargador y lo lanza junto a la pistola en distintas direcciones.

-"No soy como piensas, Gina. Te lo dije… no quiero hacerte daño".

-"¿Vas de sobrada o qué?, ¿te crees mejor que yo?", responde ella con desprecio, incorporándose lentamente con una mirada llena de odio. —"Debería haberte volado la cabeza, maldita zorra. No creas que voy a dejar de perseguirte por no dispararme".

Valeria deja escapar una sonrisa cansada, rota por dentro, pero serena en la superficie.

-"No espero que lo hagas", responde con serenidad y se da media vuelta, con indiferencia. —"Adiós, Gina".

Pero apenas ha dado dos pasos cuando una mano la agarra del pelo con violencia, tirándola hacia atrás. Gina la lanza contra un coche con una patada directa y desata una lluvia de puñetazos antes de que Valeria pueda reaccionar, cubriéndose apenas la cara con los antebrazos.

Los golpes caen como martillos, uno tras otro. El nanotraje amortigua parte del daño, pero Valeria nota en su piel que algo no está funcionando. El traje no responde como debería, no se contrae, no reacciona como antes, la energía parece estar fallando.

-"Esta vez no está Axel para salvarte", gruñe, entre puñetazo y puñetazo. —"Te voy a reventar".

Gina no se detiene, la acorrala contra el coche, implacable. Valeria aguanta con dificultad, hasta que un puñetazo lateral impacta en su costado derecho, entre las costillas, justo donde le había rozado la bala del francotirador. El dolor la dobla y la obliga a bajar la guardia por un instante, sólo un segundo, pero suficiente.

Gina lo aprovecha y le lanza un directo a la cara. La cabeza de Valeria se sacude hacia atrás con fuerza y cae de rodillas, aturdida, con el mundo girando a su alrededor.

Gina da un paso atrás, victoriosa, eufórica.

-"¡Vamos, levántate!", dice, desdeñosa, lanzándole un escupitajo al rostro. —"Ya no eres tan chula, ¿eh?".

Valeria no se mueve, la sangre le chorrea por la nariz y un corte abierto en la ceja, empapándole la cara. Se echa hacia adelante y se apoya en el suelo con las manos, intentando recomponer las piezas de la realidad que le dan vueltas en la mente.

-"¿Por qué me odias tanto?", susurra en un hilo de voz, escupiendo sangre al suelo. —"¿Son celos?".

-"¿Qué has dicho?", pregunta Gina, aproximándose.

-"¿Es por Axel?", pregunta Valeria, con un tono casi imperceptible. —"¿Es porque estuvo enamorado de mí?, ¿o porque todavía lo está?".

Gina la agarra del pelo, tirando con fuerza, y la obliga a elevar su rostro, con rabia.

-"¡Ni lo nombres!".

Pero esta vez, son los puños de Valeria los que responden. Dos golpes secos impactan en la cara de Gina, que retrocede sorprendida, lo justo para que Valeria se levante de un salto y pase al ataque.

Una patada al estómago, otra en la cadera, y una tercera, giratoria, la alcanza en el rostro, lanzándola hacia un muro, donde se

estrella y cae al suelo, al otro lado de la acera.

Valeria se queda de pie, jadeando, tambaleante y herida, pero firme.

-"Por favor, no quiero pelear más contigo", suplica.

Gina, ajena a sus palabras, se levanta con una carcajada seca, como si no sintiera nada.

-"Muy bien… esto es lo que quería ver", dice con una sonrisa torcida. —"Vamos, ataca de nuevo".

-"No te entiendo, Gina… ¿qué pretendes?", pregunta Valeria, incrédula, hablando con dificultad, próxima al agotamiento.

-"¡Tú no eres mejor que yo!", brama Gina.

Y sin más, Gina se lanza como un rayo. Sus puños se mueven con precisión quirúrgica en una combinación rápida y devastadora, pero ahora Valeria tiene espacio para moverse, esquivar, bloquear, con su concentración afilándose. Aprovechando una abertura en el ataque de Gina, lanza dos puñetazos que la impactan de lleno, seguidos por una patada giratoria brutal que conecta con su pecho, parándola en seco.

Pero a Valeria apenas le quedan fuerzas, por lo que Gina no retrocede ante el impacto, al contrario, absorbe el golpe y le agarra la pierna en pleno vuelo.

Con la pierna bien sujeta, gira sobre sí misma y, usando toda su fuerza, lanza a Valeria como un muñeco de trapo contra el parabrisas de un coche. El cristal estalla en una lluvia de fragmentos y Valeria queda atrapada entre los restos como tortuga panza arriba.

Antes de que pueda reaccionar, Gina la arrastra de los pies, la saca del coche y la lanza al suelo con brutalidad.

-"¡Mantente alejada de Axel!", grita, con los ojos inyectados en ira.

Valeria intenta incorporarse, pero una patada brutal en las costillas la devuelve al suelo, arrancándole un grito de puro dolor. Y después viene otra, y otra, y otra, y otra. Gina está desatada, la patea sin piedad, sin control, sin remordimientos.

Valeria ha perdido toda capacidad de defensa. Entre golpe y golpe, siente cómo la conciencia se le escapa a jirones, como si su mente flotara fuera de su cuerpo. Piensa en rendirse, cerrar los ojos

y dejarse ir... hasta que un destello metálico bajo el coche a su lado la sacude de su letargo: la pistola, semioculta en la penumbra.

Gina se detiene por un instante para recuperar el aliento, con el pecho agitado y los puños aún tensos. Mientras tanto, Valeria comienza a arrastrarse como puede hacia los bajos del vehículo, su única vía de escape de aquella tormenta de violencia.

-"¿A dónde crees que vas?, ¡ven aquí!", escupe Gina mientras la agarra por los tobillos. —"No hemos terminado".

De un despiadado tirón, la arrastra hacia atrás como si fuera una muñeca rota, y en el mismo movimiento, la voltea, propinándole un salvaje pisotón, sin atisbo de compasión.

BUM.

De repente, un disparo sacude el aire. La bala que aún quedaba en la recámara del arma atraviesa el muslo de Gina. Su grito es seco y gutural, mientras cae al suelo con la pierna empapándose rápidamente de sangre.

Valeria, jadeante y temblorosa, se incorpora con dificultad y se acerca arrastrándose a Gina, que lucha por no perder la conciencia por el dolor del disparo. Valeria, con manos temblorosas, arranca la manga de la camisa de su rival y la enrolla con fuerza en el muslo, improvisando un torniquete.

-"Lo siento… no me has dejado otra salida", dice con la voz rota, mientras aprieta todo lo que puede hasta cortar la hemorragia.

Gina la observa entre el dolor y la rabia, con sus ojos brillando de impotencia. Cuando la sangre se ha detenido, Valeria se pone en pie con esfuerzo, malherida y tambaleante, pero se mantiene erguida. Durante unos segundos la mira con un deje de tristeza.

-"Ojalá todo fuera diferente entre nosotras", dice, dándose la vuelta.

Y cojeando, se aleja con paso irregular, pero decidido y veloz, sin mirar atrás.

-"¡Esto no se ha acabado! ¡Asesina!", grita Gina desde el suelo, furiosa, mientras la ve desaparecer entre los coches. —"¡Te perseguiré a donde quiera que vayas!".

{Bien entrada la tarde.}

Claire regresa a casa después de una larga jornada de trabajo. Con pasos cansados, cuelga su chaqueta en el perchero de la entrada y deja las llaves cuidadosamente en la cómoda, como hace todos los días. Apenas enciende la luz, da un sobresalto y retrocede de inmediato al encontrarse con alguien tirado en el suelo, muy cerca del sofá de la sala de estar.

Al principio, su corazón late acelerado, pero se tranquiliza al ver que se trata de Valeria, quien parece dormida. Sin embargo, su calma se rompe al notar las heridas que decoran su rostro y su cuerpo. Con rapidez, Claire se acerca y la zarandea suavemente, tratando de despertarla.

-"Valeria, responde", dice con voz temblorosa.

Poco a poco, Valeria abre los ojos y, al ver a Claire, esboza una sonrisa cansada, pero radiante.

-"Mi ángel de la guarda, verte siempre es un alivio", dice, incorporándose lentamente, claramente aquejada por la multitud de dolores.

-"¿Qué haces en el suelo?", pregunta Claire, inquieta, mientras la recorre con la mirada.

-"No quería manchar de sangre tu sofá, parece caro", responde Valeria con tono irónico.

Claire no puede evitar reír a pesar de la situación.

-"¡Qué considerada!", comenta. —"Pero voy a tener que empezar a cobrarte por las curas, porque no gano para sustos contigo".

Una breve risita se escapa de Valeria, sólo para ser interrumpida por un gemido de dolor mientras se lleva una mano a las costillas.

-"Voy a por unas tijeras, necesito ver bien esas heridas", anuncia Claire, levantándose con decisión.

-"Espera", la interrumpe Valeria, elevando la mano derecha.

Lleva una pulsera en la que tiene acoplada la llave de proximidad del nanotraje, y al pasarla por su cuello, este pierde su rigidez y se vuelve holgado en cuestión de segundos, facilitando su extracción.

-"¡La leche!", exclama Claire.

Se agacha para ayudarla a desvestirse con cuidado, mientras indaga.

-"¿Qué clase de traje es este?, parece sacado de una película de ciencia ficción".

-"Cortesía de un grupo de frikis científicos superdotados, amigos de Jona".

Claire sonríe, asiente y comienza a palpar su cuerpo, examinándola con profesionalismo.

-"Voy a comprobar si tienes algo roto".

Tan pronto como le toca el costado derecho, Valeria deja escapar un gruñido.

-"¡No seas quejica!, ¿gritas así cuando te peleas?", replica Claire con tono burlón, pero cálido.

Valeria sonríe con picardía.

-"Contigo siempre bajo la guardia", responde.

Claire, sin perder la sonrisa, se levanta.

-"Ya, ya…", dice con tono juguetón. —"La buena noticia es que no tienes nada roto. Voy a por el botiquín, no te muevas", ordena, con voz amable, pero firme.

-"No entra en mis planes", responde Valeria con una leve mueca de rebeldía.

-"Perdona si no me fío de ti", recrimina Claire desde la distancia sin perder el tono relajado. —"Te fugaste del hospital con una puñalada en el abdomen".

-"Tenía un buen motivo", replica Valeria.

En pocos segundos, Claire regresa con el botiquín en la mano y se arrodilla junto a Valeria.

-"Como tu doctora, te prohíbo desobedecerme, por muy nobles que sean tus motivos".

Valeria lanza una mirada cómica, como si pensara en protestar, pero se limita a sonreír.

-"Eso me va a ser difícil de cumplir".

Claire comienza a limpiar las heridas de Valeria con delicadeza, aplicando frío en las contusiones y apósitos en las laceraciones.

-"No es opcional, es una orden", dice, con fingida seriedad. —"Si no me haces caso, me veré obligada a rescindir tu seguro médico".

Valeria, sin perder el humor, eleva su brazo y hace un saludo militar, señalando la cabeza con un gesto exagerado.

-"¡A la orden, doc! Si se pone usted así, le haré caso".

Ambas se ríen, el ambiente es ligero, cómodo y cargado de complicidad, mientras Claire continúa con las curas, permitiendo que el silencio se mezcle con la calidez de su compañía, dejando tras de sí una sensación de esperanza y cariño mutuos.

Después de un rato, cuando Claire da por finalizadas todas las curas, regresa con una bata limpia y ayuda a Valeria a ponérsela. Con delicadeza, la guía hasta el sofá y la ayuda a sentarse, luego, desaparece brevemente en la cocina, para volver tras unos segundos con un par de infusiones humeantes y sentarse junto a ella, hombro con hombro.

-"¿Y qué ha sido está vez?", pregunta Claire, con una mezcla de preocupación y curiosidad brillando en sus ojos. —"Tiene que haber sido alguien muy jodido para dejarte hecha una piltrafa.".

-"Un poco de todo: abusadores, traficantes y mafiosos…", responde Valeria con tono resignado, antes de dar un sorbo a la taza. —"Y para rematar, la Policía".

Claire abre mucho los ojos, alarmada.

-"¡No te habrás cargado a ningún policía!".

-"¡Claro que no!", responde Valeria, negando con énfasis. —"Pero esta mañana han asaltado la mansión de Leonardo y me han pillado en bragas, literalmente".

Claire suspira profundamente, con pesar.

-"Tranquila, no me han seguido hasta aquí", añade Valeria en voz baja, posando una mano reconfortante sobre el hombro de Claire.

-"No es eso…", dice Claire, bajando la mirada. —"Es que no puedo evitar sentir miedo. Miedo de que un día no aparezcas

herida por mi casa... porque estés muerta, tirada en alguna cuneta".

Valeria deposita la taza sobre la mesa y toma las manos de Claire entre las suyas, con ternura.

-"No te vas a librar de mí tan fácilmente, pienso seguir viniendo a darte el coñazo y… a mancharte el suelo".

Claire agacha la cabeza y deja escapar una pequeña sonrisa, a pesar de la sombra de preocupación que aún le enturbia los ojos.

-"¿Sabes qué?", dice de pronto, levantando la mirada.

Valeria se encoge de hombros, en silencio, esperando.

-"No he parado de pensar en el beso que nos dimos la otra noche", confiesa Claire, mientras alza una mano y acaricia con suavidad la mejilla de Valeria. —"He intentado quitarle importancia… fingir que no significó nada, pero… me gustó mucho, más de lo que me atrevo a admitir".

Valeria cierra los ojos por un segundo ante la caricia, luego los abre y posa su mano sobre la de Claire.

-"Siento haberte besado, Claire, de verdad, fue un impulso… tú estás casada, y lo último que quiero es confundirte o hacerte daño".

El silencio se instala entre ambas, espeso y cargado de significado, mientras se miran fijamente, sin moverse, hasta que Claire, con voz temblorosa, rompe la tensión.

-"Me muero por besarte otra vez".

La expresión de Valeria se transforma por completo. Por una vez, se queda sin palabras, atónita, en shock, como si el mundo se hubiera detenido por completo. Aquellas simples palabras de Claire han desarmado a alguien que siempre tiene una respuesta lista, dejando su habitual seguridad desdibujada.

Claire sonríe, divertida y enternecida por la reacción, acercándose a ella lentamente, disfrutando de cada segundo de aquella tensión dulce que crece entre ambas. Cuando por fin sus labios se encuentran, lo hacen primero con timidez, como quien redescubre algo sagrado, hasta que el roce suave se convierte pronto en un beso profundo, empapado de deseo contenido y emoción desbordada.

Sus lenguas se buscan, se encuentran y bailan con lentitud creciente, como si quisieran memorizarse la una a la otra. El beso se intensifica poco a poco hasta que la pasión irrumpe con fuerza, devorándolas. No hay prisa, pero tampoco dudas, sólo necesidad, sólo entrega.

Las manos de Claire se deslizan con suavidad bajo la bata de Valeria, descubriendo su piel con reverencia. Valeria responde del mismo modo, despojándola de sus prendas con una mezcla de ternura y lujuria, hasta que ambas quedan expuestas, piel con piel, enredadas entre besos y caricias.

Valeria la tumba con delicadeza, cubriéndola de besos que descienden lentamente desde su cuello hasta sus pechos, saboreando cada rincón del cuerpo de Claire como si fuera un mapa que quiere cartografiar.

-"No sé muy bien que hacer… nunca lo he hecho con una mujer", susurra Claire entre jadeos, entre el nerviosismo y la expectación.

Valeria sonríe dulcemente, dejando un beso en su vientre antes de seguir descendiendo.

-"Sólo déjate llevar", responde con un murmullo mientras se pierde entre sus muslos.

Claire se arquea bajo su tacto, su cuerpo se rinde a las nuevas sensaciones que la envuelven por completo. Sus gemidos, totalmente libres, escapan entre sus labios como si por fin se hubiese quitado un peso de encima, dejándose llevar por una oleada de placer tan abrumadora como liberadora.

Minutos después, aún con el pulso acelerado y la respiración entrecortada, toma el rostro de Valeria entre sus manos y lo eleva, acariciándole las mejillas, observando sus ojos verdes esmeralda, brillantes y encendidos de pasión.

-"Ahora… quiero probarlo yo", susurra Claire, con una sonrisa tímida, pero decidida.

Cambian de posición, intercambiando roles con naturalidad. Ahora es Claire quien explora, quien acaricia, quien aprende cada gesto y cada rincón con una mezcla de torpeza y devoción. Se detiene un instante en el interior de los muslos de Valeria, besando

con suavidad, antes de seguir su propio instinto, guiada sólo por el deseo de corresponder, anhelando alcanzar su destino justo en el centro.

Claire se deja llevar por la intuición, por lo que le dicta el corazón más que la experiencia, dejando que sus labios se deslicen con dulzura sobre la cálida intimidad de Valeria, probando, descubriendo, escuchando cada suspiro de su amiga como si fueran señales secretas que la guían.

Valeria cierra los ojos y se deja envolver por las sensaciones, por aquella mezcla entre ternura y deseo que convierte cada caricia en un acto de adoración. Sus dedos se aferran al sofá que la abraza, sus pulmones al aire que la embriaga, su mente a la realidad que parece disolverse bajo el tacto tembloroso pero decidido de Claire.

No hay urgencia, no hay miedo, sólo esa entrega profunda que va más allá de los cuerpos. Claire explora cada rincón con delicadeza, como si temiera romper algo extremadamente valioso. Pero también con hambre, con ganas de aprender a través de los labios lo que nunca se atrevió a imaginar.

Los suspiros de Valeria se hacen más profundos, más temblorosos, y sus caderas se contonean suavemente buscando más, queriendo prolongar esa danza íntima que las envuelve. Claire levanta la mirada unos segundos y sus ojos se encuentran, hay deseo, mucho, pero también algo más: una dulzura intensa, una emoción que inunda sus corazones.

-"¿Así está bien?", pregunta Claire en un susurro, apenas audible, cargado de duda.

Valeria asiente con los labios entreabiertos y el pecho agitado.

-"Lo haces genial…", responde, jadeando. —"Es perfecto, tú eres perfecta".

Claire vuelve a sumergirse entre sus piernas, esta vez con más confianza, escuchando cada reacción, dejándose guiar por los temblores y los suspiros, por la forma en que Valeria se deja ir poco a poco, entregada al placer. Todo es lento, íntimo, una especie de promesa hecha con el cuerpo en lugar de palabras.

Cuando finalmente el clímax llega, lo hace con una intensidad tranquila, profunda, como una ola cálida que lo cubre todo. Valeria

se queda quieta unos segundos, jadeando con los ojos cerrados y los dedos acariciando el cabello de Claire, como si no quisiera soltarla nunca mientras sus piernas la rodean.

Finalmente ambas se abrazan sin decir nada al principio, únicamente se escuchan los latidos, la respiración, el silencio lleno de significado.

-"Ha sido tan…", murmura Claire, con la cabeza apoyada en el hombro de Valeria.

-"¿Tan, cómo?", pregunta ella, acariciándole el brazo.

Claire se queda un rato en silencio antes de responder.

-"Intenso… verdadero".

Valeria sonríe y le besa la frente.

-"Porque lo es".

Claire suspira, cerrando los ojos.

-"Me quedaría así el resto del día".

Valeria la abraza con más fuerza. Se siente reconfortada, tranquila, en paz… una paz que no se creía capaz de volver a sentir.

{Mientras tanto, en el hospital.}

Axel entra en una habitación y se encuentra con Gina acostada en la cama, el muslo vendado y el rostro visiblemente cansado.

-"¡Ax!", exclama ella al verlo, con un brillo de alivio en los ojos.

Él se apresura a su lado y la envuelve en un abrazo firme, sintiendo cómo su corazón recupera el ritmo al verla a salvo.

-"¿Cómo estás? Me han dicho que estuviste al borde de desangrarte... que si no hubiera sido por el torniquete, no lo cuentas".

Gina baja la mirada y suspira con cierta amargura antes de responder.

-"Ya… por suerte lo he practicado muchas veces", luego, alza los ojos hacia él, con el gesto endurecido. —"Valeria ha resultado ser mucho más peligrosa de lo que creíamos".

Axel frunce el ceño, con cierta incredulidad atisbándose en su voz.

-"No puedo creer que Valeria te haya hecho esto", dice con tristeza en su voz.

Gina arquea una ceja, visiblemente molesta.

-"¡Pues lo hizo!", responde con aspereza. —"Nos enfrentamos y me disparó con mi propia arma. Yo estaba desarmada, Ax, ni siquiera dudó. Se ha vuelto fría... implacable. ¡Te lo advertí!".

Axel se queda en silencio con los ojos muy abiertos, como si todavía se resistiera a aceptar lo que oye.

-"¿Y por qué te metiste?, para eso estaban los equipos de asalto del SWAT", dice con un leve reproche, aunque manteniendo el tono suave.

-"¡No me metí!", responde Gina con vehemencia. —"Estaba observando desde la tablet, todo parecía bajo control… o eso creía. La tenían rodeada, ¡y aun así se escapó!", hace una pausa, mordiéndose el labio antes de continuar. —"Me la encontré de casualidad, a varias calles de la mansión".

Axel la observa en silencio, procesando cada palabra.

-"La verdad es que pensé que podría con ella", admite Gina, con su tono más apagado. —"Pero es mejor de lo que creía, y peligrosa... tuve una oportunidad de detenerla, de disparar… pero dudé. En cambio ella no, ella no dudó".

Una sombra cruza el rostro de Axel, que agacha la cabeza, como si una parte de él se quebrara por dentro.

Gina extiende una mano y la apoya suavemente en su hombro.

-"Ax, cariño… lo siento mucho, de verdad… sé lo que Valeria significó para ti", sus dedos se deslizan de su hombro a su mejilla, acariciándola con ternura. —"Pero esa Valeria que tú conociste ya no está… tenemos que detenerla a toda costa".

Axel alza la mirada, con los ojos vidriosos luchando contra las lágrimas que amenazan con desbordarse.

-"¿Y no pudo ser un accidente?, ¿un disparo fortuito debido al forcejeo?".

Gina retira bruscamente la mano, mirándolo con los ojos muy abiertos.

-"¿Fortuito?", repite ella con indignación. —"¡Quería matarme, Ax! Apuntó y disparó".

-"Pero si realmente quería matarte, ¿por qué dispararte a la pierna?", pregunta él, casi en un susurro.

Gina lo mira furiosa, como si no pudiera creer lo que oye.

-"¡Maldita sea, Ax!, ¿todavía la defiendes?", su voz se rompe en un gruñido. —"Un disparo a la pierna puede matar igual, sabes lo fácil que es acertar en la femoral, ¡y ella también lo sabe! ¡Fue el torniquete lo que me salvó… no ella!, ¿acaso dudas de mí?".

Axel la toma de las manos con delicadeza, intentando calmarla.

-"No dudo de ti, Gina, jamás", su voz es suave y conciliadora. —"Sólo quiero entender todo con claridad, ya me conoces".

Gina baja un poco la guardia y su gesto se suaviza, mientras Axel mantiene su mirada fija en la de ella.

-"Yo mismo me aseguraré de que responda por lo que te ha hecho", dice con firmeza en la voz.

Justo cuando Axel está a punto de terminar su frase, el sonido de una puerta abriéndose lo interrumpe. Instintivamente, tanto él como Gina giran la cabeza a la vez, clavando la mirada en la figura que cruza el umbral: es Grayson.

La expresión de Axel se tensa de inmediato y una mueca de desagrado le cruza el rostro, imposible de disimular.

-"Capitán", saluda Grayson con un leve gesto de cabeza hacia Axel, antes de dirigirse a Gina. —"Sargento".

-"Buenas tardes, comisario", responde ella con cortesía, mientras Axel permanece en silencio, inmóvil.

-"¿Cómo estás?", pregunta Grayson con tono medido.

-"Bien, jefe, gracias… saldré de esta", dice ella, forzando media sonrisa.

Grayson se posiciona al pie de la cama, erguido, con las manos cruzadas tras la espalda. Su postura transmite una confianza calculada, casi arrogante, imposible de ignorar.

-"Me han informado de que estás liderando la búsqueda de Valeria Shepard", dice tras una breve pausa, con voz firme y solemne.

-"Así es", responde Gina con determinación. —"Es buena, jefe, muy buena… se me escapó por poco, no volverá a suceder".

Una leve sonrisa asoma en los labios del comisario.

-"La conozco muy bien", dice con una calma inquietante, señalando el parche de su ojo. —"Sé de primera mano lo peligrosa que puede llegar a ser".

Axel lo observa en completo silencio, cerrando los puños con fuerza hasta que los nudillos quedan blancos. Por dentro, se imagina rompiéndole la cara, mientras por fuera permanece impasible.

-"He venido a informarle que, a partir de ahora, contará con todos los recursos del departamento. Lo que necesite, lo tendrá. Y cualquier avance relacionado con Shepard me lo reportará directamente a mí", añade, sin apartar la mirada de Gina.

-"Así lo haré, comisario, muchas gracias por la confianza", responde ella, asintiendo con energía.

-"Confío plenamente en usted, sargento", dice, dándose media vuelta.

Se dirige hacia la puerta con la misma solemnidad con la que entró, y justo antes de salir, lanza una mirada fugaz por encima del hombro a Axel.

-"Capitán", dice con frialdad antes de desaparecer.

La puerta se cierra con un leve clic, un sonido apenas perceptible que, sin embargo, resuena en la habitación como una sentencia.

Durante unos segundos, el silencio lo envuelve todo, denso, cargado de tensión. Axel permanece inmóvil, con la mirada fija en la puerta y los músculos del cuello tensos, mientras desde la cama, Gina lo observa, midiendo cada uno de sus gestos.

-"¿Ocurre algo?", pregunta al fin, confundida. —"Te noto… nervioso".

-"No me fío de él", responde Axel sin volverse. —"Su interés por Valeria no me huele nada bien".

-"Es el jefe del Bureau de Detectives", replica ella, con un deje de molestia en la voz. —"Es lógico que se implique. El que no está siendo objetivo eres tú, Ax… no cuando se trata de ella".

Axel se gira hacia ella con el ceño fruncido.

-"No lo entiendes, Grayson y Valeria tienen un pasado oscuro. Estoy convencido de que él tuvo mucho que ver en su desaparición, aunque ella no ha querido contarme nada".

El rostro de Gina se tensa de golpe.

-"Lo único que veo es que sigues defendiéndola a pesar de que casi me mata. Ya veo lo que me quieres".

-"¡Joder, Gina!", exclama Axel, poniéndose de pie bruscamente. —"¡Claro que te quiero!, más que a nada. Me faltó el aire cuando me dijeron lo que te había pasado, pero esto no va de sentimientos, quiero entender todo antes de juzgar. Valeria debe responder por lo que hizo, pero también merece justicia".

-"Pues yo lo tengo claro", responde ella con frialdad. —"Es una asesina, y ahora, también una fugitiva".

Axel suspira, se sienta de nuevo y le toma las manos con delicadeza.

-"No quiero que volvamos a discutir", dice, bajando el tono.

-"Si tuvieras que elegir entre las dos… ¿a quién elegirías?", pregunta Gina, clavando sus ojos en los de él.

Axel parpadea, desconcertado.

-"¿Pero qué clase de pregunta es esa?".

-"Sólo responde", insiste ella, con seriedad.

-"No entiendo por qué tendría que hacer esa elección absurda".

Gina desvía la mirada hacia la ventana.

-"Está bien… me queda claro".

Axel se inclina hacia ella, apretando un poco más sus manos.

-"Te elegiría a ti, siempre a ti", dice con sinceridad, buscando su mirada.

En cambio, Gina gira el rostro, esquivándolo.

-"Quiero estar sola un rato", murmura.

-"Gina, yo…".

-"Por favor, Ax", lo interrumpe.

Él baja la cabeza y se pone de pie lentamente. La habitación se queda en silencio mientras se acerca a la puerta.

-"Está bien", dice en apenas un susurro antes de salir y dejarla sola con sus pensamientos.

{En casa de Claire.}

Valeria y Claire han cambiado el sofá por la ducha, donde continúan dejándose llevar por el torbellino de deseo desbocado. El agua templada cae sobre sus cuerpos desnudos, envolviéndolas en vapor mientras el jabón se desliza por sus pieles, mezclándose con caricias, risas entrecortadas y besos urgentes.

Los jadeos y gemidos de ambas se funden con el murmullo constante del agua. Valeria, de rodillas, recorre con los labios el interior de los muslos de Claire, que se apoya contra los azulejos para no perder el equilibrio, con los dedos clavados en la pared y los ojos cerrados, completamente rendida al momento.

Están tan absortas, que no oyen el rechinar de la puerta principal al abrirse, ni los pasos que resuenan desde la planta baja. Sólo cuando una voz familiar la llama y escucha el golpeteo de unos zapatos subiendo por la escalera, reacciona de golpe, dando un respingo mientras las manos de Valeria aún la sostienen por las caderas.

-"¡Mierda, es Ethan!", susurra con el corazón desbocado, pálida.

Ethan avanza por el pasillo del piso superior, guiado por la tenue luz que se escapa por la rendija de la puerta del baño entreabierta.

-"¡Au!", una voz femenina que no es la de Claire se oye de repente. —"Cuidado, también tengo alguna herida en la cabeza…".

-"¿Claire?", llama Ethan con el ceño fruncido, mientras empuja lentamente la puerta.

Sus ojos se abren de par en par al encontrarse con una escena inesperada: Valeria, con sólo un tanga, está sentada en un pequeño taburete frente al espejo, con el cuerpo cubierto de hematomas y heridas, mientras Claire, con el cabello húmedo y envuelta en una toalla, le cepilla el pelo con gesto delicado. Y sobre el lavabo, un

desorden de gasas ensangrentadas, vendas y botes de desinfectante completa la imagen.

Ambas se giran al mismo tiempo al notar su presencia.

-"¡Ah, hola, cariño!", exclama Claire con una sonrisa nerviosa. —"No te hemos oído entrar".

-"Hola, Ethan", saluda Valeria con total naturalidad, como si la escena no tuviera nada de particular.

Ethan titubea unos segundos, visiblemente incómodo, sin saber muy bien dónde posar la mirada.

-"Lo siento, chicas… no quería interrumpir".

-"Espera, cariño", lo detiene Claire justo cuando él empieza a cerrar la puerta. —"Vamos a necesitar reponer cosas del botiquín, he tenido que hacerle varias curas a Valeria, como podrás observar. Y también le ofrecí nuestra ducha, espero que no te importe".

Ethan lanza una nueva mirada a Valeria, que apenas cubre sus pezones con la punta de los dedos índice y corazón.

-"Claro que no, ¿cómo iba a molestarme? Estás en tu casa, Valeria", dice, esforzándose por sonar relajado.

-"Gracias, Ethan", responde Valeria, dibujando una sonrisa traviesa.

-"Por cierto… ¿qué te ha pasado?, estás hecha una pena".

-"Me metí en una pelea y me han dado una buena tunda", responde ella, desviando la mirada hacia un lado.

-"¡Cielo santo!, ¿y no has ido a urgencias, o a la Policía?".

Valeria se rasca la cabeza con aire culpable, pero enseguida baja la mano al recordar que no está vestida.

-"No… vine directamente aquí. Estaba cerca y sabía que Claire me ayudaría", vuelve a sonreír. —"Pero no te preocupes, ellos salieron peor parados".

Ethan suelta una leve carcajada, incrédulo.

-"Vaya liante estás hecha".

-"Vamos a terminar de asearnos y ahora bajamos a cenar", interviene Claire.

-"Claro, os espero abajo", responde Ethan, antes de cerrar la puerta tras de sí.

Una vez Claire se asegura de que se ha marchado, suelta un profundo suspiro de alivio.

-"Uf… ha estado cerca".

-"Yo me he puesto cachonda", bromea Valeria con picardía. —"Me pone guarrona esto de que casi nos pillen".

Entre risas, Claire le propina un manotazo juguetón.

-"¡Ay!", se queja Valeria. —"¡Cuidado, que estoy herida!".

-"En la ducha no te quejabas de las heridas", bromea Claire. —"Ni en el sofá, cuand—…".

Pero no alcanza a terminar la frase. De repente, Valeria se pone en pie de un salto, se acerca y le roba un beso apasionado, haciendo que la toalla que cubre a Claire caiga al suelo en el proceso.

-"¡Estás loca!", susurra Claire entre risas, separándose suavemente.

-"Tú me vuelves loca", responde Valeria, besándole el cuello.

Claire se muerde el labio, tentada, pero respira hondo y la detiene con delicadeza.

-"Ya vale, cielo. Me lo he pasado mejor que nunca… pero quiero a Ethan, esto no debería volver a pasar. Y mucho menos con él abajo".

Valeria baja la mirada y un atisbo de vergüenza cruza por sus ojos.

-"Tienes razón… lo siento".

-"Vamos a terminar y bajamos a cenar. Y quiero discreción absoluta, ¿entendido?".

-"A la orden, doc", responde Valeria con una sonrisa resignada, llevándose la mano a la frente como un saludo militar.

{Al día siguiente.}

Claire conduce su coche por las calles desiertas de un polígono industrial.

-"Es aquí", indica Valeria, señalando una nave de aspecto anodino.

Ambas se bajan del coche y se dirigen hacia la entrada, que se desbloquea en cuanto se acercan, y al abrir la puerta, cuatro

personas se acercan a su encuentro.

-"¡Hola, mis frikis!", saluda Valeria, alzando la mano con una amplia sonrisa.

Tres de ellos responden con un gesto amistoso, pero uno rompe filas y corre hacia ella para abrazarla con fuerza.

-"Yo también te echaba de menos, Jona", le dice ella, devolviéndole el abrazo. —"Con cuidado, que me duele hasta el alma".

-"Creía que te habrían cogido… o algo peor", responde él, con preocupación sincera.

-"¿Matt te hizo llegar mi mensaje?".

-"Sí, he dejado el móvil en el piso y tomé todas las precauciones. He hecho todo como me has enseñado, estoy seguro de que nadie me ha seguido".

Valeria asiente satisfecha y se separa de él.

-"Bien, si descubrieran esto os joderían de lo lindo. Y no queremos eso".

Luego, gira hacia Claire y la presenta con un gesto teatral.

-"Chicos, ella es Claire, cirujana y una amiga de puta madre, de mi total confianza. He pensado que nos podría echar un cable con… nuestro *temita*".

Tras unos segundos de intercambio de saludos, Jayden toma la palabra.

-"Precisamente de eso queríamos hablarte".

-"En efecto", añade Aiko con entusiasmo. —"Analizando tu sangre y tejidos hemos hecho un descubrimiento que es absolutamente asombroso".

-"Antes de que sigas", interrumpe Valeria, sacando una bolsa. —"Me temo que el nanotraje necesita unos arreglitos".

-"No te preocupes, lo dejaremos como nuevo", responde Thomas con una sonrisa. —"Vamos, sentémonos".

Todos toman asiento alrededor de una mesa ovalada y Jayden abre una carpeta, colocando varios documentos frente a Valeria.

Ella coge una de las hojas y la examina con el ceño fruncido.

-"Vale… aquí hay un montón de datos que no entiendo. Pero esto es una secuenciación de ADN, ¿no?, imagino que el mío".

-"Correcto", confirma Thomas. —"Tu genoma al completo".

-"Ajá… ¿y?, tienes cara de estar a punto de soltar algo gordo".

-"¡No eres humana!", espeta Aiko, sin filtro alguno.

Valeria la mira, totalmente desconcertada.

-"¿Qué acabas de decir?".

Jayden alza la mano tomando la vez.

-"Bueno, hay que matizarlo. Claro que eres humana, pero tu genoma ha sido alterado de alguna forma tan radical que ya no encaja con ningún patrón humano conocido".

Valeria levanta una mano, deteniéndolo.

-"Un momento, un momento… ¿cómo que alterado? Nada de bromas, chicos".

-"¿Te parece una broma que unos nanobots diseñados para reducir tus órganos a pulpa te convirtieran en una máquina de matar con fuerza sobrehumana?", sentencia Jonathan con total seriedad.

-"¿Nanobots?", repite Claire en voz baja para sí misma. —"¿Fuerza sobrehumana?".

Valeria agacha la cabeza.

-"No me lo recuerdes… todavía tengo pesadillas".

-"Lo fascinante", explica Aiko. —"Es que, cuando te acercaste a los nanobots, tus genes mutados se sincronizaron con su programación de alguna forma, creemos que electromagnéticamente, incluso antes de que entraran en tu cuerpo".

Aiko gesticula exageradamente como si bailara, entusiasmada con la idea.

-"Eso desató su reacción anómala, por eso rompieron el cristal y te transformaron por completo. Que por increíble que parezca, no es más que una respuesta biológica que aún no entendemos".

Claire abre la boca para decir algo mientras observa los documentos, pero se queda paralizada.

-"Los nanorrobots sólo potenciaron exponencialmente las cualidades que ya estaban en ti", añade Thomas.

-"¿Estás diciendo que esa cosa... esa bestia sangrienta no fue creada por los nanobots?, ¿que ya estaba dentro de mí?", pregunta Valeria, incrédula. —"¿Qué era yo?".

-"Exacto… *ella* no es *ella*, eres tú", responde Jayden con serenidad. —"Aunque, inexplicablemente, se ha manifestado como alguien diferente".

Valeria niega con la cabeza, bajando la mirada y agarrándose el pelo, desesperada.

-"¡No! No, no, no, me niego, yo no soy esa asesina sanguinaria".

Jonathan arrastra su silla más cerca de Valeria y le posa las manos en los hombros con suavidad.

-"Sabemos que tú no eres así, Val. Estamos todos contigo", dice con voz baja, pero firme.

Claire, aún con la sorpresa congelada en su rostro y sin apartar la mirada de Valeria, rompe por fin el silencio.

-"¿El Demonio Rojo del que hablan las noticias…?, ¿eras tú?", pregunta, con un tono que deja entrever una mezcla de miedo y desconcierto.

Valeria levanta la vista con los ojos vidriosos, que amenazan con desbordarse.

-"Claire, yo…".

-"En cualquier caso; no fue culpa tuya, estabas completamente fuera de control", interviene Jayden, levantando una mano. —"La dosis de nanorrobots era inabarcable para cualquier organismo biológico conocido, pero tú no sólo los resististe… sino que te fusionaste con ellos. Entre vosotros se formó una especie de relación simbiótica; es lo que estamos intentando averiguar".

-"Lo viví como si estuviera atrapada en una pesadilla... como una espectadora furiosa y llena de ira", añade Valeria, temblorosa. —"Deseaba destruir a todo el mundo".

Claire, conmovida por el evidente dolor en su rostro, deja caer los papeles que sostiene, se acerca y toma las manos de Valeria entre las suyas, mirándola directamente a los ojos.

-"Eres la persona más fuerte que he conocido nunca, puedes con todo… incluso con esto", susurra.

Una fugaz sonrisa asoma en los labios de Valeria, aunque no dura mucho.

-"Pero hay una buena noticia", dice Thomas, rompiendo el momento —"Tal vez, con una dosis controlada, puedas desarrollar esas asombrosas capacidades, pero manteniendo el control".

Valeria gira la cabeza hacia él, recelosa.

-"No pienso inyectarme eso, ¿y si os equivocáis?, ¿y si… os mato a todos?", dice titubeante. —"Cuando me transformé, anhelé hacerlo… ver a Jona fue lo único que me paró".

-"Podríamos intentar contenerte", sugiere Jayden, esforzándose por sonar convincente.

-"Lo dudo mucho. Atravesé la pared de hormigón como si fuera de cartón, es demasiado arriesgado", responde Valeria, con duda.

-"¡Merece la pena el riesgo!", exclama Aiko. —"En ti podría estar la clave para avanzar en nuestro proyecto principal y… curar el cáncer, entre otras cosas".

Claire abre mucho los ojos al escuchar eso último.

-"¿Curar el cáncer?", murmura para sí.

Pero nadie se percata de su pregunta ya que Valeria sigue hablando.

-"Podía oír vuestros corazones como tambores retumbando en mi cabeza, y sentía vuestra sangre fluyendo... la necesidad de beberla era casi insoportable".

Aiko palidece al instante al escuchar esas palabras, sacudida por un escalofrío, mientras traga saliva con dificultad.

-"De hecho", prosigue Valeria. —"¿Por qué esa sed? ¿Y los colmillos?, ¿acaso soy un maldito vampiro?".

-"Los dispositivos nano—robóticos extraen energía de la sangre para funcionar dentro de un organismo vivo", explica Jayden. —"Normalmente, introducimos una ínfima cantidad de ellos y la misma sangre del huésped es más que suficiente para que cumplan su función. Pero en tu caso, y seguramente por tus

capacidades aumentadas, además de la dosis masiva, la demanda energética fue tan colosal que quizá necesitaron de una fuente externa constante para no detenerse, y de ahí tu sed".

Jayden toma varios documentos del dossier y los ojea mientras sigue hablando.

-"Todo son hipótesis por ahora, pero es posible que los colmillos hayan mutado precisamente para facilitar esa tarea, y por eso, cuando conseguiste recuperar algo de control tras tu encuentro con Jonathan y dejaste de alimentarte, fue cuando regresaste a tu estado normal. Necesitamos más pruebas, más sangre".

Valeria presiona con el dedo una de las hojas sobre la mesa, con firmeza.

-"Ya tenéis un montón de mi sangre, pero os daré más si es lo que queréis".

Jayden asiente, a punto de decir algo, pero Aiko lo interrumpe.

-"Tu sangre no, la de *ella*", dice, con énfasis en la última palabra.

Valeria se vuelve lentamente hacia Aiko.

-"¿Acaso no es la misma?".

-"Sí, pero no. La transformación la altera lo suficiente como para que sea totalmente diferente".

El silencio cae como una losa en la sala, hasta que Valeria habla de nuevo.

-"¿No has escuchado lo que he dicho antes?".

Aiko traga saliva otra vez, visiblemente nerviosa.

-"Sí, y me da miedo, la verdad… mucho. Pero su sangre, bueno… *tu* sangre, bueno… *su* también, de *ella*… ya me entiendes. Aunque seáis la misma persona, hay… diferencias. Sólo que… bueno… ella… da pánico… tú también… cuando te enfadas… pero… no es lo mismo… obviamente".

-"¡Aiko!", la detiene Valeria con severidad.

-"Vale, vale", dice Aiko, agitando la cabeza. —"Tu sangre mutada se deteriora a gran velocidad fuera de tu cuerpo, por lo que todas las muestras que tenemos ya no sirven para nada.

Los nanobots la descomponen antes de quedarse sin energía y desaparecer".

Valeria se encoge de hombros con resignación.

-"Pues coged mi sangre *normal* y metedle vuestros nanobichos".

-"Ya lo hemos intentado", interviene Thomas. —"Y no hemos conseguido replicar lo que sea que ocurrió en tu cuerpo, fue único".

Valeria baja la mirada, con las lágrimas regresando, silenciosas.

-"No es sólo por vuestra seguridad", murmura. —"Cuando me convertí en ella... todos mis sentimientos y recuerdos más caóticos y oscuros salieron a la superficie con una claridad absoluta. Cosas que creía enterradas… ¡fue demasiado para mí! Me costó mucho dejar eso atrás, llegar a quien soy ahora".

-"Quizá esa sea la clave", interviene Jayden, decidido. —"Ella podría ser una respuesta emocional de tus sentimientos más profundos".

El silencio vuelve a instalarse, nadie dice nada, únicamente los suaves sollozos de Valeria llenan la estancia, mientras Jonathan la consuela con su cercanía, cálida y silenciosa.

-"¿Usaron radiación para lo que sea que le hicieron a Valeria?", pregunta Claire al cabo de unos segundos, ojeando uno de los documentos.

-"Exacto, buena observación", responde Thomas, asintiendo. —"Los cambios que hemos detectado en su organismo son compatibles con exposición a radiación, aunque… curiosamente, en su cuerpo no hay ni rastro de esa supuesta radiación. Es bastante desconcertante".

Valeria reprime los sollozos y abre los ojos con asombro.

-"A mi madre… cuando enfermó, los médicos le detectaron signos de radiación. Pensaban que fue lo que le provocó el cáncer".

El silencio se instala otra vez más mientras todos procesan la información.

-"A ver… esto es pura especulación", comienza Thomas tras unos segundos. —"Porque aún no conocemos las técnicas que

causaron las alteraciones en tu genoma, pero tengo una teoría".

Se frota el mentón con los ojos desviados hacia el techo, como si hurgara en su mente.

-"Es posible que, cuando eras niña, te sometieran a algún tipo de procedimiento… uno que activó esas singularidades en ti, y al mismo tiempo, expuso a tu madre lo suficiente como para enfermarla".

Los ojos de Valeria se agrandan aún más, abriendo la boca para responder, pero sin encontrar palabras.

-"¿Por eso se cura tan rápido?", interrumpe Claire, sin apartar la vista de los informes. —"Reconozco que me desconcertaba, sabía que lo suyo no podía ser normal".

-"Sin duda, lo hemos comprobado, no hemos visto a nadie recuperarse tan rápido", responde Aiko.

-"Y no sólo eso", añade Jayden. —"Según los resultados obtenidos, Valeria supera todos los parámetros que podríamos considerar normales en una mujer entrenada común: memoria, agudeza sensorial, destreza, equilibrio, fuerza, resistencia… absolutamente todo".

-"Lo que un amante de los cómics como yo llamaría: una *metahumana*", añade Thomas con media sonrisa.

-"¿Metaqué?", pregunta Valeria, visiblemente confundida.

-"Una humana mejorada", aclara Thomas, aún sonriente. —"No hablamos de superpoderes como en los cómics, pero sí de alguien que está muy por encima de las capacidades humanas estándar. Y eso sin contar lo que te hicieron los nanorrobots".

-"¡Esto es increíble!", exclama Claire, ojeando los datos con creciente entusiasmo. —"¡Sabía que eras especial!, y no sólo por el pelo bicolor", dice, guiñándole un ojo a Valeria.

-"Quizás el pelo también sea una consecuencia de sus mutaciones", añade Aiko, mirando el lado rapado de su cabeza.

Valeria baja un poco la mirada y le devuelve una sonrisa tímida, casi como si le costara creérselo.

-"¿Alguna vez te has puesto enferma?", pregunta Jonathan, aunque ya conoce la respuesta.

-"No, nunca, ni un simple resfriado", responde ella.
-"¡Por eso eres tan odiosa! Eres *doña perfecta*", se burla Jonathan, con una sonrisa traviesa.
Valeria le propina una colleja suave en el pescuezo.
-"Te quedas sin paga, capullo", bromea ella entre risas.
-"Yo diría, incluso; que resististe el veneno del violador, no por los suplementos que tomaste, sino gracias a tu resistencia natural a los tóxicos", añade Aiko con seriedad. —"Eso también explicaría por qué tu cuerpo no muestra ninguna señal de radiación, mientras que tu madre sí, por desgracia".
Claire cierra la carpeta con los documentos con decisión.
-"Contad conmigo para lo que necesiteis", dice con convicción.
-"Será un placer, doctora", responde Jayden con una sonrisa agradecida.
-"Pero que quede claro: yo no pienso volver a acercarme a uno de esos nanobichos", dice Valeria, cruzándose de brazos.
-"Entendido… es tu decisión y la respetamos", asiente Jayden. —"Seguiremos investigando con lo que tenemos".

{Dos semanas después, por la noche.}

En algún lugar, en medio de ninguna parte, se alza imponente una mansión colosal, más cercana a una fortaleza que a una residencia. Su silueta se recorta contra el horizonte dentro de un vasto recinto amurallado, custodiado por una legión de guardias armados y perros de vigilancia que patrullan sin descanso.

En la copa de un árbol, fuera del perímetro, una figura fundida con la oscuridad que se confunde con las sombras, permanece inmóvil, invisible para cualquiera que no sepa exactamente dónde buscar.

Es Valeria, enfundada en un nuevo nanotraje, cuyas fibras se mimetizan con el entorno, adquiriendo tonalidades verdosas según las hojas se agitan a su alrededor, como la piel de un camaleón en alerta, una nueva funcionalidad, cortesía de sus amigos.

Durante horas, ha observado sin descanso. Ha memorizado cada detalle: rutas de patrulla, rutinas, armamento, puntos ciegos, defensas electrónicas, accesos ocultos…. Todo cuanto pudiera ser útil en una posible incursión.

«Esto es prácticamente impenetrable, tienen un maldito ejército.»

Piensa, mientras sus ojos siguen el movimiento de un guardia con su perro.

«Se nota que han reforzado las medidas de seguridad después de haber acabado con tres de ellos.»

Su vista se desvía hacia otro guardia que sostiene una ametralladora en lo alto de una torre.

«No voy a poder entrar sin desatar la tercera guerra mundial, y ni siquiera estoy segura de si tendría alguna posibilidad de salir con vida.»

En ese instante, un convoy de cuatro vehículos negros de alta gama atraviesa la entrada principal y serpentea por el camino hasta detenerse ante la mansión. De la puerta principal desciende una figura corpulenta, que con paso lento pero seguro, se dirige directamente hacia los recién llegados.

Valeria contiene el aliento al verlo.

«¡Ahí estás!, jodido cabronazo, mi información era correcta. Qué lástima que esté tan lejos como para poder volarle la cabeza ahora mismo con mi rifle, aunque igualmente, prefiero hacerlo mirándole a los ojos.»

{En la entrada principal de la mansión.}

Vladislav Solovyev desciende las escaleras con la calma de quien se sabe intocable, dando tiempo a que los vehículos negros se alineen frente a la entrada. Cuando el primero se detiene, se dirige hacia él mientras la puerta se abre y de su interior emerge una figura trajeada, de porte firme y rostro marcado por un parche en el ojo.

-"Buenas noches, Grayson", saluda Vladislav, tendiéndole la mano.

-“Buenas noches”, responde él, apretando su mano con firmeza.

-“¿Alguna noticia sobre esa perra?”, pregunta el ruso con su marcado acento y un destello de rabia en la mirada.

-“No, nada, se ha esfumado”, contesta Grayson con tono neutro.

-“Joder, Grayson, se ha cargado a mis tres camaradas”, resopla Vladislav, irritado. —“Sabes tan bien como yo que va a venir, ha llegado demasiado lejos, no va a dejarlo a medias”.

Grayson se encoge de hombros, casi con indiferencia.

-“Shepard nos ha sorprendido a todos, ha aprendido mucho”, admite con una sonrisa. —“Tengo medio departamento movilizado y a una de mis mejores agentes al frente. No te preocupes, aparecerá, y entonces, la mataremos”.

Vladislav hace una mueca.

-“No estés tan tranquilo”, gruñe. —“Después de mí, irá a por ti”.

Grayson sonríe con una mueca retorcida, que destila peligro y diversión a partes iguales.

-“Lo estoy deseando. Yo la convertí en lo que es… y me empalmo sólo de pensar en volver a metérsela hasta la garganta de nuevo”.

Vladislav también sonríe, mirándolo entre el asco y la admiración.

-“Estás enfermo”, suelta el ruso, dándole una palmada. —“Aunque no creo que vuelva a dejarte hacerlo”.

-“Eso está por ver”, responde Grayson, devolviendo el gesto. —“Shepard sigue siendo mía, aunque ella crea que no”.

Ambos sueltan una carcajada seca y oscura mientras ascienden juntos por los escalones y la puerta principal se abre con un chirrido sordo, tragándose sus siluetas bajo la sombra de la mansión.

Valeria los observa desde su escondite, sin perder un solo movimiento. Intenta leerles los labios a través de los prismáticos, pero apenas logra descifrar un par de palabras sueltas: Grayson le

da la espalda y la cara de Vladislav queda tapada la mayor parte del tiempo.

«¿Perra?, ¿esfumado?, ¿camaradas?, ¿empalmo? Apuesto a que están hablando de mí.»

Los sigue con la mirada mientras ascienden las escaleras, riéndose como si fueran intocables.

«Ya veremos si siguen riendo cuando acabe con sus miserables vidas.»

Finalmente, los dos desaparecen tras la puerta de la mansión.

«Esto está jodido, me esperan y están preparados. Voy a tener que cambiar el enfoque… ponerles un dulce sobre la mesa, uno que no puedan rechazar.»

{Dos semanas después.}

Axel desayuna en la cocina de su piso, ojeando el periódico mientras el aroma del café llena la estancia, cuando Gina irrumpe con prisas, recogiendo una tostada al vuelo.

-"Hoy salgo antes, Ax", dice, masticando a toda velocidad.

-"¿Alguna novedad?", pregunta él, siguiéndola con la mirada.

-"Vamos a asaltar un piso franco. Nada más y nada menos que de la Mafia italiana".

-"¿Mafia?", Axel frunce el ceño, desconcertado.

Gina apura el café de un trago.

-"Sí, se esconde allí, creemos que la están ayudando", dice con la tostada todavía en la boca. —"Una muestra más del tipo de persona en que se ha convertido".

Axel se queda en silencio unos segundos, visiblemente tenso y preocupado.

-"Por favor, ten cuidado… no os matéis mutuamente".

-"Tranquilo, no volveré a subestimarla".

Se besan, largo, silencioso, como si no supieran cuándo será el siguiente.

-"Prometo atraparla viva", dice Gina con firmeza. —"Y si puedo… también ilesa".

Axel asiente.

-"Confío en ti".

Gina se marcha y él termina de desayunar con calma, sin prisa. Recoge, friega, seca, se asea, se ducha, se viste y justo cuando se coloca la última prenda, suena el timbre.

-"Siempre digo que las prisas no son buenas", murmura, caminando hacia la puerta. —"¿Qué te has dejado?", pregunta al aire mientras abre.

Pero no es Gina a quien encuentra al otro lado, sino a Valeria. Está allí, quieta, con expresión triste, la mirada vulnerable y los dos brazos extendidos al frente, como pidiendo ser esposada.

-"Hola, Ax… vengo a entregarme".

Axel se queda helado, en shock, hasta que un segundo después, guiado por el instinto, le lanza un puñetazo directo a la cara que la hace caer de espaldas al suelo.

Valeria gime y se incorpora levemente, temblorosa, hasta quedar sentada en el suelo mientras se lleva una mano a la nariz, de donde empieza a brotar un hilo de sangre.

-"Vale… me lo tenía merecido", musita con calma, observando como la sangre resbala por su palma.

-"¡Casi matas a Gina!", le grita Axel desde lo alto, salpicándola de saliva.

-"Lo sé… lo siento, de verdad. No vi otra salida", responde ella en un hilo de voz, levantando la vista hacia él. —"Pero le puse un torniquete, sabía que la atenderían a tiempo, los SWAT estaban cerca".

Axel le agarra del pelo y tira con rabia, clavando los ojos en los de ella, apretando los dientes y alzando el puño de nuevo.

-"Cómo me vuelvas a mentir… te reviento la cara a hostias".

Valeria, sorprendida por la inusitada agresividad de su amigo, le sostiene la mirada en silencio… y entiende. Luego, cuando él le suelta el pelo, agacha la cabeza, fijando la mirada en el suelo, en un claro gesto de sometimiento.

«Parece que Gina le ha contado una versión diferente.»

Se muerde la lengua, podría explicarse, justificarse, defenderse… en cambio, no dice nada.

«Le quiero… por ello, no debo interferir en su relación con ella más de lo que ya he hecho, no se lo merece.»

-"¿Por qué has venido aquí?", pregunta él finalmente, relajando el gesto.

Ella lo mira otra vez y se pone de pie despacio, volviendo a alzar los brazos con gesto resignado.

-"Porque… sólo confío en ti".

Axel se queda quieto un instante, dudando. Luego entra, extrae unos grilletes y, sin una palabra, los ajusta a sus muñecas. Sólo el chasquido metálico cerrándose rompe el silencio que pesa en el pasillo. Después, con el mismo silencio cargado de resentimiento, la conduce hacia el coche.

CAPÍTULO OCHO

La Vindicare

parte 1

{Mientras tanto.}

Gina viaja en la parte trasera de un furgón del SWAT que avanza a toda velocidad por la ciudad, seguido por otros tres vehículos más. Viste un equipo táctico completo: chaleco antibalas, protecciones integrales, una Sig Sauer P320 enfundada en el muslo y un M4 colgado del arnés, cruzándole el pecho.

-"¿Está confirmado que sigue en el piso?", pregunta al agente a su lado, sin apartar la vista del frente.

-"Sí, sargento, lo está. El equipo de vigilancia la vio entrar de madrugada y dicen que no ha salido desde entonces".

Gina asiente, esbozando una leve sonrisa.

-"Bien, esta vez no escapará".

Se coloca el casco balístico y se ajusta el comunicador junto a los labios.

-"Bien, escuchad todos", comienza a decir por el micrófono, con firmeza. —"No vamos a perder ni un segundo tomando posiciones, subiremos rápidamente en cuanto lleguemos. Ya habéis visto los planos, cada equipo sabe exactamente lo que debe hacer, así que no perderemos tiempo con preparativos".

Hace una breve pausa mientras consulta un monitor frente a ella.

-"Los equipos de francotiradores ya están en el lugar cubriendo cada salida", continúa hablando. —"Y la policía local ha cortado todos los accesos al edificio. Así que será llegar y entrar, rápido y limpio, no le daremos la oportunidad de reaccionar".

Su tono se vuelve más serio, más personal.

-"Todos sabéis de lo que es capaz", prosigue. —"No os confiéis, extremad las precauciones al máximo. La prioridad es capturarla con vida por cualquier medio, aunque el comisario

ha autorizado la fuerza letal si fuese necesario. Y en cuanto esté asegurada… quiero ser yo quien le ponga los grilletes".

-"Equipo dos, recibido".

-"Equipo tres, recibido".

-"Equipo cuatro, recibido".

Las respuestas se encadenan con precisión en el canal de comunicación.

Poco tiempo después, el convoy cruza la entrada de Aurora, un pueblo a 66 kilómetros de Chicago. Las sirenas se apagan; sólo quedan las luces destellando en azul y rojo, mientras los furgones se deslizan por las calles silenciosas, hasta que poco después alcanzan el edificio objetivo: una construcción modesta de dos plantas donde, según Inteligencia, se encuentra un piso franco de la mafia italiana.

Los cuatro vehículos irrumpen más allá del cordón policial y se colocan en formación con una sincronía que delata muchas horas de entrenamiento. Las puertas traseras se abren de golpe y los agentes descienden con eficacia quirúrgica, con Gina al frente del equipo uno, liderando la entrada.

-"¡Vamos!", ordena, mientras avanzan por la escalera.

En segundos, están ante las diferentes puertas de los apartamentos, las cuales derriban casi al unísono, desplegándose como una ola controlada de fuego y kevlar, entrando por cada habitación, cubriendo cada esquina.

-"¡Policía!", gritan los agentes al irrumpir en los pisos.

Pasados unos minutos, todos los apartamentos están asegurados, los ocupantes retenidos, y el edificio bajo control, pero no hay ni rastro de Valeria.

Se hace el silencio, por un momento sólo se oye la respiración agitada bajo los cascos y el crujir de los pasos sobre la madera del suelo.

-"¡Me cago en la puta!", estalla Gina, golpeando una pared con el puño.

-"El objetivo no se encuentra en el lugar", informa uno de los agentes con voz tensa.

-"¡Ya me he dado cuenta!", ruge ella, girándose bruscamente.

—"¡¿Cómo cojones es posible?!".

Sale del edificio como una exhalación, furiosa, sus pasos golpean el suelo con la fuerza de su frustración y se dirige directamente hacia los agentes del equipo de vigilancia, a la vez que la rabia le sube por la garganta.

-"¡Eh, vosotros!", espeta, clavando la mirada en ellos —"Más os vale que tengáis una buena explicación".

Uno de los agentes levanta las manos, nervioso.

-"Hemos estado vigilando todo el tiempo, lo juro, nadie salió, no entiendo cómo se ha escapado, es imposible".

Gina lo fulmina con la mirada, apretando los dientes.

-"¿¡Imposible!? Pues resulta que no está, ¿te parece eso imposible?".

Tras decir eso, se queda quieta durante un instante, pensativa, mirando al edificio como si pudiera ver a través de las paredes. Entonces, una idea le cruza la mente como una descarga eléctrica y activa su comunicador de inmediato.

-"¡Registrad hasta el último maldito rincón!", ordena con energía. —"Falsos techos, dobles paredes, trampillas, lo que sea. Es posible que esté escondida, esperando a que nos marchemos".

Hace una pausa y luego añade:

-"Sacad fuera a todos los residentes, vamos a interrogarlos uno a uno. Alguien tiene que saber algo… o la están encubriendo".

Ha cambiado la ira por determinación, su voz deja claro que no piensa marcharse del lugar hasta haber agotado todas las posibilidades.

{Unos días antes.}

Valeria se movía sobre Rick con movimientos lentos y controlados, sus caderas ondulaban, contoneándose con ritmo sobre su miembro. Tenía los brazos alzados y la cabeza ligeramente echada hacia atrás, mientras él yacía bajo ella, aferrándola con fuerza por los muslos, sintiendo el calor de su piel humedecida de sudor. La miraba como si cada gesto suyo fuese una coreografía

íntima, grabándola en su memoria con devoción, hipnotizado por cada uno de sus movimientos, como si bailara sólo para él.

Los jadeos de Valeria llenaban la habitación, envolviéndolo todo, hasta que se fundieron con los de Rick cuando el orgasmo los alcanzó a ambos, desbordando el placer como un volcán en plena erupción. Permanecieron así, aferrándose el uno al otro, alargando los últimos segundos de gozo como si separarse no fuera una opción, sintiéndose el aliento entrecortado, la piel húmeda, el deseo todavía latiendo entre ellos, hasta que finalmente Valeria rodó hacia un lado y quedó tumbada boca arriba, con los brazos tras la cabeza y la mirada perdida en el techo.

«Claire...»

Un pensamiento fugaz se deslizó en su mente durante unos segundos, creyendo ver a Claire en lugar de Rick por un momento. La imagen la sorprendió, la doctora había dejado una marca profunda en ella, más de lo que estaba dispuesta a admitir, ya que, desde Manuel, nadie había despertado algo tan fuerte, a pesar de que sabía que no podía ser, Claire estaba casada, y ella... ella no estaba hecha para tener a nadie.

«¡Quítatela de la cabeza, Val!»

Rick se volvió hacia ella y la observó en silencio, apoyado en un costado. Sus ojos recorrían cada centímetro de su cuerpo, cada poro, como si quisiera memorizarla mientras la luz tenue de la luna entraba por las rendijas de la persiana y acariciaba su piel perlada con suavidad, como si fuese una obra de arte viva, fascinante e inalcanzable.

-"Eres hermosa", murmuró, tras un momento. —"Incluso tus cicatrices son hermosas, eres la perfección hecha carne".

Valeria giró levemente la cabeza y le dedicó una sonrisa suave, cargada de matices. Había gratitud en su expresión, incluso ternura, pero también una sombra difícil de ignorar.

-"¿No te estarás enamorando?", preguntó en tono burlón. —"Tenemos un trato, ¿recuerdas?".

Rick tragó saliva y se rascó la cabeza con torpeza.

-"No, no… claro que no, sólo comento lo que veo", balbuceó.

-"Me gustas, Ricky, me gusta el sexo contigo y me gusta tu compañía, pero no estoy preparada para relaciones estables", dijo ella, volviendo la vista al techo.

-"Lo sé, soy consciente, pero eso no te hace menos hermosa", respondió él, sin dejar de mirarla.

-"No quiero hacerte daño", añadió ella, en apenas un susurro, sin mirarlo.

-"No creo que tú pudieras hacerme daño".

Valeria se giró de golpe con una sonrisa pícara y le agarró el brazo con fingida amenaza.

-"¿Ah, no?, ¿quieres que lo comprobemos?".

Rick forcejeó riendo, intentando soltarse mientras ella lo mantenía atrapado.

-"¡No me refería a este tipo de daño!", exclamó él entre carcajadas.

Ambos se revolvieron entre las sábanas, alternando empujones y caricias, como un juego entre lucha y deseo, hasta que terminaron fundidos en un beso apasionado. Finalmente, quedaron tumbados de costado, uno frente al otro, compartiendo la respiración, aún agitada.

-"¿Qué fue de aquella chica con la que salías?", preguntó Valeria, rompiendo el silencio. —"Parecía maja, ¿por qué lo dejasteis?".

Rick dudó un segundo antes de responder.

-"Era genial, y estábamos bien, pero…", hizo una pausa, buscando las palabras. —"No sé… el sexo no terminaba de funcionar, no sabría explicarlo".

Valeria frunció el ceño, leyendo su mirada.

-"¿No me estarás diciendo que cortaste con ella porque prefieres acostarte conmigo?", preguntó con seriedad. —"Porque te caneo ahora mismo".

Rick levantó las manos, como si se defendiera.

-"No te estoy culpando a ti, pero… el sexo contigo es diferente, es mucho mejor que con cualquier otra".

-"¡Vamos, no me jodas, Ricky!", exclamó Valeria, girándose bruscamente hasta quedar sentada en el borde de la cama, de

espaldas a él.

Rick se incorporó, sentándose a su lado.

-"Prefiero seguir acostándome contigo, aunque no seamos pareja ni nada oficial, que estar con alguien en una relación más estable… por así decirlo".

Valeria bajó la vista, clavando la mirada en el suelo.

-"A eso me refería cuando te ofrecí el trato", murmuró.

-"Es mi decisión", añadió Rick, encogiéndose de hombros. —"Y me da igual si tú te acuestas con otros, mientras lo hagas conmigo también".

Ella se levantó sin responder, buscando su ropa interior por el suelo con movimientos rápidos y algo tensos.

-"Creo que deberíamos dejar de acostarnos".

-"¿Qué?", Rick la seguía con la mirada, desconcertado. —"¿Por qué?".

-"Porque no quiero ser un obstáculo en tu vida, Ricky", dijo mientras se vestía. —"No quiero que te quedes esperándome. No quiero pareja estable, ni la voy a querer".

Rick permanecía sentado, observándola con el ceño fruncido.

-"No eres ningún obstáculo, Valeria, yo estoy bien así, eres lo mejor que me ha pasado".

Valeria terminó de vestirse y se dirigió hacia la puerta, deteniéndose un instante en el umbral para mirarlo por encima del hombro.

-"Conociste a una chica estupenda con la que hacías buena pareja… pero la dejaste porque me has idealizado, sin siquiera darle una oportunidad a ella. Y lo hiciste porque… te has enamorado de mí. Reconócelo, me he dado cuenta… pero yo no puedo darte lo que anhelas, y eso... rompe nuestro trato".

Rick bajó la mirada, apretando los labios y reconociendo la culpa sin palabras.

-"Perdóname".

Valería soltó un profundo suspiro.

-"No hay nada que perdonar, no has hecho nada malo", respondió ella con un tono más suave, casi triste. —"Me gustas mucho, Ricky… pero yo no estoy enamorada… lo siento".

-"Yo también lo siento, no he podido evitar enamorarme de ti", murmuró él, apenas audible, sin atreverse a alzar la vista. —"Creo que… te quiero".

El silencio se apoderó de la habitación, denso, inmóvil, con cada uno atrapado en su propio rincón, sin saber cómo salir de ahí.

-"Ya hablaremos de esto con más calma", dijo ella al fin, rompiendo la quietud con voz serena. —"Ahora vístete, Jonathan estará a punto de llegar".

Rick asintió en silencio y comenzó a buscar su ropa, mientras Valeria, sin mirar atrás, se alejó por el pasillo en dirección a la cocina.

{Poco después.}

Sonó el timbre y Rick se apresuró a abrir mientras Valeria desplegaba varios planos sobre la mesa de la cocina.

-"Traigo pizzas", anunció Jonathan al cruzar la puerta.

-"¡Genial!, me muero de hambre", respondió Rick, cerrando detrás de él.

-"¿Has tomado precauciones?", preguntó Valeria, sin levantar la vista de los planos.

-"¡Claro!", dijo él, dejando las cajas sobre la encimera. —"He tenido a la mejor maestra".

-"Nunca se es lo bastante precavido", murmuró ella, mientras seguía trazando líneas y símbolos sobre el papel. —"Estarán vigilando nuestro piso las veinticuatro horas, y por extensión, a ti".

Jonathan se colocó detrás de ella, observándola en silencio durante unos segundos. Al ver que no reaccionaba, le puso una mano en el hombro y dijo:

-"¿No vas a saludar a tu hermanito como dios manda?".

Valeria se detuvo en seco, como si algo la hubiera paralizado. Entonces, se giró de un salto y lo abrazó con fuerza.

-"Últimamente no nos vemos", dijo él, devolviéndole el abrazo.

-"Lo siento, Jona, estoy concentrada… y algo nerviosa, lo reconozco".

-"Bueno, te perdono por esta vez", bromeó él. —"Supongo que tener a toda la Policía de Chicago detrás no debe de ser precisamente relajante".

Valeria sonrió sin soltarlo.

-"Bueno, esas pizzas no se van a comer solas", dijo finalmente al separarse.

Durante la siguiente hora, los tres cenaron mientras analizaban los planos, los cuales pertenecían al recinto y a la mansión de Vladislav.

-"¿Cómo lo ves?", preguntó Valeria, dirigiéndose a Rick. —"¿Qué te dice tu experiencia de marine?".

-"Aquí", señaló sobre el mapa. —"Desde este punto podríamos atacar con relativa seguridad, hay buena cobertura y posiciones elevadas de tiro".

Se quedó pensativo unos segundos, acariciándose la barbilla, luego, cogió un rotulador y trazó varias líneas.

-"Aunque tendremos que cubrir esta otra zona… si no lo hacemos, nos rodearán fácilmente".

-"Yo estaré dando apoyo con mis drones", añadió Jonathan. —"Puedo vigilar ese flanco y avisar si intentan moverse por ahí".

Rick negó con la cabeza.

-"No basta, necesitamos hombres allí para frenar un posible avance. Aunque nos avises, no podríamos reposicionarnos a tiempo y nos atraparían en un fuego cruzado".

-"Recordad que no tenéis que asaltar el recinto", intervino Valeria. —"Sólo crear una distracción lo bastante fuerte como para desviar a la mayoría de sus fuerzas y que yo pueda escapar desde dentro".

Rick guardó silencio unos instantes, evaluando el mapa.

-"Sin contarme a mí… necesitaré al menos cinco hombres", dijo, señalando diferentes puntos. —"Dos aquí, otros dos por este lado y dos más aquí. Es lo mínimo… así que tendremos que pedir ayuda a don Giovanni".

Valeria negó con la cabeza.

-"¡No!", interrumpió Valeria, tajante. —"Ya le debo un favor enorme por haberme cedido este piso y no pienso deberle más. Se lo cobrará con muchos intereses, créeme".

-"¿Entonces qué hacemos?", protestó Jonathan. —"No podrás salir sola con todo ese ejército vigilando. Y la distracción tiene que ser lo bastante amenazante como para obligarlos a mover bastantes efectivos".

Valeria sacó un papel doblado del bolsillo y se lo tendió a su hermano.

-"Llama a este número, queda con él y cuéntale lo que vamos a hacer".

-"¿Quién es?, ¿podemos fiarnos?".

Valeria asintió con firmeza.

-"Ya lo conociste una vez en el piso, nos ayudará. Pero no llames desde tú móvil, estará pinchado".

Jonathan suspiró, observando el número.

-"Tendrá que valer".

Apartaron los planos y siguieron comiendo las pizzas alrededor de la mesa. Aunque el ambiente se había vuelto algo más distendido, la tensión seguía flotando en el aire, como una sombra persistente.

-"¿Cómo piensas colarte allí?", preguntó Jonathan con evidente preocupación.

Valeria dio un gran mordisco a una porción antes de responder, con aparente naturalidad.

-"No me voy a colar, me van a llevar ellos", dijo con la boca llena.

Jonathan y Rick rieron simultáneamente, creyendo que se trataba de una broma.

-"No bromeo", añadió Valeria, masticando sin perder la calma. —"Voy a entregarme a la Policía".

Jonathan se atragantó con su porción y comenzó a toser violentamente.

-"¡¿Qué?! ¡Grayson querrá matarte!".

-"Cuento con ello", replicó ella tras tragar. —"Pero, es un puto psicópata, querrá hacerlo él mismo".

-“Ah, genial… mejor me lo pones”, ironizó Jonathan, alzando los brazos con frustración por la tranquilidad con la que ella hablaba.

-“Pero no lo hará enseguida”, añadió Valeria, dando otro mordisco. —“Antes querrá violarme otra vez, torturarme o algo peor. Y yo… se lo serviré en bandeja”.

Jonathan dejó caer su porción sobre la mesa y se encogió de hombros.

-“¡Estupendo!, el plan mejora por momentos…”, dijo, haciendo aspavientos. —“Aun así, no lo entiendo. Si estás tan segura de cómo actuará, ¿por qué no ir directamente a la puerta de la mansión?”.

Valeria masticaba despacio, como si hablara de algo trivial, aunque el leve temblor en su voz delataba la tensión que bullía bajo la superficie.

-“Porque le encanta creerse el dueño absoluto, pensar que tiene todo el poder y que puede hacer lo que quiera. Si se lo pongo demasiado fácil, sospechará… en cambio, si le hago creer que la idea es suya, jamás verá venir mis verdaderas intenciones”.

Hizo una pausa calculada, tomó otro bocado y lo tragó como si nada, respirando hondo para domar los nervios que se le escapaban en la mirada.

-“Además… antes quiero desenmascararlo y limpiar mi nombre, que todos vean el monstruo que es. Y para eso, necesito a Axel”.

De un mordisco final, engullió el borde de la porción y, sin tomarse apenas tiempo para tragar, siguió hablando con la boca llena.

-“Aunque antes… tendré que librarme de Gina”, dice Valeria, bajando la mirada al pensar en ella. —“Me odia, y si me la cruzo antes de que hable con Axel, lo arruinará todo”.

-“Veo muchas cartas sobre la mesa”, comentó Rick, dudoso.

Valeria sonrió, con un destello desafiante en la mirada.

-“Sólo las que yo quiero mostrar. Filtraré la ubicación de este piso franco y me dejaré ver por aquí el día anterior. Gina

vendrá como una loca a por mí… pero para entonces, ya estaré de camino a la comisaría con Axel. Y con suerte, podré ejecutar el plan antes de que ella regrese".

Jonathan arqueó una ceja, rascándose el mentón.

-"¿Crees que Grayson te sacará de allí para llevarte a la mansión?".

-"No lo creo", respondió ella con firmeza. —"Lo sé".

Guardó silencio unos segundos para masticar otro pedazo y luego continuó, esta vez con la voz más temblorosa.

-"Cuando me rajó la cara me dejó con vida por una sola razón: declarar su poder sobre mí. Sabía que no diría nada… y estaba en lo cierto".

Otro mordisco, otra pausa. Fingía calma, pero sus ojos empezaban a brillar, humedecidos.

-"Me destrozó por completo, me hundió en un abismo demasiado profundo, me borró como persona. Durante mucho tiempo, viví convencida de que ya no tenía nada dentro, guiada únicamente por la inercia".

Rick se acercó y le tomó la mano con delicadeza.

-"Doy fe".

Valeria le dedicó una sonrisa tenue, justo cuando las lágrimas empezaban a correr por sus mejillas.

-"Hasta ahora… por fin estoy preparada para enfrentarme a él".

Jonathan le tomó la otra mano y asintió con seriedad.

-"Estamos contigo, Val".

Terminaron las pizzas charlando de cosas más mundanas: del club, de los estudios de Jonathan, de anécdotas pasadas que les arrancaban sonrisas. Dejaron el plan aparcado por un rato, ya se había dicho todo lo necesario. Ahora sólo querían disfrutar de la compañía mutua una última vez, antes de enfrentarse a aquello que podía separarlos para siempre.

Luego, se acomodaron en el sofá, envueltos en el aroma reconfortante de unos cafés asiáticos bien calientes que Valeria había preparado. Ella se sentó entre los dos, y al sentir la cercanía de aquellos hombres a los que tanto apreciaba, una oleada de paz la

envolvió. El simple contacto con ellos le daba fuerza, y por un instante, el miedo se disipó, sustituido por la calidez de los lazos que los unían.

-"¿Cómo está Henry?", preguntó Valeria, girándose hacia Jonathan. —"Tu hermano de *verdad*".

-"Aunque tú y yo no tengamos la misma sangre, eres tan hermana mía como él", respondió con una sonrisa.

-"Tú ya me entiendes", dijo ella, guiñándole un ojo.

-"Está genial, su familia de acogida es maravillosa, le visito todas las semanas. Cuando todo esto acabe, tienes que venir conmigo, se alegrará de verte".

Valeria asintió, sonriendo, aunque con un deje de inseguridad.

-"¿Y Matt?, le he observado desde lejos, pero no he podido acercarme. Le echo de menos".

Jonathan suspiró con una mezcla de ternura y nostalgia en la mirada.

-"Está bien, con su fuerza y vitalidad habituales a pesar de su edad", respondió con brillo en sus ojos. —"Le dije que te habías ido a escalar el Himalaya".

-"¿El Himalaya?", repitió ella, esbozando una sonrisa.

-"No quiero que se preocupe con todo esto… ¿y sabes que me respondió? Me dijo que: *cuando era niña siempre decía que subiría a lo más alto del mundo. Estoy muy orgulloso de ella*".

Valeria soltó una carcajada espontánea, pero en cuestión de segundos esa risa se quebró y un nudo en la garganta la venció, acompañado de un llanto repentino que le hizo dejar la taza de café para no derramarla. Jonathan no dudó, se acercó y la abrazó con fuerza, en silencio, hasta que las lágrimas se calmaron.

-"Si muero…", empezó a decir ella.

-"No vas a morir", la interrumpió él de inmediato.

-"Jona, escucha…", insistió. —"Si muero, quiero que tú le entregues una nota que le escribí. Se la dejé a Jayden".

-"No vas a morir", repitió Jonathan de nuevo.

-"Por favor, ¿se la entregarás?".

Jonathan la miró con tristeza, pero asintió finalmente.

-"Claro que lo haré".

Valeria le sostuvo el rostro con ambas manos y le plantó un beso fuerte en la mejilla.

-"Te quiero, hermanito".

Luego, se giró hacia Rick con una sonrisa traviesa.

-"¿Y Estrella?, desde que se echó novio no quiere saber nada de mí", bromeó.

Rick sonrió con cariño.

-"Les va genial, la veo más feliz que nunca desde que están juntos".

Valeria soltó una carcajada suave.

-"Pero tienes que volver al club", continuó él. —"Le está cogiendo el gusto a mandar… y es incluso más dura que tú".

Ambos rieron.

-"Ricky…", dijo Valeria de pronto, clavando sus ojos en los de él, con su voz volviéndose más suave, más íntima. —"Quiero que sepas que yo también te quiero… a mi manera, pero te quiero… mucho".

Se miraron durante unos segundos que se sintieron eternos, hasta que Rick, armándose de valor, se acercó con decisión y la besó, entrelazando sus labios con los de ella. Fue un beso largo, sentido, que hablaba más que las palabras, mientras Jonathan, respetuoso, desvió la mirada y fingió interés en cualquier otra cosa mientras ellos se perdían en ese instante.

Cuando finalmente se separaron, Valeria apoyó los brazos en sus hombros, acariciándole el cuello con ternura.

-"Encontrarás a alguien mejor que yo", susurró.

-"No hay nadie mejor que tú", respondió él, devolviéndole el gesto.

-"Buscas algo más serio de lo que tenemos… aunque no lo quieras admitir".

Rick agachó la cabeza y ella retiró sus manos con delicadeza.

-"Tienes razón", confirmó él. —"No puedo seguir acostándome contigo sin sentir más, sin querer más. Pensé que podría manejarlo… pero me he dado cuenta de que no puedo".

-"Lo siento, Ricky", dijo ella, acariciándole las mejillas con suavidad.

Él levantó la mirada, con una mezcla de resignación y afecto.

-"Gracias por todo, Valeria, siempre has sido honesta conmigo y has sabido verme mejor que nadie… me has hecho mejor. Siempre te llevaré conmigo".

Ella le dedicó una sonrisa luminosa, sincera, mientras sus dedos recorrían su rostro por última vez.

-"Pero esto no es una despedida", murmuró.

Rick también sonrió y asintió.

-"Por supuesto".

Entonces, Valeria se acomodó entre ambos y pasó los brazos por detrás de sus cabezas, atrayéndolos hacia ella en un gesto lleno de afecto y complicidad.

-"Haría cualquier cosa por vosotros, chicos", susurró con una sonrisa cálida, cargada de sinceridad.

{En el presente.}

Axel conduce con el rostro tenso y la mandíbula apretada, mientras Valeria va sentada a su lado, con las muñecas inmovilizadas por los grilletes metálicos.

-"Ax, necesito contarte algo antes de que lleguemos", dice ella, girando ligeramente la cabeza hacia él.

-"¡Cállate! ¡No hables!", espeta sin mirarla. —"¡Y no me llames *Ax* nunca más!".

-"Es importante, Ax", insiste ella, haciendo caso omiso. —"Se trata de…".

Pero el sonido estridente de un bofetón seco y repentino le corta la frase, dejando a Valeria inmovil, con la mirada perdida y la boca entreabierta, más por la sorpresa que por el dolor.

-"¡¿Qué parte de cállate no entiendes?!", grita él, con los ojos encendidos de rabia.

-"Por favor… escúchame", susurra ella, con la voz quebrada. —"Necesito que me ayudes".

Axel frena en seco, con el chirrido de los neumáticos como respuesta. Sin decir una palabra, baja del coche, rodea el vehículo y

abre el maletero, regresando con un rollo de cinta americana en la mano.

-"No vas a volver a manipularme", dice entre dientes, abriendo la puerta del copiloto.

Valeria apenas tiene tiempo de intentar apartar la cara antes de que él le cubra la boca con varias vueltas de cinta, silenciándola por completo. Su respiración se vuelve agitada, atrapada en su propio miedo y frustración.

Axel vuelve al volante, acelera y retoma la marcha con el ceño fruncido y la mirada clavada en la carretera, evitando en todo momento girarse hacia ella.

-"Gina tenía razón", murmura, con la voz cargada de resentimiento. —"Eres mi mayor debilidad, y tú lo sabes muy bien. Te aprovechas de eso sin preocuparte lo más mínimo por mis sentimientos".

«Por favor, Ax… por favor, eso no es así.»

Valeria lo observa con el rostro desencajado, abriendo los ojos de par en par y las lágrimas corriéndole por las mejillas en silencio. Sólo puede emitir un murmullo ahogado, impotente, mientras el coche avanza hacia un destino que, esta vez, podría marcar un punto sin retorno para ambos.

Al llegar a la comisaría central, Axel conduce a Valeria directamente a una sala de interrogatorios austera, con apenas una mesa metálica y dos sillas ancladas al suelo. Sin mirarla, la obliga a sentarse y comienza a asegurarla con cadenas que sujetan sus muñecas y tobillos a una argolla incrustada en el centro de la mesa.

Valeria forcejea débilmente, con la cinta aún cubriéndole la boca y las mejillas empapadas de lágrimas. Intenta hablar, gritar, explicarse… pero lo único que logra emitir son sonidos apagados y desesperados, incomprensibles bajo la mordaza improvisada.

Axel no le dirige palabra alguna. Cuando termina de ajustarle las ataduras, se gira y sale de la sala, cerrando la puerta tras de sí con un portazo.

«Esto ha empezado muy mal…»

En el pasillo, Axel saca su teléfono, donde figuran multitud de llamadas sin respuesta a Gina que seguían en la pantalla. Vuelve a llamar con impaciencia, pero sólo obtiene el mismo tono interminable, así que, guarda el móvil y se encamina hacia la sala de comunicaciones.

-"Buenos días, capitán", lo saluda un agente al verle entrar.

-"Hola. ¿Tenéis comunicación con la sargento Morritch?", pregunta con tono seco.

-"Negativo, señor, está en plena operación. Las comunicaciones están siendo gestionadas directamente desde el área de homicidios, ¿desea que le ponga en contacto con ellos?".

-"No hace falta, yo me encargaré", responde, impaciente.

-"Los coordinadores se encuentran en el despacho del comisario Grayson, en el BOD", indica el agente. —"Por si necesita contactar con la sargento".

-"Bien, lo tendré en cuenta, muchas gracias", murmura Axel, ya de espaldas mientras sale.

Se dirige al despacho de Grayson, pero al llegar al pasillo que conduce a su puerta, se detiene. Sólo de pensar en hablar con él se le revuelve el estómago, por mucho resentimiento que tenga hacia Valeria en estos momentos, no ve justo dejarla a su disposición, así que decide encargarse él mismo de ella.

Vuelve sobre sus pasos hacia la sala de interrogatorios, aunque no se siente preparado para enfrentarla, no después de todo lo que acababa de pasar. Pero algo más fuerte que su rabia lo empuja a volver, quiere respuestas, las necesita. Y aunque no quiere admitirlo, Valeria aún significa mucho más para él de lo que está dispuesto a reconocer.

La habitación donde se encuentra Valeria es como una celda desnuda, cerrada por cuatro paredes sin ventanas ni cristales, habitada únicamente por la mesa metálica, las dos sillas fijas al suelo y ella, encadenada. Pero no está completamente sola, pues en una de las esquinas del techo, una cámara de vigilancia la observa en silencio, impasible, con su piloto rojo encendido como un ojo que nunca parpadea.

«Mierda, tengo que pensar algo, rápido. Si Axel no vuelve quedaré a merced de Grayson.»

Desde el momento en que Axel la dejó allí, el miedo ha ido creciendo en su interior, con cada segundo que pasa, el pánico se instala más profundamente. Necesitaba hablar con él, su plan está naufragando antes siquiera de arrancar, y sin Axel, desenmascarar a Grayson será imposible, quedando completamente indefensa ante el comisario.

Entonces, la puerta se abre y Axel entra con el semblante serio. Camina hacia ella, le retira la cinta que le cubre la boca de un tirón y toma asiento al otro lado de la mesa, por fin dispuesto a escucharla.

«Gracias, Ax… sabía que no me fallarías.»

-"Ya puedes hablar", dice con frialdad, clavando los ojos en los de ella —"Espero no arrepentirme de esto".

Valeria abre los labios, pero algo la detiene. Sus ojos se desvían hacia la cámara con descaro, asegurándose de que Axel también se de cuenta.

«Grayson podría estar al otro lado, observando. Tengo que conseguir que Axel entienda lo que quiero… sin decírselo abiertamente.»

Axel se percata del gesto de Valeria, deliberadamente poco disimulado. La Valeria que conocía no hace esas cosas a la ligera, tendría algún significado, pero con la de ahora no está tan seguro.

-"¿Qué pasa?, ¿ya no tienes tanto que decir?", comenta él, desconcertado. —"¿O simplemente ya no sabes cómo volver a manipularme?".

El golpe emocional es más fuerte que cualquier bofetada. Las lágrimas regresan a los ojos de Valeria al ver la dureza en el rostro de su amigo, esa mezcla de decepción, rabia y desconfianza.

-"Nunca te he manipulado, Ax…", susurra con la voz temblorosa. —"Me importas de verdad, pero había cosas que no podía contarte. A pesar de lo nuestro, sabía que me habrías detenido de haberlo hecho".

-"Antes te habría creído sin dudarlo", espeta él con voz rota. —"Pero intentaste matar a Gina, y eso… eso no te lo voy a

perdonar jamás".

-"Ax, te juro que nunca quise hacerle daño", dice ella con los ojos anegados y la voz hecha pedazos.

-"¡Pues está viva de milagro!, menos mal que consiguió colocarse el torniquete antes de desmayarse".

-"¡Fui yo…!", Valeria se muerde la lengua una vez más, quiere gritar la verdad, pero decide contenerse.

«No quiero… no debo enfrentarles, detesto hacer más daño a Axel de lo que ya he hecho. Gina es una buena mujer para él, pero está cegada por el resentimiento hacia mí.»

-"¿¡Tú, qué!?", espeta él, cortante.

-"Sí, nos peleamos y le disparé para quitármela de encima, es cierto, pero no quería… todo salió mal. Lo siento mucho, Ax, me he arrepentido de ello cada día".

Él la observa con una mezcla de rabia y desconsuelo. No sabe si lo que le duele más es la traición o seguir deseando que todo sea una pesadilla.

-"Ya… permíteme dudarlo", dice él con tono venenoso. —"Porque resulta que te has convertido en todo aquello que jurabas combatir: asesina, farsante, manipuladora, embaucadora, fría, criminal… no te reconozco, te miro y sólo veo a una psicópata homicida, una sombra oscura de lo que fuiste".

Valeria lo mira con el rostro desencajado mientras él habla. Cada palabra suya es un golpe directo, más doloroso que cualquier puñetazo, es como si Axel le estuviera arrancando el alma con cada sílaba, como si le clavara un puñal directo al corazón. Su respiración se vuelve errática y el aire a su alrededor se vuelve denso, casi irrespirable.

-"Yo tampoco me reconocí a mí misma durante demasiado tiempo", dice, completamente quebrada.

-"Pues empieza por explicarme cómo lo hiciste para cazar a Alexander Brooklyn".

Valeria baja la mirada.

-"Me clavó el punzón… muchas veces… mientras me violaba", murmura, como si cada palabra la hiciera regresar a aquel

momento. —"No esperaba que me suministrara el veneno con un dardo, creí que lo haría con una jeringuilla. Aún así me preparé para ello, leí sobre venenos de serpiente con efectos similares a los que él provocaba en sus víctimas y estuve varias semanas tomando suplementos específicos para amortiguar los efectos".

-"Con que así fue como lo hiciste…", murmura, mirándola con asco. —"Sabías perfectamente lo que te pasaría. ¿Tan fría te has vuelto que te daba igual si te violaba?".

Valeria levanta la mirada y busca la de él, pero la evita.

-"¡Joder! Claro que no me da igual que me violen, pero decidí arriesgar mi propia seguridad para que no hubiera más víctimas. Puse al resto de mujeres por encima de mí misma", se defiende ella, cargada de impotencia. —"No soy el monstruo que ves ahora, Ax".

PAM.

Axel da un repentino golpe en la mesa.

-"¡Deja de llamarme Ax! ¡Has perdido ese derecho!".

Valeria da un respingo y se encoge en la silla, sometida ante la reacción de su amigo.

-"Lo… lo siento", dice ella en apenas un susurro, bajando la cabeza de nuevo. —"Si es lo que quieres… no lo haré más".

Axel la mira, con sus ojos ardiendo de decepción.

-"Te haces la víctima… pero no lo eres, ¿verdad?", continúa él. —"También desviaste la investigación policial a propósito para ir a por él tú sola, sin nadie más. No querías que lo atraparan, sino asesinarlo tú misma, ¿me equivoco?".

Valeria respira con dificultad, el aire le es muy pesado.

-"Sí", admite, sintiéndose más vulnerable que nunca. —"Lo reconozco, no quería atraparlo… sino acabar con él… para siempre. Y lo volvería a hacer".

Axel aparta la mirada, se rompe por dentro. Lo sabía, siempre lo supo, pero había una parte de él que aún quería creer en su inocencia, una parte que acaba de morir.

-"¿A quién más has matado?", pregunta, con un tono más bajo, más humano. La rabia, aunque todavía presente, ha

disminuido, sustituida por desilusión. —"¿Michael Anderson?".

Valeria asiente lentamente.

-"Sí, fui yo. Me colé en su celda por la noche con unas ganzúas, lo estrangulé y luego simulé un ahorcamiento".

Axel contiene el aliento, a pesar de que Gina ya lo sospechaba, oírlo de su boca es devastador.

-"También asalté el puerto, sí te lo estás preguntando", continúa Valeria. —"Pero no maté a Anthony, fue su guardaespaldas… aunque lo habría hecho yo también".

Otra puñalada. Axel siente el peso de cada confesión como una piedra en el pecho y la culpa empieza a colarse por las grietas: por no haber creído a Gina, por haber pensado que simplemente estaba celosa.

-"Y también… acabé con Roger Green", añade Valeria, casi en un susurro. —"Aunque lo hice defendiendo a Katie, en ese momento creí que iba a matarla".

Los ojos de Axel se agrandan, esa no la esperaba, no había ningún indicio, ni una sola pista, todo quedó catalogado como un incidente domiciliario de la pareja de homicidas.

-"Maldita sea, Valeria…", murmura ya sin fuerza. El enfado ya se ha disipado del todo, y lo único que queda es la tristeza, la impotencia, la decepción.

-"Eran monstruos, Axel, auténticos monstruos, todos ellos. Alguien tenía que hacer algo, proteger de verdad a las víctimas".

Su voz suena aguda, frágil, en cambio, sus ojos brillan con una determinación que no ha menguado ni un instante. A pesar del dolor, a pesar de las lágrimas, ella cree en lo que hizo.

-"Pero ese no es tu deber. ¡No eres juez!, ¡y mucho menos verdugo!", replica él. —"¡Tú nunca has sido así! ¿Cómo has cambiado tanto?".

Valeria respira hondo mientras la rabia, el miedo, la desesperación… todo se mezcla en su pecho.

-"El mundo es cruel y salvaje… lo descubrí por las malas. Yo… yo sólo me he adaptado".

Hace una pausa, el aire parece espesarse entre ambos, como si las palabras pesaran toneladas antes de salir de su boca. Finalmente, con la voz quebrada, deja caer una sola palabra, áspera, amarga:

-"Grayson…".

Se queda inmóvil, un temblor leve le recorre el cuerpo. Gira el rostro hacia un lado, buscando aire, pero sólo encuentra recuerdos. Luego, con un esfuerzo visible, se recompone, alza la mirada hacia la cámara, desafiante, y sus ojos, rotos, pero firmes, vuelven a los de Axel.

-"Grayson me violó… pero no en la fiesta, sino después, en su despacho, cuando lo rechacé tras habernos acostado".

Su voz se apaga por un momento, como si cada palabra le desgarrara la garganta.

-"Pero no fue por eso que me descontrolé, sino cuando dijo que Manuel estaba muerto… perdí los papeles, por eso le di la paliza".

Agacha la cabeza, con la culpa cayéndole encima como una sombra, mientras las manos le tiemblan sin control.

-"Te culpé durante mucho tiempo de lo que ocurrió… por no haber estado a mi lado… por alejarte de mí cuando en realidad te necesitaba".

Levanta la mirada y hay una fuerza nueva en sus ojos, una determinación que tiembla entre la tristeza y el perdón.

-"Pero ya no te culpo, Axel, no fui justa contigo. Fui yo quien se alejó de ti, quien se encerró. La culpa… es mía. Mía y de Grayson".

Axel no responde inmediatamente, sus ojos se empañan lentamente, incapaces de sostener tanta verdad. El impacto de sus palabras lo atraviesa como un rayo, profundo e inevitable, dejándolo sin aliento, sin defensa, frente a la mujer que amó y que al fin se atrevía a romper su silencio.

-"¿Por qué nunca lo denunciaste?, ¿por qué no me pediste ayuda?", pregunta al fin.

-"Porque estaba rota, Axel… completamente rota, no sabía qué hacer", responde ella, apenas audible. —"Usó al doctor

Chadwick para desquiciarme, pero aún así me sobrepuse. Pero cuando por fin reuní el valor para denunciarle… fue demasiado tarde".

La voz se le quiebra, hace una pausa y respira hondo, con el silencio oprimiéndola.

-"Me secuestraron cuatro mafiosos rusos, que resultó que trabajaban con él… con Grayson".

Valeria traga saliva con dificultad. Sus ojos se desvían un instante hacia la cámara en la esquina del techo, como buscando un refugio o un respiro, pero enseguida regresan a los de Axel. Su voz tiembla, quebrada por la carga de lo que va a confesar.

-"Me llevaron a una nave abandonada y él estaba allí…", su garganta se cierra un segundo, antes de obligarse a continuar. —"Y no sólo volvió, a violarme, a degradarme… sino que también lo hicieron esos hombres".

Hace una pausa, agarrando con fuerza las cadenas que la unen a la mesa para reprimir el temblor en sus manos.

-"Una y otra vez… una y otra vez. Hasta que se cansaron de mí, hasta que se hartaron de usarme, empachados de follarme de todas las formas".

Las palabras caen como cuchillas, Axel siente que el mundo se derrumba a su alrededor. El aire se le atasca en los pulmones, la sangre le retumba en las sienes. En su mente se cruzan imágenes fugaces: de la Valeria que conoció, de su risa luminosa, de su fuerza indomable que parecía inquebrantable. Pero la que tiene ahora delante no tiene nada que ver: es una mujer rota, llorando en silencio, vulnerable hasta lo insoportable.

Ya no ve a la asesina fría de hace unos minutos; ve los fragmentos de lo que ella fue y de lo que pudo haber sido si aquella noche no la hubiera dejado marchar, si se hubiera quedado a su lado, si la hubiera protegido, si la hubiera amado sin miedo, como ella se merecía. El peso de esa certeza lo aplasta, lo culpa, lo corroe, lo ahoga. Se desprecia a sí mismo tanto como desprecia a Grayson.

Valeria prosigue, sin percibir el abismo que se abre en el interior de Axel, como si sus palabras fueran piedras arrojadas en un pozo sin fondo.

-"Me llevaron allí para matarme, Axel… porque reuní el valor para denunciarle. Pero no lo hizo, prefirió silenciarme de otra manera: marcándome, rajándome la cara".

Se queda callada de repente, reprimiendo un sollozo ahogado que se acumula en su garganta, haciéndola tartamudear, como si las palabras que está pronunciando le quemaran las cuerdas vocales.

-"Fue su manera de decirme que yo le pertenecía, que mi voluntad era suya. Y durante mucho tiempo… así fue. Mis pensamientos, mi vida, mis sentimientos, mis sueños… todo le perteneció… hasta ahora".

Valeria detiene su relato, lo que ha dicho la ha desgarrado, pero ahora respira con más calma. Está agotada, exhausta, pero aliviada, y por primera vez en mucho tiempo, se siente realmente libre.

-"Pero no estoy aquí para justificarme mediante mis desgracias", dice con firmeza. —"No hay justificación posible para mis actos, pero Grayson… él es el mayor monstruo de todos, y todavía podemos pararle".

Lanza una mirada desafiante hacia la cámara, como si esperara que él estuviera al otro lado, observando.

-"Y sólo tú puedes hacerlo, Axel. Hay que acabar con él".

Axel deja un lado el torbellino de emociones que bulle en su interior y se inclina hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa, contagiado por la determinación de su amiga.

-"¿Cómo?, ha pasado mucho tiempo. No tienes nada para sostener una acusación".

«Espero que Axel entienda mi plan sin delatarme a la cámara.»

-"Lo que me hizo a mí ya no importa, lo que importa es que Grayson trabaja para la Mafia rusa y usa su influencia en la Policía para beneficiarles. Por eso no podía dejarme coger hasta ahora, hasta conseguir pruebas suficientes".

La frase lo deja helado, luego, Axel abre los ojos, con renovado interés.

-"Es una acusación muy grave. ¿Qué pruebas son esas?".

Valeria lo mira intensamente, procurando que capte sus sutiles gestos… y finalmente, le guiña un ojo.

-"Son *prue—bas* contundentes", pronuncia con énfasis en la última sílaba, moviendo los ojos hacia los lados y mirando fugazmente hacia la mesa.

-"Pero no están *a—quí*", hace un pequeño gesto con los dedos, apenas perceptible, excepto para él.

-"Están *escondi—das*", añade, con otro leve gesto de la mano que Axel capta de inmediato.

Él la observa con atención, intentando descifrar lo que le está diciendo. Reflexiona unos segundos, luego, sin decir palabra, saca su móvil y lo deja sobre la mesa, justo a su lado.

Se acomoda, entrelaza los dedos frente al rostro y se inclina, procurando que la cámara no le capte bien.

Entonces, con un gesto discreto, señala el teléfono y luego a su oído.

-"¿Y dónde están escondidas?", pregunta, disimulando.

Valeria finge que se acomoda en la silla e intenta bajar las manos, pero las cadenas se lo impiden, así que da dos discretos toques con la rodilla contra la base metálica.

-"En un lugar donde nadie pueda encontrarlas", dice con aparente indiferencia.

Axel asiente lentamente.

-"*En—tiendo*".

Valeria le dedica una leve sonrisa, agotada, pero agradecida, y por primera vez en toda la conversación, los ojos de Axel no están llenos de furia… sino de decisión y apoyo.

-"Bien", asiente Axel, levantándose de la mesa. —"Necesito un café, ¿quieres uno?".

-"Sí, por favor", responde ella, ya más tranquila y aliviada.

Axel sale de la sala de interrogatorios con paso firme, se dirige sin demora a su despacho y abre los cajones uno tras otro, revolviendo con rapidez.

-"Buenos días, jefe", saluda un agente, asomándose por la puerta. —"Tengo a un tipo que dice haber visto al Demonio Rojo, aunque su historia está llena de incongruencias, creo que se lo inventa".

-"Ahora no, Jarvis", responde Axel, sin apartar la vista de los cajones. —"¿No tendrás cinta adhesiva?, he gastado la mía".

-"¿Cinta…?", Jarvis frunce el ceño, sorprendido. —"Creo que sí, tendría que revisar mi escritorio".

-"Entonces hazlo, la necesito ya".

La mirada de Axel es tan intensa que Jarvis no se atreve a hacer más preguntas, simplemente asiente y desaparece al instante por el pasillo.

Valeria está recostada sobre la mesa hasta donde las cadenas se lo permiten y al oír el chasquido de la puerta se incorpora de golpe, con la mirada alerta, esperando que sea Axel.

Y lo es. Él entra con dos vasos de café en la mano, se sienta frente a ella y le ofrece uno. Valeria lo toma con delicadeza, temblorosa, como si sostuviera una reliquia frágil.

-"No sabes cuánto necesitaba esto", susurra, esbozando una tenue sonrisa mientras inhala el aroma.

-"Dame algunas pinceladas sobre esas pruebas", dice Axel, seco, tajante, sin rodeos. —"Necesito saber si son suficientes".

Valeria parpadea, sorprendida por su brusquedad, pero nota la determinación en su mirada, por lo que tras un sorbo de café recupera la compostura, mientras su mirada se desliza hacia la cámara, notando el piloto rojo encendido.

-"He saboteado las operaciones de sus socios en varios puntos del país y eliminé a tres de ellos, puedes sumar sus nombres a mi lista de víctimas despreciables. Pregunta por Detroit o San Antonio", responde, endureciendo el tono.

-"¿Algo más concreto?", pregunta él, arqueando una ceja. —"¿Planes?, ¿objetivos?".

Valeria asiente y da otro sorbo.

-"Quieren establecer su imperio criminal aquí, en Chicago. Para ello, usan a Grayson para desviar las investigaciones policiales y eliminar a sus rivales, afianzándose en el poder desplazando al resto de bandas".

Axel se inclina hacia adelante, aparentando interés, y en un movimiento disimulado, saca una pequeña grabadora ya preparada con cinta adhesiva y la fija bajo la mesa.

-"Necesito algo más sólido. Lo que dices es grave, hablamos de un alto mando de la Policía y las palabras no bastan, hacen falta pruebas irrefutables".

Valeria percibe el gesto y le lanza una leve mirada de aprobación.

-"Les robé gran cantidad de documentos y archivos", dice, mirando directamente a la cámara con desafío. —"Contabilidad, rutas, escondites, contactos... información detallada que puede hundirlos, especialmente a Grayson".

Axel asiente lentamente, reclinándose en la silla.

-"Necesitaré esos archivos".

-"Quiero inmunidad", responde ella de pronto. —"Y protección, pero no del CPD".

Axel la observa, entrecerrando los ojos.

-"¡Así que me has vuelto a mentir!", espeta, alzando la voz. —"¿Tenías todo esto planeado desde el principio?, ¿querías librarte de tus crímenes negociando? No quieres hacer justicia, sino salvar tu pellejo".

Valeria hace un gesto de calculada indiferencia, pero sus ojos se mueven sutilmente a los lados, indicando a Axel con discreción de que está fingiendo.

-"¡Pues claro!, ¿qué esperabas?", dice con frialdad impostada. —"¿Qué me entregaría sin más? Ahora soy una asesina, ¿recuerdas?".

Axel capta la indirecta y asiente fugazmente, suavizando su expresión, aunque manteniendo el enfado de cara a la cámara. Y al mismo tiempo algo se agita dentro de él: su código, su honor, todos sus principios se están tambaleando en su interior, pues pese a todo lo que ella ha hecho, un eco de confianza resuena dentro de él, y por un instante, cree vislumbrar a la mujer que conoció antes del caos, aquella a la que respetaba, de la que se enamoró.

-"Muy bien, tú ganas", dice, levantándose con gesto fingido de frustración. —"Hablaré con la fiscal".

De camino a su despacho, Axel continúa andando a pesar de que Grayson sale a su encuentro con aire desafiante.

-“Buenos días, capitán”, saluda con una sonrisa cargada de intención.

-“Comisario”, responde Axel, sin detenerse.

-“Me he enterado de que has detenido a Valeria Shepard”, dice Grayson, alzando la voz para obligarlo a frenar. —“Creí haber sido bastante claro: debía ser informado de inmediato con todo lo que respecta a Shepard”.

Axel se detiene en seco, se gira con decisión y regresa hacia él, acortando la distancia entre ambos hasta que apenas quedan a unos centímetros.

-“No se haga el despistado conmigo, comisario”, le espeta en voz baja, pero firme. —“Sabe perfectamente que Valeria está aquí desde el momento en que cruzamos la puerta. Estoy seguro de que ha recibido informes detallados al minuto”.

Grayson sonríe con condescendencia, hinchando el pecho, como si quisiera imponerse con su sola presencia.

-“Ni se le ocurra tocarle un solo pelo”, advierte Axel con la voz tensa, cargada de amenaza contenida. —“El caso pasará a manos de la fiscalía y le aseguro que llegaré hasta el final… cueste lo que cueste”.

Los ojos de Grayson lo taladran, pero sus labios sólo dibujan una sonrisa neutra. No dice nada, se queda quieto, aparentando calma, aunque algo se le revuelve por dentro, por primera vez en mucho tiempo, el comisario siente el zarpazo de la incertidumbre.

Axel sostiene la mirada un instante más y luego se gira, alejándose con la determinación guiando sus pasos.

Grayson permanece inmóvil en el pasillo, observándolo desaparecer. Su fachada de seguridad apenas logra ocultar la grieta que se ha abierto en su interior: conoce a Axel y sabe que a él no lo puede manipular ni comprar de ningún modo.

Valeria tararea suavemente mientras tamborilea con los dedos sobre la mesa que la mantiene anclada, buscando entretenerse mientras el tiempo transcurre con lentitud. Se siente más tranquila ahora, los nervios se han suavizado desde que logró encauzar su

plan y reencontrar, al menos en parte, ese vínculo con Axel, todavía latente bajo la superficie de todo lo que han vivido.

De pronto, algo le llama la atención: el piloto rojo de la cámara de vigilancia se apaga por primera vez desde que llegó, y apenas unos segundos después, la puerta se abre.

Pero esta vez no es Axel, sino Grayson, el que entra con paso seguro, la sonrisa torcida y los ojos brillando con ese brillo enfermizo que ella conoce demasiado bien.

«Perfecto, has mordido el anzuelo, hijo de puta. Que predecible eres, cabronazo.»

-"Cuánto tiempo, Shepard", dice con insolencia, dejando caer su mirada sobre ella. —"Los años te sientan bien… sigues tan guapa como siempre".

-"No puedo decir lo mismo", responde Valeria, con desprecio apenas contenido.

Grayson cierra la puerta con llave, camina con arrogancia hasta situarse a su espalda y apoya las manos sobre sus hombros con fingida delicadeza, en un gesto tan paternalista como perturbador.

-"Te estás portando mal, Shepard", susurra. —"¿Tendré que corregirte otra vez?".

Valeria intenta apartarse, pero los grilletes limitan sus movimientos y sus hombros se tensan bajo las manos de él, que la aprietan con fuerza, hundiendo los dedos en su piel como tenazas, disfrutando del dominio.

-"¡Ni se te ocurra tocarme, bastardo asqueroso!", escupe con furia.

-"No, no, no…", Grayson chasquea la lengua, como si hablara con una niña desobediente.

Entonces, rodea su cuello con ambas manos y aprieta, inclinándose hasta rozarle el rostro con el suyo, susurrándole al oído mientras su aliento infecta el aire entre ellos.

-"Me perteneces", dice, deslizando la lengua por su mejilla, lamiéndola con desdén. —"Vives porque yo lo permito. ¿Deseas que te marque de nuevo?, admitelo… te gustó que lo hiciera".

Valeria intenta replicar, pero su voz se ahoga. Siente cómo los dedos de Grayson presionan su tráquea, cerrándole el paso al aire.

Intenta forcejear inútilmente, desesperada, mientras la asfixia le roba las fuerzas.

Justo cuando la oscuridad comienza a nublarle la vista, él la suelta de golpe y ella se derrumba sobre la mesa, tosiendo con violencia mientras sus pulmones se llenan de oxígeno a trompicones.

-"Tengo muchas ganas de volver a perderme entre tus piernas… o en tu boca", dice él, sentándose frente a ella, lamiéndose los labios con lascivia. —"Y veo, por tu actitud, que tú también lo estás deseando".

Valeria ríe, una carcajada hueca, desafiante, que esconde la angustia que le araña las entrañas.

-"Esta vez te voy a joder yo a ti, cabrón", espeta. —"Como ya hice con tus sucios socios".

Grayson sonríe, condescendiente.

-"Lo tenemos todo muy bien atado, Shepard, esta pataleta no te va a llevar a ninguna parte".

Cruza las piernas, entrelaza los dedos sobre el regazo y la observa con fingida calma.

-"Pero como me sigues gustando, te ofrezco una salida", prosigue con calma. —"Dime dónde escondiste los archivos, retráctate de todo y te dejaré vivir. Aunque, claro, tendré que aplicarte algún castigo por tu insolencia".

-"¡Cómeme el coño!", grita Valeria con rabia pura.

Grayson estalla en carcajadas, llenando la sala con su repugnante júbilo.

-"Veo que conservas tu dulzura…", dice con voz grave, pasando la lengua por sus dientes como un depredador a punto de atacar. —"¡Cómo lo voy a disfrutar!".

Se inclina sobre la mesa, amenazante, clavando la mirada en ella.

-"Última oportunidad".

Valeria lo enfrenta, inclinándose también hacia adelante, escupiéndole las palabras una a una:

-"Vete… a… tomar… por… culo… hijo de puta".

-"¡Qué mal hablada te has vuelto, Shepard!", dice él, incorporándose y aplaudiendo con sarcasmo. —"Bien, tú lo has

querido”.

-“Los rusos acabarán contigo si no lo hago yo antes”, dice ella mientras él se acerca a la puerta. —“No dejarán cabos sueltos, y tú eres uno, por tu asquerosa egolatría narcisista de mierda, puto psicópata”.

Grayson se detiene con la mano en el pomo y se gira ligeramente con media sonrisa.

-“¡Qué ingenua eres! Yo no trabajo para los rusos, ellos lo hacen para mí, y harán lo que yo les diga”.

«Gracias, imbécil, justo lo que Axel necesitaba escuchar.»

El comisario abandona la sala y la cierra de un portazo. Luego, unos segundos después, el piloto rojo de la cámara vuelve a encenderse.

{Pasado el mediodía, cerca de la hora del almuerzo.}

Axel permanece en su despacho con la puerta cerrada, con la grabadora que escondió bajo la mesa de interrogatorios reposando sobre su escritorio. Justo acaba de escucharla.

Cuando la grabación termina, el silencio se vuelve ensordecedor. Axel se queda inmóvil, su rostro lo dice todo, el trato de Grayson hacia Valeria retumba en su cabeza una y otra vez, como un martillo implacable que lo demuele desde dentro.

-“Siento haber dudado de ti, Valeria”, murmura en voz baja.

Las lágrimas brotan, silenciosas, corren por sus mejillas sin pedir permiso, mientras los recuerdos de su tiempo en homicidios junto a ella desfilan ante sus ojos: risas en los pasillos, noches en vela, miradas cómplices. Todo lo que fue, todo lo que dejaron atrás.

-“Nunca debí rendirme…”, balbucea con la voz rota. —“No luché lo suficiente por ti”.

Golpea la mesa con un puñetazo seco que hace temblar el vaso de agua y revuelve los papeles.

-“¡Maldito seas, Grayson!”, gruñe entre dientes, con la rabia quemándole en el pecho.

Sin perder el tiempo, coge el teléfono y marca el número de la fiscal.

-"Dime, capitán", responde una voz al otro lado de la línea. —"¿Tienes ya lo que me has comentado?".

-"Sí, Margaret, y es positivo".

-"Perfecto. Enviaré a los Marshal de inmediato para poner a la testigo bajo custodia federal. Puedes decirle que aceptamos el trato, aunque habrá que precisar algunos términos".

-"Entendido, lo dejaré todo preparado".

-"Bien, que nadie más hable con ella hasta que lleguen los Marshal", ordena la fiscal antes de colgar.

El silencio vuelve a adueñarse del despacho. Axel deja el teléfono sobre la mesa y se pone en pie con decisión, caminando hacia la puerta, pero justo cuando está a punto de alcanzarla, esta se abre de golpe y Gina entra apresurada, chocando con él.

-"¡¿Es cierto que tienes a Valeria?!", exclama ella con urgencia.

-"Sí, la tengo", responde Axel, alzando una mano para calmarla. —"Se entregó esta mañana en el piso, poco después de que te fueras".

-"¡Puta bastarda!, ¡nos ha toreado, la muy hija de perra!", grita Gina con los ojos encendidos de rabia.

Axel la toma del brazo con firmeza, la conduce al interior y cierra la puerta tras ellos, reiterando el gesto de que baje la voz.

-"Tranquila, Gina", dice en voz baja. —"No hace falta que la insultes de ese modo".

-"¿¡Vuelves a defenderla!?", responde ella con furia, indignada.

-"¡Qué te calmes, joder!", explota Axel, instintivamente.

Gina se queda helada, con los ojos muy abiertos, mientras Axel respira hondo y vuelve a repetir el gesto de silencio, esta vez con más insistencia.

-"Te llamé muchas veces antes de llegar a comisaría… y otras tantas después. No quería desplazarte, pero como no contestaste, decidí encargarme yo".

Gina suspira, se toma un segundo y finalmente responde con más tranquilidad.

-"Estaba en plena operación", baja el tono. —"Para contactar conmigo tienes que hacerlo por medio de la sala de operaciones, ya lo sabes".

-"Lo sé, pero el problema era Grayson, aunque se enteró igual. Tiene a todo el mundo de esta comisaría comiendo de su mano".

Gina frunce el ceño, sin entender del todo.

-"Es lo normal, digo yo, dijo expresamente que se le informara de todo lo relacionado con Valeria".

-"El caso ahora es federal", responde Axel con gravedad. —"Espera un segundo".

Axel abre la puerta y llama a Jarvis, que aparece al instante.

-"¿Sí, jefe?", pregunta con energía.

-"Necesito que vigiles a Valeria Shepard y te asegures de que nadie se acerque a ella. Nada más importa por ahora".

Gina lo observa desde dentro, confundida.

-"¿Ni siquiera el comisario?", pregunta Jarvis, ingenuamente.

-"Nadie es NADIE", insiste Axel, recalcando cada palabra. —"Hasta que yo te diga lo contrario, y sólo yo. Son órdenes directas de la fiscalía".

Jarvis asiente con seriedad, se lleva la mano a la frente en un saludo firme y se marcha sin perder el paso.

Axel cierra la puerta, camina de nuevo hasta su escritorio y toma la grabadora, entregándosela a Gina.

-"Será mejor que lo escuches tú misma, luego te explico los detalles".

Gina, todavía recelosa, aprieta el botón de reproducción.

{Horas después, bien entrada la tarde.}

Un convoy de cuatro vehículos de los Marshal, formado por un furgón de traslado de presos y tres coches de escolta, atraviesa la barrera de seguridad de la comisaría y avanza por la zona de aparcamientos hasta detenerse frente a la entrada del área de detención, donde les espera Axel.

El agente al mando desciende del primer coche y se dirige hacia él, tendiéndole la mano.

-"¿Capitán Axel?", pregunta con tono profesional.

-"El mismo", responde Axel, estrechándosela.

-"¿La detenida está lista?".

Axel asiente y hace un gesto hacia el interior. A los pocos segundos, Gina y Jarvis aparecen escoltando a Valeria, que camina con pasos cortos limitados por las cadenas que unen los grilletes que se aferran a sus muñecas y tobillos.

Sin decir palabra, la conducen hasta el furgón, donde dos marshals aguardan con la puerta trasera abierta.

-"¿A dónde la llevan?", pregunta Axel, algo tenso.

-"Será custodiada en un piso franco del FBI hasta que declare ante la fiscal", responde el marshal con firmeza.

-"Me gustaría acompañarlos".

El agente asiente sin dudar.

-"Sin problema".

De pronto, Valeria se detiene en seco y se gira hacia Axel con el rostro descompuesto.

-"¡NO!", grita con la voz quebrada. —"No tienes que venir, Ax, deja que ellos se encarguen".

Axel se acerca despacio y le apoya ambas manos en los hombros.

-"No voy a dejarte sola otra vez", susurra, mirándola directamente a los ojos.

Valeria contiene el aliento, con sus ojos brillando de humedad.

-"Por favor… no vengas. Quédate, no es necesario, no me debes nada, ya has hecho bastante".

-"Ya te di la espalda una vez, así que no volveré a hacerlo", dice con una leve sonrisa. —"Me aseguraré de que estés a salvo hasta que le atrapemos", le guiña un ojo.

-"Yo también voy", interviene Gina.

Pero el marshal levanta una mano, deteniéndola.

-"Lo siento, únicamente puede acompañarnos el capitán", advierte. —"Órdenes de la fiscal".

Axel se gira hacia Gina y se le acerca.

-"Tranquila, cariño, hablamos más tarde".

Se besan brevemente en los labios y él vuelve hacia el furgón, justo cuando suben a Valeria en el habitáculo para detenidos.

-"¿Puedo viajar con la detenida?", pregunta al marshal al mando.

-"Sí, pero en ese caso, deberá entregar su arma".

Axel asiente, se abre la chaqueta y le entrega la pistola al marshal antes de subir al vehículo junto a Valeria.

Las puertas se cierran con un golpe metálico y el convoy arranca, alejándose del recinto de la comisaría bajo la atenta y silenciosa mirada de Gina y Jarvis.

{Un tiempo después.}

El convoy está en movimiento, sin detenerse ni un segundo. Las luces prioritarias parpadean sin cesar, abriendo paso mientras los vehículos sortean el tráfico por una apartada carretera comarcal de doble sentido, circulando a gran velocidad.

Dentro del furgón, Valeria permanece en silencio, con la mirada perdida, y de pronto, rompe a llorar. No hay aviso previo, ni gesto que lo anticipe, las lágrimas simplemente comienzan a caer.

Axel, sentado frente a ella, se sobresalta al verla así. Sin decir palabra, se levanta y se sienta a su lado, rodeándola con un brazo en señal de consuelo.

-"Tranquila… todo va a salir bien", susurra. —"Ese bastardo no volverá a tocarte, lo encerraran para siempre, lo juro".

Ella aparta la mirada, sin responder.

-"Tendrás que pasar un tiempo en prisión, pero cumplirás una condena menor. Y después… podrás empezar de nuevo, libre, con tu vida en tus manos".

Axel la toma con suavidad por el mentón y gira su rostro hacia él.

-"Te conseguí el mejor trato posible, y sinceramente, creo que es muy bueno, teniendo en cuenta todo lo que has hecho".

La suelta con la misma suavidad, desviando la mirada al lado contrario por un momento, para volver a mirarla acto seguido.

-"Ahora lo entiendo todo: por qué huiste, cómo lo planeaste; jugaste bien tus cartas, Valeria. Grayson y sus conexiones con los rusos son dinamita para la fiscalía".

Ella lo mira al fin, con sus ojos anegados por las lágrimas que le cubren las mejillas.

-"¡¿Por qué has tenido que venir?!", pregunta, con un grito contenido en su garganta.

Axel se encoge de hombros, como si la respuesta fuera obvia.

-"Porque estoy contigo. No voy a dejarte sola ni un minuto, no esta vez".

Valeria respira hondo, sin dejar de llorar.

-"Conocerte ha sido una de las mejores cosas que me han pasado en la vida, Ax. Te respeto… te admiro… y te quiero".

Axel le sonríe con ternura.

-"Es mutuo, Valeria, incluso después de todo esto… yo también te quiero".

Ella niega con la cabeza, visiblemente angustiada.

-"Lo siento… mucho", balbucea con la voz rota. —"Pero te mentí en algo".

Axel frunce el ceño y la observa con creciente inquietud.

-"No me entregué para conseguir ningún trato", confiesa con un hilo de voz. —"Sino para vengarme de Grayson personalmente… a mi manera".

Axel se separa levemente, con la sorpresa dibujada en su rostro y sus cejas arqueándose con incredulidad.

-"¿Cómo que a tu manera?".

-"¡No tenías que estar aquí!", grita ella de pronto.

Él se aparta un poco más, sintiendo cómo el aire se le escapa del pecho.

-"Valeria… ¿qué has hecho?".

-"Los rusos no dejarán que cuente todo lo que sé sobre ellos".

-"Ya, lo supongo, ¿y?".

Ella lo mira con desesperación.

-"Les he tendido un anzuelo y cuento con que hayan picado. Van a asaltar el convoy".

Axel palidece, quedando petrificado. Las palabras resuenan en su cabeza como un trueno y durante unos segundos no logra reaccionar. Luego, se gira de pronto y golpea con fuerza la pared que los separa del conductor.

-"¡Paren la marcha!", grita, con el corazón a punto de estallar.

Un bulldozer circula en sentido contrario por la carretera. Los marshal lo observan de reojo, pero no le prestan demasiada atención, hasta que, de repente, el vehículo pesado gira bruscamente y embiste con su hoja frontal el parabrisas del primer coche de escolta.

El impacto es brutal, el cristal estalla en mil pedazos y la estructura del coche se pliega como papel, aplastando a los agentes en su interior, que mueren al instante.

El segundo vehículo intenta esquivar el accidente con un viraje brusco, pero la velocidad juega en su contra: pierde el control, vuelca y da varias vueltas de campana antes de salir despedido fuera de la carretera.

El furgón, en tercera posición, frena con violencia y las ruedas chirrían, dejando un rastro de goma quemada sobre el asfalto, hasta que consigue detenerse a escasos metros del bulldozer.

El cuarto coche se detiene con mayor control y sus ocupantes salen de inmediato, dispersándose y tomando posiciones con las armas desenfundadas.

Desde el otro lado de la vía, aparecen dos todoterrenos en perfecta sincronía que se detienen al unísono. De ellos descienden una decena de hombres fuertemente armados con equipo militar.

Dentro del furgón, Axel y Valeria yacen en el suelo uno sobre el otro, derribados por el frenazo, y se incorporan lentamente, doloridos… justo cuando una lluvia atronadora de disparos comienza a golpear la carcasa metálica del vehículo, repiqueteando como tambores de guerra.

El tiroteo es intenso, letal, pero acaba en poco tiempo, dejando como resultado a todos los marshal yaciendo muertos, esparcidos sobre el pavimento, entre los restos humeantes de los vehículos.

Un segundo después, una explosión revienta la cerradura del furgón, abriendo la puerta trasera de golpe y lanzando una onda de choque que vuelve a derribar a Axel y Valeria, dejándolos aturdidos y vulnerables, sin posibilidad de reacción.

Dos hombres encapuchados entran como un relámpago y levantan a Valeria a la fuerza.

-"¡Dejadla, bastardos!", grita Axel, lanzándose contra ellos.

Se abalanza con furia sobre uno de los atacantes y lo derriba de dos potentes puñetazos, haciendo que suelte a Valeria y tropiece hacia la salida, cayendo de espaldas al asfalto. Pero el otro encapuchado no vacila: desenfunda su pistola con precisión y le dispara tres veces a quemarropa. Sin defensa posible, Axel cae al suelo del vehículo, mientras la sangre se extiende bajo su cuerpo.

-"¡Ax!, ¡¡Nooo!!", grita Valeria, forcejeando con todas sus fuerzas, enloquecida.

Los encapuchados la arrastran fuera e intentan colocarle una capucha negra sobre la cabeza mientras ella se revuelve como una fiera: lanza un cabezazo a uno, un codazo a otro y un rodillazo a un tercero.

-"¡Haced que se calle!", ladra uno de ellos.

-"¡Voy a mataros a todos!", ruge Valeria, ciega de rabia.

Pero su resistencia se apaga de golpe cuando la culata de un fusil impacta brutalmente contra su cráneo, y luego otro golpe, y otro, y otro más, hasta que su cuerpo cae, inerte, y la oscuridad lo envuelve todo a su alrededor, implacable.

{Anocheciendo, a las afueras de la mansión de Vladislav.}

-"¡Ya han llegado!", grita Jonathan desde la parte trasera de un todoterreno.

Rick se inclina hacia la ventanilla desde el exterior y fija la vista en la pantalla del portátil que sostiene Jonatahan sobre las piernas. En la imagen, captada por un dron, se ve un grupo de vehículos aproximándose a toda velocidad, hasta que frenan en seco frente a la entrada principal del complejo, sacando a Valeria del maletero de

uno de los coches, arrastrándola hacia el interior del edificio como si fuera un saco.

-"Espero que lo consiga…", murmura Rick, con la preocupación reflejada en su rostro.

-"Confío en ella, lo logrará", responde Jonathan con convicción, sin apartar la mirada de la pantalla.

-"Mis hombres están en posición y preparados", dice una voz al otro lado del vehículo.

-"Gracias, William", responde Jonathan, esbozando una leve sonrisa confiada. —"Que tus hombres estén atentos, esperaremos a que Valeria nos dé la señal".

William asiente sin decir nada más y su silueta se pierde entre la maleza como un depredador silencioso.

Jonathan baja la vista hacia una fotografía pegada junto al teclado: una imagen de Valeria con una amplia y hermosa sonrisa. La observa un instante y, con voz apenas audible, susurra:

-"Ánimo, hermanita".

{En el interior.}

Dos hombres arrastran a Valeria hasta una sala amplia y redonda, sin muebles, con paredes cubiertas de espejos que deforman la realidad en múltiples reflejos. La lanzan al suelo con desprecio, dejándola a los pies de Vladislav y Grayson, que la esperan con ansiedad en el centro de la estancia.

Le arrancan la capucha de un tirón y un cubo de agua helada le cae encima, devolviéndola bruscamente a la conciencia. Valeria grita, se retuerce, pero apenas tiene tiempo de reaccionar antes de que la inmovilicen y la obliguen a arrodillarse.

Grayson se agacha frente a ella, la toma con rudeza de la mandíbula y la obliga a levantar el rostro.

-"Hola de nuevo, Shepard".

-"Estáis muertos", espeta ella, con los labios tensos bajo la presión de sus dedos.

Las carcajadas de los cuatro hombres retumban en la sala a la vez.

-"¡La muerta eres tú, zorra!", escupe Vladislav, lanzándole una flema a la cara. —"Te vas a arrepentir de haber tocado a mis camaradas".

Grayson se incorpora, encogiéndose de hombros con teatral indiferencia.

-"Te di una oportunidad… otra más, en realidad. Pero elegiste el camino difícil, ya no puedo protegerte".

Valeria suelta una risa seca, amarga.

-"¿Protegerme?".

-"Sí, aunque no lo creas. Eres una obra de arte viviente, no quería tener que matarte", dice, deslizándole los dedos por la mejilla con una ternura enfermiza. —"Pero ahora no dejas otra opción".

Su tono se vuelve más frío.

-"Aunque antes nos dirás dónde escondiste los archivos que robaste. Luego te follaremos… y para terminar… te mataremos".

-"No te voy a decir una mierda", responde ella sin dudar.

Grayson niega lentamente, condescendiente.

-"No quieres eso, te lo aseguro".

Comienza a rodearla, colocando ambas manos en sus hombros como un predador que estudia a su presa.

-"Si cooperas, todo será rápido, no te haré sufrir más de lo necesario", dice, marcándole en la sien con la mano en forma de pistola.

La rodea de nuevo, se detiene frente a ella, se agacha para quedar a su altura y continúa, con voz baja y cruel.

-"Si no… dejaré que te viole hasta el último hombre de esta casa y luego te torturaremos hasta que me lo digas. Incluso, te arrancaré la piel a tiras, o te sacaré los ojos con un tenedor, o te cortaré pedacito a pedacito si es necesario".

Hace una pausa para besarle la frente con un gesto despectivo, dejándola impregnada con su pútrida baba.

-"Esta sala está diseñada para quebrar hasta las mentes más resistentes, aquí, nadie aguanta demasiado. Así que tú decides".

Valeria se inclina hacia él, acercando su rostro a escasos centímetros, con las narices casi rozándose, y escupe las palabras con rabia, salpicándolo de saliva.

-"Os creéis muy duros amenazando a una mujer encadenada, pero en realidad sois unos cobardes de mierda. No tenéis huevos a enfrentaros a mí sin estos grilletes".

Vladislav da un paso y le agarra el cuello con violencia.

-"¿A quién llamas cobarde, perra?".

Grayson lo detiene, apartándole el brazo.

-"Está provocándote, idiota, ¿no te das cuenta?".

Se limpia la saliva de Valeria de la cara con calma y se dirige a ella, esta vez con tono más seco.

-"No vamos a jugar a tu juego, así que decídete, tienes treinta segundos".

Valeria lo mira con desafío.

-"Reconozco que me muero de ganas de darte una paliza y sacarte a hostias el otro ojo".

Gira la cabeza hacia Vladislav.

-"Y a ti también, gorila sin cerebro. Como hice con los desgraciados de tus camaradas, a los que maté mirándolos a los ojos, contemplando cómo sus pérfidas vidas se disipaban entre mis manos".

Vladislav ruge como un animal descontrolado.

-"Dudo que puedas hacer nada en tu situación", interviene Grayson, interponiéndose para frenar a Vladislav.

Valeria sonríe, enseñando los dientes ensangrentados.

-"¿Tan narcisista eres que no ves lo obvio?, ¿de verdad eres tan estúpido? A medianoche, los archivos serán enviados al FBI, hagas lo que hagas, no podrás evitarlo".

El silencio se instala unos segundos mientras Grayson la observa, buscando mentiras en sus ojos.

-"Habla", ordena finalmente.

-"Es simple", dice ella con una sonrisa torcida. —"Si peleáis conmigo, sin cadenas, os diré donde están".

-"¿Y tú qué ganas con eso?", pregunta Grayson, desconfiado.

-"Yo ya estoy muerta, lo acepté en cuanto me entregué", responde ella, desafiándolos con la mirada. —"No tengo nada que perder, tú te has encargado de que odie cada segundo mi vida, puto desgraciado, me arrancaste la esperanza de vivir".

Se detiene un instante y escupe una flema espesa a su lado, teñida de sangre.

-"Sólo deseo morir peleando, con la cabeza alta. Redimirme a hostias por todo lo que me hicisteis… y llevarme a la tumba el placer de romperos la cara con mis propias manos".

-"Dejá que le dé una paliza a esta zorra y le quite esa puta sonrisa de la cara, por lo que le ha hecho a mis camaradas", interviene Vladislav, rugiendo con los ojos enrojecidos por la ira. —"Le voy a arrancar los dientes de la boca a puñetazos".

Grayson la escudriña, midiendo cada gesto, y al cabo de un instante, asiente, divertido.

-"Estás loca… me encantas… eres mi mejor obra, sin duda", dice, disfrutando del momento. —"Está bien, vamos a divertirnos, pero primero, inclinemos un poco la balanza a nuestro favor".

Hace una señal a uno de los hombres, que aparece con una jeringa cargada con un líquido amarillento.

-"Tendrás el honor de ser la primera en probar nuestro nuevo producto", dice, expulsando una gota al aire. —"¡Te hará volar! Es cuatro veces más potente que el LSD".

-"¡Eh, eso es trampa! ¡La pelea tiene que ser justa!", grita Valeria, desesperada.

Grayson ignora su protesta y le clava la aguja en el cuello, inyectando todo el contenido de una sola vez.

-"¿De verdad pensaste que me tragaría ese farol de la medianoche?", ríe, disfrutando. —"La estúpida eres tú. Te sacaremos la información, quieras o no, después de darte la paliza que parece que estás buscando".

Vladislav se frota las manos, expectante.

-"¡Cómo me voy a divertir!".

Los dos hombres la liberan de las cadenas antes de salir de la sala, mientras Vladislav, entre carcajadas, se quita la camisa con

teatralidad, marcando los músculos como si estuviera en un espectáculo de culturismo. Su intención es clara: burlarse de ella, humillarla.

Valeria, aún de rodillas, siente que el mundo se le deshace bajo los pies y su visión se distorsiona: las formas se doblan, los colores se saturan hasta volverse irreales y el espacio mismo parece fundirse como si estuviera dentro de una pintura derretida.

Se inclina hacia adelante y apoya las manos en el suelo, buscando estabilidad, pero las baldosas bajo sus palmas se deforman como si fueran plastilina caliente, blandas, inestables.

-"¡Vamos, levanta de una vez!", gruñe Vladislav, chocando los puños con impaciencia.

Con esfuerzo, Valeria logra colocar primero un pie, luego el otro. Se levanta, tambaleante, con los ojos abiertos de par en par y las pupilas dilatadas más allá de lo natural, mirando a su alrededor como si cada objeto estuviera respirando.

Vladislav no espera más, se lanza hacia ella con paso firme y le lanza un puñetazo directo al abdomen. El golpe la dobla sobre sí misma, arrancándole el aire de los pulmones.

Antes de que pueda recuperarse, otro impacto la golpea en el costado, haciéndola ladearse. Y un tercero, en el pecho, la empuja hacia atrás, haciéndola girar desorientada sobre sí misma.

-"Te has pasado con la dosis", se queja Vladislav, levantando los brazos hacia Grayson. —"Así no tiene gracia, quería que al menos se defendiera un poco".

Pero justo cuando termina la frase, Valeria le lanza una patada precisa y brutal a la entrepierna que le arranca un alarido ahogado y le hace caer de rodillas.

Ella no pierde tiempo: se le sube encima y empieza a golpearle la cabeza con los codos, una y otra vez, como si quisiera abrirle el cráneo por la mitad.

Vladislav, rugiendo de furia, se pone de pie con ella sobre los hombros, intentando sacudírsela de encima, alzando los brazos hacia atrás para agarrarla por la cintura. Pero Valeria se aferra con fuerza, apretando los muslos en torno a su cabeza como una tenaza, golpeando sin parar con violencia despiadada.

La visión del ruso empieza a nublarse, su equilibrio vacila… pero su fuerza bruta termina por imponerse. Con un grito de esfuerzo, logra levantarla de sus hombros y estrellarla contra el suelo, jadeando mientras se tambalea, con regueros de sangre bajándole por el rostro.

Valeria queda tendida, sacudiéndose por los espasmos de dolor, pero pronto comienza a arrastrarse, alejándose de su enemigo.

Grayson ríe desde su rincón, disfrutando del espectáculo privado.

-"¿Ya estás satisfecho?", le lanza con sarcasmo al ruso.

Valeria alza la vista y ahora ve a cuatro rusos enormes rodeándola, gigantes y amenazantes, el efecto de la droga y los espejos a su alrededor juegan en su contra. Las imágenes se multiplican cada vez más: no sabe cuántos enemigos son reales y cuántos son reflejos, pero todos se mueven hacia ella.

Se pone en guardia, esquiva un primer golpe por instinto, pero el verdadero impacto viene de otro lado: un puñetazo brutal que le estalla en la cara, haciéndole crujir el cuello.

Retrocede, tambaleándose, intentando poner distancia, pero están en todas partes. Esquiva por centímetros un golpe que va directo a su rostro, gira sobre sí misma y bloquea otro, pero una mano como una garra la engancha del pelo y, antes de que pueda reaccionar, una rodilla se hunde en su estómago.

El aire abandona sus pulmones de nuevo y cae al suelo, gruñendo de dolor, agarrándose el abdomen y tosiendo sangre.

Vladislav se eleva sobre ella, imponente, con su sombra cubriéndola por completo. Retrocede unos pasos con una sonrisa sádica, se coloca como si fuera a patear un balón y carga la pierna hacia atrás como para lanzar un penalti. La pierna va a alcanzarla, pero en el último segundo, Valeria rueda hacia un lado, esquivando la patada, que silba en el aire y golpea vacío.

Aprovechando la inercia, él intenta rectificar, pisando con fuerza hacia abajo, buscando aplastarla, pero ella sigue rodando, esquivando por pura supervivencia. Ahora es ella quien desde el suelo, lanza una patada precisa a su rodilla. El golpe es seco, exacto,

y Vladislav cae pesadamente, como un tronco abatido por un hachazo.

-"Así me gusta, guapa", gruñe él, mientras se reincorpora de nuevo. —"Esto sí que es divertido".

Valeria también se pone en pie, tambaleante y aturdida, apoyándose contra una de las paredes de cristal espejado para evitar caerse. Durante un segundo, los reflejos convergen, y la figura del ruso se vuelve nítida, lo justo para ver como carga como un toro, lanzando su hombro contra ella con una fuerza brutal. El impacto la estrella contra el espejo, que estalla a su espalda en una lluvia de cristales. El vidrio rasga tela y piel por igual, dejando un rastro de cortes brillantes en su espalda mientras cae al suelo entre fragmentos rotos.

El ruso la agarra del cuello con una sola mano y la alza con una facilidad brutal, arrastrándola contra las esquirlas afiladas del espejo, que desgarran su ropa y carne con cada movimiento.

-"¿Tienes algo que contarnos ahora?, ¿o prefieres que siga?", gruñe, apretándola con fuerza contra el espejo roto. —"¿Dónde están los archivos?".

Valeria forcejea, intenta hablar, pero la presión sobre su garganta le impide emitir más que un jadeo ahogado.

Vladislav la suelta de golpe, sólo para empujarla contra la pared, esta vez sujetándola por el pecho con la otra mano.

-"¡Habla!", escupe con desprecio.

-"Los tengo en…", balbucea ella, hablando con lentitud deliberada y la voz quebrada.

Impaciente, Vladislav le cruza la cara con una bofetada brutal que le provoca un estallido de sangre que se propulsa desde sus labios agrietados.

-"¡Dilo de una puta vez!".

-"¡Aquí los tengo!", ruge Valeria de repente, con los ojos ardiendo de rabia.

En ese instante, alza una mano y clava un fragmento afilado de cristal entre la nariz y un ojo del ruso. El impacto es sorpresivo, sangriento, certero y devastador.

Vladislav retrocede, tambaleándose, llevándose las manos a la cara. Su rugido llena la sala mientras se arranca el cristal de la cara y la sangre brota a borbotones, mientras su otro ojo fija a Valeria con un odio animal.

Sin soltar el cristal, se lanza hacia ella… pero Valeria ya está en movimiento mucho antes, hundiendo dos nuevos fragmentos en su pecho que van directos al corazón. La carne cede, la sangre mana y Vladislav se detiene, vacilante, con su rostro mostrando sorpresa y la fuerza escapando de su cuerpo segundo a segundo.

Finalmente, cae de rodillas y luego de bruces con un golpe sordo, quedando inmóvil, derrotado. La vida se le escapa por los cortes abiertos, mientras Valeria lo observa con el pecho agitado y los cristales aún tintineando en sus manos ensangrentadas.

Valeria se toma un segundo para inhalar una profunda bocanada de aire, sintiendo por fin un respiro entre tanta brutalidad. Pero la tregua dura apenas un instante, pues una punzada aguda le atraviesa el cuello desde atrás.

Se gira bruscamente, llevándose una mano al punto del pinchazo, y ve a Grayson, sonriente, con otra jeringuilla vacía en la mano.

-"Parece que necesitas otra dosis", sisea con indiferencia.

El rostro de Valeria se contrae, y de pronto, todo su entorno se transforma de nuevo: el suelo arde bajo sus pies, las paredes parecen derretirse, las sombras se agitan, y un calor insoportable la envuelve, como si estuviera en el centro de un infierno viviente.

Grayson cambia ante sus ojos: su piel se torna roja, su ropa se desvanece como ceniza, de su cabeza emergen cuernos y de su espalda una cola serpenteante. Un verdadero demonio rojo, su mente alterada ha convertido al comisario en una criatura infernal.

Él avanza con paso lento, seguro, disfrutando del espectáculo, pero Valeria no cede al terror. Blandiendo los fragmentos de cristal que aún conserva, lanza cortes precisos y furiosos, en cambio, cada vez que alcanza al demonio, su cuerpo se deshace en polvo ante sus ojos, sólo para reaparecer a otro lado, golpeándola sin piedad desde la nueva posición. Con cada envite, las heridas se acumulan, los sentidos le fallan y su equilibrio se tambalea cada vez más.

-"No puedes alcanzarme", se burla la criatura, rodeándola. —"Todavía puedes acabar con tu sufrimiento. Dime lo que quiero saber".

-"¡Muéstrate, cobarde!", grita Valeria, girando sobre sí misma, golpeando al aire en medio del caos de fuego, polvo y humo que se despliega ante ella.

De pronto, el Grayson demoníaco irrumpe frente a ella, moviéndose con una rapidez inhumana y en un par de gestos certeros, la desarma antes de que pueda siquiera reaccionar, rodeándola y atrapándola desde atrás, cerrando el brazo como un cepo alrededor de su cuello.

Valeria forcejea, resollando, luchando contra el agotamiento, pero la corva del brazo del demonio oprime con fuerza su yugular, robándole el aire. La presión en la tráquea la ahoga poco a poco y el peso de su enemigo la obliga a caer de rodillas, indefensa, con su resistencia expuesta. Él la somete con lentitud, disfrutando de cada segundo que ella se siente más atrapada, más impotente, prolongando la agonía deliberadamente sólo para verla quebrarse.

Entonces, Grayson acerca el rostro a su nuca, respirando con un deleite enfermizo.

-"Eres deliciosa", susurra, arrastrando la lengua por su mejilla con lentitud obscena. —"Verte pelear es excitante. Me gustan las mujeres peleonas, como tú".

Ella no deja de revolverse, pero su cuerpo agotado responde con torpeza, entonces lo siente: la presión de su erección clavándose en su espalda, un recordatorio nauseabundo de lo que él más desea.

Un asco visceral le sube a ella por la garganta, mientras el silencio de la sala, roto apenas por sus respiraciones entrecortadas, se transforma en un escenario de humillación. El enemigo no necesita golpearla más: basta con su presencia invasiva, con el veneno de sus palabras, con esa forma de tratarla como un trofeo que ya le pertenece.

La otra mano de Grayson desciende, lenta, calculadamente, reptando por el abdomen de Valeria con una amenaza silenciosa, hasta escabullirse debajo de sus prendas inferiores, acercándose peligrosamente a su centro.

-"Mmm… estás muy húmeda", murmura en un jadeo cargado de lujuria grotesca. —"En el fondo disfrutas de esto… lo sé… me deseas tanto como yo te deseo a ti".

Valeria ruge con rabia, pero la voz queda apagada por la asfixia.

-"Te… odio".

Grayson le desabrocha el pantalón, con el hambre creciendo por momentos, y le introduce los dedos en la vagina apretando con fuerza, invadiendo su espacio más íntimo con la misma naturalidad con la que un verdugo coloca la soga al cuello, disfrutando de la calidez de su interior envolviéndole la mano. Valeria suelta un gruñido sofocado de repulsión, intentando cerrar las piernas, aferrarse a un último reducto de dignidad, pero el peso de Grayson la aplasta, obligándola a abrirse más, a ceder bajo su descomunal fuerza.

-"El odio no es tan distinto del amor", susurra él, jadeando contra su oído.

Su voz, grave y temblorosa de excitación, resuena como un veneno que pretende confundirse con ternura.

Él intensifica su sucia profanación con una saña calculada, moviendo la mano enérgicamente y deleitándose con el tacto de la intimidad interna de Valeria, gozando de cada estremecimiento involuntario que arranca de su cuerpo.

Valeria se retuerce bajo su peso, atrapada, intentando reprimir los gemidos involuntarios que surgen de su garganta, mientras sus muslos se contraen en un acto reflejo que no consigue contener, que la pliega contra su voluntad, como si su propio cuerpo, afectado por la droga alucinógena, la estuviera traicionando, como si se sometiera a su perversión.

«No puedo más… estoy agotada… él es más fuerte… sólo puedo rendirme.»

La confusión la desgarra: la repulsión le incendia la mente a la vez que sensaciones indeseadas de placer obsceno punzan en su carne, proyectadas por el tóxico que corre por sus venas, mezclándose en un tormento insoportable sin saber si gemir, gritar o llorar.

La tela de su prenda interior cede como ella, con un chasquido, desgarrada por la presión, y entonces un estremecimiento incontrolable la sacude de golpe. El orgasmo irrumpe en ella como un rayo perverso, inesperado, arrancándole espasmos que no provienen del deseo sino del tormento. El asco la inunda al mismo tiempo que esa descarga placentera la atraviesa, sintiéndose ultrajada por su propia carne, que responde como si hubiera cambiado de bando, confundida, aliándose con el monstruo que la oprime. Su mente grita de horror, pero su cuerpo la desobedece mediante crueles espasmos que le alimentan sólo a él, burlándose de ella misma.

-"¡Uff, sí, me encanta!", jadea Grayson, apretando cada vez más, embriagado por el temblor y los gemidos ahogados que arranca de su presa. —"¡Cómo me pones!".

Su mano se empapa y él ríe, arrogante, orgulloso, triunfante, lamiéndose las palabras.

-"¡Te lo dije! ¡Eres mía! ¡Me perteneces!".

Valeria entiende con un destello helado en su mente, que la fuerza ya no es su salida, resistir sólo prolonga la derrota. Entonces, con un nudo en la garganta, deja caer los hombros y desliza lentamente una mano hacia su espalda, tanteando a ciegas hasta rozar la entrepierna de su agresor.

-"Vale…", susurra ella con la voz rota, teñida de rendición. —"Tú ganas".

Grayson percibe el cambio y su risa se transforma en un jadeo eufórico. Embriagado por el gesto, afloja la presión que la mantenía sometida, dándole algo de espacio para permitir que Valeria introduzca la mano en su pantalón, acariciando con una suavidad calculada aquello que él más atesora.

-"¡Oh, sí, nena, así me gusta!", gime con deleite obsceno, inclinando el rostro contra su cuello, besándola con goce. —"Tú y yo… juntos… podríamos hacer grandes cosas".

Los jadeos de Grayson se vuelven frenéticos a medida que la mano de Valeria avanza por cada centímetro de su excitación, cada roce lo desarma, cada caricia lo vuelve más ciego, cada vaivén lo

hace sujetar menos, confíar más y Valeria lo percibe: la salida que espera.

Y entonces, como un rayo, ella abandona la farsa. Cierra el puño con toda la fuerza que le queda y gira la muñeca de golpe, aplastando, retorciendo y doblando su virilidad con un movimiento tan despiadado como certero.

El alarido de Grayson atraviesa la oscuridad como un cuchillo y su cuerpo se arquea, retorciéndose de dolor. Valeria aprovecha el instante: lanza la cabeza hacia atrás y siente el crujido húmedo de la nariz rompiéndose contra la parte posterior de su cráneo. El grito de él se convierte en un gemido sofocado de dolor.

Libre al fin, gira sobre sí misma y lo encara con furia desatada. Sus manos encuentran los cuernos demoníacos como quien doma a un monstruo y tira de ellos con un salvajismo inhumano, empezando a golpearlo con una lluvia de cabezazos brutales e implacables, con cada impacto borrando la arrogancia de su rostro hasta que la sangre brota en oleadas y tiñe el aire como un borrón escarlata salido de una pesadilla.

Con el rostro cubierto de sangre y la mirada velada por el líquido carmesí, Valeria observa cómo el espejismo que la tenía atrapada se disuelve. Grayson vuelve a su forma original, inmóvil bajo ella, mientras ella sigue agarrándolo del pelo, convirtiendo al dominante en dominado.

Tras el frenesí sangriento, ella se incorpora con dificultad, tambaleándose por la habitación como un espectro hasta que recoge otro fragmento de cristal afilado y regresa junto a su enemigo, obligándolo a arrodillarse. Se coloca detrás de él, le tira del cabello con fuerza y apoya el filo contra su cuello.

-"Ya estabas hundido antes de traerme aquí", dice con la voz cortada, pero firme. —"No existe ningún archivo, imbécil; la fiscal ya tiene todo lo que necesita. Yo sólo quería la venganza que merezco y miraros a los ojos mientras os derroto".

Mientras habla, desliza el cristal surcando la piel del comisario, amenazante, arañando sin cortar, para dejarle claro quien tiene el control ahora.

-"Tu ego de macho asqueroso te hizo creer que podías jugar conmigo sin consecuencias. Pensaste que una mujer nunca sería una amenaza real para ti".

Ella ríe, una risa seca que huele a desprecio, a la vez que a alivio liberador.

-"Te burlaste, me subestimaste… y ni siquiera notaste la verdadera trampa. ¡Yo soy tu final!".

Aprieta el cristal un poco más y un hilo de sangre tibia comienza a resbalar por el cuello de Grayson. Su único ojo visible, reflejando el espejo roto, destila ahora un terror absoluto que no ha experimentado antes, como si por primera vez comprendiera la magnitud de lo que ha provocado.

-"Te creías a salvo con tu droga de mierda, pero he probado todas, una por una. Las he sentido quemar en mis venas y he aprendido a controlar cada efecto, cada reacción, además… me adapto bastante rápido a los tóxicos".

Se inclina hasta quedar a la altura de su rostro; sus ojos brillan con una mezcla letal de furia y triunfo. Hunde el cristal con calma deliberada, trazando un corte lento como si marcara un final.

-"Os he vencido, a todos, psicópatas de mierda. Esto, por fin se acaba aquí".

Grayson comienza a temblar, notando el vértigo del final acercarse. Percibe de Valeria una determinación que lo abruma, que le arrebata de golpe todo el control que tuvo sobre ella.

Valeria se incorpora de nuevo, lista para cerrar el capítulo, pero antes, alza brevemente la mirada, viéndose reflejada en los espejos. La cicatriz de su cara asoma entre la sangre como un recordatorio cruel de sus peores pesadillas, y sus ojos, inyectados en furia, le devuelven una imagen que no reconoce, mezclada con los horrendos recuerdos de aquella noche en la que se transformó en esa mujer demoníaca sin piedad que sembró el caos.

«¿Esa soy yo…? ¿Ahora soy cómo él…?»

El shock es instantáneo.

«¿En qué me he convertido…?, soy una asesina sanguinaria, como ellos. ¡No! ¿Qué hago?, ¡esta no soy yo!»

Sin ninguna explicación, la mano comienza a temblarle y el cristal vibra entre sus dedos. Quiere matarlo, degollarlo allí mismo, lo desea, lo ha deseado desde hace mucho. Pero otra fuerza, más profunda y silenciosa, ha surgido de lo más profundo, deteniéndola, haciendo estallar una guerra interior, feroz, devastadora.

«Merece morir, merezco justicia, merezco venganza, pero… ¿por qué ahora no puedo?»

El cristal resbala de su mano, cae al suelo con un sonido tintineante y ella se queda paralizada, con la mirada perdida en su yo interior.

«Todos a los que quiero acaban mal: Mamá… Mah… Ax… Leo…»

Grayson, que ya había visto su vida desfilar ante sus ojos, creyéndose muerto, aprovecha el momento de confusión y se arrastra lejos de ella, aterrado. Por primera vez en su vida, el verdadero miedo casi lo domina.

«Pero he de resistir por los que aún están a mi lado: Jona… Matt… Claire… Ricky… Estrella… Will…»

Grayson la observa durante unos segundos, atento, midiendo cada detalle, pero ella continúa inmóvil, ausente, atrapada en un abismo de silencio, prisionera de su propio vacío. Y cuando confirma que no hay reacción, no vacila, debe actuar antes de que ella recupere la compostura o estará perdido.

«Debo reaccionar, acabar con él. Me lo merezco.»

Valeria zarandea la cabeza, parece que está ganando su batalla interior y comienza a volver en sí, pero antes de que lo consiga, Grayson se desliza tras ella como una sombra, toma el fragmento de cristal y, en un solo movimiento, sin dudar, le agarra el cabello, tira de su cabeza hacia atrás y lo hunde en su cuello con saña. El corte es rápido, brutal, desgarrando piel, venas y arterias con un sonido húmedo, cruel, al ser arrastrado con ferocidad de lado a lado.

-"¡Tú no puedes ganar, zorra! ¡Gano yo y sólo yo!", gruñe, jadeando de rabia, mientras presiona el cristal contra su cuello con una violencia feroz, como si el odio pudiera ser tallado en carne viva.

Un sonido gutural, ahogado, casi animal, brota de la garganta de Valeria mientras la sangre irrumpe como una cascada desbocada, empapando su cuerpo convulsionante. Su figura se tambalea unos instantes antes de desplomarse, con el rostro desorientado, los ojos abiertos en una mezcla de sorpresa y dolor, y la vida apagándose en su mirada.

-"Uf, ha estado cerca", murmura él, mirándola mientras se desangra a sus pies.

Grayson exhala con fuerza, aliviado, pero el alivio da paso al rencor. Sus puños se tensan, su mandíbula se crispa y la rabia estalla de golpe, comenzando a patear el cuerpo caído, una y otra vez, como si quisiera borrar cada mella que ella ha dejado en su coraza de orgullo y ego desmedido.

-"¡Púdrete en el infierno!", ruge entre jadeos, lanzándole un escupitajo cargado de desprecio. —"¡Puta!".

Luego se dirige a la puerta, furioso, y la abre de un tirón.

-"¡Venid inmediatamente!", grita hacia el pasillo.

Dos hombres acuden de inmediato desde el fondo.

-"Llevad el cuerpo a la granja de el Carnicero", ordena, señalando hacia ella. —"Que se encargue de hacerla desaparecer".

-"Sí, jefe", responden sin vacilar.

Los hombres obedecen al instante, cargan con el cuerpo sin vida de Valeria y lo sacan de la habitación, dejando tras ellos un rastro de sangre y silencio.

{La noche antes de entregarse.}

Claire y Ethan se encontraban terminando de cenar en la intimidad de su casa.

-"Me voy a la cama ya", dijo ella, levantándose de la mesa mientras comenzaba a recoger los platos. —"Estoy agotada y mañana tengo una operación complicada a primera hora".

Ethan se levantó al mismo tiempo y le quitó los platos de las manos con suavidad.

-"Déjalo cariño, ya me encargo yo, ve a descansar".

Claire asintió con una sonrisa cansada y se despidió de él con un beso, antes de subir las escaleras hacia la planta superior.

Una vez en su habitación, se puso el pijama, luego fue al baño a asearse, y al regresar, el viento nocturno la sorprendió desde la ventana, que se encontraba abierta.

-"Qué raro… juraría que antes estaba cerrada", murmuró para sí.

Se acercó y se asomó; la noche era serena, el cielo estaba despejado y las estrellas eran visibles gracias a la distancia del bullicio urbano. Se permitió un momento de pausa, cerrando los ojos mientras la brisa fresca le acariciaba el rostro y mecía su cabello.

Entonces, un leve roce en la espalda la sacó bruscamente de su ensimismamiento. Se giró de un salto y soltó un grito ahogado, que se apagó en su garganta en cuanto reconoció el rostro que tenía delante: era Valeria.

-"¿No sabes entrar por la puerta como una persona normal?", susurró Claire, empujándola suavemente.

-"Y perderme tu cara de susto… ni hablar", murmuró Valeria, conteniendo la risa.

-"¡¿Claire, todo bien?!", gritó Ethan desde la planta baja.

Claire se apresuró hacia la puerta.

-"¡Sí, cariño! Una araña… pero ya la mandé al otro barrio", respondió desde el umbral.

Cerró con cuidado y se volvió hacia Valeria, con una expresión de falso enfado.

-"¿No estarás herida de muerte otra vez?", preguntó, escudriñándola con la mirada.

-"No, estoy perfecta", contestó Valeria, riendo. —"Sólo quería verte".

Claire arqueó una ceja, intentando adivinar si lo decía en serio o sólo bromeaba.

-"Sabes que si quieres verme, te vale con escribirme y quedamos a tomar una copa, como dios manda".

Valeria se rascó la cabeza.

-"Mi móvil lo tiene la Policía, así que está complicado", dijo Valeria con gesto resignado.

Claire se lleva una mano a la frente.

-"¡Cierto! Lo había olvidado… aun así, siempre puedes llamar a la puerta, a Ethan no le molestará que vengas. Viéndonos así, parecemos dos amantes clandestinas".

Valeria se sonrojó levemente, bajando la mirada, y Claire abrió los ojos, sorprendida, al ver la genuina reacción de Valeria.

-"¡Oh, vaya!, ¿quieres hablar de… *eso*?".

-"Claire, yo…", empezó Valeria, en un susurro apenas audible. —"En realidad he venido a despedirme".

Claire se quedó helada.

-"¿Cómo que ha despedirte?", balbuceó. —"No quiero dejar de verte, ni perderte como amiga. Lo que pasó… pasó. Me gustó y no me arrepiento, así que no te sientas mal por ello".

Valeria seguía mirando al suelo, en silencio, como si las palabras no fueran suficientes.

-"Dime algo, Val", le dijo Claire, tomándola por los hombros. —"¿Quieres algo más...?, sabes que no puedo, estoy casada y quiero a mi marido. Pero no voy a dejar que desaparezcas de mi vida, eres importante para mí, ¿lo sabes?".

Valeria alzó la mirada, sonriendo con un brillo especial en los ojos.

-"Me has llamado Val… sólo Jonathan lo hace. Y Manuel antes que él".

-"Lo siento, no volveré a hacerlo si te molesta".

-"No, al contrario… me encanta".

Claire le devolvió la sonrisa, aliviada.

-"Entonces no hablemos de despedidas".

Valeria tomó sus manos con ternura.

-"No quiero dejar de verte, Claire, no es eso", su voz comenzó a temblar. —"Es sólo que… mañana me enfrentaré a mi peor pesadilla, la que me ha perseguido durante cinco años, lo que me ha estado aterrorizando sin descanso todo el tiempo".

Hizo una pausa, dio un suspiro y tragó saliva.

-"Tengo un plan… aunque les mentí a Jonathan y a Rick cuando les dije que lo tengo todo bajo control".

Claire escuchaba en silencio con el ceño fruncido, sin soltarle las manos.

-"La verdad es que… lo más probable es que… no sobreviva… tengo miedo", confesó entre temblores.

Sin pensarlo, Claire la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza, apretándola contra su pecho.

-"¿Miedo, tú?, eso no va a pasar, eres indestructible", le susurró al oído. —"Volverás a colarte en mi casa, volverás a provocarme microinfartos, volverás a llenarme el suelo de sangre… y volverás a abrazarme como ahora. Así que, como tu doctora, te prohíbo morirte".

Valeria sonríe levemente y se aferra a Claire con fuerza.

-"Lo intentaré, doc", murmuró.

Claire se separó apenas lo justo para apoyar su frente contra la de Valeria y permanecieron así, en silencio, compartiendo el aliento con los ojos cerrados, como si el mundo se hubiera reducido a ese instante suspendido.

Luego, con suavidad, Claire tomó el rostro de Valeria entre sus manos y se apartó sólo unos centímetros, lo suficiente para mirarla directamente a los ojos, mientras la punta de sus narices se rozaban con delicadeza. La tensión entre ambas se hacía cada vez más densa, un hilo invisible que parecía tirar de ellas hacia un lugar al que no sabían si debían regresar.

-"Eres como la fruta prohibida del paraíso", susurró Claire al fin, en apenas un murmullo. —"Tan dulce, tan tentadora… y, aún así, tan prohibida".

Valeria se mordió el labio, un gesto sencillo pero profundamente evocador, que desarmó por completo a Claire. Su cuerpo reaccionó antes que su conciencia: se inclinó lentamente, impulsada por un deseo que no lograba contener, pero justo cuando sus labios se rozaron, se detuvo, cerró los ojos y se apartó con un respingo.

-"Lo siento, tesoro… no debo", dijo con voz entrecortada, girando el rostro. —"Quiero… pero no puedo, no sería justo

para Ethan”.

Valeria sonrió con ternura, intentando restarle importancia.

-“No pasa nada, está bien así”, respondió, mientras se volvía hacia la ventana. —“Si todo sale bien, volveré para tentarte otra vez”, bromeó, guiñándole un ojo.

Claire soltó una risa suave, a medio camino entre la culpa y la ternura, mientras Valeria se subía al alféizar de la ventana, lista para escabullirse por el tejado.

-“¡Espera!”, exclamó Claire de repente.

Y antes de que Valeria pudiera cruzar del todo, Claire la tomó del brazo con decisión, tiró de ella y la arrastró de vuelta al interior, haciéndola caer de espaldas sobre la cama.

Sin darle tiempo a reaccionar, Claire se abalanzó sobre ella, envolviéndola entre sus brazos, y la besó con la pasión contenida de lo que no se atrevían a nombrar. Rodaron sobre las sábanas, devorándose con urgencia, hambrientas, como si el mundo estuviera a punto de terminar, despojándose de la ropa como si estuviera ardiendo, estorbando más de lo que vestía.

La pasión se apoderó de ambas, sumergiéndolas en una vorágine de placer y deseo silenciado, mientras sus labios se deleitaban de los jugos de la otra con avidez y sus dedos indagaban con minuciosidad, memorizándose cada rincón de sus cuerpos. Intentaban no hacer ruido, pero suspiros y jadeos se escapaban entre los silencios, transformando el cuarto en un santuario de intimidad prohibida.

Prolongaron ese instante más allá de la sensatez, desafiando el riesgo, aferrándose al momento como náufragas al último pedazo de tierra firme. No querían que terminara, no querían soltar lo que acababan de encontrar… pero la despedida era inevitable.

Una vez quedaron satisfechas y con el clímax aún latente en el aire, se vistieron en silencio, sin atreverse a romper el hechizo del momento. Valeria volvió a subirse a la ventana, lista para desvanecerse entre las sombras de la noche. Pero antes de marcharse, se giró y extendió la mano, acariciando con la yema de los dedos el rostro de Claire, como si quisiera llevárselo grabado en la piel.

-“Adiós, mi ángel”.

Claire sostuvo su mano unos segundos más, aferrándose a ella como quien intenta detener el paso del tiempo. Finalmente la soltó, con los ojos clavados en su silueta mientras descendía por el tejado y se perdía entre los coches dormidos, hasta desaparecer al fondo de la calle.

-“Hasta pronto, mi guerrera”, susurró, como una promesa flotante, aferrada a la esperanza de volver a verla.

LA VINDICARE

parte 2

{En el presente. A las afueras de la mansión de Vladislav.}

Jonathan se encuentra en la parte de atrás del todoterreno, observando atentamente la pantalla de su ordenador, vigilando la zona con atención a través de un dron.

-"Deberíamos atacar ya", dice Rick desde fuera, comprobando su rifle, impaciente.

-"No", replica Jonathan sin apartar la vista de la imagen. —"Le prometimos a Valeria que esperaríamos su señal".

Rick suspira y baja la cabeza.

-"¿Y si está muerta?, hace mucho tiempo que entró".

Jonathan se queda inmóvil y luego gira la cabeza lentamente hacia él con la mandíbula tensa.

-"¡No digas eso ni en broma!", le espeta. —"Confío en ella, lo logrará, sólo necesita tiempo".

Rick asiente, con el ceño fruncido.

-"Yo también confío… pero no puedo evitar preocuparme".

La radio crepita.

-"Chicos, veo movimiento en la entrada", informa William desde el aparato.

Jonathan reacciona al instante, maniobrando el dron para enfocar la zona.

-"¿Es la señal?", pregunta Rick.

-"No… están sacando algo", responde Jonathan, acercando el zoom.

Tres segundos de silencio, y después un grito.

-"¡Mierda!, ¡es Valeria!, ¡algo ha salido mal!", dice Jonathan con urgencia. —"La están metiendo en un maletero, ¡parece herida!".

Agarra el comunicador y pulsa el botón para hablar.

-"William, cambio de planes. Seguid al coche que va a salir del complejo, llevan a Valeria en el maletero".

-"Recibido", responde William con firmeza.

El coche avanza a toda velocidad por carreteras secundarias y caminos de tierra, dejando tras de sí una nube de polvo inmensa. Tras poco más de quince minutos, se detiene frente a una granja apartada, rodeada de cercas oxidadas y el gruñido lejano de varias familias porcinas.

Frente al granero los espera una figura grotesca: una mole de carne flácida enfundada en ropa de granjero y un delantal blanco, salpicado de sangre seca como si fuera parte del tejido. El conductor y el copiloto bajan del coche y abren el maletero, donde yace el cuerpo inerte de Valeria, desmadejado.

-"Dejadla ahí", gruñe el hombre con una voz grave, rasposa, casi inhumana, señalando hacia el interior, a una mesa de madera manchada de rojo oscuro reseco.

Los hombres obedecen sin mediar palabra, conteniendo la respiración, pues el hedor en el lugar es insoportable y uno de ellos no puede evitar soltar una arcada.

-"Mmmm… buen ejemplar", murmura el carnicero, relamiéndose con una lengua larga y grotesca mientras la observa. —"Mis chicos se lo van a pasar en grande, seguro que su carne es dulce y sabrosa".

Los dos hombres retroceden apresuradamente.

-"Te dejamos a lo tuyo, no queremos presenciar esto", dice uno, evitando mirarle mientras se alejan.

El carnicero ni los escucha, sus ojos no se apartan de Valeria. Se aproxima a una tabla donde cuelgan cuchillos de todo tipo y toma uno de grandes dimensiones, de hoja ancha y dentada, afilado a pesar del óxido que cubre el metal.

-"Este servirá", murmura.

Se inclina sobre Valeria y le gira la cabeza, examinando el tajo irregular del cristal en el cuello, frunciendo el ceño.

-"¡Qué sacrilegio!", escupe, molesto. —"Menuda forma de estropear una pieza tan magnífica".

Con movimientos lentos, casi ceremoniales, aparta el cabello de su rostro, juntándolo hacia un lado con cuidado, como si estuviera peinando una muñeca, y lo sujeta todo junto con la mano izquierda. Eleva el cuchillo con la derecha, apuntando directamente a la herida del cuello, con el filo centelleando bajo la luz amarillenta del granero.

-"Empezaré por la cabeza, los sesos me servirán para el estofado", murmura, relamiéndose los labios.

Pero antes de dar el primer tajo, unos extraños sonidos provenientes del exterior le detienen, justo antes de que lance su sanguinaria estocada.

-"¿Qué diablos…?".

William irrumpe en la estancia dando una patada que revienta la puerta del granero, con su Desert Eagle en alto y los ojos recorriendo el lugar como un radar, pero no encuentra a nadie, sólo a ella.

-"¡Valeria!", exclama, al verla tirada sobre la mesa entre charcos de sangre seca.

Enfunda el arma de inmediato y corre hacia ella sin dudar.

-"¡Tengo a Valeria!", anuncia por radio mientras se acerca.

—"Asegurad el perímetro y eliminad a cualquier enemigo que encontréis".

-"Recibido", responden varias voces al otro lado del comunicador.

-"Oh… mierda", susurra en cuanto la ve de cerca.

En ese momento, un crujido violento lo alerta: la madera estalla tras él y un gigante de carne y grasa irrumpe a través de unos tablones con un cuchillo de carnicero en alto.

William reacciona por instinto, esquiva hacia un lado y la hoja se hunde con brutalidad en la mesa, a escasos centímetros del rostro de Valeria.

El carnicero intenta desclavar el arma, pero está fuertemente atrapada en la madera, por lo que William aprovecha la oportunidad y le lanza una ráfaga de puñetazos al rostro y al torso, golpes que tumbarían a cualquier hombre. Pero este no se inmuta, es

demasiado grande y voluminoso, sólo ruge y lo embiste como un oso, lanzándolo por los aires.

William se estrella a varios metros, rodando por el suelo, mientras el carnicero consigue liberar su cuchillo de un tirón y carga contra él como un toro desbocado.

William desenfunda la pistola, pero el asesino es más rápido, y con un manotazo, desvía el arma que vuela fuera de su alcance, chocando contra una pared. El cuchillo cae de nuevo con una violencia salvaje, cortando el aire y astillando el suelo con cada impacto, lo que es esquivado hábilmente por William. Cada golpe se siente como un latigazo de muerte, uno, dos, tres… tajos que cortan todo a su paso.

Entonces, una cuchillada descendente se precipita hacia su cabeza, precedida por una ráfaga de viento helado. En el último instante, William interpone un tablón roto y la hoja se clava con tal fuerza que la madera cruje, a punto de partirse y dejar paso al filo. Acto seguido, William gira el tablón bruscamente con ambas manos y le arranca el arma de los dedos.

En el mismo segundo, se pone de pie de un salto, todavía sujetando la improvisada trampa, mientras el carnicero, incapaz de seguirle el ritmo, se apoya sobre sus rodillas, jadeante, tratando de recuperar el aire.

Pero William no está dispuesto a concederle tregua alguna: apoya el tablón en el suelo, lo pisa con decisión y agarra la empuñadura del enorme cuchillo. Hace palanca, tira con todas sus fuerzas y… la hoja se libera al fin, ahora en su poder.

Sin vacilar, carga hacia la mole tambaleante y le hunde el filo en la frente, atravesando piel, hueso y todo lo que encuentra a su paso, abriéndolo cual melón maduro.

El carnicero se queda inmóvil, oscilando como una torre azotada por el viento, y durante un instante, parece que va a volver a atacar, pero luego, lentamente, cae de bruces como un árbol recién talado que se niega a caer, haciendo temblar el suelo de un estruendo, dejando tras de sí un silencio tenso que lo envuelve todo, apenas roto por la respiración entrecortada de William.

-"Puta abominación mugrienta", murmura, lanzando un escupitajo a su lado.

Valeria regresa bruscamente a su mente y corre hacia ella sin perder más tiempo, con el corazón en el puño.

-"¡Me cago en la puta!", exclama al examinar el corte en el cuello.

Rick irrumpe por la puerta con el rifle en alto y ve a William cabizbajo, junto al cuerpo de Valeria. Se acerca con rapidez, y de golpe, el estómago le traiciona, la náusea asciende como un latigazo por su garganta y vomita sin poder contenerse.

Jonathan entra justo detrás y William alza una mano con firmeza.

-"¡No!", grita, corriendo hacia él para bloquearle el paso.

-"¡Déjame, es mi hermana!", forcejea Jonathan, intentando esquivarlo, desesperado.

-"No tienes por qué verla así", advierte él, conteniéndolo.

-"¡Me da igual!, ¡quiero verla, joder!", dice de un alarido desgarrador.

William duda un instante, pero acaba soltándolo.

-"Está bien…", murmura con la mirada baja.

Jonathan se lanza hacia Valeria como una exhalación, le toma el rostro con ambas manos y las lágrimas brotan al instante, mezclándose con la sangre seca de su hermana.

-"¡No! No, no, no, no, no, no, no. ¡Esto no puede estar pasando! ¡No me dejes, hermanita!", balbucea entre sollozos, abrazándola, como si al hacerlo pudiera retenerla en el mundo de los vivos. —"Quédate, Val, por favor, quédate conmigo, no puedes irte… todavía tenemos que hacer muchas cosas juntos".

Rick y William se apartan unos pasos, dándole espacio, dejando que se desahogue mientras ellos mismos luchan por contener sus propias lágrimas, en silencio, con el alma rota en la mirada.

Pasan unos minutos de dolor crudo, hasta que Rick se acerca y posa una mano en el hombro de Jonathan.

-"Venga, colega… vámonos de aquí".

Jonathan se separa con lentitud, cubierto de la sangre de Valeria, que se encuentra por todas partes.

-"Ayúdame a bajarla al suelo", pide con la voz rota.

-"¿Qué?, no… mejor llevémosla a la furgoneta, le daremos un entierro digno, como ella merece".

-"¡Qué me ayudes a bajarla, joder!", espeta Jonathan, furioso.

Rick lo mira perplejo, pero asiente.

-"Está bien… está bien".

Una vez el cuerpo yace en el suelo, Jonathan se levanta sin decir palabra.

-"Ahora vengo".

Se dirige a la salida, mientras Rick y William lo observan con desconcierto.

Regresa poco después con un autoinyectable lleno de un líquido azulado y semitransparente, arrodillándose junto a ella con un brillo de esperanza en la mirada.

-"Hazle un masaje cardiaco", le pide a Rick.

-"Está muerta, Jonathan, es evidente", interviene William con tono grave. —"Nadie se recupera de una herida como esa".

-"¡Qué le hagáis un maldito masaje cardiaco, me cago en la puta!", gruñe Jonathan, fulminándolos con la mirada. —"Necesito que la sangre circule, la poca que le quede".

Rick, sin entender por qué lo hace, obedece. Se coloca al otro lado del cuerpo y comienza a presionar el pecho de Valeria con un ritmo constante, mecánico, casi desesperado.

Jonathan, con manos temblorosas, clava el autoinyectable cerca del corazón y descarga el suero por completo.

-"No pares", le suplica a Rick. —"Por favor… funciona".

Pasa un minuto y no ocurre nada, el silencio es asfixiante y Rick empieza a perder el compás, agotado.

-"Esto es absurdo", murmura, cansado.

-"¡Cállate y sigue!", ruge Jonathan, al borde de la histeria.

Con rabia, saca otro autoinyectable y lo hunde en el mismo punto, vaciándolo de un golpe. El líquido se dispersa, pero el cuerpo permanece inerte.

Treinta segundos más tarde, sigue sin reacción y Rick se detiene, jadeante, con la frente perlada de sudor.

-"No vamos a conseguir nada…", susurra, derrotado.

Jonathan no lo escucha, o no quiere escucharlo. Ya tiene en la mano un tercer vial, que clava con furia contra el esternón. El chasquido húmedo resuena como un último intento desesperado. Se coloca encima y retoma el masaje con toda la fuerza de la que dispone.

-"¡Si alguien puede volver de esto, es ella!", escupe con lágrimas en los ojos.

El tiempo se vuelve viscoso. Un minuto, dos. Rick y William se miran, mudos, impotentes, mientras observan al chico aferrarse a lo imposible.

-"Déjalo", murmura William en voz baja hacia Rick. —"Necesita convencerse de que hizo todo lo que pudo".

Pero Jonathan no para. Sus brazos ya tiemblan, el sudor le nubla la vista, los músculos le arden, y aun así aprieta el ritmo, una y otra vez, como si la vida de Valeria dependiera de su pura obstinación.

Uno, dos, tres minutos más. Nada.

-"¡Vamos, joder!", grita con un alarido que desgarra la sala. —"¡Tiene que funcionar!, ¡no tengo más viales!".

El sudor le corre por la frente, los brazos le tiemblan, los músculos se le agarrotan y la respiración se le quiebra, pero Jonathan no se detiene. Continúa, golpe tras golpe contra el pecho inerte, movido por la rabia y la desesperación de quien se niega a rendirse. No mientras conserve una chispa de aliento, no mientras su corazón aún lata, no mientras, en lo más profundo, siga perteneciendo a ella.

-"¡VAAAAL…!", profiere un último grito, surgido más del alma que de la garganta.

Pero al cumplirse el cuarto minuto su cuerpo cede, desplomándose hacia un lado, exhausto, incapaz de obedecer a la mente que le grita seguir. Y es ahí, tirado junto a Valeria, que un llanto desgarrador le arranca el aire, brotando a borbotones de su pecho.

-"Lo siento, colega…", murmura Rick con pesar. —"Era la mujer más increíble que he conocido, pero tenemos que dejarla ir. Hiciste todo lo posible".

-"¡Me niego a dejarla ir!", ruge Jonathan desde el suelo, entre sollozos que lo consumen.

-"¡Eh, tíos! ¿Qué cojones es eso?", interviene William, señalando a Valeria.

El cabello de Valeria del lado izquierdo empieza a crecer con un movimiento lento, antinatural, mientras su piel pálida recupera de a poco el color. Las heridas abiertas que surcan su cuerpo, incluida la del cuello, todavía húmeda, comienzan a cerrarse solas, como si el tiempo retrocediera en su carne, borrando cada marca de violencia.

-"¡Me cago en la puta!", exclama Rick, aferrándose al brazo de William con los ojos abiertos de par en par. —"¿Estás viendo lo mismo que yo?".

El llanto de Jonathan se corta de golpe. Con un esfuerzo febril se incorpora con los ojos aún enrojecidos y el pecho ardiendo por la fatiga, pero una sonrisa enorme ilumina su rostro. Él ya sabe lo que viene.

Entonces, Valeria se incorpora de un tirón, como si escapara de la más oscura de las pesadillas, abriendo los ojos de golpe, los cuales ya no son verdes, sino dos carbones amarillos que arden con una luz líquida. Finalmente, inspira una bocanada de aire que le llena los pulmones a marchas forzadas, a la vez que jadea, rota, pero poderosa.

Rick y William retroceden instintivamente, frotándose los ojos como si quisieran borrar una visión imposible, la escena parece un auténtico delirio.

Pero algo no va bien; las heridas de Valeria, aún sangrantes, sólo se han cerrado a medias; su piel sigue apagada, como si la vida regresara a trozos; y se tambalea, con los músculos negándose a obedecer, entumecidos, como si un peso invisible intentara hundirla de nuevo en la muerte.

Jonathan lo comprende al instante. Sin pensarlo, desenvaina un cuchillo del cinturón, se corta la muñeca y, con la respiración entrecortada, le ofrece el brazo ensangrentado a Valeria.

Ella, desorientada, gira la cabeza de un lado a otro… hasta que percibe el aroma. El cambio es inmediato, instintivo: sus ojos brillan con hambre y clava los colmillos con fuerza, bebiendo con desesperación.

Ahora sí, según bebe, a cada sorbo, la transformación se completa. Las heridas terminan de cicatrizar, la piel recobra su tono vivo y el cabello rojizo brilla con intensidad renovada. Jonathan, en cambio, palidece rápidamente; sus labios se tornan ceniza y sus párpados comienzan a pesar mientras la sangre lo abandona.

-"¡Quitádmela!", grita con voz temblorosa. —"¡No va a parar!".

Rick y William están congelados, observando la escena incrédulos, como atrapados en una pesadilla, pero al oír el grito desesperado de Jonathan, reaccionan. Corren hacia ella, la agarran por los hombros e intentan separarla… sin éxito. Valeria no se inmuta, su fuerza es descomunal, está aferrada al brazo de Jonathan como si su vida dependiera de ello.

-"¡Quitádmela o me dejará seco!", gime Jonathan, cada vez más débil, con la voz quebrada por el pánico y la pérdida de sangre.

William, guiado por un instinto desesperado, arranca un tablón del suelo y lo estrella contra la cabeza de Valeria con todas sus fuerzas. La madera se parte en mil pedazos, pero ella apenas parpadea, como si la sacudida no fuera más que una caricia. Únicamente se queda inmóvil unos segundos, para luego incorporarse despacio, mirándolo con los labios manchados de rojo y la rabia asesina a punto de colapsar.

Él retrocede con lo que queda del tablón, temblando. No tiene tiempo de reaccionar cuando el puño de Valeria impacta directo en su pecho y lo manda volando hasta el otro extremo del granero, atravesando vigas y dejando tras de sí una estela de polvo y astillas. Sobrevive por milagro, pues en el último segundo ha interpuesto el tablón, ahora reducido a migajas.

Valeria no se detiene. Su mirada hambrienta regresa al brazo de Jonathan, a la herida abierta que aún sangra, y camina hacia él como un depredador guiado por el instinto, enseñando los colmillos que brillan en la penumbra.

Rick intenta detenerla, rodeándola por la cintura desde atrás, pero Valeria se lo quita de encima con una sacudida monstruosa, arrojándolo contra la pared, que cruje y se rompe bajo el impacto, haciendo que el cuerpo de Rick atraviese la madera y caiga al exterior del granero.

El silencio que queda es apenas roto por la respiración jadeante de Jonathan, tendido en el suelo, indefenso, con la conciencia tambaleante. Valeria, salivando por más sangre, se coloca sobre él abriendo la boca e inclinándose como una fiera a punto de morder de nuevo.

-"Val… por favor… soy yo, Jona", susurra él, apenas audible.

Contra todo pronóstico, ella se detiene de golpe, buscando los ojos de él, y cuando los encuentra, durante un instante, parece dudar. Inclina la cabeza, confundida, como si una chispa remota de humanidad intentara abrirse paso en la oscuridad que domina su voluntad.

-"¿Jona?", pronuncia al fin con una voz rota, rasgada, ajena, como un eco de ultratumba.

Jonathan sonríe, débil, en apenas un suspiro, pero genuinamente feliz.

-"Sí… tu Jona, tu hermanito pequeño".

Los ojos de Valeria se abren de golpe y un alarido desgarrador le estalla en su garganta mientras se aferra la cabeza con ambas manos, zarandeándola salvajemente, como si algo en su interior tratara de partirla en dos. El sonido es tan brutal que hiela la sangre de los que la escuchan.

Jonathan, aún tambaleante, se arrastra hasta incorporarse y le toma los hombros con suavidad, como si con ese gesto pudiera anclarla a la realidad.

-"Tú puedes, Val, sé que estás ahí. Puedes controlarla… puedes dominar lo que llevas dentro".

Ella tiembla y gime, clavando los ojos en el suelo, como perdida en un abismo. Y de pronto, una palabra brota de sus labios, grave, cavernosa, ajena a lo humano.

-"Grayson…".

Antes de que nadie pueda reaccionar, Valeria se endereza de un salto y sale disparada hacia la salida. Su fuerza descomunal revienta las puertas del granero, arrancándolas de cuajo y lanzando las maderas al aire como si fueran hojas secas arrastradas por el viento.

William, dolorido y con las costillas ardiendo, se incorpora a duras penas, lleva la mano al comunicador y grita con toda la fuerza que le queda:

-"¡No disparéis a la mujer!, ¡dejad que se vaya!".

{En la mansión.}

Tres hombres trabajan en silencio, recogiendo los restos del caos en la habitación de los espejos mientras el cuerpo de Vladislav yace en un rincón, sellado dentro de una bolsa para cadáveres.

-"¡Nos atacan!, ¡en la entrada principal!", grita una voz por los altavoces de las radios colgadas en sus cinturones.

La demoniaca Valeria de largo cabello rojo anaranjado está de pie dentro de la garita de seguridad, justo en el acceso principal del recinto. Las paredes y cristales están cubiertos de sangre, formando un lienzo grotesco y abstracto a sus pies, donde los cuerpos destrozados de dos guardias yacen en posiciones imposibles tras una tormenta de violencia desmedida.

La alarma se activa de golpe, su chillido metálico lo inunda todo, vibrando en las paredes, en los huesos. Una radio, aún enganchada al cinturón de uno de los cadáveres crepita con interferencias y gritos de unidades reportando movimientos por toda la zona, reposicionándose para defenderse del supuesto ataque que está teniendo lugar.

Entonces, se escucha un disparo lejano. Una bala atraviesa el cristal de la garita con precisión quirúrgica y se incrusta en el hombro de Valeria, lanzándola hacia atrás y estrellándola contra el suelo. La herida es brutal, ha dejado un agujero abierto que sangra con profusión.

En una torre cercana, un francotirador, con el rifle aún humeante, ajusta la mira para un segundo disparo, pero pierde a su objetivo tras apenas un parpadeo.

-"¡Mierda!", maldice, desconcertado.

Realiza un rápido barrido con la mira telescópica, pero ya no la ve.

-"¿Dónde cojones se ha metido?, estaba ahí mismo, herida de muerte", susurra.

A los pocos segundos, un ruido de algo pesado cayendo sobre la plataforma tras él le sobresalta. Se gira con brusquedad y la ve, con sus ojos amarillos brillando como brasas en la oscuridad, mientras la herida del hombro se le cierra ante sus ojos con una velocidad antinatural.

-"¿Cómo narices has…?".

No termina la frase y ya la tiene encima, clavando los colmillos en su yugular, arrancándole un grito ahogado en sangre.

Varias ráfagas de disparos la interrumpen mientras se alimenta. Multitud de proyectiles la acribillan a ella y al francotirador por igual desde dos pickups que han llegado cargadas de hombres, los cuales se despliegan a toda velocidad por la base de la torre, vaciando sus cargadores sin contemplaciones sobre su posición.

Valeria rodea la torre a toda prisa con las balas desgarrando ladrillos a su paso y salta al vacío sin dudar, aterrizando con un estruendo metálico sobre el techo de uno de los vehículos. Las ventanas estallan al instante, esparciendo vidrios despedazados en todas direcciones.

Los hombres más cercanos se cubren por reflejo, cegados por la lluvia de fragmentos. Para cuando vuelven a mirar, ella ya se ha movido de nuevo y se les echa encima tan rápido como cayó, arrancándole la mandíbula a uno de ellos de un rodillazo salvaje.

El resto reacciona y abren fuego, pero Valeria levanta el cuerpo del hombre abatido como escudo y, con la otra mano, toma su arma y devuelve los disparos, apretando el gatillo sin apuntar hasta vaciar el cargador.

Cuando las ráfagas cesan, los pocos que aún respiran intentan recargar a trompicones, presas del pánico. Pero ella no les concede

un segundo, se abalanza sobre ellos como una tormenta hecha carne, un huracán de rabia e ira viviente.

El primero recibe un puñetazo que le hace crujir el cráneo cual vidrio roto. El segundo apenas levanta el arma antes de que una patada lateral en la espalda le parta la columna en dos, doblándolo del revés. El tercero cae de rodillas con un alarido cuando su pelvis se pulveriza bajo un rodillazo directo. El cuarto intenta retroceder, pero un codazo le hunde el pecho, reventándole las costillas hacia dentro. Al quinto lo atrapa de la cabeza, y con un agarre monstruoso, le exprime las cuencas oculares hasta vaciarlas en un chorro viscoso.

Así, uno tras otro, caen todos, en una espiral de violencia sanguinaria que apenas dura segundos. Y cuando el silencio se impone, sólo queda el hedor metálico de la sangre y un mosaico de cuerpos retorcidos a sus pies.

Grayson baja a toda velocidad por uno de los pasillos en dirección a la planta inferior de la mansión, mientras el eco de los disparos en el exterior retumba como un tambor de guerra constante de la desatada batalla, cada vez más cercano.

-"¡¿Qué demonios está pasando?!", espeta al primer hombre que se cruza en su camino.

-"Nos están atacando, señor. Le recomiendo permanecer arriba, le informaremos en cuanto la situación esté bajo control".

-"¿Es el FBI?", pregunta, desesperado.

-"No lo sabemos, señor, no hemos podido identificar a los atacantes".

Grayson le fulmina con la mirada.

-"Quiero a dos hombres conmigo, en mi despacho. ¡Ahora!", ordena.

El soldado asiente con firmeza y, con una seña, dos compañeros más se acercan para escoltar a Grayson de vuelta al piso superior, mientras el estruendo de la contienda se intensifica al otro lado de las paredes.

Pocos minutos después, las detonaciones comienzan a resonar más estridentes y cercanas, señal inequívoca de que el combate se ha trasladado dentro de la mansión, en el piso inferior.

-"¡Se están acercando!", grita Grayson con el rostro desencajado. —"¿Cuántos hombres nos quedan?".

-"Estamos cayendo rápido, señor. Apenas quedamos unos pocos…".

La radio chisporrotea, saturada por interferencias:

-"¡Es una mujer, en la cocina!", se oye por el altavoz, justo antes de que un gorgoteo agónico acalle la voz.

-"¿Una mujer?", pregunta Grayson, perplejo.

-"No lo sé… esto es un caos", responde el hombre.

-"Atranquemos la puerta", propone el otro hombre. —"Resistiremos aquí".

De pronto, los últimos disparos ya suenan arriba, muy cerca, apenas a dos habitaciones de distancia, y luego, un silencio denso, absoluto, como si el aire mismo se negara a moverse.

Los tres contienen el aliento, escuchando, la tensión es insoportable.

-"¿Queda alguien?", pregunta uno por la radio.

No hay respuesta, sólo estática.

-"¡Cállate, imbécil!", ruge el otro. —"Están cerca… muy cerca".

Unos pasos rompen el silencio, vienen por el pasillo, firmes, lentos, cruzando de un lado a otro como una fiera acechando a sus escondidas presas.

-"Parece uno sólo", murmura Grayson.

-"Podríamos salir y pillarla por sorpresa", sugiere uno, sin sonar muy convincente.

El otro levanta una mano, exigiendo silencio y afinando el oído.

-"Está aquí, al lado".

Los pasos se desvían… se detienen junto a la habitación contigua, y de pronto, un estruendo sacude el suelo.

PUM. CRACK. PLAM.

La puerta ha sido arrancada de cuajo de un golpe.

-"¡Muere de una puta vez!", ruge una voz desde la otra habitación, seguida de una ráfaga desesperada.

Después, gritos ahogados, el ruido sordo de golpes, un gorjeo final… y el silencio otra vez.

Uno de los hombres se acerca a la pared, pega el oído con cuidado y…

PLUM.

Cae de espaldas sobresaltado cuando la pared tiembla violentamente, como si algo gigantesco la hubiera golpeado desde el otro lado.

-"¿Qué cojones fue eso…?", balbucea.

Los pasos se reanudan, esta vez acercándose a su puerta, y uno de los hombres, dominado por el pánico, vacía el cargador contra la madera mientras grita, como si al hacerlo pudiera convertir las balas en algo más letal.

CLIC. CLIC.

El silencio vuelve al vaciarse el cargador, pero sólo un segundo… hasta que los pasos resuenan otra vez, lentos y seguros. Después, un golpe brutal hace que la mesa que habían puesto como barricada se desplace, raspando el suelo con un chirrido siniestro.

Los tres se quedan paralizados, con los ojos muy abiertos y el aliento contenido cuando un segundo impacto rompe la puerta de cuajo, que se estampa contra la pared y queda colgando de una bisagra, astillada y partida.

Ven entrar a una figura femenina, avanzando con calma, como si no hubiera prisa alguna, y el otro hombre, aún en el suelo, abre fuego. Ella da un salto, esquivando con una agilidad sobrenatural, moviéndose como una sombra bordeando la habitación, hasta llegar a él y retorcerle el cuello en un movimiento fluido y limpio, que le hace crujir y caer sin emitir más que un leve quejido cortado de cuajo.

El otro intenta recargar, pero le tiemblan tanto las manos que no consigue encajar el cargador, y cuando lo logra, ya es demasiado tarde, la terrorífica mujer está frente a él. Lo agarra por el cuello y, sin esfuerzo, le arranca la tráquea de un tirón, tiñendo la pared más cercana de rojo.

Grayson, petrificado, observa cómo el cuerpo del último hombre cae al suelo mientras la figura demoníaca permanece quieta

por un instante en el centro de la habitación, observando a la reciente víctima. Luego, gira la cabeza con un gesto brusco y sus ojos amarillos como brasas encendidas lo atraviesan.

-"Grayson…", dice, con esa voz rasgada que parece salir de las profundidades de un pozo maldito.

Él no la reconoce, pues apenas le queda ropa; los harapos que cubren su cuerpo están empapados en sangre y desgarrados por la violencia del combate. Además, su aspecto es salvaje, casi irreconocible, y aunque en sus rasgos late el eco de Valeria, ese parecido está tan distorsionado por el horror de lo que está aconteciendo, que nadie en su sano juicio imaginaría quién se oculta tras esa mirada.

-"¡¿Quién coño eres?!", grita él, presa del pánico.

Retrocede por instinto, alza un revólver y dispara sin pensarlo.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Los impactos la alcanzan y sacuden su cuerpo al penetrar en su carne… pero ella no se detiene, ignorando las heridas producidas por las balas.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Dos tiros alcanzan su rostro abriendo desagradables agujeros en la frente y el pómulo, haciéndola retroceder apenas medio paso… pero aún así, sigue avanzando.

Clic. Clic. Clic.

El tambor del arma está vacío.

Grayson observa, horrorizado, cómo las heridas expulsan las balas, cerrándose al instante como si jamás hubieran existido.

-"¡¿Qué eres?!", pregunta, retrocediendo hasta que tropieza con la pared.

En cuanto ella lo tiene a su alcance, le arrebata el arma de un manotazo desdeñoso, lo sujeta por el cuello con una mano y lo acerca hacia sí. Su aliento es denso, caliente, como vapor de sangre que le entumece los pulmones, como si lo trasladara al mismísimo infierno.

-"¡¿Qué soy?!", repite ella, muy cerca, siseando contra su boca, arrastrando cada palabra como si las saboreara a medida que las pronuncia. —"Soy… la personificación de las peores

pesadillas. Soy… el epítome de la ira, la rabia, el odio y el dolor. Soy… la venganza encarnada. Soy… ¡VINDICARE!”.

Con la otra mano, lo agarra brutalmente por la entrepierna, apretando sin piedad. Grayson apenas tiene tiempo de emitir un gemido antes de que la presión aumente con un chasquido húmedo, y luego, el desgarramiento al estirarse la piel, hasta sobrepasar su capacidad elástica, separando el pene y los testículos del cuerpo.

El alarido que lanza el comisario se escucha por toda la mansión, aunque no queda nadie para escucharlo. Cae de rodillas, con las manos entre las piernas, retorciéndose, aullando, convulsionando sobre el charco que se va formando bajo él.

Valeria lo observa de pie, sin pestañear, con una sonrisa apenas perceptible que se dibuja en su rostro mientras sostiene en alto lo que fue su masculinidad, cual trofeo grotesco, goteando sangre que se desliza entre sus dedos y cae por su brazo, como un símbolo cruel de su agonía.

De pronto, destellos rojos y azules comienzan a colarse por la ventana, proyectándose como latidos de luz sobre las paredes ensangrentadas, a la vez que los aullidos de las sirenas se aproximan, creciendo con cada segundo, anunciando la llegada de la Policía.

Valeria reacciona de inmediato. En un suspiro, se impulsa con una velocidad inhumana, atraviesa la ventana con el cuerpo en una explosión de cristales y se disuelve en la oscuridad como una ráfaga de viento, dejando tras de sí silencio... y muerte.

{Una hora después.}

Gina y Jarvis llegan al recinto de la mansión, completamente tomado por el FBI. Unidades de criminalística se mueven por los jardines como un enjambre metódico, recogiendo pruebas entre cuerpos cubiertos con sábanas y casquillos esparcidos por doquier.

Detienen el coche frente a la entrada principal, bajan y cruzan el umbral en dirección al hall, donde el hedor a sangre y pólvora todavía flota en el aire.

-“Santo cielo…”, murmura Jarvis al ver el espectáculo macabro: rostros desfigurados, miembros retorcidos, paredes salpicadas

como un mural de horror.

Un agente con chaqueta negra y las letras amarillas del FBI les corta el paso. Gina se adelanta y muestra su identificación.

-"Lo siento, agentes", dice el hombre con gesto firme. —"Esto es una escena federal. La mansión pertenecía a Vladislav Solovyev, de la Mafia rusa, llevábamos años detrás de él por múltiples cargos federales".

-"Únicamente buscamos a una mujer: Valeria Shepard", responde Gina. —"Fue secuestrada y creemos que la trajeron aquí".

El federal niega con la cabeza.

-"Todavía estamos identificando cuerpos, pero te aseguro que no había ninguna mujer entre ellos".

-"¿Seguro que no?, ¿ni una?", insiste Gina, mirando a su alrededor con desconfianza.

-"Al doscientos por cien, ninguna mujer".

Gina asiente con frialdad.

-"Entendido, en ese caso, seguiremos buscando en otra parte, gracias".

Se retiran sin más, regresan al coche y Gina arranca en silencio.

-"Ha vuelto a actuar", murmura Jarvis, sin apartar la vista de la mansión.

-"¿Quién?", pregunta ella, frunciendo el ceño.

-"Ha sido ella", replica él, con una sombra de miedo cruzándole el rostro.

-"¿Valeria?", responde Gina, incrédula. —"Ha hecho cosas terribles, pero esto… esto la supera incluso a ella".

Jarvis la mira de soslayo, sombrío.

-"No, Valeria no. La Demonio Rojo".

Gina lo observa unos segundos, sin saber si reírse o preocuparse.

-"¿Y quién se supone que es esa?".

-"La que sembró el caos en la ciudad no hace mucho. La estábamos investigando Axel y yo", explica Jarvis en un susurro escalofriante. —"Una criatura de ultratumba, una súcubo. Algo

sobrenatural, como si el infierno hubiese vomitado su peor pesadilla".

Gina lo contempla un instante con incredulidad, luego suspira, pisa el acelerador y se alejan del lugar.

-"Vale, Jarvis… lo que tú digas".

{Tres meses después.}

Valeria, enfundada en un conjunto deportivo de colores llamativos, se encuentra practicando con una katana, lanzando estocadas rápidas y precisas contra un maniquí de madera, que soporta sin inmutarse cada golpe del filo que rebota una y otra vez sobre su superficie astillada.

El tercio izquierdo de su cabeza se está poblando de nuevo de cabello negro, pues ha dejado de raparse esa zona, y el contraste del rojo fuego con el negro azabache resurge con fuerza, trazando un patrón aún más llamativo y magnético que antes. El verde esmeralda de sus ojos, por su parte, ha ganado en intensidad, afilado por una determinación reforzada que se refleja en su mirada. Incluso su tez parece distinta; más viva, más luminosa bajo un maquillaje sutil, sin florituras, evocando no a la mujer rota que ha sido más recientemente, sino a aquella chiquilla tímida de hace diez años… aunque ahora, habitada por una voluntad mucho más firme y segura.

De pronto, la puerta se abre de golpe y un hombre irrumpe sin previo aviso, cargando una bolsa portatrajes entre sus manos.

-"¡Lo he conseguido!", anuncia con entusiasmo.

Valeria no se inmuta. Sigue entrenando sin descanso: rueda por el suelo, lanza un tajo giratorio desde abajo, se incorpora de un salto, ataca con un corte al cuello, da una voltereta y remata con una estocada directa al corazón del maniquí.

-"¡V!, ¡hazme caso, joder!", insiste el hombre.

Finalmente, Valeria envaina la katana con movimientos lentos y calculados, la deja sobre una mesa cercana, toma una toalla y se seca el sudor del rostro mientras se aproxima a él con calma.

-"A ver, Logan. ¿Qué es eso que has conseguido?".

-"¿Qué va a ser?, lo que llevas esperando estos dos meses", dice, inflando el pecho con aire triunfal. —"Cuando por fin cerremos el trato, nos vamos a forrar".

-"Dirás que tú te forras mientras yo me juego el pellejo", gruñe ella, lanzándole una inquisitiva mirada.

-"Bueno, visto así, suena a que me estoy aprovechando de ti…", responde Logan, encogiéndose de hombros. —"Pero ahora somos un equipo, esta vez de verdad, nunca más me atrevería a volver a jugártela, he aprendido por las malas cómo te las gastas".

Valeria sonríe con una mezcla de satisfacción y amenaza.

-"Bien, espero que lo tengas muy presente".

-"Claro, claro, te has ganado mi respeto, V, te lo he demostrado. Tú eres buena partiendo cabezas y yo soy bueno haciendo tratos".

Ella lanza la toalla lejos, agarra una silla y se sienta, cruzando los brazos y las piernas en un gesto casi teatral.

-"Tienes mi atención, habla".

Logan cuelga la bolsa en un perchero, toma otra silla y se sienta frente a ella, inclinándose hacia adelante como un vendedor a punto de cerrar una gran operación.

-"Un último combate, pero no cualquier combate… será contra el mejor espadachín de la Yakuza. Lo llaman: el Samurai Eterno".

Valeria frunce el ceño.

-"Me prometiste que Katsumoto organizaría una reunión con su jefe después del anterior combate", dice con tono serio. —"¿Y ahora lo único que me ofreces es otra pelea? Estoy harta de japos y katanas".

Logan levanta las manos en señal de calma.

-"¡No es sólo otra pelea! Escucha… hablé con Katsumoto y, por fin, hemos atraído la atención de Hiroshi. Nos ha costado sudor y sangre, tanto a ti como a mí, pero lo hemos conseguido".

-"Ajá… ¿y qué más? Llevas diciéndome lo mismo desde que llegamos a Japón".

Logan gesticula, como si fuera evidente.

-"¡Pero esta vez es diferente! Es una petición directa, del propio Hiroshi; quiere verte pelear en persona, contra su mejor hombre, nada menos. Y si ganas, te recibirá, ¿no era eso lo que querías?".

-"¿Me lo aseguras?".

-"Sí, Katsumoto me lo garantizó, y tú sabes que ese tipo no se anda con rodeos".

Logan hace una pausa, mira hacia un costado y baja un poco la voz.

-"Pero… hay un pequeño detalle que deberías saber".

Valeria descruza las piernas y apoya las manos sobre las rodillas, fulminándolo con la mirada.

-"Sabía que me estabas vendiendo la moto otra vez para seguir nadando entre billetes…".

-"¡No, no!, te lo juro, esta vez sí. Sólo que… el combate será a muerte, nada de rendiciones ni retiradas. La única forma de terminar será salir victoriosa o muerta".

Valeria se pone de pie y comienza a dar vueltas alrededor de la silla, pensativa, mientras Logan la observa en silencio, sin atreverse a interrumpirla.

-"Está bien, no he llegado tan lejos para rajarme ahora", dice finalmente, deteniéndose de golpe. —"Lo haré".

Logan da un salto, eufórico.

-"¡Así se habla, joder! ¡Vaya par de ovarios tienes!", exclama y se acerca al portatrajes. —"Aunque… hay otra cosa más".

Valeria se vuelve hacia él con gesto irritado y las manos en la cintura.

-"¡Venga ya!, ¿algo más? Al final te doy un guantazo".

Logan agarra el portatrajes y se lo extiende con una sonrisa torcida.

-"Quiere que lleves esto".

{Unos días después.}

Una lujosa limusina serpentea por las luminosas y bulliciosas calles de Tokio, hasta detenerse frente a un imponente edificio en el corazón de la ciudad.

Del vehículo desciende un joven extravagante con una mujer a cada brazo, ambas aún más ostentosas que él. Avanza hacia la entrada principal, saltándose la larga fila de personas que esperan pacientemente para acceder, escoltado por la mirada imperturbable de dos gigantescos porteros vestidos de negro que le abren paso sin decir palabra.

El trío atraviesa un pasillo iluminado tenuemente hasta llegar a un ascensor lateral, que en lugar de subir, desciende varios niveles por debajo del subsuelo.

Las puertas se abren revelando una gigantesca discoteca subterránea, un mar de luces vibrantes y caleidoscópicas baila al ritmo de la música, pintando con destellos de neón las cabezas que se mueven al compás en la pista. El sonido es ensordecedor, la energía casi palpable.

-"Bienvenido, señor Yoshiro" dice, en japonés, una azafata con una reverencia formal, un *saikeirei* impecable. —"Su palco privado está listo. Por favor, acompáñeme".

El joven asiente con suficiencia y sigue a la mujer, acompañado por sus dos risueñas acompañantes. Cruzan un corredor adornado con leds de colores y decoración de lujo, reservado únicamente para los clientes más selectos, y al llegar, la azafata abre una puerta corredera y les cede el paso con elegancia.

-"Ya veréis", dice Yoshiro, mirando a sus acompañantes con una sonrisa arrogante. —"Vais a flipar con el espectáculo".

Entran en una estancia cuidada al detalle, con todo tipo de aperitivos y bebidas repartidos en varias mesas, junto a un gran sofá estratégicamente colocado frente a un palco.

La vista que se despliega es absolutamente privilegiada, desde la que se ve una enorme arena rodeada de diferentes estancias exclusivas distribuidas por todo el lugar, parecidas a la de Yoshiro. En el centro, un círculo similar a un *dohyō* de sumo, aunque éste, está delimitado no por cuerdas, ni sacos, sino por una fosa circular de brasas incandescentes que arden con furia roja y naranja.

El sonido profundo de los *taiko* rompe el murmullo del público y hace vibrar el aire. En respuesta, un hombre ataviado con una armadura samurái completa, una máscara *menpō* y dos espadas al cinto, una katana y un wakizashi, avanza con paso firme, rodeando la arena en dirección al centro del círculo, mientras una ovación unánime estalla a su alrededor.

Valeria se mira en el espejo de una habitación estrecha y mal iluminada, ajustándose un provocador uniforme de colegiala japonesa, ridículamente corto, que deja poco a la imaginación. Detrás de ella, Logan la observa con atención desde un sofá cercano, con los ojos abiertos como platos.

-"Uff… madre mía…", murmura en voz muy baja, inclinándose apenas para mirar bajo la falda. —"¡Qué buena est—…!".

Valeria se gira de golpe, alzando una ceja.

-"¿Has dicho algo?".

Logan se sobresalta, como si le hubiesen dado una descarga, enderezándose como un resorte y recolocándose en el asiento, disimulando mientras se ajusta la entrepierna.

-"¿Yo?, No, no… nada, nada, pensaba en voz alta", responde con una risa nerviosa y culpable.

Ella lo fulmina con la mirada un instante, pero se encoge de hombros y vuelve al espejo.

-"No puedo creer que tenga que luchar vestida así", gruñe mientras se observa en el espejo.

Da varias vueltas sobre sí misma, se ajusta una correa a la cintura y coloca la katana, asegurando la vaina con un lazo.

-"Parezco una jodida *Sailor Moon* con katana".

A Logan se le escapa una risa ahogada mientras no deja de observarla de reojo, intentando ser disimulado.

-"Katsumoto fue muy específico", responde, intentando sonar serio. —"A Hiroshi le fascinan este tipo de atuendos, es… su debilidad, por así decirlo"

Valeria realiza una serie de movimientos para asegurarse de que el traje no la moleste: se pone de cuclillas, se agacha, gira el tronco, abre las piernas…

-"Por lo menos es cómodo… pero esto no es una fantasía de instituto, es una pelea a muerte", replica ella, indignada. —"Ahora mismo no sé si estamos en una arena de peleas o en un puto catálogo fetichista".

Logan se acaricia el mentón y clava los ojos en ella, recorriendo su cuerpo con la mirada, esta vez sí, de forma descarada.

-"¡Estás absolutamente perfecta!", exclama. —"Nuestro objetivo es que llames su atención, que se fije en ti, que se pregunte quién eres, que quiera saber más… para que nos invite a una reunión".

Valeria frunce el ceño, se abalanza sobre él, lo agarra por la camisa y lo levanta unos centímetros del sofá.

-"¡Me dijiste que ya estaba todo arreglado, que nos recibiría!".

Logan traga saliva, buscando las palabras adecuadas.

-"Sí… bueno… más o menos", balbucea. —"Hay que ganar, está claro, pero también… necesitamos... bueno… que le dejes huella, que quiera… que digo, ¡que desee conocerte!".

Ella lo empuja de nuevo al sofá, exhalando un bufido de frustración y cruzándose de brazos con rabia.

-"Como esto no funcione, te juro que te arranco la lengua con las manos, maldito charlatán".

Logan se rasca la cabeza, incómodo, esbozando una sonrisa tímida.

-"Sé que lo harías", musita. —"Pero, si te sirve de algo… a mí ya me has impresionado que te cagas".

Valeria alza una mano, amenazante, lista para estamparle una bofetada mientras Logan se encoge instintivamente, cubriéndose la cara como un crío que sabe que ha metido la pata. Lo mira unos segundos con la mano en alto, tentada de golpearle con todas sus fuerzas… pero, al final suspira, baja la mano y suelta una carcajada.

-"Eres un maldito mamonazo, ¿lo sabías?", dice entre risas.

Logan la observa temeroso entre sus propios brazos, y cuando ve que no hay peligro, también se ríe con alivio.

-"Oye, V", murmura de pronto, más serio. —"Lo siento".

La risa de Valeria se desvanece, toma aire y lo mira, con la expresión endurecida.

-"No me jodas, Logan… ¿ahora qué?, ¿hay algo más que no me hayas contado?".

Él baja la cabeza, incómodo.

-"Me porté como un auténtico gilipollas en Detroit… me equivoqué contigo, lo siento de verdad".

Se pone de pie y le tiende la mano con seriedad.

-"Lamento haber ordenado a Bear que te diera aquella paliza. Has demostrado ser una tía de puta madre y… con más cojones que cualquier hombre que haya conocido".

Valeria lo mira fijamente un instante y le estrecha la mano con fuerza, sin titubear.

-"Me han dado tantas palizas que una más no cambia nada. Tú consígueme esa reunión con Hiroshi… y te perdono".

Logan asiente, esbozando una sonrisa sincera.

-"Tú no te mueras y yo me encargo de que nos lleven ante él. Te lo prometo".

Se quedan un momento en silencio, mirándose a los ojos. Algo ha cambiado entre ellos, ya no es sólo una alianza por conveniencia, han dejado la animadversión a un lado y un sentimiento de respeto mutuo ha aflorado.

{En la arena.}

Los *taiko* retumban de nuevo cuando Valeria aparece en escena, avanzando por un camino que discurre alrededor del *dohyō* como si fuera un pase de modelos, mientras los distinguidos espectadores vitorean el nombre de Vicéfalo a la vez que le lanzan comentarios sexistas. Las luces estroboscópicas la iluminan a intervalos, dándole un aire casi irreal mientras camina con seguridad hacia el ring seguida de Logan.

Desde la plataforma delimitada, el samurái la observa, inmóvil, impasible, como tallado en piedra, simulando ser una estatua de guerra con el alma en pausa.

-"¿En serio tengo que enfrentarme a un tipo con armadura... vestida así, semidesnuda?", masculla Valeria sin volverse, dirigiéndose a Logan, que la sigue de cerca. —"Están como putas cabras".

-"Son las excentricidades de Hiroshi", responde Logan con naturalidad, disimulando mientras camina. —"Para ellos el combate es sólo una parte, lo que de verdad importa es el espectáculo, el arte de la violencia".

-"¿Arte…?, los cojones", dice ella, mirando de reojo. —"¿Y por qué la armadura la lleva él?".

-"Eres mujer… vosotras lucháis con falda", asiente Logan.

-"¡No me toques el coño!", exclama, indignada. —"Esto es… me voy a callar… pero prácticamente me están condenando a muerte".

Logan se encoge de hombros.

-"Tú demuéstrales lo que vales, con falda o sin ella".

Al llegar al borde del círculo de combate, dos asistentes colocan una tabla sobre el anillo de brasas que rodea el ring, creando un puente estrecho y precario.

Antes de que ella cruce, Logan se le acerca y le apoya una mano en el hombro para que se incline un momento.

-"Confío en ti, V", le susurra al oído. —"¡Eres la maldita Vicéfalo! Le partiste la cara a Bestia sin despeinarte, nadie puede contigo. ¡Ve y cómetelo con patatas!".

Le da una palmada en la espalda y Valeria le dedica una media sonrisa confiada, luego, asiente y se gira para cruzar la pasarela con paso firme mientras su uniforme ondea con cada zancada, ligera pero imponente, como si el aire le cediera el paso, escoltándola.

Mientras cruza la pasarela, siente el calor del fuego a cada lado y el zumbido lejano de los espectadores, pero en su mente, sólo hay silencio, concentrada en su objetivo. Ella ya no importa, únicamente importan todas las víctimas de la Yakuza, de Hiroshi.

Una vez se encuentra al otro lado, los asistentes retiran la tabla de inmediato, cerrando el anillo ardiente tras de sí, mientras Logan, fuera de su alcance, le sonríe, alzando el pulgar como un hincha despreocupado.

Frente a ella, el llamado *Samurái Eterno* hace honor a su nombre: no ha movido un solo músculo desde que apareció, tan inmóvil como una figura de terracota que hubiera atravesado siglos sólo para estar en este instante.

Valeria lo observa, intentando adivinar la posición de sus ojos tras la máscara demoníaca que cubre su rostro. Es una *oni—namahage* antigua, tallada con precisión macabra, de la que emana una presencia casi irreal. No sólo es aterradora, parece viva, hay algo en esa expresión congelada que transmite desesperanza, muerte, y un silencio tan denso que casi se puede tocar con la mirada.

Una parte de ella se pregunta si se está enfrentando a un hombre, o a una maldición con forma humana.

«Tengo que dar más del doscientos por cien o este cabrón me va a partir en dos. Enfrentarme casi en bolas a un tipo con armadura completa es el colmo del absurdo… pero no hay alternativa. Tengo que ir más allá de mis límites, exprimir hasta el último resquicio de mi fuerza, aunque me caiga en el intento.»

{En el palco.}

Yoshiro se pone en pie de un salto en cuanto ve a Valeria acercarse al círculo de combate, levantando los brazos con entusiasmo exagerado, gesticulando como un niño en un parque de atracciones.

-"¡Esto promete! ¡El Samurai Eterno la va a destrozar!", exclama, con una sonrisa que roza lo sádico.

Luego se deja caer entre sus dos acompañantes y pasa un brazo por los hombros de cada una, como si compartieran un momento glorioso.

-"Vamos a presenciar un verdadero espectáculo de sangre, Hiroshi nunca decepciona", añade, relamiéndose casi de gusto.

Las mujeres a su lado le devuelven la sonrisa mecánicamente, pero sus ojos, vidriosos y tensos, no logran ocultar lo que sienten: una mezcla de angustia y repulsión. Ellas conocen el verdadero significado de ese combate: no es una lucha, sino un sacrificio, y esa chica que camina hacia el fuego no es una guerrera… sino una ofrenda a los instintos más oscuros del ser humano.

{En el *dohyō*.}

Valeria y el Samurái Eterno se enfrentan, cara a cara, bajo la luz temblorosa del círculo de fuego. El impasible guerrero se mueve por primera vez desde su llegada, ejecutando una breve inclinación, un *eshaku* sobrio, y luego se prepara para el combate. Con un gesto pulido, adopta la pose del *taito*: la mano derecha firme sobre la empuñadura con la hoja aún envainada, pero lista para ser desatada como un relámpago.

Valeria inclina ligeramente la cabeza, devolviendo el gesto de respeto, y después sus dedos se cierran con determinación sobre su propia katana, preparada.

Un gong retumba en el aire y el público enmudece, hasta que el sonido metálico de ambas hojas al desenvainarse a la vez rasga el silencio como una promesa de sangre.

El Samurái se posiciona con precisión quirúrgica en *chūdan no kamae*: pie izquierdo atrás, talón apenas alzado, las manos formando una V perfecta y la punta de su katana apuntando directamente a la garganta de Valeria.

«Esa me la sé... es lo primero que aprendí sobre kendo al llegar a Japón. La postura del agua: adaptable, equilibrada, ni ofensiva ni defensiva, simplemente... fluida.»

Valeria copia el gesto sin vacilar, su réplica no es simple mimetismo, es una declaración: está aceptando el reto bajo sus reglas.

«Quiere medirme, ha visto algo en mí, no va a cometer el error de subestimarme.»

Ambos avanzan, las espadas se cruzan en un intercambio veloz, relampagueante, y los aceros cantan al chocar, lanzando chispas como si el propio fuego quisiera formar parte del duelo,

terminando cada uno en el lado opuesto del círculo, donde todo parece igual, pero sólo para los ojos inexpertos.

El Samurái baja la espada, relajando los pies, adoptando el *gedan no kamae*: la punta del arma señala el suelo, en apariencia una postura desprotegida.

«Tierra... creo. Nunca supe bien para qué servía, pero parece expuesto… intentaré aprovecharlo.»

Valeria mantiene su posición inicial y luego se lanza al ataque. Sus cortes son veloces, precisos, buscando ángulos de ventaja, pero el samurái, sin inmutarse, desvía cada golpe con movimientos mínimos, usando las placas de su armadura como si fueran un arma más.

Al llegar al lado opuesto, Valeria tropieza, cayendo de rodillas al ceder su pierna izquierda. Un hilo de sangre se desliza por su muslo, surcando su piel hasta gotear al suelo, brotando de un tajo a un palmo sobre su rótula.

«¡Mierda!, no lo vi venir… usó su armadura para abrir mi defensa y coló el golpe sin aparente esfuerzo.»

El samurái cambia de postura de nuevo: adelanta el pie izquierdo, eleva la katana a 45 grados por encima del hombro y el puño derecho alineado con los labios.

«Hassō no kamae... el árbol. Desde ahí puede golpear en cualquier dirección.»

Valeria se pone en pie, dolorida pero firme. Primero adopta *chūdan*, pero luego gira el cuerpo y lleva la espada hacia atrás, alineándola con su pie izquierdo, oculta tras su silueta.

«Haré waki no kamae, ocultar la hoja me da ventaja, no podrá anticipar mi ángulo. Esta postura es el antídoto contra la suya.»

Ambos se lanzan, el choque es brutal: chispas, acero, tensión… y como la vez anterior, al separarse al otro lado del círculo, uno de los filos gotea sangre.

El Samurái Eterno suspira, apenas un leve sonido que se pierde tras la máscara demoníaca y una pequeña sonrisa se dibuja, imperceptible bajo el metal. Valeria lo ha sorprendido y ha logrado alcanzarle, aunque, nuevamente, no es la espada de ella la ensangrentada.

-"Bien hecho", dice por primera vez el samurái en perfecto inglés.

Su voz es grave, firme, sin asomo de arrogancia, mientras sus ojos se desvían hacia las nuevas muescas en la hombrera de su armadura.

Al otro lado del anillo de fuego, Valeria se encuentra arrodillada de nuevo. Esta vez un largo tajo le cruza la espalda de hombro a cadera, abriendo la parte superior de su traje como si fuera un libro rasgado teñido de sangre que resbala por su figura hasta el suelo.

{En el palco.}

Yoshiro se levanta de un salto del sofá y rompe a aplaudir con entusiasmo cuando ve a Valeria caer de rodillas por segunda vez. Un tajo le cruza la espalda de lado a lado, desgarrándole la piel y abriendo por completo la parte posterior de su provocador disfraz, empapándolo de sangre.

-"¡Joder, sí señor! ¡Esto es espectacular!", grita en japonés, con los ojos brillándole de excitación. —"¡Vamos, Samurái Eterno! ¡Destrózala!".

Sin molestarse en esperar respuesta, se deja caer de nuevo sobre el sofá y rodea con los brazos, casi por inercia, a las dos mujeres sentadas a su lado. Ellas ya no fingen interés ni diversión; sus rostros han perdido todo color y el terror se les asoma sin disimulo en los ojos, humedecidos por las lágrimas.

Ajeno, o deliberadamente indiferente, a su angustia, Yoshiro estira el brazo y toma la copa de licor de la mesa auxiliar. Da un largo trago, saboreándolo con calma.

-"La tía esa se mueve bastante mejor de lo que esperaba", comenta con ligereza, como si hablara de un combate deportivo. —"Pero sigue sin ser rival para el Samurái Eterno. Con la katana es insuperable".

Bebe de nuevo, sin reparar en que, a su lado, dos miradas rotas asisten impotentes al espectáculo de brutalidad que él celebra como si fuera una simple diversión.

{En el *dohyō.*}

El samurái no pierde el tiempo, comienza a caminar con lentitud, ceremonioso, dando tiempo a Valeria mientras adopta una nueva postura. Alza la espada por encima de la cabeza, ambos puños firmes, la hoja inclinada a 45 grados y alineada con su brazo izquierdo como si fuera su prolongación.

-"Aún así… no eres rival para mí, prepárate para morir", declara con una calma que hiela el alma.

Valeria se pone en pie, jadeante, pero sin vacilar, a pesar del dolor que la recorre, y se coloca de nuevo en *chūdan no kamae*.

«Él está en Jōdan no kamae… fuego. Una postura agresiva, pura intención de matar, pero mi chūdan me da equilibrio, le enseñaré que confiarse conmigo es un error.»

Intercambian miradas en un segundo eterno, y entonces, se lanzan una vez más.

El choque es un relámpago, el samurái ataca con una ferocidad despiadada, pero Valeria lo esquiva y lo desvía todo, aunque en el intercambio queda desarmada y su katana vuela por los aires, aterrizando en el extremo opuesto del círculo de brasas. A cambio, ella ha logrado alcanzarlo en el hombro derecho, haciéndole sangrar por primera vez y desprendiendo su hombrera, que cae con un golpe seco sobre la arena.

Por un instante parece que todo ha salido bien, pero entonces, cuando parecía que el cruce había finalizado, el frío de la muerte la atraviesa. La hoja del Samurái surge desde su ombligo, teñida de rojo, un movimiento que Valeria no ha visto venir. Tras el intercambio de golpes, al llegar al otro lado, el enemigo la ha rodeado con un giro fluido y la ha ensartado por la espalda, silencioso y rápido, como una sombra.

Con metódica precisión, él desclava la espada, la sacude con un giro para limpiar la sangre, y camina de vuelta a su lugar mientras, a su alrededor, la sala estalla en aplausos.

Valeria cae de rodillas por tercera vez y se lleva la mano al vientre, tosiendo sangre, con el aire pesando cada vez más en sus pulmones, como el plomo.

«Mierda… creo que estoy jodida.»

Todos celebran la victoria del Samurai Eterno, todos… menos uno: Logan permanece inmovil, ajeno al público, mirando a Valeria con los ojos llenos de pesar mientras ella da sus últimas bocanadas de aire.

-"Lo siento, V", susurra, apenas audible, como una oración por su alma lanzada al vacío.

{Dos meses antes, en el laboratorio de los frikis.}

Valeria, Jonathan y Jayden estaban reunidos alrededor de una mesa de laboratorio, iluminados por el suave parpadeo de varias pantallas.

-"Vuestro nuevo compuesto me salvó la vida… o más bien me trajo de entre los muertos", dijo Valeria, con duda en la voz y la mirada perdida por un instante. —"Pero mandé a Rick al hospital… y casi desangro a Jona, es demasiado arriesgado. Sólo deseo matar cuando soy ella".

-"¡Pero es esencial para seguir avanzando!", replicó Jayden, encendiéndose por primera vez en mucho tiempo. —"Con los últimos datos hemos ajustado la fórmula, ahora es más estable, más controlada".

-"Yo sigo confiando en ti, Val", intervino Jonathan con tono sereno. —"Hubo un momento en el que me reconociste, creo que podrías llegar a dominarla".

Valeria negó lentamente con la cabeza.

-"No es tan simple, sigue siendo demasiado peligroso. Vosotros sois lo primero para mí y no pienso poneros en peligro más veces".

Jayden bajó la voz, casi en un susurro.

-"Por favor…".

Valeria se puso de pie, arrastrando la silla.

-"Lo pensaré… pero no prometo nada", dijo al cabo de unos segundos. —"Mañana viajo a Japón, hablaremos cuando regrese".

La acompañaron hasta la salida y se despidieron de ella antes de atravesar la puerta.

-"Cuídate, Val", le dijo Jonathan, mientras la abrazaba con fuerza. —"Vuelve de una pieza".

Ella le devolvió una sonrisa, cálida y sincera, girándose para marcharse. Pero antes de que cruzara el umbral, Aiko apareció apresuradamente, agitando una mano.

-"¡Espera, Valeria! Llévate esto".

Aiko se acercó con una sonrisa y le entregó dos cápsulas diminutas, apenas del tamaño de una pastilla.

-"¿Y esto qué es?, ¿para no marearme en el avión?", preguntó Valeria, arqueando una ceja con aire burlón.

Aiko soltó una carcajada.

-"¡Qué va, tonta! Es un prototipo; una microdosis en gel del nuevo compuesto. Claire y yo lo hemos desarrollado a partir de las últimas muestras obtenidas de tu demonio. Bueno, en realidad… la idea ha sido de Claire, se preocupa mucho por ti".

-"Vaaale… ¿y para qué sirve exactamente?".

-"Pues… para curarte más rápido", explicó Aiko, con una mezcla de entusiasmo y orgullo contenido. —"La idea es que active tus cualidades regenerativas de una zona concreta de tu cuerpo, como cuando eres *ella*… pero sin que te transformes en *ella*… de ahí que deba ser una cantidad mínima, para evitar eso mismo".

Valeria hizo girar las cápsulas en la palma de su mano, observándolas con interés.

-"Interesante…".

-"Eso sí", añadió Aiko, un poco más seria. —"No lo hemos probado, no sabemos si funciona".

Valeria levantó la mirada, decidida.

-"¿Tenéis algo que corte?".

-"¿Te vale esto?", dijo Jayden, sacando un bisturí del bolsillo de su bata.

Valeria lo tomó sin dudar y se hizo un corte limpio en la palma.

-"¡¿Pero qué haces, loca?!", exclamó Aiko, horrorizada.

-"Pues probarlo", respondió Valeria, imperturbable. —"¿Cómo lo aplico?".

-"Rompe la cápsula con los dedos y pon el gel directamente sobre la herida", explicó Aiko.

Valeria siguió las instrucciones, apretó una de las cápsulas y dejó caer el gel sobre el corte abierto. En segundos, la piel comenzó a cerrarse ante sus ojos, hasta desaparecer sin dejar rastro.

-"¡GUAU!", exclamó ella, con los ojos bien abiertos, sonriendo y girando la mano para comprobar que no quedaba ni una cicatriz. —"Pues ya lo sabemos: funciona".

{De vuelta al presente, en el *dohyō*.}

El Samurai Eterno camina lentamente hacia Valeria, que permanece arrodillada, con la sangre deslizándose entre los dedos que presionan su vientre desgarrado. Detiene su avance a escasos centímetros y apoya el frío filo de la katana sobre su nuca.

-"Has luchado bien, has sido una rival digna", murmura con voz grave, reverberante tras la máscara demoníaca. —"Nadie había logrado herirme… hasta ahora. Te concederé una muerte honorable".

Con la solemnidad de un antiguo ritual, el samurai adopta una postura firme: piernas separadas a la altura de los hombros y ambas manos aferradas a la empuñadura de su espada, listo para ejecutar un tajo letal.

-"¿Últimas palabras?", pregunta con teatralidad.

Valeria tose violentamente, tiñendo sus labios de sangre mientras su cuerpo tiembla, sucumbiendo al dolor lentamente. Apenas logra girar la cabeza, y entre jadeos, pronuncia con voz rota:

-"Concédeme un último cruce".

El samurai no responde, el filo se mantiene inmóvil, suspendido sobre su cuello, con la tensión espesándose como el humo en el aire.

Ella cierra los ojos, esperando el golpe final, pero entonces, un sonido metálico delante de ella rompe el silencio. Abre los ojos y ve

el wakizashi del samurai clavado en la tierra, justo frente a ella.

-"Muy bien", dice él, bajando la katana y dándose media vuelta. —"Levántate, pelea una última vez".

Mientras se aleja, Valeria aprovecha para subirse la falda con disimulo y deslizar los dedos bajo la tela, rasgando una costura improvisada en su ropa interior para extraer con esfuerzo la cápsula de Claire que Aiko le entregó.

Rompe la pequeña cápsula y aplica el gel sobre ambos extremos de la herida. El efecto no se hace esperar y la piel comienza a cerrarse lentamente, aunque no del todo: el tajo es profundo y la dosis insuficiente, aunque al menos logra detener la hemorragia.

«Con esto podré aguantar, pero todavía tengo que ganar el combate.»

El Samurai Eterno ya la espera en *jōdan no kamae*, con la punta de su katana elevada apuntando al cielo. Valeria, todavía tambaleante, toma posición en *chūdan no kamae,* con la espada frente a ella y la mirada encendida.

-"Demuestras una resistencia sin igual, eres una gran guerrera", dice él, sin moverse. —"Pero… ¿usarás la misma estrategia?; será tu perdición".

-"Logré herirte… ¿n0 es así?", responde ella, desafiante. —"Entonces déjame morir como yo quiera".

El samurai asiente con respeto.

-"Como desees… *fumeiyo yori mo shi o"*. *(La muerte antes que el deshonor)*.

Con esas últimas palabras del *bushidō*, el Samurai Eterno se lanza hacia ella con la katana alzada, como un relámpago de acero dispuesto a dar su última estocada. Pero justo cuando los aceros están a punto de cruzarse, algo se enreda en su máscara, cegándolo por completo.

Valeria ha arrancado su falda de un tirón y se la ha lanzado al rostro, provocando una distracción crucial. En ese instante de confusión, se desliza hacia su flanco desprotegido y hunde el wakizashi hasta la empuñadura, atravesando su hombro desprovisto de hombrera en una diagonal perfecta que penetra hasta el corazón.

El silencio se apodera de la arena. Los asistentes no entienden qué ha pasado, hasta que el Samurai Eterno da un paso en falso, se tambalea… y cae de espaldas con un estruendo metálico, como si la propia tierra se lo tragara, reclamando cuerpo y alma a la vez.

Valeria, jadeando, apoya ambas manos ensangrentadas sobre su abdomen y se deja caer al suelo, quedando tumbada boca arriba, totalmente exhausta.

-"Yo también sé usar mi… *armadura*", murmura con media sonrisa.

{En el palco.}

Esta vez son las acompañantes de Yoshiro las que se levantan de inmediato al ver al samurái desplomarse, aplaudiendo entre gritos de euforia. Su celebración no nace únicamente de la victoria, sino de una sororidad profunda y visceral: la de quien reconoce en la otra a una igual, a una mujer a la que intentaron reducir a carne de espectáculo, a un sacrificio destinado a satisfacer el disfrute cruel de los hombres. Celebrar es, para ellas, un acto de reivindicación, una negación frontal de ese destino impuesto.

Yoshiro, como el resto del público, tarda más en reaccionar, el silencio se apodera de la sala por un instante largo como un latido detenido, nadie entiende del todo lo que ha ocurrido. El legendario Samurai Eterno yace en el suelo, muerto, mientras la que debía ser su víctima todavía se sostiene por apenas un hilo, pero viva.

Entonces, lentamente, un primer aplauso resuena, luego otro, y otro más, hasta que una ovación ensordece el recinto, creciendo como una marea incontenible, mientras una única palabra comienza a abrirse paso entre las gargantas de los espectadores:

-"¡Vicéfalo! ¡Vicéfalo! ¡Vicéfalo!".

En medio del estruendo, Logan permanece inmóvil, sus puños tiemblan, cerrados a los costados, y su mirada no se aparta de Valeria, que apenas logra mantenerse consciente mientras es cargada en una camilla. La observa desaparecer entre las sombras del pasillo, maltrecha… pero victoriosa.

Una punzada de orgullo le atraviesa el pecho, de alivio… de auténtico respeto. Sus ojos, enrojecidos por la tensión, brillan con una emoción que no se molesta en disimular.

-"¡La hostia, V!", murmura, con un nudo en la garganta. —"Lo hiciste… ahora me toca a mí".

El nombre de *Vicéfalo* continúa rugiendo entre las paredes, como un eco que se niega a apagarse, pero Logan no espera a que se calme, se da media vuelta y avanza hacia otra puerta, con la mandíbula tensa y los pasos decididos. Porque ahora, sabe que tiene una deuda que saldar y una promesa que cumplir.

{Varios días después.}

Valeria se encuentra comiendo en un restaurante de la primera planta del mismo edificio, luciendo un kimono floral ligero que deja entrever su pierna izquierda, vendada a la altura del corte, entre los pliegues de la falda. Sorbe su ramen del cuenco con entusiasmo, y mientras lucha con un largo fideo que parece decidido a resistirse hasta el final, alguien toma asiento frente a ella.

-"¿Cómo demonios comen con estos palillos?", masculla, concentrada en su batalla culinaria.

-"Ejem, ejem", carraspea la persona al otro lado de la mesa.

Valeria alza la mirada con desgana y sus ojos se encuentran con los de Katsumoto Kai, que la observa con su típica expresión imperturbable. A su espalda, dos guardaespaldas trajeados vigilan con la solemnidad de estatuas y katanas al cinto, y más atrás, Logan asoma con una media sonrisa y le lanza un saludo discreto.

-"Enhorabuena, V, nos has impresionado", dice Katsumoto con un marcado acento japonés, sin adornos ni emoción innecesaria.

Valeria responde llevándose otro manojo de fideos a la boca sin pronunciar palabra.

-"El señor Hiroshi quiere verte".

Ella no se inmuta. En su lugar, alza el tazón con ambas manos y sorbe sonoramente el caldo hasta vaciarlo, luego lo deja sobre la mesa con un sonoro *clac*.

-"¡Buenísimo!", exclama satisfecha. —"Pero lo de los palillos no lo veo".

Katsumoto entrecierra los ojos, sin decidir si está irritado o simplemente resignado ante su actitud.

-"Pasaré por alto tu insolencia", dice mientras se incorpora con la dignidad de un general. —"Acompáñame".

Valeria se pone en pie y uno de los guardaespaldas la somete a un cacheo exhaustivo, insistente, recorriéndola con una minuciosidad humillante. Sus manos exploran cada rincón sin pudor, incluso demasiado abajo, como si cualquier parte de su cuerpo pudiera ocultar un arma.

-"Te has dejado la vagina", escupe ella con ironía amarga, lanzándole una mirada cargada de desprecio al hombre que la manosea.

-"Toda precaución es poca", interviene Katsumoto con tono solemne, como si aquella invasión fuera un trámite inevitable.

El guardaespaldas responde con una mirada fría antes de empujarla para que avance, sin dignarse a decir una palabra. La escoltan junto a Katsumoto y Logan hasta el ascensor principal, una cabina metálica que se abre ante ellos, descomunal, lo bastante amplia como para albergar a una veintena de personas.

Una vez dentro, los escoltas sacan sendas llaves plateadas y las insertan al unísono en cerraduras opuestas, y al girarlas simultáneamente, Katsumoto presiona un botón sin marcas. La cabina se sacude apenas y comienza a ascender a gran velocidad, silenciosa, hasta detenerse en un piso que no figura en ninguna pantalla.

El ascenso, como todo lo importante en ese edificio, no es sólo físico, es simbólico, en la Yakuza nada queda al azar.

Las puertas se abren con un susurro metálico y revelan un largo y ancho pasillo flanqueado por maniquíes ataviados con armaduras samurái, inmóviles, como centinelas antiguos, guardianes de un legado que se resiste a desaparecer.

Valeria y el grupo caminan entre ellos con paso contenido, mientras las máscaras demoníacas de los yelmos parecen observarlos, escrutando cada movimiento con silenciosa amenaza.

-"Déjame hablar a mí e intenta comportarte", murmura Logan junto a Valeria, apenas moviendo los labios. —"Yo cerraré el trato... y te prometo que saldrás de aquí con la vida resuelta".

-"Descuida", responde ella con una sonrisa ladeada y un guiño.

Al final del corredor, un enorme *torii* rojo se alza majestuoso, enmarcando una puerta de dos hojas de madera tallada. Los guardaespaldas de Katsumoto la empujan con solemnidad, abriéndola con un leve crujido y cediéndoles el paso.

La sala que se despliega al otro lado es amplia, de estética minimalista y exquisitamente detallada, donde el aire está impregnado del dulce aroma del incienso, que se enrosca en volutas invisibles por el espacio.

En uno de los laterales, un *tokonoma* ornamentado captura la atención de Valeria: en él se exhiben katanas antiguas y armaduras originales de célebres guerreros del pasado, con cada pieza dispuesta estratégicamente con reverencia, como si aún conservara el espíritu de su portador.

Pero no hay tiempo para admirar reliquias, pues el centro de la estancia reclama su atención con fuerza propia. Allí, sobre un lecho de cojines dispuestos en torno a una plataforma baja, un hombre reposa con la comodidad de quien ya no necesita impresionar a nadie, mientras varias *geishas* lo rodean, entreteniéndolo con danzas lentas y gestos delicados que parecen suspendidos en el tiempo.

Al notar la presencia del grupo, el hombre alza una mano y las geishas se detienen de inmediato, como si el tiempo obedeciera su voluntad, luego, él se incorpora con calma, recoge con parsimonia los pliegues de su kimono de seda blanca y camina hacia ellos.

Valeria contiene una risa mal disimulada al ver al hombre que se acerca.

-"Vaya… es muy bajito", murmura al oído de Logan. —"Me lo imaginaba más imponente".

-"Cierra la boca o harás que nos maten", le responde él entre dientes, dándole un codazo disimulado.

-“これは侍を倒した戦士だ”, anuncia Katsumoto con una reverencia impecable.

Logan se adelanta de inmediato e inclina el cuerpo en una reverencia *saikeirei*, tan profunda como le permiten sus nervios.

-“Mi señor Hiroshi, es un honor que nos haya concedido esta audien…”.

Pero Hiroshi levanta una mano, deteniéndolo sin siquiera mirarlo, sus ojos, pequeños pero afilados, están clavados en Valeria. Se acerca hasta quedar a apenas un metro de ella, quedando su mirada a la altura del pecho de ella, debido a la diferencia de altura, lo que a él no parece importarle.

-“服を脱ぐ”, ordena con voz seca.

-“¿Qué coño ha dicho?”, pregunta ella, girando la cabeza hacia los demás.

-“Quiere que te quites el kimono”, traduce Katsumoto.

Valeria levanta una ceja y lanza una mirada inquisitiva a Logan, que sólo se encoge de hombros con impotencia, luego, se vuelve de nuevo hacia Hiroshi, que sigue observándola con una mezcla de expectativa y codicia.

-“急いで”, dice Hiroshi, haciendo un gesto de impaciencia con la mano.

-“Espabila”, añade Katsumoto, cortante.

-“Vale, vale…”, resopla ella, desatándose con desgana la cinta de la cintura.

El kimono se desliza por sus hombros y cae al suelo revelando su cuerpo, únicamente cubierto por la prenda interior inferior y los vendajes, espesándose el ambiente de repente.

Hiroshi da un paso más y, sin previo aviso, arranca de un tirón el esparadrapo y las gasas que cubren su abdomen. Valeria da un respingo y emite un leve quejido de dolor, pero Hiroshi la ignora, examinando la herida de la katana con evidente sorpresa.

-“あなたは死んでいるはずだ”, dice, mientras desliza los dedos por los puntos, como si inspeccionara una pieza de arte dañada. —“魅力的な”.

-"Quiere saber cómo es posible que sigas viva", traduce Katsumoto.

Valeria se encoge de hombros, intentando mantener el tipo.

-"Supongo que tengo una flor en el culo", responde con sarcasmo.

Katsumoto traduce y Hiroshi estalla en una carcajada seca, breve, como un graznido.

-"私は彼が好きだ、彼は良い遺伝子を持っていて強い", dice, señalando a un futón cercano. —"横になって足を広げる".

Valeria lo mira, elevando la ceja con confusión.

-"Quiere que te quites las bragas, te tumbes allí y abras las piernas", dice Katsumoto sin pestañear. —"Desea tomarte".

-"¡¿Qué?!", gruñe Valeria, dando un paso atrás. —"Ni hablar, no soy ninguna puta".

-"私はあなたに私の種を運ぶ栄誉を与えよう".

-"Dice que te honrará con su semilla", traduce Katsumoto. —"Te considera digna de llevar su descendencia por ser fuerte y poderosa. Un auténtico privilegio".

-"Y una puta mierda", escupe ella.

Antes de que diga nada más, Hiroshi le lanza un puñetazo directo al abdomen, justo en la herida. Valeria se dobla de dolor, y seguidamente, él la abofetea repetidamente hasta que la doblega a base de tortazos, con la rabia de quien no tolera ser contrariado. Finalmente, la obliga a arrodillarse, bajándole la vista hacia el suelo por la fuerza, agarrándola del cabello y empujándole la cabeza con desprecio.

-"¡従わなければ死ぬ!", gruñe, con los dientes apretados.

-"Lo que te concede es un gran honor", insiste Katsumoto, elevando la voz. —"A pesar de ser una *gaijin*, te ha elegido para mezclar vuestra sangre. Deberías sentirte agradecida. Negarse es morir".

Logan da un paso al frente, impotente, con los puños cerrados y los ojos cargados de tensión.

-"Lo siento, V", murmura. —"No tenemos elección".

Hiroshi, cegado por la impaciencia, le tira del cabello con violencia, arrastrándola hasta el futón como si fuera un trofeo, despojándose del kimono con movimientos torpes y los ojos encendidos de deseo enfermizo. Sin una palabra, arranca la tela que aún la cubre con un gesto brutal y se abalanza sobre ella, dispuesto a imponer su voluntad.

Logan aparta la mirada, asqueado, incapaz de soportar lo que está a punto de ocurrir, mientras Hiroshi se desliza entre las piernas de Valeria como un animal rabioso, clavando los dedos en su piel con la avidez de un depredador a punto de devorar a su presa.

Ella no se mueve, su cuerpo permanece inmóvil, rendido... o eso parece.

Hiroshi se acerca lo suficiente como para olerla y la penetra sin compasión, sintiendo la satisfacción de su cálido interior envolviéndole, creyéndose dueño de su victoria, pero es justo en ese momento cuando Valeria actúa. Sus piernas se cierran de golpe a su alrededor, como un cepo implacable, atrapándolo sin escape y atrayéndolo en un sólo movimiento fluido. Y con la precisión de alguien que ha entrenado para ser letal, le rodea la cabeza con las manos cambiadas y la gira con fuerza y técnica.

El crujido del cuello al partirse retumba en la estancia como un trueno sofocado, un eco mortal que lo congela todo por un instante. Luego, silencio... hasta que el sibilante desliz de las katanas desenvainando rompe el aire como una cuchilla invisible.

El primer guardaespaldas se lanza sobre Valeria, espada en alto, pero el cuerpo inerte de su señor lo detiene en pleno impulso: ella lo ha arrojado como un proyectil con la fuerza de sus piernas, golpeándolo de frente como si fuera una catapulta humana.

El segundo ataca de inmediato, con una estocada letal dirigida al cuello de Valeria, que aún está tumbada, pero ella consigue deslizarse bajo el filo, ágil como una sombra, por lo que la katana rasga el futón en lugar de su piel, esparciendo nubes de algodón.

Antes de que el agresor recupere la postura, Valeria lo atrapa por los antebrazos, eleva la rodilla y golpea sus codos desde abajo. La katana escapa de sus manos y ella la agarra antes de que toque

el suelo, girándola y hundiéndola en el torso del hombre en la misma maniobra, atravesándolo por completo.

-"Gracias por el arma…", se burla ella mientras la extrae de su cuerpo. —"Cacheate tú la próxima vez".

El primer guardaespaldas, que se quita a su señor de encima, se levanta e intenta atacar una vez más, pero se encuentra de frente con el filo recién adquirido de Valeria, que desvía su golpe y se lo devuelve con una estocada precisa al cuello, que lo atraviesa de lado a lado, segando su vida al instante.

Entonces, Katsumoto, que ha tomado una de las katanas ceremoniales del *tokonoma*, carga contra ella como un relámpago furioso y los ojos encendidos de rabia. El acero ancestral silba en el aire y va directo a alcanzarla, sin embargo, Valeria, en lugar de retroceder, agarra la empuñadura de la espada aún clavada en el cuello del guardaespaldas y la alza, moviendo junto a ella el cuerpo inerte como un escudo humano improvisado. El golpe de Katsumoto desciende con brutalidad, parte el cráneo del cadáver como si fuera de papel y su hoja se choca contra la de Valeria, atrapadas ambas entre carne, hueso y sesos.

Con un grito de esfuerzo, Valeria empuja con violencia, deslizando su hoja bajo la de Katsumoto, cortando lo que resta del cuello del muerto y prolongando el movimiento más allá de su prisión sangrienta. El filo recorre un trayecto letal que culmina en el vientre del veterano samurái, justo bajo su guardia, abriéndole la carne.

Katsumoto retrocede, jadeante, herido pero no vencido. Se yergue con esfuerzo y alza su katana en *jōdan no kamae*, respira hondo, ignorando el dolor, y se lanza de nuevo con un rugido de rabia.

Valeria lo imita, adoptando la misma postura, con sus pies firmes en el suelo, su mirada encendida y su respiración controlada, sin pensar, sólo recordando lo sufrido en el *dohyō*.

Los aceros se cruzan una y otra vez, ráfagas de metal que Logan no es capaz de seguir, observando desde un rincón de la sala, donde contempla la escena sin moverse, superado por la escena.

El duelo parece igualado hasta que Katsumoto logra colarse por su guardia, cortándole el hombro a Valeria, que se tambalea, con el mundo girando a su alrededor mientras trastabilla.

Katsumoto cambia de posición al momento y se lanza para rematarla… pero ella no cae, aprovechando su propio tropiezo, gira con el impulso, rueda por el suelo esquivando la estocada y se desliza a su retaguardia.

En un movimiento final, se alza de un salto y lanza una estocada horizontal en pleno vuelo con toda la fuerza que es capaz, alcanzándole en el cuello desprotegido con un corte limpio.

Cuando sus pies vuelven a tocar el suelo, tropieza y cae de espaldas, a la vez que frente a ella, la cabeza de Katsumoto rueda entre los cojines, dejando tras de sí un torrente oscuro que mancha la tradición con la sangre del poder.

Valeria se incorpora con rapidez y gira hacia las mujeres, que retroceden sobresaltadas al verla acercarse, alzando los brazos con miedo y suplicando con la mirada por sus vidas.

-"¡Fuera de aquí!", grita ella, señalando con firmeza hacia la salida. —"¡Largo, ya!".

Aunque no entienden el idioma, el tono y el gesto son claros: todas echan a correr sin dudar, descalzas y temblorosas, desapareciendo entre las sombras del pasillo.

Con los cuerpos aún tibios a su alrededor y el suelo convertido en un lago carmesí, Logan parece despertar al fin del trance y se pone en pie lentamente, llevándose las manos a la cabeza con los ojos desorbitados.

-"¡Estás loca!", exclama con la voz quebrada, entre la impotencia y el miedo. —"¡¿Qué cojones has hecho?! Sólo tenías que dejar que te echara un polvo, no era tan difícil. En Detroit lo hacías constantemente por un mísero chute".

Valeria no vacila, le cruza la cara con una bofetada que le hace girar la cabeza y luego lo agarra por los hombros, sacudiéndole.

-"No era un polvo, Logan, era una violación", le espeta con dureza. —"Ya estoy harta de ser el objeto sexual de todos, no vuelvas a decir semejante estupidez".

Logan se queda mudo, tragando saliva, intentando estabilizar su respiración mientras observaba los cadáveres esparcidos por la sala, incapaz de contener su desesperación.

-"No vamos a salir vivos de aquí", murmura, casi implorando una solución que no ve. —"Nos desmembrarán y colgarán nuestras cabezas en la entrada. ¿Acaso te has fijado en que sólo hay una maldita salida?".

-"Tiene que haber otra salida", responde ella, decidida.

Se lleva una mano a uno de sus pendientes y lo aprieta con fuerza, quebrándolo, gesto que Logan no llega a comprender.

-"Dudo mucho que un ególatra como este se encerrara en una habitación sin escapatoria, sin tener un plan de huida ante posibles imprevistos", dice mientras recoge su kimono y se cubre.

Sin esperar respuesta, Valeria corre hacia el *tokonoma*. Sus manos recorren cada superficie, cada ranura, cada adorno, palpando con rapidez, en busca de un mecanismo oculto, una cerradura secreta… cualquier pista que revele una salida escondida entre la tradición y la muerte.

-"¡Ya vienen!, ¡el ascensor se está abriendo!", grita Logan desde la puerta, cada vez más desesperado.

-"Lo sabía…", masculla Valeria, pulsando un botón oculto bajo la hombrera de una de las armaduras.

Seguidamente, un chasquido mecánico retumba tras la pared y el *yoroi* comienza a deslizarse lentamente, revelando una puerta camuflada que da acceso a unas angostas escaleras metálicas de caracol.

-"¡Vamos!", ordena Valeria, internándose sin dudar.

Suben a toda prisa. Valeria se mueve con agilidad felina entre los estrechos peldaños, pero Logan, más voluminoso, torpe y jadeante, se queda atrás, tropezando más de una vez, obligándola a retroceder para ayudarlo.

Desde abajo, el estruendo de botas retumba como una manada en estampida. Varios enemigos aparecen en la base de la escalera y abren fuego hacia arriba, levantando chispas a cada

disparo, produciendo un eco ensordecedor que rebota por el hueco de la escalera como un trueno enjaulado.

Por pura suerte o destino, ninguna bala les alcanza y finalmente emergen en la parte superior, donde una trampilla da acceso a la azotea. Ante ellos, un vasto helipuerto se extiende sobre los rascacielos de Tokio, con la ciudad brillando abajo en un mar de luces infinitas, imponente y ajena al caos desatado en las alturas.

Corren hacia una puerta al otro extremo, pero cuando están a punto de alcanzarla, esta se abre de golpe, surgiendo de ella dos hombres armados con el arma en ristre. Aprovechando la carrera e impulsada por la velocidad, Valeria atraviesa al primero con su katana y, en el mismo movimiento, le arrebata el arma al segundo y lo abate con un disparo certero, antes de que él siquiera apunte.

Pero no hay respiro, también desde esas otras escaleras resuenan más pisadas: vienen más enemigos, muchos más.

-"¡Estamos jodidos!, ¡no hay escapatoria!", grita Logan, arrojándose tras un enorme motor del sistema de ventilación en uno de los extremos.

Valeria lo sigue de un salto justo cuando la azotea se inunda de enemigos que brotan como una ola por ambas salidas, un auténtico torrente de hombres que los rodea como una marea de uniformes negros.

Ella dispara desde su cobertura, abatiendo a otro y obligando al resto a buscar protección, pero la respuesta no se hace esperar: una lluvia de fuego se precipita sobre ellos, rugiendo como un huracán de plomo mientras los proyectiles revientan contra el metal, arrancando chispas y sacudiendo el aire.

Los enemigos avanzan con disciplina quirúrgica, disparando y flanqueándolos sin pausa, cubriéndose con precisión, cercándolos cada vez más. Cuando Valeria apunta hacia un flanco, los del otro lado ganan terreno, y cuando se oculta, cambian de posición como piezas de ajedrez en un jaque inevitable.

El cargador se está agotando y el aliento se acorta, no hay forma de huir ni de buscar nueva cobertura, el final es cuestión de tiempo, y es escaso.

-"Nunca pensé que diría esto…", murmura Logan entre jadeos, encogido tras el motor. —"Pero estos dos meses contigo han sido los más emocionantes de mi vida, y si tengo que morir, es un honor hacerlo aquí, contigo".

Valeria no lo mira, únicamente se asoma y dispara una vez más, haciendo caer a otro enemigo. Pero las balas contrarias la obligan a cubrirse de nuevo, aunque su implacable mirada sigue fija en el frente, controlando sus movimientos por instinto.

-"Aún no estamos muertos", responde finalmente, con voz firme y sin parpadear. —"Mientras me quede aliento, no pienso rendirme".

Los enemigos son demasiados y están a punto de rebasar su posición cuando una silueta recortada contra el cielo estrellado irrumpe en escena, atrayendo la atención de todos. El rugido creciente de las aspas cortando el aire suena como una amenaza, es un helicóptero MH—6 Little Bird negro, artillado, que se desliza entre los rascacielos como un depredador nocturno, con dos ametralladoras gatling rotatorias en los laterales que giran a toda velocidad, listas para liberar su munición devastadora.

Antes de que nadie pueda reaccionar, el helicóptero maniobra, se posiciona con precisión y abre fuego. Las miniguns rugen al unísono, liberando una ráfaga abrasadora que convierte la azotea en un infierno, multitud de proyectiles trazadores atraviesan carne y acero, despedazan coberturas, rompen huesos y desgarran todo a su paso como si fuera papel mojado.

Mientras los enemigos caen o huyen despavoridos, tratando de encontrar protección entre los restos calcinados, el Little Bird desciende con rapidez hacia Valeria y Logan, bajando justo lo suficiente para una extracción.

-"¡Rápido, subid!", grita William desde el interior, asomándose apenas lo necesario para disparar con un M4, cubriéndolos mientras suben.

Valeria salta y se agarra al helicóptero, extendiendo la mano hacia Logan, que se queda paralizado un instante, desconcertado.

-"¿Qué cojones es esto?, ¿¡contabas con un helicóptero!?", gruñe con desconfianza. —"¿Quién demonios eres?".

-"¿Prefieres quedarte a morir o subir?", replica ella, estirándose aún más. —"¡Dame la mano, joder!".

Las balas comienzan a impactar contra el fuselaje, haciendo vibrar el metal, mientras más enemigos irrumpen en la azotea. William responde con ráfagas certeras para obligarlos a parapetarse, a la vez que el helicóptero gira levemente para protegerse.

-"¡No hay tiempo para charlas, tenemos que irnos ya!", grita William.

-"Te lo explicaré todo, pero tienes que subir, ¡ahora!".

Él la mira durante un segundo eterno, entre la rabia y la resignación, luego aprieta los dientes, agarra su mano con fuerza y salta.

-"Confiaba en ti…", musita mientras se deja arrastrar al interior.

Con todos a bordo, el Little Bird se eleva sin demora, alejándose velozmente mientras los enemigos se multiplican abajo, disparando en vano hacia el cielo. Desde las alturas, Tokio se despliega debajo como un tapiz de luces indiferentes, completamente ajena a la batalla librada sobre sus tejados.

Ya lejos del peligro, con el helicóptero surcando el cielo y la ciudad reduciéndose en la distancia, William le hace un gesto a Valeria para que se ponga los cascos de comunicación.

-"Este no tiene cara Hiroshi", dice William en cuanto ella está conectada.

Valeria se rasca la cabeza con gesto culpable y desvía la mirada hacia el lateral, evitando los ojos inquisitivos de William.

-"Me lo he cargado", confiesa, sin rodeos.

-"Joder, Valeria, la misión era capturarlo con vida", replica William. —"Necesitábamos interrogarlo".

Valeria gira la cabeza para mirarlo y levanta las manos en señal de defensa.

-"¡Se lo merecía!".

William la observa con desaprobación, pero antes de que pueda replicar, Logan, que también se ha puesto unos cascos,

irrumpe con la voz cargada de tensión.

-"¿Quién coño sois?", pregunta, mirando hacia ella.

Valeria se encoge ligeramente de hombros, como una niña pillada en una mentira.

-"Él es de la CIA", dice, señalando a William. —"Y yo… estaba haciendo este trabajito para ellos".

-"Yo te considero de los nuestros", añade William con media sonrisa.

-"Eso aún está por ver", replica ella, mirándole de reojo.

Logan abre los ojos con una mezcla de decepción y rabia.

-"Puta mentirosa de mierda… confiaba en ti".

Valeria suspira y se cruza de brazos.

-"Nunca te he mentido, Logan, siempre me he mostrado tal y como soy. Sólo he omitido mi verdadero plan".

Logan escupe a sus pies.

-"Zorra embustera", la insulta con desdén.

Ella se acerca y le pone las manos en los hombros.

-"Escucha… en este tiempo me has tratado con respeto y te has portado bien conmigo, eso lo valoro".

Logan le aparta las manos con brusquedad, fingiendo un desprecio que no consigue sostener.

-"Me empezabas a gustar, joder, pensé que estábamos empezando a ser amigos, hacemos buen equipo. Pero no, todo era mentira, me usaste como a un trapo".

Valeria le agarra con firmeza de los hombros de nuevo y le obliga a mirarla a los ojos, sujetándole la barbilla.

-"No me vengas con eso, Logan, tú me trataste peor que una mierda en Detroit, me hiciste sentir como auténtica basura".

Él no responde.

-"Te perdono por aquello", añade, clavándole la mirada. —"Me has demostrado verdadero arrepentimiento, te has ganado mi respeto y absolutamente nada de lo que he sentido aquí ha sido fingido".

Los ojos de Logan se humedecen.

-"Pero…".

-"¡Pero nada!", le interrumpe ella con firmeza. —"Hiroshi era el principal responsable de toda una red internacional de tráfico de chicas menores que subastaban como si fueran meros trofeos. No me iba a quedar de brazos cruzados sabiéndolo".

Logan la mira, incrédulo.

-"¿¡Chicas!? No tenía ni idea, lo juro, yo sólo organizo peleas clandestinas".

-"Sí, ya lo sé, no voy a por ti. Pero hace tiempo le jodí a Katsumoto una operación en Chicago, y de paso, también reventé la infiltración de la CIA", dice, mirando a William de reojo. —"Cuando nos reencontramos en medio de tu reunión con el japo y descubrí que le gustaban las peleas, vi la oportunidad perfecta para acabar con su red. Aunque necesitaba el respaldo de la agencia y tus contactos para lograrlo".

Logan guarda silencio mientras su expresión se suaviza, con el nudo de la traición en su garganta empezando a deshacerse.

-"Vale… entiendo tus motivos, actuaste con nobleza, pero aún así… me siento traicionado".

Valeria le da una palmada en la espalda.

-"¡Ya se te pasará!", dice, tendiéndole la mano. —"¿Colegas?".

Logan la observa un largo segundo, luego, esboza una sonrisa.

-"No puedo decirle que no a esos ojazos verdes".

Se estrechan la mano con fuerza y Valeria le dedica una sonrisa sincera, quizás en medio de la muerte y el caos, los nuevos lazos parecen haber sobrevivido.

El helicóptero aterriza en un pequeño aeródromo enclavado entre las montañas. Allí espera un jet Challenger 300, preparado para despegar en cuanto reciba la orden.

Nada más tocar tierra, una ambulancia se acerca al Little Bird y un par de sanitarios atienden a Valeria: le limpian el corte del hombro, retiran los apósitos empapados y colocan otros nuevos con ahínco.

-"Te he preparado ropa limpia en el avión", dice William, acercándose mientras la curan.

Valeria asiente en silencio.

-"¿Y yo qué?", pregunta Logan, alzando una ceja.

-"Puedes descansar aquí lo que necesites, después te facilitaremos un vehículo para que vayas al aeropuerto. Desde allí podrás regresar a Estados Unidos".

Logan frunce el ceño, cruzándose de brazos.

-"¿No puedo subir a ese avión?", pregunta, señalando el jet con gesto ofendido.

-"No", responde William, tajante. —"Ese avión es sólo para personal autorizado, y tú no lo eres".

-"Vamos, Will…", interviene Valeria desde la ambulancia, sentada en el borde de la puerta trasera. —"Tiene espacio de sobra, y Logan os vendría bien en la agencia. Conoce a toda la escoria del submundo: mafiosos, traficantes... tiene contactos en todos lados, incluso, fuera de las fronteras, como ha demostrado".

Logan se gira hacia ella, levantando una ceja.

-"¿Y quién te ha dicho que quiero colaborar con la CIA?".

-"Lo digo yo", responde Valeria con una sonrisa traviesa. —"Te pierde el dinero, es cierto, pero he comprobado que en el fondo no eres un capullo del todo, tienes cierto… corazoncito".

Ella se incorpora y camina hacia él, sin apartar los ojos de los suyos, y cuando están frente a frente, posa una mano en su hombro.

-"Podrás seguir con tus negocios mientras ellos te protegen de la Yakuza, y de paso, haces algo bueno proporcionando información del resto de mafias. ¿Qué me dices?".

Logan guarda silencio con la mirada fija en ella.

-"¿Es posible?", pregunta Valeria, girándose hacia William.

-"Sí", responde él tras una breve pausa. —"Lo hablaré con mi supervisor, podríamos integrarlo como colaborador externo, pero igualmente no puede venir con nosotros en el jet. Tendrá que regresar por su cuenta, aunque le asignaré un equipo de protección hasta que esté a salvo".

Valeria vuelve a mirar a Logan.

-"Bueno… algo es algo".

Logan niega con la cabeza, medio sonriendo.

-"Maldita seas, V, esos ojos… ¿de donde coño has salido?".

Ella suelta una carcajada.

-"No puedo decirte que no, y eso es lo que más me jode…", continúa él, resignado. —"Pero sí, me parece una buena idea. Acepto".

-"Sabía que podía contar contigo", dice Valeria, rodeándolo de repente con los brazos.

Logan, sorprendido por el inesperado gesto, tarda un segundo en reaccionar, pero finalmente la rodea por la cintura y le devuelve el abrazo.

-"Señor, debemos partir ya, una tormenta se aproxima", dice un hombre uniformado desde la escalerilla del jet.

-"Entendido, enseguida subimos", responde William. Luego, hace una seña a otro agente cercano. —"Procúrale escolta a este hombre hasta que llegue a Estados Unidos".

-"A la órden, jefe", responde el agente, asintiendo con firmeza.

Valeria y Logan se separan con lentitud, como si no quisieran dejar atrás todas las horas juntos de las últimas semanas.

-"Buena suerte, capullo", dice ella con una sonrisa ladeada.

-"Espero volver a verte, bruja", responde él sin perder la sonrisa.

Valeria asiente, sonriente, le lanza un guiño y sube la escalerilla del jet, girándose levemente justo en el umbral, mientras Logan la observa hasta que su figura desaparece en el interior del avión.

El jet despega y se eleva hasta perderse en el horizonte. Una vez el vuelo se ha estabilizado y el comandante informa de que pueden quitarse los cinturones, Valeria no pierde tiempo: se inclina sobre el minibar, saca una botella de vino tinto y se sirve una copa con la calma de quien ha sobrevivido al infierno.

-"Buen trabajo en Tokio", comenta William, tomando asiento frente a ella. Su tono es cordial, pero hay cierta tensión bajo la superficie. —"Aunque a mis superiores no les va a gustar nada que mataras a Hiroshi".

Valeria hace girar el vino en la copa, observando el vaivén del líquido con la tranquilidad de quien sabe que ha hecho las cosas bien.

-"Que le den a tus superiores", responde, antes de inhalar el aroma del vino, entrecerrando los ojos. —"Iba a violarme, Will, ni de coña iba a dejar que ese hijo de puta me la metiera… aunque un poco si lo hizo…", dice, levantando una ceja.

-"Estoy contigo, Valeria", asiente él con firmeza. —"Pero aunque Hiroshi y Katsumoto fueran piezas clave y ya no estén, la red seguirá funcionando, pues mueve demasiado dinero. Por eso lo queríamos vivo… para sacarle toda la información y eliminar la organización de raíz".

Valeria le da un trago largo a la copa.

-"¿De verdad crees que podrías sacarle información útil a un psicópata ególatra con complejo de dios?".

-"Tenemos métodos para eso", dice William, sin demasiada convicción. —"Aunque no habría sido nada fácil, lo admito".

Ella se levanta, toma otra copa del compartimento, la llena generosamente y la deja frente a él.

-"Cógela, vamos a brindar", dice, sentándose sobre el reposabrazos, junto a él. —"¡Por nosotros!".

William la observa con una mezcla de incredulidad y admiración. Al final, sonríe, toma la copa y la choca con la de ella.

-"¡Por ti! Qué demonios... has hecho un trabajo impecable, te infiltraste en tiempo récord. Yo ni me había acercado en todo un año con Anthony".

-"Las tetas me dan ventaja", bromea.

Valeria termina su copa de un trago y la deja con suavidad sobre la mesa, acariciando lentamente los bordes de su kimono, con un gesto sugerente y la mirada encendida por un brillo travieso.

-"Te voy a hacer un regalo", murmura con una sonrisa pícara.

William la observa con atención, siguiendo el lento recorrido de sus dedos.

-"Podrías quitarte ya ese kimono, está hecho un asco, la ropa limpia está en el baño", sugiere.

Ella no responde, sigue deslizando los dedos por las costuras, palpando con cuidado hasta encontrar un pequeño bulto, prácticamente imperceptible. Entonces, tira de él con fuerza y rasga la tela, concentrada en la tarea.

-"¿Puedo saber qué estás haciendo?", pregunta William, confundido, con una mezcla de inquietud y fascinación.

-"Shhh", le silencia ella, posando un dedo en sus labios.

De la abertura en la tela extrae un diminuto objeto y lo deposita sobre la mesa: una tarjeta micro—SD.

-"¿Querías rutas, contactos, cuentas, pisos francos…?", murmura. —"Pues ahí lo tienes".

William abre los ojos como platos, totalmente anonadado.

-"¿Estás de coña?, ¿es de verdad?".

Valeria le quita la copa de la mano, se la bebe de un trago y la deja con elegancia junto a la suya.

-"¿De verdad pensabas que todo lo que he hecho durante este tiempo ha sido sólo pelear? Se me dan bien muchas cosas, Will".

-"¡Joder…! ¡Eres increíble!", exclama él, aún procesándolo. —"Voy a llenar las copas de nuevo, esto hay que celebrarlo".

William se inclina hacia adelante para levantarse, pero Valeria lo detiene con una mano firme sobre el pecho. Sin decir una palabra, se sube sobre su regazo pasando una pierna a cada lado, acomodándose con naturalidad, luego, deja caer el kimono por los hombros, arrojándolo hacia atrás sin preocuparse por dónde cae.

-"¿Puedes repetir eso que acabas de decir?", murmura con una sonrisa insinuante, mientras le desabrocha el cinturón e introduce las manos por el pantalón con dedos inquietos.

William, con el pulso desbocado, le toma el rostro entre las manos y lo acerca al suyo, con el deseo creciendo por momentos.

-"Eres increíble", susurra contra su boca, antes de fundirse en un beso profundo, devorando sus labios con la urgencia contenida de los que han sobrevivido demasiado.

Valeria entreabre los labios, sacando la lengua y buscando la de él con hambre, mientras se acomoda sobre su miembro, dejando escapar un profundo suspiro apenas audible en cuanto se acoplan el

uno al otro. Sus caderas comienzan a moverse en un vaivén hipnótico, guiadas por las manos de William que la sujetan por la cintura, y posteriormente por los glúteos, con fuerza, como si quisiera anclarla a él para siempre.

Ella cierra los ojos, echando la cabeza hacia atrás, sintiéndolo dentro, y se entrega al ritmo del placer que crece como una llama devoradora. Lo envuelve con los brazos, pegando su cuerpo al suyo, y ambos se sumergen en una danza íntima que únicamente les pertenece a ellos dos, a ese espacio privado donde todo lo demás desaparece.

Sus cuerpos se entrelazan con una naturalidad ancestral, impulsados por gemidos ahogados, respiraciones entrecortadas y un calor que los consume desde dentro. El jet, el ruido de los motores, el cielo que les rodea, todo queda lejos, pues en ese instante, sólo existe la urgencia de la conexión, el pulso compartido de dos almas que se buscan, se encuentran y se reconocen.

{Catorce horas después.}

La puerta de la cabina se abre con un leve chirrido y el copiloto levanta la mano para apartar la cortina que da acceso a la zona de pasajeros.

-"Señor, estamos a punto de…", empieza a decir, pero su voz se ahoga de repente.

Sus ojos se topan con una escena inesperada que lo deja petrificado al deslizar la cortina por completo.

Valeria, completamente desnuda, está aferrada al respaldo de un asiento, con el cuerpo arqueado en una curva de tensión y deseo, mientras William, tras ella, la embiste con ímpetu, moviéndose con intensidad y perdiéndose en el vaivén de la piel contra la piel. El sonido rítmico de sus cuerpos al encontrarse se mezcla con los jadeos de él y los gemidos de ella, llenando la cabina sin el más mínimo pudor.

William, absorto en el momento, ni siquiera nota la presencia del intruso, mientras sus manos recorren las caderas de Valeria con firmeza y le propina una sonora palmada que provoca en ella un

estremecimiento placentero. La escena tiene una electricidad cruda, animal, imposible de ignorar.

El copiloto retrocede, dudando entre huir o anunciarse, pero entonces William alza la mirada y lo ve.

-"Ah…, lo siento, ¿querías algo?", pregunta sin soltarse, con una mezcla de sorpresa y vergüenza.

-"Yo... sólo quería informarle de que llegaremos en treinta minutos... señor", responde el copiloto apresuradamente, dando media vuelta y cerrando la cortina con la torpeza de quien ha visto demasiado.

-"Perfecto, lo tendremos en cuenta", murmura William, encogiéndose de hombros.

Valeria, sin volverse, se arquea un poco más y lo aprieta contra sí.

-"¿Qué haces? No bajes el ritmo, que estoy a punto…".

Con una sonrisa traviesa y otro cachete, William retoma el ritmo y se lanza de nuevo a la carrera, sujetándola con más fuerza, decidido a no dejar nada pendiente antes del aterrizaje.

CAPÍTULO NUEVE

La Hija

parte 1

{Seis meses más tarde.}

En algún rincón oculto de la Sierra de Gredos, en España, bien entrada la tarde, una mujer cubierta con un grueso chaquetón de invierno avanza penosamente entre la nieve, luchando contra las rachas de viento cada vez más intensas, las cuales anuncian la inminente llegada de una tormenta que se cierne sobre el horizonte.

Con esfuerzo, alcanza una casa rústica que parece haber sido olvidada por el tiempo. La nieve se acumula en las paredes y el tejado, como si la montaña misma quisiera reclamarla poco a poco. La puerta principal, ajada y astillada por los años, sigue firme y cerrada, pero eso no representa obstáculo alguno para la mujer, que extrae un juego de ganzúas y, tras unos movimientos precisos, la cerradura cede con un chasquido a metal oxidado.

Dentro, todo parece detenido en una pausa eterna. Una gruesa capa de polvo cubre los muebles, testimonio del largo abandono, además, la naturaleza ha comenzado su silenciosa invasión mediante raíces finas que se abren paso entre las grietas del suelo y las paredes, marcando su lento avance con inexorable obstinación.

La mujer recorre el interior con pasos lentos, casi reverentes, como si se adentrara en un museo de su propio pasado, observando cada rincón con detenimiento, tocando algunos objetos, reconociendo otros, hasta que llega a una escalera de madera. Los peldaños crujen bajo su peso; uno se parte bajo sus pies con un crujido seco, pero los demás resisten, permitiéndole continuar.

En el piso superior, avanza por un estrecho pasillo hasta detenerse frente a una puerta entreabierta, quedándose ahí, en silencio, observando el interior desde el umbral.

Tras unos segundos de quietud, apoya una mano temblorosa en el marco de la puerta y se retira la capucha con lentitud, como si

cada movimiento pesara toneladas, dejando escapar un sollozo apenas contenido. Se trata de Valeria.

Unas lágrimas comienzan a aflorar en sus intensos ojos verdes, que en la penumbra brillan como esmeraldas heridas por el pasado. Un gorro de lana cubre su cabeza, aunque algunos mechones intrépidos asoman: negros a la izquierda, rojos a la derecha, enmarcando sin pudor la vieja cicatriz que surca el lateral de su rostro, esa que durante años fue su condena… y ahora es más un emblema.

La habitación frente a ella la golpea con una ola de recuerdos. En su mente, aún puede ver sus peluches y muñecas ocupando cada rincón, como si el tiempo no hubiera pasado, como si cada uno siguiera poseyendo esa vida secreta que su imaginación infantil les otorgaba. La imagen de su padre aparece nítida: entrando con una sonrisa, arrodillándose para abrazarla, y luego, sentándose a jugar durante horas hasta que ambos caían rendidos, envueltos en risas.

«No he dejado de echarte de menos ni un sólo segundo, papá.»

Se obliga a parpadear, a volver al presente. Los recuerdos se desvanecen como humo, reemplazados por la crudeza del abandono: una habitación vacía, con una cama, una mesilla y una cómoda desgastadas, cubiertos por el insistente polvo. Se seca las lágrimas con el dorso del guante, aprieta los labios y continúa por el pasillo, hacia lo que un día fue el dormitorio de sus padres.

Al abrir la puerta, una ráfaga de viento sisea a su lado, como un susurro antiguo que pareciera advertirle de algo. El techo ha cedido parcialmente bajo el peso de la nieve y la tormenta que ya se cierne sobre el horizonte ruge con familiaridad, trayéndole de golpe otro recuerdo: su última noche allí. Aquel momento en que entró temblando, con Mr.Bigotes en brazos, buscando a sus padres bajo otra tormenta... y sólo encontró el uniforme del ejército extendido sobre la cama, con aquellas letras impresas como una herida en la tela: S.F.R.

«Tiene que haber algo… algo que quisiera conservar, como mamá, no puedo creer que lo destruyera todo. Si hubiera sido yo, habría escondido al menos algunos recuerdos.»

Se quita los guantes y comienza a registrar cada rincón, guiada por una esperanza tenue. Revisa debajo de la cama, tantea los tablones sueltos del suelo, golpea con los nudillos los ladrillos buscando huecos, inspecciona armarios en busca de dobles fondos, pero nada, el silencio es su única respuesta.

«Parece que sí borró todo rastro a conciencia...»

Valeria se deja caer sobre la cama y los muelles protestan con un crujido metálico, agudo, como si se quejaran de dolor, esparciendo una nube de polvo en el aire viciado. Se queda unos segundos en silencio, inmóvil, sintiendo cómo el peso del tiempo perdido la aplasta más que ella al colchón.

«Tras meses de investigación, parece que mi viaje acaba aquí… por lo menos he conseguido encontrar la casa, verla me trae buenos recuerdos.»

Cierra los ojos y se reclina hacia atrás con las manos apoyadas a cada lado, alzando el rostro hacia el techo resquebrajado, buscando consuelo en los restos de su memoria, donde una imagen resurge: ella, siendo una niña, irrumpiendo en la habitación, temblando de miedo tras haber visto un lobo ibérico por la ventana. Estaba convencida de que era un hombre lobo que venía a devorarla y su padre la tomó en brazos, sin decir una palabra, colocándola entre él y su madre. Recuerda la calidez de sus cuerpos, el sonido de su respiración, y cómo se aferró con tanta fuerza a Mr.Bigotes, que si hubiera sido de verdad, lo habría asfixiado.

Una sonrisa leve, casi imperceptible, se dibuja en sus labios. Un gesto frágil y lleno de ternura, que dura apenas un suspiro… pero suficiente para alumbrar, por un instante, la oscuridad que la rodea.

«La casa de Mr.Bigotes…»

Valeria abre los ojos de golpe, el recuerdo le llega como un relámpago: una conversación con su padre, cuando le construyó una diminuta casita de madera para que su gato de peluche durmiera dentro del armario.

Se incorpora de inmediato, como si una chispa la hubiese sacudido por dentro, cruza el pasillo con paso firme y regresa a lo que fue su habitación de niña. Abre el armario de par en par y ahí

está; la pequeña estructura de madera, encajada en una esquina, cubierta de polvo pero intacta.

Sin perder un segundo, desenfunda un cuchillo del cinturón y comienza a hacer palanca para desprenderla, retirándola con cuidado, pero detrás no hay nada. Suspira… hasta que su mano tropieza con una irregularidad en la pared del fondo; un ladrillo ligeramente suelto con las juntas más recientes que el resto, como si alguien las hubiera colocado mucho después.

Con la punta del cuchillo empieza a rascar, hasta que el ladrillo cede y se desprende, desvelando tras de sí, oculta en un pequeño hueco excavado en la pared, una caja metálica estanca.

«¡Lo sabía!»

La saca con manos temblorosas y la abre con la ilusión de un niño abriendo un regalo de Navidad. Dentro, un pequeño tesoro: un puñado de fotografías, gastadas por el tiempo pero perfectamente conservadas. Instantáneas de su infancia, de su madre, de su padre… de los tres juntos, riendo, abrazados, jugando, una familia feliz congelada en el tiempo.

Valeria pasa cada imagen con delicadeza, como si fuesen de cristal, y entonces, se quiebra. Las lágrimas brotan sin freno, le recorren el rostro inexorablemente mientras una risa entrecortada se mezcla con los sollozos. Ríe y llora a la vez, dejando que todo el dolor y la ternura acumulados durante años se deshagan en ese instante.

«Por fin… podré recordarte como te mereces.»

Pero cuando las lágrimas comienzan a secarse y las manos bajan, aún queda una sombra en su mirada. Por mucho que esas imágenes hayan reconfortado parte de su alma, no es por eso que ha vuelto.

El lugar sigue sin darle lo que de verdad vino a buscar: respuestas. No hay documentos, ni notas, ni pistas sobre el pasado militar de su padre, ningún indicio que explique por qué su madre huyó con ella a Estados Unidos… ni qué verdad trataban de ocultar.

De pronto, un estruendo violento que proviene del piso inferior rompe el silencio de la casa. El ruido seco de unas pesadas pisadas

que hacen temblar la madera resonando como truenos. Alguien ha entrado.

Valeria reacciona al instante, mete de nuevo las fotos en la caja, la introduce en su escondite y oculta el hueco como si no hubiera pasado nada. Luego, se dirige hacia la puerta con sigilo, decidida a averiguar qué está ocurriendo.

Apenas asoma la cabeza por el umbral cuando una sombra colosal asciende por las escaleras con una velocidad inhumana. No le da tiempo ni a retroceder, en menos de un parpadeo, la figura impacta contra la puerta con tal fuerza que la revienta en mil astillas que estallan a su alrededor como metralla, catapultando a Valeria contra el suelo del lado contrario de la habitación.

Se incorpora de un salto, lista para pelear, pero no consigue ver con claridad al atacante, pues la sombra vuelve a abalanzarse con una precisión feroz. Esquiva por instinto y el puño del enemigo pasa rozándola, cortando el aire con tanta fuerza como si este también fuera afilado.

Valeria se aferra con ambas manos al brazo y, en un movimiento fluido, gira sobre sí misma hasta quedar boca abajo, atrapando la cabeza del hombre entre sus piernas como una pinza. Con el impulso y el peso de su propio cuerpo lo derriba, y ya en el suelo, hace palanca con toda su fuerza, torciendo la extremidad del enemigo en una dirección antinatural.

-"Ríndete o te parto el brazo", gruñe entre dientes, aplicando más presión.

Pero el hombre no cede. Con sólo la fuerza de su bíceps, rompe la llave y la lanza por los aires como si fuera una pelota. Valeria se estrella contra el techo, dejando un surco con su espalda, y cae al suelo de cara, protegiéndose la cabeza con los brazos justo antes de impactar en la madera, que cruje bajo su peso con un chasquido seco.

Él se reincorpora de un salto y alza la pierna para aplastarla mientras ella sigue boca abajo, pero Valeria reacciona a tiempo: rueda con rapidez, esquivando el pisotón justo cuando la bota revienta el suelo en una explosión de astillas.

Aprovechando el giro, se incorpora, impulsándose con las piernas abiertas como un molinillo, mientras desenvaina su cuchillo durante la maniobra y se desliza alrededor del intruso, asestándole tres puñaladas certeras en el pecho de forma consecutiva.

Por un instante ella se queda inmóvil, esperando la caída del hombre… pero no ocurre, su rival ni siquiera titubea, extrae el pie del cráter recién formado y se lanza de nuevo al ataque, como si nada lo hubiera tocado. Valeria, asombrada, evita a duras penas dos puñetazos veloces que se mueven más allá de sus reflejos, no viendo venir la patada, que le impacta de lleno en el costado, lanzándola como un proyectil contra la pared.

Su cuerpo atraviesa los ladrillos, pulverizándolos al instante, y sale disparada varios metros fuera de la casa por el aire, chocando finalmente contra la nieve y abriendo un surco a su paso por el suelo blanco, hasta que un árbol detiene su avance con un crujido espeluznante, que bien podría ser madera o huesos.

Valeria queda tendida unos segundos, tose con violencia y su rostro se contrae por el dolor mientras un hilo de sangre espesa le brota de la boca, tiñendo la nieve a su lado de escarlata oscuro.

Con esfuerzo, se abre el chaquetón y se lleva la mano al costado. El nanotraje palpita y se contrae sobre su piel, vibrando con intensidad, sobrepasado por la enorme potencia del impacto.

-"¡Joder!", grita con la voz rasgada. —"¿Cómo es posible?, creo que me ha roto alguna costilla…".

Se revuelve sobre la nieve gruñendo por el dolor, forzando la respiración, cada movimiento parece una tortura.

-"Ha sido como si me atropellara un camión", masculla, llevándose una mano temblorosa al interior del abrigo, palpando, buscando algo con urgencia.

-"¡Mierda!", escupe al no encontrarlo.

El atacante emerge del agujero en la pared con una agilidad que desafía la lógica y cae al suelo sin perder el equilibrio, erguido, impasible, caminando hacia ella como si los vientos huracanados que anuncian la tormenta no existieran, como si nada pudiera perturbar su avance.

-"¡Ahí está!", grita Valeria, al ver el autoinyectable que buscaba tendido en la nieve, a tan solo dos metros de distancia.

Hace el intento de levantarse, pero sus piernas ceden ante el estallido de dolor que se propaga desde su costado, derribándola de nuevo. Pero no se rinde, aprieta los dientes y comienza a arrastrarse, apartando la nieve con desesperación, extendiendo el brazo para alcanzar el vial de líquido azulado.

Está a punto de tocarlo, cuando una mano se cierra alrededor de su antebrazo izquierdo y la levanta del suelo como si fuese de algodón. La presión sobre su brazo es inmediata, despiadada, haciendo que el cúbito y el radio comiencen a crujir bajo una fuerza descomunal que no se detiene.

El dolor estalla en oleadas. Valeria lanza un alarido desgarrador, inhumano, mientras su brazo se dobla en ángulos imposibles, con los huesos partiéndose y resquebrajándose bajo la monstruosa presión.

Sin aflojar la presa, la otra mano del atacante se cierra sobre la garganta de Valeria, hundiendo los dedos en su carne con lentitud cruel, bloqueando el paso del aire y aumentando la presión metódicamente.

-"¿Quién te envía?", pregunta el hombre con una voz grave, profunda, que parece vibrar dentro de su cráneo.

Valeria alza la mirada, jadeando, con la visión borrosa y el cuerpo quebrado, y entonces, sus ojos se encuentran con los de él.

-"¿Pa—pá?", susurra, con un hilo de voz tembloroso, apenas un suspiro entrecortado por el dolor y la incredulidad.

El cuerpo del hombre se queda rígido, congelado, como si una corriente eléctrica le recorriera la espina dorsal. Afloja la presión en su cuello y le retira el gorro con manos temblorosas, dejando al descubierto su cabello: dos tercios rojo fuego, un tercio negro azabache, recogido en una coleta baja bicolor que cae por su espalda bajo el chaquetón.

Sus ojos, antes vacíos, ahora titubean, dejándola caer de golpe y retrocediendo un paso, con la confusión propagándose por su mente.

Durante unos segundos eternos, se queda allí, quieto, mirándola sin comprender. Valeria no dice nada, sólo sonríe, a pesar del dolor inmenso que la desgarra por dentro y con la conciencia colgando de un hilo.

Luego, él reacciona de golpe, se agacha con rapidez y la gira con cuidado, buscando su rostro.

-"¿Nora...?", murmura, con la voz quebrada por algo que se resquebraja dentro de él.

Observa su brazo, completamente doblado, y su rostro contraído por el sufrimiento.

-"Dios mío... ¿qué he hecho?".

Valeria lo mira con los ojos entreabiertos, con la oscuridad ciñéndose sobre su mente a cada segundo, e intenta decir algo, pero su boca sólo deja escapar aire, sin voz, sin palabras.

-"Echo Uno, ¿dónde te has metido?", dice una voz a través de su pinganillo. —"Danos tu posición".

La tumba con delicadeza contra el tronco del árbol y se pone en pie.

-"Mierda…", masculla, sacudiendo la cabeza. —"Lo siento, tengo que irme, no puedo dejar que te encuentren en este lugar".

Con el último hálito de sus fuerzas, Valeria estira el brazo derecho e intenta señalar hacia el vial próximo, semienterrado ya bajo la nieve.

-"Da… me… es… o", masculla, apenas audible, con su voz sepultada por el rugido del viento.

Él no la oye, se gira sobre sí mismo y se lleva la mano a su comunicador, presionando el botón para hablar:

-"Negativo, me encuentro regresando a la base, he tenido un imprevisto".

-"Aguanta, hija", dice, girando la cabeza.

Y sin decir más, sale corriendo hacia la tormenta, dejándola semisentada contra el árbol, apenas sostenida por un hilo de vida.

Valeria gira el rostro con esfuerzo, mirando hacia el autoinyectable, muy próximo. Estira el brazo derecho intentando alcanzarlo, cae sobre la nieve y repta dificultosamente. Sin embargo,

su cuerpo apenas responde, está al límite, aún así, aprieta los dientes y aparta la nieve, rozando el vial con los dedos, pero la oscuridad le gana terreno, rápida e imparable.

Con un esfuerzo inhumano, consigue agarrar el vial, si bien, no es suficiente, pues su conciencia finalmente se apaga como una vela al viento, y allí queda, tendida en la nieve, sola, mientras el vendaval la envuelve y el mundo desaparece a su alrededor.

{Cinco meses antes.}

Valeria avanzaba a paso rápido por los pasillos del hospital, apretando contra el pecho un pequeño peluche: un perro policía con un corazón entre las patas. Al llegar a una habitación, entró sin llamar, guiada por la urgencia y el peso del remordimiento.

Se detuvo en seco al ver a Gina junto a la cama, sentada al lado de Axel, que yacía inconsciente, conectado a varios monitores. El pitido rítmico de las máquinas era lo único que rompía el silencio.

Gina se levantó de golpe al verla y caminó hacia ella con paso firme, extendiendo el dedo como un cuchillo afilado.

-"¿Qué haces tú aquí?", escupió con desprecio. —"Esto es por tu culpa, ¡miserable!".

Valeria retrocedió instintivamente hasta chocar con la pared. Sus ojos se desviaron hacia el suelo y bajó la cabeza, encogiéndose como una niña castigada.

-"Nadie lo siente más que yo, Gina", dijo en voz baja, temblorosa. —"Esto me corroe, créeme… no hay un solo día en que no me culpe por lo que pasó".

Atrapada entre la pared y la furia de Gina, Valeria alzó el brazo con timidez, extendiendo el peluche hacia ella como una ofrenda de paz.

-"Sólo quería desearle suerte… aunque no pueda oírme", dijo en un hilo de voz, mostrando genuina vulnerabilidad.

-"¿Después de cuatro meses?", dijo Gina, gruñéndole muy cerca de la cara.

Luego, miró el peluche con desprecio y lo apartó de un manotazo, lanzándolo al otro lado de la habitación.

-"¡Vete a la mierda!", gritó, furiosa, salpicando saliva. —"Me da igual para quién trabajes, la CIA, la NSA o la madre que te parió. Podrán haber borrado todos tus registros, podrán prohibirnos investigarte… pero yo no olvido, para mí sigues siendo una perra embustera de mierda, una puta traidora y una asesina asquerosa".

Valeria no dijo nada, simplemente permaneció pegada a la pared, incapaz de encontrar palabras que sirvieran para defenderse.

Gina regresó a la silla y tomó la mano de Axel entre las suyas con gesto protector.

-"Me gustaría que pudiéramos llevarnos bien… por Axel", se atrevió a decir Valeria, desde el fondo de la sala.

El gesto de Gina se crispó, cerrando los ojos y apretando la mandíbula con rabia.

-"No quiero volver a verte la puta cara, sal de nuestras vidas, de su vida", dijo sin mirarla. —"No vuelvas por aquí, no hace falta que vengas, ni hoy, ni nunca. Nos iría mucho mejor sin ti, eres un pozo de problemas".

Valeria dio unos pasos hacia el peluche caído, lo recogió con cuidado, lo sacudió con suavidad y lo colocó con ternura a los pies de la cama.

-"Despertará… igual que Manuel, no te rindas como hice yo", murmuró, antes de girarse hacia la puerta. —"Lo siento mucho", y salió.

Gina le lanzó una última mirada cargada de veneno mientras Valeria cruzaba el umbral, derrotada, cabizbaja, con la culpa colgando de los hombros como una losa.

{Horas después, por la tarde.}

Valeria y Claire paseaban por un parque tranquilo, cada una con un cucurucho de helado en la mano. El sol se colaba entre las hojas de los árboles y el murmullo lejano de los niños jugando daba al lugar un aire casi idílico.

-"¿Qué te pasa?, estás muy callada", preguntó Claire, dándole un leve codazo. —"Se te va a derretir el helado, ni lo has probado".

Valeria la miró de reojo y esbozó una débil sonrisa mientras caminaban.

-"He ido a ver a Axel esta mañana, al hospital".

Claire bajó el ritmo y le posó una mano en el hombro, con delicadeza.

-"Oh… lo siento, tesoro. Tiene que ser duro que pasara todo aquello, justo cuando le revelaste todo sobre ti y se dispuso a ayudarte".

Valeria bajó la vista, contemplando cómo una gota de helado resbalaba por el cucurucho.

-"Me duele no haber ido antes, han pasado cuatro meses, y por si fuera poco… su novia me odia".

Claire pasó el brazo por el suyo, enlazándose a ella.

-"Has estado en Japón, infiltrada en la mismísima Yakuza, y enfrentándote a tus propios demonios legales con la Policía y la Fiscalía. Creo que está sobradamente justificado".

-"Ya… pero igualmente, no puedo evitar sentirme culpable".

Claire se detuvo frente a ella y le acarició la mejilla con ternura.

-"Val, tesoro… por muy fuerte que seas, no puedes llevar el peso del mundo entero sobre los hombros", dijo con una cálida sonrisa. —"Por cierto, ¿cuándo vas a contarme lo que pasó en Tokio?, quiero saber cómo acabaste con los malos".

Valeria sonrió al fin y ambas retomaron el paseo.

-"Me cargué al pez más gordo de todos en el corazón de su puta fortaleza. Se pensó que podría follarme sin más y lo que encontró entre mis piernas fue su final, como se merecía".

Claire le dio una palmadita en la espalda, orgullosa.

-"Como médico no aplaudo el acabar con la vida de nadie, pero sin duda eres mi heroína".

-"Disto mucho de ser una heroína".

Claire levantó un brazo.

-"¡Claro!, porque desmantelar una red internacional de tráfico de esclavas sexuales, salvando a decenas, si no cientos, o miles de mujeres y niñas, no es para nada de heroínas".

Valeria se llevó el helado a la boca por primera vez y lamió la gota que amenazaba con escurrirse entre sus dedos.

-"Bueno… vale, tal vez un poquito sí lo sea", dijo, divertida, recuperando la sonrisa. —"Y tú eres mi ángel de la guarda. Incluso me salvaste desde miles de kilómetros de distancia".

-"¿Ah, sí?".

-"Tu cápsulita mágica lo hizo. Evitó que un golpe mortal fuera precisamente eso… mortal".

Claire dio una cucharada a su helado con expresión triunfante.

-"Bueno, la mayor parte del mérito es de esos microbichos milagrosos de tus colegas, que combinados con tus genes mutados son como el auténtico Santo Grial".

Dio otra cucharada mientras continuaba hablando.

-"Una pena que sólo funcionen en tu cuerpo, las aplicaciones médicas podrían ser infinitas".

-"Conseguiréis que funcionen en más personas, estoy segura", afirmó Valeria, antes de darle otra lamida al helado, dejando que el dulzor la calmara.

Claire se detuvo en seco de repente, soltando una carcajada que resonó por el parque.

-"¿He dicho algo gracioso?", preguntó Valeria, frunciendo el ceño, desconcertada.

Claire tardó unos segundos en calmarse, entonces, aún con la risa temblándole en los labios, se acercó a Valeria con una chispa traviesa en los ojos.

-"Ven aquí, anda…".

Claire le sostuvo el rostro con una sola mano, acariciándole las mejillas con una ternura casi provocadora. Luego, sin previo aviso, se inclinó y deslizó suavemente la lengua por la punta de la nariz de Valeria, retirando los restos de helado que ella ni siquiera había notado.

-"Tenías helado…", susurró con una media sonrisa, dejando que su mirada se anclara en la de Valeria.

Sus rostros quedaron peligrosamente cerca, el aliento de una rozaba el de la otra en ese mínimo espacio donde el tiempo parecía haberse detenido. Los labios, a un suspiro de distancia, flotaban al borde de una línea difusa, demasiado fina para llamarla sólo amistad.

Entonces, Claire se apartó de golpe, carraspeando con exageración mientras se giraba para disimular.

-"Ejem, ejem… me gusta que te hayas dejado crecer tu zona negra", dijo con un tono forzadamente casual.

Valeria la miró, aún atrapada en la nube de fantasía del momento, sin reaccionar.

-"Del pelo, quiero decir", aclaró Claire, visiblemente nerviosa. —"El contraste entre los dos tonos te da un toque… excitante, perdón… intrigante, quería decir".

Valeria se rascó la cabeza, soltando una risita inquieta.

-"El moreno representaba una parte de mí que creía muerta", dijo con un suspiro, bajando la mirada. —"Pero creo que va siendo hora de dejarla volver e integrarla con la que soy ahora".

Claire la observó en silencio durante varios segundos, y luego, sonrió.

-"El resultado me gusta, eres una versión mejorada, una fusión de ambas".

Sin esperar respuesta, le tomó la mano con naturalidad y comenzó a guiarla entre los árboles del parque.

-"Ven, vamos a sentarnos en alguna terraza. Te invito a una cerveza y me cuentas tu aventurilla nipona con todo lujo de detalles".

Y así, con los dedos entrelazados y el deseo contenido flotando en el aire, caminaron, como si la tensión sexual entre ellas no existiera… aunque las dos lo tenían muy presente en sus corazones.

Las horas pasaban entre risas, brindis y conversaciones que fluían con la naturalidad de quienes se entienden sin necesidad de filtros. Cerveza tras cerveza, la complicidad entre ambas se evidenciaba en cada mirada, en los silencios cómodos y en los

pequeños gestos compartidos. Hablaban de todo sin reservas, incluso de los temas más escabrosos, con la honestidad desnuda de quien no teme mostrarse vulnerable.

Valeria se sentía libre, más libre que nunca. Con Claire no necesitaba fingir, ni medir sus palabras, ni cargar con máscaras, esa sensación de seguridad la envolvía como una brisa cálida.

El sol ya comenzaba a hundirse en el horizonte, tiñendo la ciudad de tonos anaranjados, cuando Claire enmudeció de repente, con su atención atrapada por la pantalla de un televisor encendido al otro lado de la terraza.

-"¿Podrías subir un poco de volumen?", le pidió al camarero que pasaba cerca.

-"Claro, ahora mismo", respondió él, acercándose al aparato.

Valeria se giró, curiosa, y fijó la vista en la televisión. Una periodista hablaba frente al edificio del Banco de la Reserva Federal de Chicago, que aparecía acordonado por patrullas policiales y unidades especiales, mientras al fondo, una multitud se arremolinaba tras las cintas policiales, intentando ver lo que ocurría.

-"Ya han pasado varias horas desde que un grupo armado tomó el edificio, reteniendo en su interior a todos los ocupantes", relataba la reportera, con el rostro tenso y el micrófono firme entre las manos. —"Las autoridades han establecido contacto, pero los asaltantes aún no han presentado ninguna exigencia. Sólo han advertido de que han colocado explosivos por todo el edificio y que harán volar el lugar si los equipos tácticos intentan entrar".

-"¡La hostia!", exclamó Valeria con el ceño fruncido.

-"Se estima que hay al menos treinta y seis rehenes", continuó la reportera. —"No está claro cuántos atacantes hay, pero las autoridades calculan entre seis y diez. No sólo están fuertemente armados, sino que, según fuentes internas, cuentan con equipamiento militar altamente sofisticado. Seguiremos informando, al pie de la noticia".

Valeria se giró hacia Claire, que seguía absorta en la pantalla con las cejas levantadas y los labios apretados. La tensión que

flotaba en el aire era palpable y Valeria intentó aligerarla con una sonrisa forzada.

-"Parece una maldita película", comentó, con un tono desenfadado que no lograba enmascarar su preocupación. —"Seguro que la Policía lo resuelve sin que ningún rehén salga herido".

Claire no respondió, mantenía la mirada clavada en la televisión. Tenía los ojos entrecerrados, como si estuviera calculando algo en silencio, con los engranajes de su mente girando a toda velocidad.

Valeria dio un trago a su cerveza, luego, alzó la mano y la agitó delante del rostro de Claire.

-"Tierra llamando a Claire…", bromeó con suavidad. —"Parece que hay interferencias; ¿Claire, me recibes?".

Claire parpadeó al fin y giró la cabeza lentamente hacia ella. Su expresión era grave, sin rastro de humor.

-"Esto es serio, Val", dijo en voz baja. —"Tengo la sensación de que la Policía no podrá evitar una masacre".

Valeria dejó el vaso sobre la mesa con cuidado, como si el menor movimiento brusco pudiera romper el equilibrio de aquel momento, y le sostuvo la mirada.

-"Lo resolverán, están preparados para eso. Si no pueden ellos… ¿quién entonces?".

Claire esbozó una sonrisa atrevida, torcida, cargada de intención.

-"Vindicare", susurró.

Valeria abrió los ojos como platos.

-"¡¿Qué?!", exclamó, casi atragantándose. —"¿Estás loca?".

Pero en los ojos de Claire no había locura, ni dudas, sólo determinación.

-"Estás destinada a ser una heroína, Val, como en los cómics. Lo tengo clarísimo".

Valeria negó con la cabeza, incrédula.

-"Esto es el mundo real, Claire, y Vindicare es un riesgo enorme, es totalmente incontrolable. Cualquier cosa podría torcerse y el desastre sería mayor aún".

Claire le tomó las manos con delicadeza, pero con firmeza, como si quisiera anclarla a tierra.

-"Yo confío en ti", dijo con serenidad. —"Si alguien puede hacerlo… eres tú, la Valeria que ha vencido incluso a sus peores pesadillas".

-"Ojalá con eso bastara", susurró, dejando asomar la duda en su voz.

-"No hablo por hablar", insistió Claire, apretando sus manos con más fuerza. —"El proyecto ha avanzado, hemos perfeccionado la fórmula, ahora es mucho más estable".

-"Pero sigue siendo impredecible", replicó Valeria con un nudo en la garganta.

Claire alzó una mano y le acarició la mejilla con ternura, buscando su mirada.

-"Creo de verdad que puede funcionar", murmuró. —"Por favor, confía en mí como yo lo hago en ti".

Los ojos de Valeria empezaron a humedecerse. Las lágrimas no caían, pero se acumulaban en el borde, temblorosas, como su voz.

-"¿Y si sale mal?, jamás me lo perdonaría", dijo con el tono quebrado. —"Me odiaría a mí misma, otra vez… ya he pasado por eso y casi no lo cuento".

Claire sostuvo su rostro entre ambas manos y la acercó suavemente, con sus frentes casi tocándose.

-"Confío en ti, Val", dijo en un susurro, cálido y esperanzador, como una promesa sellada con el alma. —"Más que en nadie".

{Algún tiempo después.}

Valeria y Claire no tardaron mucho en llegar al laboratorio montadas en la Indian Scout. Al entrar, encontraron a Thomas frente a un ordenador, absorto en la pantalla, y a Aiko concentrada en un microscopio, moviendo con precisión los mandos del equipo.

-"Hola, chicas", saludó Thomas en cuanto levantó la vista al escuchar la puerta.

Claire sonrió, saludando con la mano, animada.

-"He convencido a Valeria", anunció, dándole una palmada en la espalda. —"Vamos a liberar a Vindicare".

Aiko levantó la cabeza de golpe con los ojos muy abiertos, y en menos de un segundo, ya estaba frente a ellas.

-"¡¿En serio?!", exclamó, como si acabaran de anunciarle que había ganado la lotería. —"¡¿No será otra de tus bromas, eh, Valeria?!".

Valeria bajó la mirada y asintió con gesto serio.

-"No bromeo con algo así, aunque… siendo sincera, sigo sin tenerlo claro".

Aiko le agarró el brazo con vehemencia, como si pudiera traspasarle su entusiasmo por ósmosis.

-"¡Pues sacúdete esas dudas de una vez!", dijo, alzando la voz. —"¡Si quieres que esto funcione, llegar a controlarla, tienes que estar convencida!".

-"No es tan fácil, *ella* me aterra… lo que representa", murmuró Valeria. —"Preferiría enfrentarme a un gorila dopado con las manos atadas".

Claire posó con suavidad una mano sobre su hombro.

-"Piensa en los rehenes… atrapados ahí dentro, sin saber si volverán a ver a sus familias", susurró. —"Además, entre ellos hay niños, Val… niños".

Valeria exhaló un suspiro largo, cargado de presión.

-"Peor me lo pones… y si mato a alguno… y si…".

PLAS.

Un sonoro bofetón interrumpió la frase, dejándolos a todos congelados. Aiko, en un arrebato impetuoso, tomó impulso con un salto y alcanzó el rostro de Valeria, haciéndolo con tal fuerza que sus propias gafas salieron volando hacia el suelo.

-"¡Te has enfrentado a los monstruos más despiadados y peligrosos que existen! ¡A psicópatas homicidas! ¡Incluso, has desafiado a la propia muerte!", gritó Aiko, con su aguda voz retumbando en el laboratorio. —"¡Deja ya de hablar como si fueras débil!, ¡porque no lo eres!".

Valeria se llevó la mano a la mejilla enrojecida, sin atreverse a decir una palabra, el impacto no había sido sólo físico, la había alcanzado hasta sus entrañas.

Aiko, de pronto, rompió a reír nerviosamente mientras recogía sus gafas y juntaba las palmas en señal de disculpa.

-"Lo siento, lo siento…", balbuceó. —"No me odies, pero necesitabas un buen tortazo".

Claire se encogió de hombros con una sonrisa cómplice.

-"Aiko tiene razón, Val. Eres la más fuerte en todo, menos cuando se trata de ti misma… Vindicare se nutre de esa debilidad… confía en ti y la controlarás".

Thomas apartó las manos del teclado y se giró desde su puesto, sin perder la compostura.

-"Y desde el punto de vista técnico, los beneficios superan con creces a los riesgos", añadió con tono tranquilo. —"Además, necesitamos más muestras y datos sobre como reacciona tu cuerpo si queremos seguir avanzando".

Valeria permaneció en silencio unos segundos con la mejilla aún ardiendo, al igual que algo en su interior empezaba a encenderse.

-"Está bien", dijo finalmente. —"Daré el ciento veinte por ciento".

Aiko y Claire saltaron de alegría, abrazándose como niñas en una fiesta, mientras Thomas asentía con una leve sonrisa de satisfacción.

{Poco tiempo después.}

Thomas apareció con un autoinyectable con la dosis lista en su interior, cuyo contenido azulado e iridiscente parecía latir con vida propia, y además, en la otra mano, también traía el nanotraje.

Mientras tanto, Valeria estiraba los músculos, haciendo calentamientos como quien se prepara para una exigente prueba física, aunque todos sabían que realmente no era algo necesario, sin embargo, ella sentía como si lo necesitara.

-"Ah, no, no, el nanotraje no", dijo en cuanto lo vio.

-"¿Por qué no?", preguntó Claire, sin ocultar su desconcierto. —"¿Vas a ir con vaqueros y camisa?".

-"¿Para que *ella* sea más invencible de lo que ya es?", replicó Valeria, cruzándose de brazos. —"¡Perfecto!, así, si pierdo el

control, ni un ejército podrá detenerme", ironizó con una sonrisa tensa.

Thomas asintió con calma, comprendiendo el razonamiento.

-"Tiene sentido, el traje potenciaría demasiado sus capacidades, no es necesario", dijo, mientras se lo llevaba de vuelta.

Valeria se acercó a un pequeño armario metálico.

-"Me pondré unas mallas y un top deportivo que tengo aquí, así al menos no me destrozaré el vaquero".

-"Bien", intervino Aiko, señalando una sala apartada. —"Nosotros esperaremos allí. Claire, ven conmigo".

Claire dudó.

-"Me gustaría estar a su lado. Su lucha contra Vindicare es emocional, necesita todo nuestro apoyo".

Thomas, que acababa de regresar de guardar el traje, intervino con serenidad:

-"Podemos estar con ella desde la sala segura, Jayden la ha diseñado con esa intención. Las paredes están reforzadas con acero y podremos hablar con ella por megafonía mientras la observamos a través de los cristales blindados".

-"Yo lo prefiero, Claire", intervino Valeria mientras se ajustaba las mallas a la cintura. —"Saber que me vigiláis desde un entorno seguro me dará tranquilidad".

Claire asintió con un suspiro, convencida.

-"De acuerdo… pero ten presente que estoy contigo en todo momento".

Valeria sonrió apenas y Claire dio un paso hacia ella. Ninguna dijo nada, simplemente se fundieron en un abrazo largo y silencioso, de esos que parecen suspender el tiempo. Sus respiraciones se acompasaron y sus corazones latían al unísono, como tambores que anunciaban una batalla inevitable.

-"Me voy a tomar la libertad…", murmuró Claire, apenas audible.

Se separó lo justo para sostenerle el rostro entre las manos, y entonces, la besó. Un beso profundo, tembloroso y ardiente,

cargado de emoción contenida, como si quisiera insuflarle coraje a través de sus labios.

-"Recuerda…", susurró contra su boca, sin apartarse. —"Yo creo en ti".

Valeria no respondió con palabras, sino que la devoró en un beso más urgente, como si fuera el último, como si en él condensara todo lo que sentía por ella. Cuando al fin se separaron, sólo dejó escapar una sonrisa leve, un gesto fugaz al que acompañó un breve asentimiento mientras los observaba internarse en la sala segura.

Dentro, Thomas y Aiko comenzaron a manipular los controles del panel de monitoreo, mientras en las pantallas se desplegaban gráficos vitales, constantes bioeléctricas, niveles de calor corporal, indicadores de estrés celular y protocolos de emergencia.

-"Adelante, todo listo", dijo Thomas por la megafonía.

En el centro de la sala, Valeria se quedó sola, respirando hondo; una, dos, tres, cuatro veces. Cerró los ojos, vació la mente, contuvo el pulso, entonces, con decisión, clavó el autoinyectable en su abdomen desnudo, justo al lado del ombligo, sin vacilación, sin dudas, sin más temor.

{En el presente, en algún lugar de la Sierra de Gredos.}

Valeria despierta desorientada, tumbada sobre una camilla ligeramente inclinada. Siente el brazo entablillado y el torso completamente vendado, con el nanotraje aún adherido bajo las vendas como una segunda piel. Intenta incorporarse, pero el dolor es inmediato y fulminante, propagándose por todo su cuerpo como una descarga eléctrica. Apenas logra emitir un quejido ronco, pues su voz está tomada, como si sus cuerdas vocales hubieran sido desconectadas.

Con la vista aún borrosa, gira la cabeza con dificultad, forzando su cuello. El lugar donde se encuentra parece un laboratorio improvisado: mesas metálicas, armarios de acero inoxidable, frascos etiquetados, probetas, microscopios, tubos de ensayo, vasos de

precipitados, morteros y reactivos pueblan el espacio, como si estuviera dentro del taller secreto de un científico loco.

Una puerta se abre a su espalda, seguida del sonido de unos pasos bajando una escalera metálica. Incapaz de girarse para ver quién es, sólo consigue captar una figura moviéndose por el rabillo del ojo: un hombre de mediana edad, de pelo desordenado y salpicado de canas, con una bata blanca inmaculada y unas pequeñas gafas ovaladas que descansaban a medio camino entre la nariz y los ojos.

-"Por fin despiertas", dice con una sonrisa afable, acercándose a la camilla. —"Por un momento temí que no lo fueras a lograr".

Valeria intenta hablar, pero lo único que consigue son sonidos guturales y roncos, cargados de frustración.

El hombre levanta una mano con gesto calmado.

-"Ah, disculpa, se estará pasando el efecto del último analgésico", comenta, mientras abre un armario próximo. —"Un segundo, te pondré otra dosis".

Rellena una jeringuilla con pulso firme y se la inyecta suavemente en el cuello. En cuestión de segundos, una ola de alivio barre el dolor, mitigando la presión muscular y devolviéndole algo de control sobre su cuerpo.

-"Te habría puesto una vía o vendado algo mejor", añade, ajustándose las gafas con un dedo. —"Pero este traje tuyo… está literalmente fusionado con tu piel. No me atreví a retirarlo, no quería hacerte más daño del que ya habías sufrido".

Valeria, todavía sin hablar, alza lentamente el brazo que no está roto y con un gesto mecánico, desliza el dorso de su muñeca por detrás del cuello. Al instante, el nanotraje pierde su rigidez, relajándose como si hubiese aumentado varias tallas, despegándose parcialmente de su cuerpo.

-"¡Fascinante!", exclama el hombre, dando un paso atrás con admiración genuina. —"Te pondré mejor los vendajes".

El doctor retira los vendajes que cubren el traje y comienza a quitárselo con sumo cuidado. Sin embargo, en cuanto descubre el pecho de Valeria y se da cuenta de que no lleva nada debajo, a

excepción de un diminuto tanga, se detiene un instante y aparta la mirada con gesto respetuoso.

-"¡Oh! Perdón… estás desnuda", dice con un deje incómodo.

Valeria hace un gesto con la mano para que continúe.

-"No es algo que me preocupe ahora mismo, por favor, prosiga", responde con la voz rasgada.

El hombre asiente y continúa con su labor. Termina de retirarle el traje, reajusta la férula en el brazo roto, vuelve a colocar los vendajes compresivos sobre las costillas, prepara una vía con suero y calmantes, y finalmente la cubre con una sábana médica suave.

-"¿Te sientes mejor?", pregunta con tono cálido.

Valeria asiente lentamente.

-"Aunque me temo que este brazo no tiene fácil solución", murmura él, mirando el entablillado. —"Los huesos están hechos polvo… como un puzzle recién abierto".

Una lágrima se desliza por la mejilla de Valeria, no por el dolor, sino por el recuerdo que la golpea: el violento reencuentro con su padre.

-"Lo siento", dice el hombre al verla. —"¿Fui demasiado brusco? Sobrevivirás, si es lo que te preocupa".

-"Estoy bien", responde Valeria, con su voz recuperando algo de fuerza. —"Le agradezco mucho que me haya salvado, pero… ¿quién es usted?, esto no parece un hospital".

-"¡Qué despiste!, no me he presentado", dice con un pequeño sobresalto, como si se hubiera olvidado de algo obvio. —"Soy el doctor Varela, científico especialista en bioingeniería".

-"Encantada, doctor. Yo soy Valeria Shepard", dice, alzando un poco la mano.

Él se la estrecha con cuidado, temiendo hacerle daño.

-"El placer es mío, Valeria. Puedes llamarme Arturo, y por favor, no me llames de usted, me hace sentir viejo".

Valeria sonríe con suavidad. El doctor, entonces, se fija en su cabello, examinándolo con curiosidad genuina, como si cada mechón contara una historia.

-"¿Me permites?", pregunta, pasando los dedos entre los mechones, observando los colores mezclados. Luego, se inclina

ligeramente hacia sus ojos.

-"Déjame adivinar…", murmura, disimulando algo que ya sabe. —"Antes de llamarte Valeria… ¿tenías otro nombre…? ¿Nora, tal vez?".

Los ojos de Valeria se abren de par en par y el aire se vuelve denso. Algo acaba de romperse… o de encajar.

{De vuelta al pasado, frente al banco.}

El sol ya se había ocultado, cediendo su lugar a una luna pálida que observaba desde lo alto. Potentes focos iluminaban la fachada del Banco de la Reserva Federal de Chicago, mezclándose con los destellos intermitentes de luces rojas y azules de las patrullas, creando un juego de sombras y colores que teñía la escena de tensión. Todo quedaba enmarcado por las decenas de cámaras que se agolpaban tras el cordón policial, capturando cada segundo del drama.

-"Un agente ha resultado herido de bala durante el tiroteo, tras el fallido intento de liberación de rehenes", informaba una reportera con el rostro serio frente a su cámara.

-"Los cinco niños que iban a ser liberados siguen dentro del edificio. Aún se desconocen los motivos por los que el intercambio de rehenes por comida terminó en un enfrentamiento. Seguiremos informando", informaba otro reportero a su cámara.

La tensión se respiraba como un gas denso. Los curiosos y los periodistas observaban, expectantes y horrorizados, mientras los agentes intentaban mantener el orden, con el peligro y la incertidumbre flotando en el aire como una amenaza constante.

Dentro del puesto de mando, el ambiente era frenético. Los teléfonos no dejaban de sonar, las radios crepitaban sin descanso y varias pantallas mostraban en tiempo real imágenes del edificio y sus alrededores.

Un agente con la palabra *Negociador* impresa en la espalda de su chaqueta se acercó al oficial de mayor rango.

-"Comandante", dijo, dejando caer el auricular sobre su mesa. —"Los asaltantes amenazan con empezar a ejecutar rehenes si volvemos a intentar engañarlos".

-"¿Han dicho ya lo que quieren?", preguntó el comandante, irritado, cruzando los brazos.

-"No, nada. Hasta ahora sólo han pedido comida, nada más".

-"¿Tenemos ya las imágenes de los sensores térmicos?", preguntó el comandante a otro agente apostado frente a un monitor.

-"Negativo, señor", responde el técnico, sin apartar la vista de la pantalla. —"Han instalado algún tipo de aislamiento térmico. Seguimos sin poder confirmar cuántos son con exactitud".

En ese momento, otro agente irrumpió en la sala con un teléfono en la mano.

-"Comandante", dijo con gravedad. —"Los servicios de inteligencia confirman que no se trata de un robo. Todo apunta a que estamos ante un grupo terrorista".

Le entregó el teléfono.

-"Creen que su objetivo es mantener al país en vilo, que todo el mundo mire… y después golpear con fuerza", terminó de decir.

El comandante tomó el terminal con expresión endurecida.

-"Si eso es cierto, debemos prepararnos para intervenir, cueste lo que cueste, o habrá una masacre mucho mayor", sentenció, justo antes de responder la llamada.

{De vuelta al escondite de Arturo, en el presente.}

-"¡Cómo has crecido!", exclama él con una amplia sonrisa, sentándose a su lado en un taburete. —"Te has convertido en una mujer verdaderamente hermosa, como tu madre… aunque conservas la mirada de tu padre, eso sí, tienes los ojos de ella, si bien… los tuyos brillan con más intensidad", sonríe con

afabilidad. —"No imaginé que fueras a ser tú cuando él me pidió que te recogiera junto a vuestra antigua casa".

-"¿Conoces a mis padres?", pregunta Valeria con la mirada aún perdida, como si caminara a tientas entre recuerdos y emociones.

-"¡Ya lo creo!", responde Arturo con una sonrisa cálida, cargada de nostalgia. —"Tu padre y yo trabajamos juntos durante años. Él era de las fuerzas especiales, uno de los primeros candidatos para el proyecto que yo creé, y tu madre…".

Su voz se suaviza, casi se quiebra.

-"Ella era una de las mujeres más amables y luminosas que he conocido, una persona maravillosa".

Hace una pausa y el silencio entre ambos se carga de peso, como si el recuerdo aún doliera.

-"Siento mucho su muerte, Nora".

Valeria suspira y baja la mirada.

-"¿Cómo sabes que murió?", murmura, apenas audible, como si decirlo en voz alta volviera a desgarrarla por dentro.

La luz en el rostro de Arturo se apaga, una sombra de tristeza lo envuelve y sus ojos se pierden en un punto lejano.

-"Tu padre siempre supo de vosotras, lo érais todo para él", dice con voz baja y temblorosa. —"Se mantuvo al tanto desde las sombras… nunca os contactó porque el riesgo era demasiado alto, pero nunca os perdió la pista".

Valeria lo mira y una lágrima solitaria escapa de su ojo derecho, resbalando silenciosa por su mejilla.

-"Lo entiendo… y no le culpo. Aunque ahora soy Valeria, lo he sido durante más tiempo de lo que fui Nora", dice, con la voz quebrada.

Arturo sonríe con ternura.

-"Nunca se perdonó haberse alejado, estuvo a punto de ser descubierto cuando tu madre murió… y otra vez cuando tú desapareciste. Si no hubiera sido por protegerme a mí y a mi familia, lo habría dejado todo y habría ido a Chicago sin pensarlo".

-"Estoy segura de ello", responde ella, devolviéndole la sonrisa con sinceridad. —"Y gracias, de verdad. Si no me hubieras sacado de la nieve, habría muerto allí".

-"¡Bah, tonterías!", dice él, restando importancia con un gesto exagerado de la mano. —"Tu padre jamás te habría dejado morir, si se fue, sería por una buena razón. Además, sabía que podía contar conmigo… no estaba lejos".

Se levanta y camina hacia una mesa cercana.

-"¡Ah!", dice, tomando un vaso. —"Te he preparado una infusión relajante, seguro que te sienta bien a la garganta".

Valeria coge el vaso con la mano derecha y Arturo le coloca una pajita con cuidado.

-"Gracias. Entonces… si trabajaste con él, ¿sabrás qué es el SFR?", pregunta ella, sin rodeos. —"Vi esas siglas en su uniforme cuando era niña, pero no he encontrado nada referente a ello".

Arturo desvía la mirada por un instante y vuelve a sentarse con lentitud.

-"Servicio de Fuerzas Reservadas…", murmura, casi como si temiera que alguien lo escuchara.

-"Bonito nombre", responde ella, irónica, arqueando una ceja. —"¿Y eso qué significa exactamente?".

-"No estoy seguro de si debería hablarte de eso…".

Valeria da un sorbo a la infusión sin apartar la mirada.

-"¿Por qué no?, he llegado hasta aquí, ¿no? Creo que merezco alguna respuesta".

Arturo asiente lentamente.

-"Tienes razón", concede. —"Empezó como un proyecto clasificado de la OTAN. La idea era crear unidades especiales con soldados de altas capacidades para los ejércitos de la alianza, y eligieron la Sierra de Gredos para construir la base militar y los laboratorios secretos".

Valeria lo escucha atentamente, en silencio, dando pequeños sorbos, como si bebiera de un batido.

-"¿Altas capacidades?", pregunta.

-"Sí, los llamamos Soldados ECHO: Enhanced Combat Humanoid Organism en inglés", asiente. —"Para resumir y no aburrirte con tecnicismos: soldados modificados genéticamente, diseñados para ir más allá de los límites humanos".

Valeria termina la infusión y la pajita emite el típico sonido al absorber las últimas gotas.

-"Vale… eso me suena, ¿por eso mi padre es tan fuerte?".

-"Exacto", responde él, retirándole la taza. —"Tu padre fue el único en superar las exigentes pruebas de capacitación de la primera hornada de candidatos".

Valeria se queda pensativa, llevándose la mano al mentón.

-"¿Y yo qué tengo que ver con todo eso?, ¿experimentaron conmigo?, ¿por qué mi madre huyó a Chicago?".

Arturo gira sobre el taburete, se pone en pie de golpe y comienza a dar vueltas en torno a la camilla, visiblemente inquieto.

-"Nadie experimentó contigo", dice, deteniéndose de repente. —"Verás…".

{Mucho tiempo atrás, cuando Nora tenía un año.}

Era tarde, por la noche. Arturo, con el cabello castaño, sin canas, pero tan desordenado como siempre, estaba absorto en el microscopio. Sus ojos se movían con precisión tras los cristales de sus gafas, que se deslizaban peligrosamente por la punta de su nariz.

A su alrededor se extendía un laboratorio impoluto y vasto, repleto de tecnología de vanguardia. Más allá de varias mesas repletas de equipos, una sala anexa albergaba cuatro cápsulas criogénicas del tamaño de sarcófagos, cada una conectada a una maraña de cables, tubos y monitores que parpadeaban silenciosamente en la penumbra.

Unos pasos resonaron tras él haciendo que Arturo se sobresaltara, girándose bruscamente, justo cuando una mano se posaba sobre su hombro.

-"Vaya susto me has dado, León", dijo, recolocándose las gafas con un gesto automático.

Detrás de él, un hombre alto y moreno, vestido con un uniforme militar con las siglas SFR en el pecho, lo observaba con una mirada serena, casi fraternal. Pese a ello, su imponente físico y la rigidez de su porte imponían respeto: producto del entrenamiento más duro del ejército.

-"¿Tienes los resultados?", preguntó con voz grave, pero sorprendentemente suave.

Arturo asintió, se levantó y tomó una carpeta sin rotular de una bandeja cercana.

-"Lo he impreso por si querías verlo con tus propios ojos".

León la abrió con cautela y comenzó a revisar las hojas, pasando una tras otra en silencio.

-"Es exactamente como sospechabas", dijo Arturo, observándolo con atención. —"Tu hija ha nacido con diversas… desviaciones en su genoma".

-"¿Qué tipo de desviaciones?, ¿tendrá problemas de salud?".

Arturo negó con la cabeza mientras señalaba una de las hojas.

-"Bueno, para ser más exactos… en realidad se trata de un genoma completamente nuevo, nunca antes documentado", hizo una pausa y sonrió con asombro. —"¿Problemas de salud? ¡Más bien al contrario!, será raro que enferme alguna vez".

León parpadeó, repasando los datos que Arturo le iba indicando.

-"¿Estás diciéndome que… ella es exactamente lo que hemos intentado crear aquí?".

Arturo asintió, cada vez más entusiasmado.

-"¡Es mucho más!, ¡es un auténtico milagro de la naturaleza!", le quitó los documentos con delicadeza y los extendió sobre la mesa. —"Mira esto: María, no sólo se quedó embarazada, cosa que creíamos imposible, porque tú, sin margen de duda, eres estéril debido a tu modificación genética… sino que además, el embrión, de forma natural, asimiló la fórmula, la estabilizó y la mejoró. Tu hija es lo que soñamos: una versión perfecta y

estable del ECHO, sin ninguno de los terribles efectos secundarios que padecéis".

León abrió mucho los ojos, atónito.

-"Entonces… ¿ella es la clave para eliminar la tasa de mortalidad en los candidatos?".

-"Sí", asintió Arturo, aunque su voz perdió parte del entusiasmo y adoptó un matiz sombrío. —"Con su genoma, podríamos reducir la tasa de mortalidad del noventa por ciento actual a un diez, tal vez menos. Incluso es posible que los nuevos *Echos* ya no necesitaran regenerarse en los tanques criogénicos cada setenta y dos horas, como vosotros".

León entrecerró los ojos y lo miró con seriedad.

-"Suelta lo que estás callando, lo veo en tu cara. ¿Qué problema hay?".

Arturo respiró hondo y exhaló lentamente.

-"Como científico, tendría que decirte que para integrar su código genético al proyecto… habría que diseccionarla, y como te imaginarás… no sobreviviría al proceso".

El silencio se hizo denso por un instante, luego, Arturo tragó saliva y levantó la mirada, firme.

-"Pero como amigo, te digo que al diablo con el proyecto, esto se queda entre nosotros. ¡Es tu hija, joder!, es una bendición, no un espécimen de laboratorio".

León asintió, con los ojos clavados en los de Arturo, destellando ambos con determinación.

-"Estoy de acuerdo, no voy a convertir a mi hija en un experimento".

Sin decir más, recogieron los documentos y los introdujeron en un recipiente ignífugo, encendieron una llama y el fuego devoró lentamente las hojas. Durante unos segundos, ambos observaron en silencio cómo las llamas crepitaban, reflejadas en sus pupilas, como una profecía escrita en fuego de todo lo que aún estaba por venir.

{De vuelta a Chicago, frente al banco. Cinco meses antes del reencuentro con su padre.}

El bullicio dentro del puesto de mando crecía con cada minuto que pasaba, la tensión era palpable, el asalto al banco estaba a punto de comenzar y la Policía ultimaba detalles.

-"Comandante, los equipos de asalto informan que están todos en posición y a la espera de órdenes", informó un agente desde su asiento.

-"¿Y los artificieros?", preguntó el comandante, sin apartar la vista de los monitores.

-"Listos y aguardando, señor", respondió otro oficial. —"Entrarán en cuanto el banco esté asegurado".

-"Bien, entonces…".

Una ovación repentina del público interrumpió sus palabras. Un murmullo creciente, seguido de vítores, comenzaba a extenderse entre la multitud congregada al otro lado del cordón policial.

-"¡Allí, allí!", gritó alguien, señalando con el brazo hacia las azoteas.

Una figura apareció, deslizándose entre los edificios con la agilidad de un felino salvaje. Cada movimiento era fluido, casi imposible de seguir, desplazándose y saltando de fachada en fachada como si desafiara la gravedad, arrancando exclamaciones de asombro a su paso. Al llegar a la entrada del banco, se lanzó desde una gran altura y aterrizó con una gracia imposible, como si el salto hubiera sido apenas de un par de metros.

-"Una figura misteriosa acaba de irrumpir en la escena atravesando el cordón policial por las azoteas", relataba en directo un periodista, apuntando con su micrófono hacia la fachada. —"Ha descendido justo frente a la entrada del banco y lo ha hecho con una destreza que desafía toda lógica".

Los focos se encendieron y la iluminaron por completo. Allí estaba ella, erguida frente a la entrada principal, como una estatua desafiante, impasible ante las decenas de armas y cámaras que se alzaban apuntándola.

-"Está en una zona restringida, abandone el lugar de inmediato", ordenó una voz por megafonía, resonando por las

calles.

Pero la figura no se movió, sus ojos amarillos recorrían el mar de cabezas, buscando algo más allá de las cámaras y las miradas incrédulas, mientras su cabello rojo anaranjado ondulaba con el viento, dándole un aire tan inquietante como fascinante. Vestía unas mallas y un top deportivo en rosa y negro, una elección que acentuaba aún más el contraste entre su presencia letal y su apariencia informal.

Vindicare sonrió, divertida. Una sonrisa amplia, feroz, que dejaba al descubierto sus colmillos afilados como pequeños puñales. Luego alzó la mano y formó una V con los dedos índice y corazón, dedicándosela al público como si fuera una estrella saludando desde un escenario.

Sin más, caminó hacia la entrada y cruzó el umbral con total naturalidad, como si no estuviera en medio de una operación táctica a punto de estallar.

-"Estamos viendo algo inaudito", comentaba otra periodista, aún con el micrófono temblando de emoción. —"Una mujer, sí, una mujer en mallas rosas, ha descendido de los edificios como caída del cielo, ha saludado con un gesto de victoria… y acaba de entrar por la puerta principal del banco, como si nada".

En el interior, nada más atravesar la puerta, dos hombres armados con fusiles AK—47 emergieron de las sombras, apuntándola de inmediato.

-"¿Quién coño eres tú?", espetó uno, sin bajar el arma ni un milímetro.

Vindicare levantó lentamente las manos, con gesto tranquilo, como si aquello no fuera más que una escena ensayada.

-"Hola, chicos", saludó con su voz aguda, rasgada y profunda. —"Sólo vengo a unirme a los rehenes".

Los dos se miraron, alzando las cejas bajo los pasamontañas, desconcertados, y tras intercambiar una seña, aparecieron otros dos. Sin mediar palabra, se acercaron y le ataron las muñecas a la espalda con bridas de plástico, apretándolas con más fuerza de la necesaria.

Los recién llegados la escoltaron hasta una sala amplia donde un gran número de personas permanecían sentadas en el suelo, vigiladas por cuatro hombres equipados como los primeros, con tecnología militar de última generación.

-"Visores nocturnos, cámaras térmicas…", comentó Vindicare en voz alta mientras avanzaban. —"Protección balística completa, armamento táctico... vaya, ¿esperáis a los Marines o a los *Vengadores*?".

-"¡Cierra la puta boca!", gruñó uno de los hombres, golpeándola en la espalda con la culata del fusil.

Ella trastabilló hacia adelante, cayendo de rodillas al suelo.

-"¡Auuuch!", protestó, haciendo una mueca de dolor exagerada. —"¡Así no se trata a una dama!".

-"¡A la próxima te parto los dientes, zorra!", rugió el hombre, alzando de nuevo el arma.

Vindicare bajó la cabeza y se encogió ligeramente de hombros, como una niña regañada, aunque sus ojos brillaban con una chispa burlona.

-"¡¿Qué pasa aquí?!", interrumpió una nueva voz.

Dos hombres más entraron en la sala. Uno de ellos llevaba en el hombro dos divisas rojas que lo distinguían claramente del resto y su sola presencia impuso silencio.

El agresor se cuadró de inmediato.

-"Jefe, esta tía acaba de entrar por la puerta principal como si nada", dijo, intentando sonar profesional.

-"La muy loca dice que quiere ser rehén", añadió el otro con una risa nerviosa.

El jefe se acercó a Vindicare, inclinándose hacia ella y agarrándole las mejillas con una sola mano, apretándolas con fuerza mientras la examinaba a través del pasamontañas.

-"Pues si tiene tantas ganas de morir… adelante, ponedla con los demás", ordenó con desprecio.

-"Sí, jefe", asintió uno de los hombres, levantándola del suelo por las axilas y empujándola con brusquedad. —"¡Camina!".

-"Un segundo", dijo ella, deteniéndose y mirando a su alrededor con calma, contando en voz alta. —"Uno… dos…

tres… cuatro…”.

-“¡He dicho que camines!”, gritó el guardia, empujándola de nuevo.

Pero esta vez, Vindicare ni se inmutó, el empujón fue como golpear una estatua; el hombre rebotó, perdió el equilibrio y cayó de espaldas, estupefacto.

-“Ocho en esta sala”, continuó ella, ignorándolo. —“Más los dos de la entrada… ¿sois diez en total, o hay algún otro escondido por ahí?”, preguntó con total normalidad.

El jefe se acercó, furioso, con la mirada fija en ella mientras su compañero se incorporaba en silencio, humillado.

-“¿Y a ti que mierda te importa?”, le susurró al rostro, desafiante.

Vindicare sonrió, una sonrisa desarmante, con un destello salvaje en los ojos.

-“Obvio… para saber a cuantos tengo que matar”, dijo con una leve risita maliciosa.

Acto seguido, Vindicare echó la cabeza hacia atrás y descargó un cabezazo brutal que impactó de lleno en el rostro del líder con un chasquido de cartílago y hueso al romperse, seco y espeluznante. La frente de Vindicare le aplastó la nariz con tal violencia que lo derribó al instante, con la sangre brotando a borbotones y empapando el interior del pasamontañas.

Los tres hombres más cercanos reaccionaron de inmediato, levantando sus armas, pero antes de que pudieran siquiera rozar el gatillo, Vindicare ya se había lanzado hacia el más próximo. Le hundió la rodilla en la entrepierna con una fuerza devastadora, arrancándole un grito sordo antes de desplomarse al suelo con la pelvis destrozada.

-“Así aprenderás a tratar a una dama”, espetó ella con tono burlón.

Otro enemigo, a su izquierda, le apuntó directo a la cabeza, a quemarropa, pero Vindicare rompió las bridas como si fueran hilo húmedo y, con un movimiento fulminante, desvió el cañón con la mano. El disparo erró su blanco y la boca del arma se alineó con uno de los guardias que vigilaban a los rehenes. La ráfaga salió

disparada en ese mismo instante, la mayoría de proyectiles chocaron en sus protecciones, pero uno le alcanzó el rostro, entrando por la cuenca ocular y abatiéndolo antes siquiera de que alcanzara a comprender lo que ocurría.

Instantáneamente después, giró sobre sí misma y lanzó una patada al atacante, que voló por los aires desprendido de su arma, hasta chocar violentamente contra la pared. El impacto levantó polvo y dejó una grieta visible en el hormigón con un sonido a huesos rotos.

Vindicare atrapó el fusil como si fuera un bate y lo empuñó con fuerza. El tercer atacante consiguió dispararle varias veces, alcanzándola en el costado y el hombro, pero ella no se detuvo, y con un giro demoledor, le hundió el casco balístico contra el cráneo. El sonido fue como el de una sandía estallando, esparciendo masa encefálica, hueso y sangre por alrededor.

Los tres hombres restantes, aún junto a los rehenes, abrieron fuego al unísono, pero Vindicare ya no estaba donde la esperaban. Se movía como una sombra incorpórea, deslizándose por el suelo, trepando por las paredes, cruzando incluso el techo, como si la gravedad no la afectara, como si fuera parte del entorno mismo.

Las ráfagas vaciaron los cargadores en segundos, llenando el aire de casquillos humeantes sin que ninguna bala lograra alcanzarla.

En el momento exacto en que los hombres introducían nuevos cargadores, rápidos, entrenados, metódicos, Vindicare aterrizó entre dos de ellos y apenas terminaron de armar sus fusiles, desataron otra lluvia de disparos a escasa distancia.

Sin embargo, esta vez, ella no esquivó, sino que se quedó quieta, abriendo los brazos en cruz.

Las balas la atravesaron una tras otra, perforando su cuerpo, desgarrando músculo y piel, salpicando sangre por todas partes. Parecía una ejecución sangrienta, una carnicería despiadada, un fusilamiento apresurado.

Los rehenes no podían creer lo que estaban presenciando. La escena ante ellos era tan brutal, tan desbordante de violencia, que muchos apartaron la mirada, algunos vomitaron, vencidos por sus

entrañas traicioneras, y otros se taparon los oídos, intentando bloquear los horribles sonidos de huesos rompiéndose y carne desgarrándose como si el infierno se hubiera desatado a pocos metros de ellos.

Pese a todo, cuando los cargadores se vaciaron por segunda vez… no fue Vindicare quien cayó, a pesar de las innumerables heridas. Aunque su cuerpo estaba completamente ensangrentado y agujereado, seguía en pie, sonriendo, y lo hacía con una expresión que era más de placer que de dolor, como si cada bala hubiese sido una caricia íntima.

En cambio, los que sí cayeron fueron los dos hombres que tenía a ambos lados. En su desesperación por detenerla, terminaron abatiéndose entre ellos al disparar a través de su figura, desplomándose como marionetas sin hilos.

El tercer y último hombre, algo más alejado, aún sostenía su fusil, paralizado, observando con horror de primera mano cómo las heridas de Vindicare empezaban a cerrarse solas; la carne remendándose, la sangre deteniéndose y la piel volviendo a sellarse como si retrocediera en el tiempo. El pánico le congeló los músculos y su dedo no fue capaz de volver a apretar el gatillo.

Vindicare comenzó a caminar hacia él lentamente, tocándose el cabello y balanceando las caderas con una cadencia casi hipnótica, con los ojos fijos en los suyos mientras se lamía los labios con una mezcla de amenaza y morbosa sensualidad.

El hombre soltó el arma de inmediato, levantando las manos con desesperación.

-"¡Me rindo!", exclamó, temblando como una hoja sacudida por el viento.

Ella se acercó con calma, lo agarró del chaleco y le arrancó el casco junto al pasamontañas, acercando su rostro al de él, olfateándolo como una fiera a su presa. Volvió a lamerse los labios, esta vez rozando su cuello, en un gesto tan perturbador como excitante.

-"Lo siento, cariño", susurró con una voz dulce y venenosa. —"Pero necesito tu sangre".

Entonces, sin más, hundió sus colmillos en la yugular. El hombre soltó un gemido ahogado mientras su cuerpo convulsionaba y un hilo de orina se extendía desde su entrepierna, testigo mudo del miedo más absoluto.

Los dos guardias de la entrada acudieron tan pronto como escucharon los disparos, pero cuando irrumpieron, ya era demasiado tarde. Lo que encontraron fue peor que cualquier pesadilla: todos sus compañeros yacían muertos, mientras Vindicare, se aferraba al último de ellos, con los labios aún pegados a su cuello mientras un delgado hilo de sangre se deslizaba por la comisura de su boca.

-"¿Qué cojones…?", balbuceó uno de ellos, incapaz de procesar lo que veía.

Los ojos dorados de Vindicare se alzaron hacia ellos, brillando con fiereza, sin siquiera soltar a su presa. Ambos hombres abrieron fuego de inmediato, pero ella, con un movimiento felino, interpuso el cuerpo del cadáver como escudo humano mientras seguía alimentándose de él.

Cuando la ráfaga terminó y el aire todavía estaba cargado de pólvora, ella rodó bajo una mesa antes de que pudieran seguirla con la mira de sus armas. Sólo quedó el cadáver de su compañero yaciendo acribillado en el suelo, y de ella, ni rastro.

Al segundo siguiente, un leve crujido de cristales tras ellos les hizo darse la vuelta, y ahí estaba, erguida, sonriendo, la misma expresión insolente y perturbadora con la que había entrado hace escasos momentos.

Antes de que pudieran reaccionar, Vindicare se abalanzó sobre ellos, les arrebató las armas con un solo movimiento fluido, lanzándolas lejos, y en el mismo instante, desató una lluvia de zarpazos imparable. Sus uñas se convirtieron en cuchillas, desgarrando sus rostros, arrancando piel, carne y gritos. Los hombres no tuvieron tiempo de defenderse, cayeron al suelo entre estertores sanguinolentos, dejando tras de sí una estela roja y de horror.

Tras la tormenta, el silencio se apoderó de la sala. Únicamente se oían los murmullos temblorosos de los rehenes, respiraciones

entrecortadas y sollozos contenidos. Nadie se atrevía a moverse, era como si un simple gesto pudiera desatar otro infierno.

Vindicare los observó en silencio, estaban paralizados por el miedo, los ojos abiertos de par en par, atrapados entre la incredulidad y el horror.

-"No temáis", dijo con una voz dulce, casi maternal, levantando las manos ensangrentadas como si quisiera abrazarlos. —"Ya estáis a salvo".

La imagen era grotesca: empapada en sangre hasta los codos, con los restos de la masacre pegados al cuerpo... y aún así, hablaba con ternura, como una madre monstruosa que había acabado con los lobos frente al rebaño.

Entonces, el sonido de alguien arrastrándose cerca rompió la quietud. Vindicare giró la cabeza y vio al líder, aún con vida, goteando sangre desde su pasamontañas empadado, avanzando como un gusano hacia un pequeño mando negro con una antena y un botón rojo.

Vindicare lo dejó hacer, observándolo con una ceja arqueada, casi divertida, y justo cuando sus dedos rozaron el dispositivo, ella le pisó la mano para detenerlo.

-"¿Un detonador con botón rojo?", dijo con sorna. —"¡Qué cliché tan encantador!".

Presionó aún más fuerte con el pie, aplastándole los dedos contra el suelo. El líder gritó, pero su grito se convirtió en un gorgoteo cuando Vindicare le estalló la cabeza bajo su otro pie, un sonido húmedo, definitivo.

-"Ugh, qué desagradable…", frunció el rostro con fingido asco. —"Se me ha metido dentro de las deportivas".

Sorpresivamente, tres disparos no esperados resonaron, alcanzando de lleno el cráneo de Vindicare, que se desplomó de espaldas como un saco de arena.

El hombre con la pelvis rota, desde el suelo, jadeante, empapado en sudor y sangre, sujetaba una pistola con ambas manos. Desde ahí, vació el resto del cargador contra su cabeza, con rabia desbordada, apretando el gatillo hasta que sólo se oyó el clic metálico del arma vacía.

Se arrastró hacia el cuerpo inerte de la terrorífica mujer y comenzó a golpearle la cara con la empuñadura, una y otra vez, con la furia de alguien que ha perdido el control.

-"¡Muérete!, ¡zorra loca, maldita psicópata!", gritaba. —"¡Puta, hija de perra!".

Cuando se quedó sin fuerzas, rodó sobre sí mismo y se tumbó boca arriba, riendo entre jadeos, como quien ha vencido a su mayor pesadilla.

-"¡Púdrete! Así es como trato yo a las *damas* como tú…", musitó con una risa amarga, volviendo la cabeza para mirarla.

Y entonces la vio, observándolo de lado, recostada como si despertara de una siesta, sonriente, a la vez que las heridas se curaban.

-"¿Has terminado?", preguntó con serenidad.

-"¡Qué cojo…!".

No llegó a acabar la frase y ella ya estaba sobre él. Lo último que sintió fue el mordisco profundo en su cuello, cuando sus colmillos atravesaron la arteria y la oscuridad lo envolvió con el sonido de su propia sangre abandonando su cuerpo.

Afuera, la tensión se convertía en pánico contenido cuando los primeros disparos resonaron desde el interior del edificio y los murmullos comenzaron a expandirse como una ola por la multitud; susurros de miedo, conjeturas y una pregunta en común: *¿Qué está pasando ahí dentro?*

-"¡Empiezan a escucharse disparos dentro del banco!", informaba un periodista, encorvado tras su micrófono. —"Han comenzado poco después de que aquella extraña mujer entrara. ¿Qué estará ocurriendo ahí dentro?, y sobre todo, ¿cómo reaccionará la policía?".

-"¡Señor, se escuchan disparos!", alertó un agente dentro del centro de mando, con los auriculares aún puestos.

-"¡Qué entren los equipos de asalto inmediatamente!", ordenó el comandante, presionando el botón de la radio.

Dos unidades de cinco hombres se abrieron paso por la azotea y al mismo tiempo, otras dos unidades se aproximaron a la entrada

principal desde ambos flancos, colocándose en formación con las armas listas.

-"¡Adelante!", indicó el líder, levantando el puño y luego extendiéndolo hacia el frente.

Pero justo cuando se disponían a irrumpir, las puertas del banco se abrieron de par en par y una marea humana comenzó a salir a trompicones.

Hombres, mujeres y niños con las manos aún atadas, corrían con desesperación hacia el cordón policial, donde los agentes los interceptaron y comenzaron a cortar las bridas que se asían a sus muñecas, guiándolos hacia zonas seguras.

-"¡Increíble!, ¡no lo podemos creer!", gritaba una reportera, con el auricular torcido por la emoción. —"¡Los rehenes están saliendo por su propio pie!, y por lo que podemos ver, no parece que haya heridos graves. ¡Están todos vivos!".

Y entonces, después del último rehén, apareció ella. Emergió lentamente desde el interior, con paso firme y desenfadado, como si acabara de salir de una pasarela en lugar de un campo de batalla. Su atuendo rosa y negro ahora lucía un nuevo tono predominante: el rojo sangre, salpicado a lo largo de su cuerpo como la firma de un pintor loco.

Se detuvo justo en el umbral de la entrada y alzó el brazo derecho, con calma, formando de nuevo una V con dos dedos, una mezcla desconcertante de victoria y provocación, ¿o quizás significara otra cosa?

Durante un instante, el mundo se quedó mudo y luego estalló, rompiendo en una ovación ensordecedora, entre aplausos, gritos de alivio y vítores, con la euforia y la incredulidad sublimando a partes iguales.

-"¡Ha sido ella!", exclamaba otra periodista, conteniendo las lágrimas. —"¡La mujer misteriosa los ha salvado a todos! ¡Ella lo hizo!".

Las cámaras enfocaron su rostro manchado de sangre, aunque sereno. En sus ojos dorados no había gloria, ni orgullo, sólo calma… y algo más profundo que nadie allí supo cómo describir.

Los dos equipos SWAT a ambos flancos no perdieron un segundo, se desplegaron a su alrededor en un movimiento fluido, como una bandada de aves perfectamente sincronizadas, formando un semicírculo que la encerró por completo, apuntándola con sus fusiles automáticos.

-"¡De rodillas y con las manos en la nuca!", ordenó con firmeza el líder del grupo.

Vindicare los miró con una mezcla de ironía y cansancio.

-"Pero… si sólo he hecho vuestro trabajo", se encogió de hombros.

-"¡De rodillas, ahora!", gruñó el oficial, aumentando la tensión.

Entonces, Vindicare comenzó a toser, una tos áspera, profunda, como si algo se le hubiese quedado atascado en la garganta. Se llevó una mano a la boca y escupió una bala aplastada empapada en sangre.

-"Vaya…", murmuró, examinando el proyectil en la palma de su mano. —"Esta cabrona se me había metido bien dentro".

-"¡Última advertencia!", repitió el líder, rozando el gatillo con el dedo. —"¡Obedece o abriremos fuego!".

Vindicare deslizó la bala entre la uña del dedo corazón y la yema del pulgar, alzándola con tranquilidad.

-"Va a ser que no", sonrió.

Con un gesto seco, catapultó la bala con los dedos, como un niño haría con una canica.

El proyectil deformado impactó de lleno con gran fuerza en una de las granadas de humo que colgaban del chaleco de un agente, y en el mismo instante, una nube densa y gris los envolvió a todos con una súbita cortina.

El caos fue inmediato.

Desde el exterior, la escena parecía sacada de una película: una bruma que lo ocultaba todo, disparos aislados que resonaban dentro y la tensión en el público aumentando hasta el límite. Las cámaras enfocaban sin entender, nadie sabía qué estaba ocurriendo.

El tiroteo duró apenas unos segundos, aunque pareció eterno, y entonces, el humo comenzó a disiparse.

Cuando la visibilidad volvió poco a poco, se reveló un panorama desconcertante: los diez agentes estaban allí… pero desarmados, derribados y aún tambaleándose mientras trataban de incorporarse, magullados y confundidos, pero vivos.

La mujer, sin embargo, había desaparecido, tan misteriosamente como había llegado. Se había esfumado, como si fuera parte del propio humo, y nadie, ni policía, ni periodista, ni civil, supo explicar cómo lo hizo.

{En el presente, en el escondite de Arturo.}

Valeria escucha en silencio con la mirada clavada en Arturo y una lágrima deslizándose por su mejilla, mientras él le narra los recuerdos de su padre.

-"Te mantuvimos completamente en secreto… y lo hicimos bien", dice con un atisbo de orgullo en la voz. —"Pero cada vez era más difícil. Tú merecías salir al mundo, estudiar, hacer amigos… vivir como una niña normal".

-"¿Y los pueblos que había por esta zona?, las casas, la gente… ya no queda nada".

Arturo baja la cabeza con pesar.

-"Murieron… o se marcharon".

Ella arquea una ceja, sospechando la verdad.

-"¿Por qué?".

Arturo tarda unos segundos en responder, como si le doliera decirlo en voz alta.

-"En la base… hay dos reactores nucleares, ocultos en la montaña. Llevan años filtrando radiación al exterior, lentamente, sin que nadie lo supiera, envenenaron todo a su alrededor; personas, animales, tierra…".

Valeria abre los ojos de par en par.

-"¡Eso fue lo que mató a mi madre!".

Arturo asiente con los ojos cerrados, como si quisiera bloquear el recuerdo.

-“Sí, nos dimos cuenta demasiado tarde. Creí… creí que aún estábamos a tiempo de salvaros. ¿Tú… has tenido algún síntoma?”.

Ella niega con la cabeza, y su rostro, ahora bañado en tristeza, se ensombrece aún más.

-“No, me hicieron pruebas tras enfermar mi madre… y no había ni rastro de radiación en mi cuerpo”.

Arturo la mira con asombro y se frota el mentón.

-“Increíble… tal vez también seas resistente por naturaleza. El personal de la base estábamos protegidos, pero vosotras no, y si tu madre enfermó hasta morir… tú deberías haber mostrado algo. Sin embargo…”.

Valeria no puede contenerse más y las lágrimas brotan con fuerza de sus ojos.

-“Entonces… siempre estuvo destinada a morir”, murmura entre sollozos.

Arturo le toma su mano derecha con suavidad.

-“Me temo que sí, pero si hubiérais tardado más en iros… habría muerto antes. En cambio, te dio lo más valioso que tenía: tu infancia, tu juventud, su tiempo contigo, su amor”.

Ella no responde de inmediato, se limita a exhalar despacio, como si necesitara vaciarse por dentro antes de permitir que el silencio ocupe el espacio entre ambos.

-“¿Y tu familia?”, pregunta al fin, con suavidad.

Arturo suspira, y en su mirada asoma la nostalgia.

-“Vivíamos fuera del alcance de la radiación. Ahora están escondidos en Argentina… esperándome”.

-“Volverás a verlos”, dice Valeria, forzando una pequeña sonrisa que, aun así, consigue abrirse paso.

-“Gracias…”, murmura él. —“Los echo mucho de menos”.

Arturo estira el brazo y posa la mano sobre su hombro en un gesto instintivo de apoyo, pero Valeria deja escapar un leve gemido de dolor.

-“Perdón”, dice él de inmediato, retirando la mano. —“Voy a ponerte más analgésicos, necesitas descansar”.

Se levanta de la silla, pero apenas ha dado un paso cuando Valeria lo sujeta de la bata con una mano temblorosa, aferrándose a él como un ancla.

-"Espera… por favor", susurra apenas, con la voz cansada. —"Cuéntame más cosas de mis padres".

{Más en el pasado, cuando Nora tenía seis años.}

León llegó a la casa de la montaña a media tarde. Nada más abrir la puerta, escuchó unos pasos veloces y, en cuestión de segundos, Nora apareció corriendo por el pasillo, cruzando el salón a toda prisa, alertada por el clic de la cerradura.

-"¡Papi, papi!", gritaba, lanzándose hacia él. —"¡Ya estás en casa!".

Se le aferró a la pierna con fuerza y León sonrió, alzándola en brazos con facilidad.

-"Hola, mi vida", le dijo, besándola en la frente. —"¿Qué tal ha ido el día?".

-"¡Genial!", exclamó ella con los ojos brillando. —"¡Mr.Bigotes ya no va a morirse nunca más!".

León arqueó una ceja, confuso, entonces apareció María, sosteniendo entre las manos un gato de peluche con largos bigotes y expresión simpática.

-"Este es su nuevo cuerpo", explicó la madre con una sonrisa. —"Ahora es inmortal".

Desde los brazos de su padre, Nora estiró las manos con entusiasmo para alcanzar al peluche. María se lo entregó y la niña lo abrazó con fuerza, como si sujetara un tesoro.

-"Vaaale…", dijo León, bajando a su hija al suelo. —"¿Puedo saber cómo ha pasado eso?".

-"Es un secreto, papi, la magia no se puede revelar", respondió Nora con aire misterioso, corriendo por el pasillo abrazada al felino de algodón.

León y María la siguieron con la mirada, sonriendo, y cuando la niña desapareció tras la esquina, ella se acercó, le rodeó el cuello

con los brazos y lo besó, largo y dulce.

-"¿Me vas a contar lo del gato ahora?", preguntó él, divertido.

-"¿Te acuerdas del gatito que siempre rondaba por aquí?, el que no se separaba de Nora".

-"Cómo olvidarlo… el auténtico Mr.Bigotes. Aunque yo le habría llamado Mr.Arañazos: ningún mueble ha sobrevivido a sus uñas".

-"Pues esta mañana, mientras recogíamos moras por el campo, lo encontramos muerto", dijo ella con tristeza. —"Nora no paraba de llorar".

León frunció el ceño, sorprendido.

-"Pues parece que ya se le ha pasado".

-"Casualmente", respondió María, sentándose en el sofá. —"Al pasar por una tienda del pueblo vi ese peluche, y cómo es idéntico al de verdad, no me lo pensé".

Le indicó a León que se sentara mientras continuaba hablando.

-"Al llegar a casa, le hicimos un entierro en condiciones al pobre animal, dándole un adiós digno", narraba ella con ternura. —"Y justo antes de que alcanzara el más allá animal, lancé un hechizo para transferir su espíritu al nuevo cuerpo".

León la miró con una sonrisa divertida mientras se sentaba a su lado.

-"Vaya... nunca me habías dicho que sabías hacer magia".

-"Sé hacer muchas cosas", respondió María con una sonrisa pícara, antes de abalanzarse sobre él y fundirse en otro beso, esta vez, más largo, más profundo… lleno de mimos, caricias y todo lo que el amor calla, pero siente.

Ya había caído la noche y Nora dormía plácidamente, arropada entre las sábanas, mientras su padre le leía el final del cuento con voz suave.

-"Y entonces, Cenicienta y el príncipe fueron felices… y comieron perdices".

León cerró el libro en silencio. La habitación quedó sumida en una calma acogedora, apenas perturbada por el susurro de las cortinas que danzaban al ritmo de la brisa nocturna, y durante unos

instantes, se quedó allí sentado, contemplando a su hija dormida, abrazada con fuerza a su peluche, tan dulce, tan inocente, tan en paz…

Se inclinó, le besó la frente y, con movimientos lentos, cerró la ventana. Luego se retiró sin hacer ruido, cerrando la puerta con el cuidado de quien guarda algo frágil y valioso.

Al bajar al piso inferior, encontró a María tumbada en el sofá, con un camisón ligero y la televisión encendida en silencio. Al verlo, se incorporó con una sonrisa y León se acercó, sentándose junto a ella.

-"¿Qué tal el cuento?, ¿le ha gustado?", preguntó ella en voz baja.

-"No ha podido decírmelo… se quedó dormida en cuanto terminé", respondió él, aún con la ternura en los ojos.

María sonrió y, con un movimiento sutil, se acomodó sobre él, sentándose en su regazo. Sus labios se encontraron en un beso lento, cálido, mientras sus manos se deslizaban por el abdomen de León, buscando con impaciencia los botones de su pantalón.

-"Ahora nos toca a nosotros continuar el cuento…", susurró ella, con un brillo travieso en la mirada y la voz cargada de deseo.

León recorrió sus muslos con las manos, lentamente, ascendiendo por sus caderas y acariciando el contorno de su cintura hasta llegar al pecho. Allí se detuvieron un instante, antes de deslizar con suavidad la delicada prenda que la cubría, dejándola al descubierto bajo la tenue luz de la pantalla.

Las manos de ella encontraron con destreza lo que tanto ansiaban bajo su pantalón, liberándolo con suavidad y guiándolo entre sus muslos, invitándolo a fundirse en ella.

En un gemido contenido, sus cuerpos se unieron con intensidad, y en ese abrazo ardiente dejaron atrás el mundo, entregándose por completo, no sólo con la piel, sino también con el alma.

El clímax los arroyó a ambos, intenso, demoledor, como una gran ola que lo arrasa todo, y de repente, alguien llamó a la puerta, rompiendo el hechizo aún con los jadeos en sus gargantas.

-"¿A estas horas?", preguntó ella, aún con la respiración entrecortada.

Se separaron apresuradamente, recolocando la ropa con torpeza. León se dirigió a la entrada, miró por la mirilla y frunció el ceño antes de abrir.

-"Arturo… ¿ha pasado algo?", preguntó, sorprendido.

-"Tenemos que hablar", respondió él, visiblemente tenso.

En ese momento, María se acercó con el camisón aún algo revuelto.

-"Cuánto tiempo, Arturo, ¿cómo está tu familia?, no os veo desde que os mudasteis a Ávila", preguntó con tono amable.

Arturo esbozó una sonrisa sincera.

-"Todos bien, gracias, y tú también, por lo que veo… estás radiante, como siempre".

Ella le devolvió la sonrisa y le dio dos besos en las mejillas.

-"Bueno, yo me subo a la cama, os dejo con lo vuestro", dijo, besando a León en los labios antes de desaparecer por las escaleras.

Los dos hombres se quedaron a solas y caminaron en silencio hasta la mesa de la cocina, sentándose frente a frente, con el peso de las palabras aún por venir suspendido entre ellos.

-"Tenemos que ejecutar tu plan para sacarlas de aquí de inmediato", dijo Arturo con urgencia en la voz.

León frunció el ceño al notar la inquietud en su mirada.

-"Aún tenemos margen, Nora está bien oculta y quedan cosas por preparar", respondió, firme.

-"No, León, ya no hay tiempo", replicó Arturo en voz baja, casi en un susurro. —"El nuevo director está endureciendo los protocolos, no se fía de nadie, nos están investigando a todos".

-"Eso ya lo preveíamos, estamos listos. No puedo despedirme de ellas todavía", insistió León, conteniendo la tensión. —"Confía en mí, lo tengo bajo control".

Arturo soltó un largo suspiro.

-"Claro que confío en ti, eres el mejor con el que he trabajado, pero el problema ya no es sólo el sistema… hay algo mucho más grave".

León alzó la mirada con atención, fijándose en sus ojos.

-"Hemos detectado filtraciones de radiación en la montaña", continuó Arturo con el rostro sombrío. —"No sabemos cuán extendidas están… ni cuánto tiempo llevan ocurriendo".

Los ojos de León se agrandaron, con el miedo cruzando su rostro sin disimulo.

-"María y Nora corren un serio peligro", concluyó Arturo. —"Y quizás toda la montaña".

-"Pues las trasladaremos fuera del radio", replicó León.

-"Demasiado arriesgado, amigo mío, podrían descubrirlas", afirmó Arturo con rotundidad. —"Hay que ejecutar el plan ya".

{De vuelta en Chicago, tras huir del banco.}

Vindicare se desplazaba a toda velocidad por las azoteas, alejándose del área controlada por la Policía, saltando entre edificios con la agilidad de una pantera y la ligereza de una acróbata. Volteretas, giros, piruetas; cada obstáculo era un juego, cada salto una carcajada, reía sin contenerse, como si la ciudad entera fuese su patio de recreo.

Entonces, una detonación lejana cortó su alegría de golpe, y antes de que pudiera cambiar de trayectoria, una bala de gran calibre, más rápida y precisa que cualquier otra, le perforó el hombro en pleno vuelo.

El impacto fue brutal, su cuerpo se detuvo en seco en el aire, suspendido a más de quince pisos de altura, y luego cayó como una muñeca rota. Se estrelló contra una escalera de incendios, doblándola con el golpe, y siguió descendiendo hasta impactar contra un contenedor metálico en medio de un callejón. El estruendo fue ensordecedor, el eco se propagó por toda la calle y la chapa del contenedor quedó hundida como si fuera papel de aluminio.

Emergió a duras penas de entre los restos de basura, tambaleándose, con el hombro destrozado y la carne abierta como si hubiera explotado desde dentro.

-"¡Joder!", espetó con la respiración entrecortada. —"¿Con qué cojones me han disparado?, ¡ha dolido que te cagas!".

Se arrastró por el suelo, gruñendo de rabia, mientras los huesos rotos crujían al recomponerse solos y la herida comenzaba a cerrarse lentamente, regenerando músculo y piel con un esfuerzo visible.

-"Como pille al que ha disparado…", murmuró, incorporándose con dificultad.

Pero antes de que se levantara, una sombra se movió tan rápido como una ráfaga de aire. En un abrir y cerrar de ojos, una figura oscura apareció a su lado sin que llegara a percibirla, silenciosa, letal, y en el mismo instante, la hoja de una espada le atravesó el cuello con precisión quirúrgica, dejándola clavada boca abajo en el suelo.

-"Ya eres mía", susurró la sombra.

LA HIJA

parte 2

{Dos años antes del reencuentro entre León y Valeria.}

Arturo llegó a su casa agotado, arrastrando los pies tras un largo día de trabajo.

-"Cariño, siento el retraso, tuve que terminar unos informes", dijo mientras cerraba la puerta tras de sí. —"¿Queda algo de cena?".

Pero su voz se cortó de inmediato al entrar en el salón. Un imponente hombre con uniforme militar se encontraba de pie frente a su mujer y su hijo adolescente, que sentados en el sofá, tenían el rostro pálido, congelado por el miedo.

Arturo parpadeó, desconcertado, hasta que reconoció al hombre.

-"¿León?, ¿qué ocurre?".

León bajó la cabeza y suspiró profundamente.

-"Has arriesgado demasiado… te han descubierto".

Arturo se acercó a su familia y se sentó junto a ellos, sin apartar la vista de su amigo.

-"¡Era necesario!, tenía que frenar los últimos avances del proyecto", dijo con urgencia en la voz. —"¿Qué hacemos ahora?".

León suspiró y lo miró con el ceño fruncido, serio.

-"Creo que no lo has entendido, Arturo. El director me ha enviado para mataros, a ti… y también a ellos".

El rostro de Arturo se descompuso.

-"¿Matarnos?", balbuceó, pálido como la cera. —"A mi familia no, no tienen nada que ver, por favor…".

León suavizó el gesto y bajó la voz.

-"Tranquilo, moriría antes que haceros daño. Tendrían que mandar a todos los *Echos* disponibles para pasar por encima de mí".

Luego, se agachó, quedando a su altura.

-"Si me han enviado a mí es porque no sospechan que estamos trabajando juntos, así que podemos usar eso a nuestro favor", hizo una pausa y bajó aún más la voz. —"Fingiremos vuestra muerte y os marcharéis lejos… desapareciendo para siempre".

Arturo miró a su mujer, que lo entendió sin necesidad de palabras.

-"Cariño, ¿nos dejáis solos un momento, por favor?", le pidió.

Ella asintió con una mirada tierna, le besó los labios y se llevó a su hijo de la mano hacia el piso superior.

Cuando quedaron a solas, Arturo se volvió hacia León con determinación.

-"Hay que acabar con el proyecto, y para eso, tengo que quedarme aquí".

León se sentó junto a él.

-"Si os quedáis, no podré protegeros".

-"Ellos se irán, como dices", asiente él con determinación. —"Buscaremos un lugar para que estén seguros… pero yo no me voy, viviré en nuestro refugio".

Puso una mano firme sobre el hombro de León.

-"Me necesitas, y lo sabes, tenemos que impedir que sigan avanzando", sentenció Arturo. —"El director ha perdido el norte por completo, está buscando una forma más segura de aplicarse el proceso a sí mismo… quiere volverse el más poderoso y tomar el control absoluto, por encima de las directrices de la OTAN".

Hizo una pausa con la mirada perdida y luego añadió:

-"Y por si fuera poco, está negociando en secreto la venta de Echos a otras naciones fuera de la alianza", aseguró. —"He descubierto sus archivos, los usará para acelerar el proyecto".

Se miró la mano y apretó fuertemente el puño con impotencia, mientras continuaba hablando.

-"Podríamos precipitarnos a un conflicto global con Echos de por medio", murmuró con preocupación. —"No hace falta que te explique lo grave que eso podría llegar a ser".

León apretó los labios, el riesgo era muy grande, pero su amigo tenía razón.

-"¿Y cómo piensas luchar contra eso?", preguntó, con incertidumbre en la voz. —"Llevamos años intentándolo desde dentro y sólo hemos logrado retrasar los progresos un par de años".

Arturo respiró hondo, visiblemente cargado por el peso de su decisión.

-"No lo sé", admitió, bajando la voz. —"Pero no pienso rendirme, necesito seguir investigando".

Agachó la cabeza, con la voz quebrada por el arrepentimiento.

-"Fui ingenuo, comencé este proyecto creyendo que haríamos algo bueno para la humanidad, pero todo eso se ha perdido. Ahora sólo sirve a los propósitos de un tirano ansioso de poder".

León le tomó por los hombros con firmeza.

-"Está bien, encontraremos la manera… juntos".

{En el presente, en el refugio.}

Arturo continúa contándole todo tipo de anécdotas a Valeria mientras ella se come un sándwich que él mismo le ha preparado. Llevan un buen rato charlando cuando el crujido de la puerta de entrada los interrumpe, quedando ambos en silencio de repente, girando la cabeza hacia las escaleras, expectantes.

Arturo contiene la respiración unos segundos, pero se relaja al ver a León bajando apresuradamente. Su rostro refleja culpa y ansiedad, y en cuanto ve a Valeria, se lanza hacia ella, movido por una mezcla de alivio, miedo y amor contenidos.

-"¡Hija!", exclama al llegar a su lado, rodeándola con los brazos con suma delicadeza para no hacerle daño. —"No deberías estar en España… aunque ahora mismo da igual. ¡Me alegro tanto de verte!".

Valeria le sonríe, radiante, con los ojos brillando de emoción.

-"Tenía que venir, necesitaba respuestas… necesitaba saber más sobre ti. Nada podría habermelo impedido".

-"No cabe duda de que es hija tuya", comenta Arturo con una sonrisa. —"Es tan testaruda como su padre".

León se separa apenas para observarla mejor, mientras sus ojos la recorren con ternura y asombro.

-"Has crecido tanto… eres tan hermosa como tu madre, incluso más".

Sus dedos se deslizan por la cicatriz en el lado derecho de su rostro, acariciándola con cuidado.

-"¿Quién te hizo esto?".

Ella detiene su mano con suavidad.

-"Es una larga historia…", responde sin dejar de sonreír. —"En cambio, tú estás igual a como te recordaba".

León suelta una leve risa, que se desvanece en cuanto repara en las graves lesiones que él mismo le causó.

-"¿No debería haberse regenerado ya?", pregunta, mirando a Arturo.

-"Ella no es como vosotros", responde él, encogiéndose de hombros. —"Lo suyo fue natural, no inducido, nos queda mucho que aprender sobre el funcionamiento de sus mutaciones".

León observa su brazo izquierdo destrozado con los ojos empañados y le toma la mano derecha con ternura.

-"Lo siento mucho, hija", dice con la voz temblorosa. —"Te movías tan rápido… e incluso lograste alcanzarme con tu cuchillo. Pensé que tenía que responder con toda mi fuerza".

-"Y aun así sobrevivió a tu ataque", añade Arturo. —"Eso habla por sí solo".

-"¡Da igual!", exclama León, volviéndose hacia él. —"¡Casi mato a mi hija el mismo día que la recupero!, no tengo perdón…".

Valeria entrelaza sus dedos con los de él, acariciándolo con delicadeza, como si aún no pudiera creer que lo tiene frente a ella.

-"Tranquilo, papá… estoy bien", dice con tono suave, casi musical, melodioso, como si no le importaran sus graves heridas.

León clava su mirada en la de ella, mientras las lágrimas le caen por las mejillas.

-"¿Cómo quieres que esté tranquilo?, ¡te he destrozado los huesos del brazo!, además de varias costillas".

Pero ella sigue sonriendo, como si el dolor ya no la afectara. Luego, se gira lentamente hacia Arturo.

-"Cuando me encontraste… ¿tenía un vial dentro de un autoinyectable en la mano?".

Arturo asiente con rapidez, como si acabara de recordarlo.

-"¡Sí, es cierto!", dice, dirigiéndose a un cajón. —"Lo había olvidado por completo, lo guardé aquí para analizarlo luego".

-"¿Podrías inyectármelo?, por favor", pide ella con voz serena.

Arturo abre el cajón, saca el autoinyectable que contiene el vial con un líquido azulado en su interior y lo observa durante unos segundos, intrigado.

-"¿Qué es esto?".

-"Lo llamamos *Welixir*".

-"¿We… qué?", pregunta Arturo, frunciendo el ceño, mientras escruta el líquido con atención.

Valeria esboza una gran sonrisa, divertida.

-"La *W* viene de sumar mi nombre; *Valeria*, con el de *Vindicare*… idea de unos amigos. Lo unieron con *elixir*, y voilá, nació el *Welixir*", explica ella, descubriéndose el abdomen. —"Cosas de frikis… enseguida lo entenderás".

Arturo alza una ceja, claramente escéptico, pero no hace más preguntas y, movido más por la curiosidad que por la urgencia, le aplica la inyección junto a su ombligo y presiona con decisión hasta que todo el contenido se vacía.

Tanto él como León se quedan quietos, observándola con atención. Al principio no ocurre nada, pero apenas pasan unos segundos cuando Valeria arquea la espalda bruscamente, como si la atravesara una descarga eléctrica, con su cuerpo entero tensándose y sus músculos contrayéndose mientras los huesos en su pecho se reacomodan.

Ambos hombres se ponen de pie de inmediato, retrocediendo instintivamente, sorprendidos, sin saber si intervenir o mantenerse al margen.

Lo primero en cambiar es su cabello, que comienza a teñirse de un rojo intenso, casi incandescente, con tonos anaranjados que se expanden como fuego por su melena hasta cubrirla por completo. Al mismo tiempo, su piel adquiere un tono más vívido, con su corazón acelerando, desbocado, y la cicatriz de su rostro se vuelve más marcada, más nítida, como si fuera reciente.

Cuando el cambio en su cabello se estabiliza, su cuerpo se relaja de golpe y Valeria levanta la mirada desde la camilla con una sonrisa tranquila… pero algo en ella hace que ambos contengan la respiración.

No son sus gestos lo que les inquieta, sino sus ojos, ya que no son los mismos: el iris irradia un tono dorado sobrenatural, tenebroso y llamativo a la vez, atrayente. Entre sus labios, ahora curvados en una mueca serena, asoman unos puntiagudos colmillos que han ganado envergadura y presencia sobre el resto de su dentadura.

León, con la boca entreabierta por el asombro, va a decir algo cuando un grito desgarrador lo interrumpe. Valeria, rugiendo de dolor, se sujeta el brazo izquierdo, del que emergen crujidos espantosos desde dentro de su carne, como si sus huesos se rompieran y se reacomodaran al mismo tiempo.

Rasga el vendaje con las uñas y ante sus ojos, el antebrazo comienza a regenerarse, los músculos recuperan rigidez, la piel se cierra y la mano recupera por completo su movilidad, como si jamás hubiera sido herida.

Cuando todo cesa, Valeria se incorpora de un salto y comienza a mover los brazos y a girar el torso, haciendo estiramientos, comprobando con satisfacción que su cuerpo está completamente recuperado.

-"Pues ya estaría", dice con una sonrisa triunfal, colocando las manos en la cintura.

Ninguno de los dos responde de inmediato, están demasiado impactados para articular palabra. Sólo Arturo, tras unos segundos, levanta tímidamente la mano y señala su pecho con torpe discreción.

Valeria frunce el ceño, sigue la dirección del gesto… y da un respingo al darse cuenta de que no lleva nada puesto, salvo el

diminuto tanga. Suelta una carcajada y se cubre los pechos con las manos con fingida vergüenza.

-"¡Vaya!, qué descuido", ríe, mirando a Arturo. —"¿Tienes algo para taparme por ahí?".

Arturo se quita la bata rápidamente y se la extiende.

-"¿Te sirve con esto?".

-"Perfecto, gracias", responde ella, tomándola.

Ninguno dice nada, el silencio se instala entre los tres como una presencia densa, sin saber cómo romper la tensión. Se observan mutuamente mientras ella se coloca la prenda con absoluta naturalidad, hasta que es Valeria quien toma la iniciativa con un gesto casi teatral.

-"Os presento a Vindicare", dice con una reverencia exagerada. —"Mi *súper—yo*".

-"¿Qué acaba de pasar?", pregunta finalmente Arturo, aún desconcertado.

-"Pues…", Valeria se rasca la cabeza con una sonrisa incómoda. —"El líquido contenía unos bichitos robóticos microscópicos muy listos que, combinados con mis genes mutados, desatan todas mis capacidades latentes, hasta cotas que… ni yo misma alcanzo a comprender todavía".

Arturo abre los ojos como platos, se acerca a ella con cautela y la examina con una mezcla de fascinación y asombro, deteniéndose especialmente en su cabello rojizo y anaranjado.

-"¿Bichitos muy listos?", repite, sin comprender.

-"Nanotecnología", aclara ella.

-"¡Impresionante!", exclama él con los ojos muy abiertos. —"Esto es auténtica evolución. Las capacidades de tu futura descendencia podrían llevar a la humanidad hacia horizontes que ahora mismo ni alcanzamos a imaginar".

-"Eso va a estar complicado…", responde Valeria, chasqueando la lengua con una mueca de fastidio. —"Soy completamente estéril... es mi pequeño gran efecto secundario. O por lo menos es lo que creen mis amigos científicos, que es un efecto secundario de mi anomalía genética, como lo llaman ellos".

-"Eso está por ver", replica Arturo con una chispa de curiosidad en la mirada, mientras le acaricia suavemente el pelo. —"Tu padre también lo era… y lo es, y mírate ahora: existes".

Valeria levanta la barbilla con orgullo.

-"Mi querido grupo de frikis científicos van a estar encantados de tener una larga conversación contigo. Especialmente Aiko, que también es experta en genética y biología".

-"¿Sigues siendo la misma?", interrumpe León, todavía con la sorpresa en su rostro.

Valeria desvía la mirada hacia el techo, en silencio durante unos segundos, luego, asiente lentamente.

-"Sí… lo soy… más o menos", suspira. —"Al principio, cuando me transformaba, perdía por completo el control, me convertía en un monstruo, en una asesina sanguinaria. Pero cuando comprendí que debía enfrentar mis emociones más oscuras, cuando aprendí a entenderlas, a aceptarlas... sólo entonces pude dominar lo que soy, sólo así pude controlarla… *a ella…* a la que llamamos Vindicare".

León se acerca sin apartar los ojos de los de ella, mirándola con una ternura paternal que desarma y acariciándole las mejillas con una delicadeza infinita con las manos temblorosas, como si temiera romperla.

-"Tus ojos… son distintos", susurra con la voz entrecortada. —"Pero tu mirada… tu mirada sigue siendo la misma. En ella no veo oscuridad, sólo veo coraje, valentía... y amor… un amor inmenso".

Valeria le toma la mano con suavidad mientras la emoción empaña su mirada, esbozando una amplia sonrisa sincera.

-"Gracias, papá… no sabes cuanto me ayudan tus palabras", susurra, con la voz quebrándose. —"Estar en este estado supone una lucha constante contra mi misma, contra *ella*. No sólo se potencian mis cualidades físicas… sino que todas mis emociones se disparan sin control, especialmente las más oscuras y destructivas".

Valeria se lanza a sus brazos buscando apoyo, mientras su voz se rompe por completo según intenta expresarse.

-"Cuando estoy transformada siento como mi mente está al borde del colapso, de un abismo interminable... como si pudiera romperme en mil pedazos en cualquier momento. Quiero reír y llorar a la vez, todo el tiempo, incluso ahora mismo… me resulta muy difícil mantenerme entera, aunque no lo parezca, aunque parezca relajada… ser Vindicare es muy duro, papá".

Se aferra con más fuerza a su padre, como si al hacerlo se cargara con su energía.

-"Si en algún momento sucumbiera a esos sentimientos, *ella* volvería".

-"Eres mi hija", dice él con firmeza, rodeándola con fuerza. —"Tú puedes con todo, no me cabe la menor duda".

Se miran unos segundos más, atrapados en ese instante frágil y eterno, hasta que sus frentes se tocan con suavidad. Permanecen así, quietos, compartiendo una calma extraña, profunda, con el mundo deteniéndose por un momento. Después, se abrazan de nuevo con más fuerza, aferrándose el uno al otro, como si pudieran sostenerse mutuamente desde lo más profundo de su ser.

La voz de Arturo irrumpe con suavidad en el silencio, mientras observa el vial vacío que sostiene entre los dedos.

-"¿Por qué ese nombre?, ¿por qué Vindicare?".

Valeria se separa apenas de León, lo justo para girar el rostro hacia él.

-"No sabría explicarlo con exactitud…", admite. —"Fue ella misma quien se bautizó así durante el enfrentamiento con mi peor enemigo, el hombre que me hizo esto".

Señala la cicatriz del lado derecho de su rostro, que parece viva, como recién hecha, como si supurara algo más que carne herida.

-"Tiene mucho que ver con esto", continúa. —"Por eso se abre cuando me transformo. No es una herida normal… está ligada a todo lo que siento, a todo lo que he cargado dentro durante tanto tiempo, por la forma como me la hizo: convirtiéndome en un despojo".

Se vuelve hacia su padre y hunde el rostro en su pecho, refugiándose del recuerdo de su violación, que amenaza con resurgir en su mente.

-"Como he dicho… soy yo y no lo soy a la vez. Cuando el odio y la rabia me dominaban, me descontrolaba por completo, lo vivía todo como si fuera otra persona, no era dueña de mis actos. Aunque en el fondo siempre he sido yo… no sé… es complicado".

Un sollozo entrecortado se le escapa, apagándose contra el calor del abrazo de León.

-"Mi odio y mi ira me guiaron por el camino de la venganza… como si *ella* fuera una especie de vengadora despiadada y agresiva", explica en un tartamudeo. —"Creo que de ahí viene su nombre".

León y Valeria pasan varios minutos más abrazados en silencio, antes de empezar a separarse muy lentamente, como si no quisieran hacerlo, como si quisieran quedarse fundidos el resto del día.

Arturo se aproxima con cautela y llama la atención de León con un leve toque en el hombro.

-"¿Crees que con ella podríamos llevar a cabo el plan para acabar con el SFR de una vez por todas?".

León se queda pensativo unos segundos antes de responder.

-"Con el SFR no… tienen bases repartidas por todo el mundo", hace una pausa. —"Pero sí con el proyecto ECHO. El de Gredos es el único laboratorio con capacidad para crearlos, donde se guardan los archivos secretos necesarios para replicar cada paso".

-"Pues manos a la obra", dice Arturo, frotándose las manos con entusiasmo. —"Por fin podré volver con mi familia y olvidarme de todo".

-"Espera", lo detiene León. —"Hay un problema: el complejo está protegido por cinco Echos, sin contarme a mí. Con suerte podría enfrentarme a dos… pero tres… ni de broma".

Valeria levanta la mano, como si pidiera turno para hablar.

-"Derroté a dos en Chicago, o al menos creo que lo eran… llevaban las siglas RFS en el uniforme. Supongo que es la

misma organización, pero en inglés".

-"Correcto", confirma Arturo. —"Reserved Forces Service, por sus siglas en inglés".

-"¿A los dos a la vez?", pregunta León, alzando una ceja.

-"No fue fácil, pero sí, con mi traje nanotecnológico soy mucho más poderosa", responde Valeria, señalando su nanotraje.

-"Tu hija es más impresionante de lo que nunca habríamos pensado", dice Arturo, alzando las cejas con admiración. —"¿Tienes algún otro as bajo la manga?".

Valeria se encoge de hombros con aire despreocupado.

-"No todo es bueno: los nanobichos obtienen energía de la sangre. Si pierdo demasiada, me debilito, y si la bebo de alguien vivo, me recupero", se lleva un dedo al mentón. —"Y si bebo más de la cuenta… me hago aún más fuerte… aunque corro el riesgo de perder el control, y créeme, no queremos que eso pase".

-"No será necesario", interviene León. —"La semana que viene habrá un día en que tres de ellos coincidirán en criotanques, en proceso de regeneración, y sólo quedarán dos para defender los reactores. Ese será nuestro momento".

-"Perfecto, ¿y cuál es el plan?", pregunta ella, cruzando los brazos.

Arturo alza la mano, sacando un pequeño pendrive de uno de los cajones.

-"Sencillo", dice con una sonrisa ladeada. —"Primero; tengo que acceder al ordenador central. Desde ahí, desactivaré la seguridad de los reactores, lo que pondrá al sistema en alerta máxima, pero nos dará acceso a ellos".

-"Vaaaale…", responde Valeria, levantando una ceja.

-"Lo difícil viene ahora: derrotáis a los dos Echos y accedéis a la sala de control de cada reactor. Una vez allí, tendréis el control de todo el sistema energético de la base. Activáis la autodestrucción de forma manual y, lo más importante; debe hacerse de forma simultánea, sin desfases".

-"Visto así…", Valeria hace una mueca. —"¿Y luego?".

-"Por último… salimos de allí antes de que toda la montaña se convierta en un gigantesco cráter, pero no sin antes cargar el virus contenido en esta memoria", dice Arturo, agitando ligeramente el pendrive. —"Borrará absolutamente todo: registros, protocolos, datos… como si el proyecto nunca hubiera existido".

-"Pero ten cuidado, hija", advierte León. —"Aunque hayas vencido a dos, nunca te confíes, pues cada Echo tiene habilidades únicas, así que no permitas que te sorprendan".

Valeria asiente, segura de sí misma.

-"Soy experta en detectar y explotar las debilidades de mis contrincantes. Que se lo pregunten a Bestia o al Samurai".

-"¿Cuánto tiempo estarás en esta forma?", pregunta Arturo.

-"Si no consumo más sangre… una hora, más o menos. Tras las últimas pruebas, mis amigos ajustaron la fórmula para que no durara demasiado".

-"Genial", dice Arturo, sarcástico. —"Estamos jodidos".

Valeria suelta una carcajada.

-"Tranquilo, tengo más dosis escondidas en el hotel donde me alojo. Las traeré aquí".

-"Bien, entonces estamos listos", concluye León, caminando hacia la salida. —"Debo volver antes de que sospechen, os avisaré en cuanto sepa la fecha exacta".

-"¡Espera, papá!", exclama Valeria, sujetándole del brazo. —"¿Podré verte hasta entonces?, tengo tantas cosas que contarte…".

León se gira y le toma las manos entre las suyas.

-"Nada me gustaría más, Nora, cariño, pero ya me he arriesgado demasiado viniendo aquí. Nos pondremos al día cuando todo esto acabe, lo prometo".

Valeria se lanza a abrazarlo una vez más, con fuerza, como si quisiera retenerlo, congelar ese instante. Luego, lo ve desaparecer por las escaleras, rumbo al incierto destino que les espera.

{Cinco meses antes, de vuelta al callejón en Chicago, tras el asalto al banco.}

La Sombra mantenía a Vindicare clavada al suelo, con su espada *jian* atravesándole la garganta.

-"Echo Nueve, la tengo", dijo con calma, como si hablara por un comunicador invisible. —"Trae el sistema de contención, la llevaremos a la base".

Era una mujer vestida completamente de negro, como una sombra viva. Llevaba la vaina de su jian cruzada en la espalda, un *dao* en el cinturón y varios cuchillos arrojadizos sujetos a los brazaletes que le protegían los antebrazos. Además, a la altura del corazón, entre el equipo, se leía claramente el emblema: RFS.

Lo único visible de su rostro eran los ojos, rasgados, de origen oriental y perfilados con un maquillaje oscuro que intensificaba su mirada gélida y calculadora.

Vindicare intentaba hablar, pero la hoja atravesada en su cuello no le permitía más que emitir gorgoteos sordos y húmedos.

-"Tranquila", murmuró la mujer con la voz helada. —"En cuanto llegue mi compañero, te llevaremos a un sitio seguro. El director querrá saber de dónde has salido".

Pero Vindicare no parecía dispuesta a rendirse, apoyó las palmas en el suelo y empezó a incorporarse, empujando su cuello a lo largo de la hoja, tiñendo el acero de rojo por cada milímetro recorrido, hasta que su nuca chocó contra la empuñadura.

La mujer abrió los ojos, sorprendida por la brutal determinación de su oponente.

-"No te esfuerces, es inútil", dijo, aferrándose con más fuerza a la empuñadura.

Vindicare no le hizo caso, plantó un pie en el suelo y, con un gruñido sordo, cargó con todo su cuerpo hacia arriba, con una fuerza sobrehumana. Desclavó la espada del suelo y lanzó a su atacante varios metros atrás, que salió despedida sin soltar el arma, llevándosela consigo al arrancarla del cuello de Vindicare.

La Sombra aterrizó con agilidad felina, amortiguando la caída en una voltereta aérea limpia. Nada más tocar el suelo, ya estaba de

pie, en guardia, con la jian ensangrentada alzada, empuñada en reversa con la hoja apuntando hacia atrás, paralela a su brazo.

Vindicare se llevó una mano al cuello, la herida burbujeaba mientras su piel se regeneraba a toda velocidad, sellándose con una eficiencia antinatural.

-"Ni de coña me voy contigo", gruñó en cuanto su voz regresó.

Entonces, Vindicare se lanzó como una exhalación. Sus pies retumbaban contra el suelo a su paso y sus extremidades desataron una tormenta de golpes: patadas, puñetazos y zarpazos imposibles de seguir para el ojo humano.

Pero la Sombra no era una oponente ordinaria, se movía como una neblina en danza, encadenando giros y volteretas con una gracia casi irreal, esquivando cada ataque con precisión milimétrica a una velocidad vertiginosa. El aire silbaba con los embates de Vindicare, pero ninguno alcanzaba su objetivo.

Durante unos segundos de infarto, tras saltar en una maniobra, Vindicare giró en el aire y lanzó un taconazo descendente. La Sombra logró desviarlo en el último segundo con su antebrazo, resultando en un devastador impacto contra el suelo que resquebrajó el pavimento bajo sus pies y lanzó esquirlas como metralla.

Con la Sombra desequilibrada, Vindicare giró sobre sí misma en el mismo movimiento, y sin perder el ritmo, propinó una patada con la otra pierna, que esta vez la impactó de lleno. La mujer salió despedida como un misil humano, hasta estamparse contra una señal de tráfico que se dobló a su alrededor con un chirrido metálico.

Antes de que pudiera salir del contorsionado metal, Vindicare se abalanzó sobre ella, doblando aún más la señal hasta que la envolvió por completo, formando una trampa improvisada de metal.

Con su enemiga completamente inmovilizada, le arrancó la capucha de un tirón, dejando al descubierto una melena negra y lisa, la cual enmarcaba unas facciones orientales delicadas y a la vez amenazadoras, ahora tensas por el esfuerzo.

-"A ver cómo esquivas esto ahora", dijo, y le asestó un puñetazo directo al rostro.

La cabeza de la mujer se sacudió violentamente y Vindicare no se detuvo; le siguieron un segundo golpe, luego un tercero y un cuarto. La nariz se rompió con un estallido sangriento, los dientes volaron como fragmentos de cerámica y las laceraciones poblaron su rostro rápidamente.

-"¿Te rindes?", espetó Vindicare, manteniendo el puño en alto.

-"Ni lo sueñes…", gruñó la mujer, escupiendo sangre y dientes. —"Aún no me has vencido".

-"¿Estás segura?", replicó Vindicare, mirándola con aire de superioridad. —"Reconozco que tienes un gran aguante, cualquier humano normal habría perdido el conocimiento con el primer golpe".

Entonces lo vio: las heridas de la mujer comenzaban a cerrarse lentamente, sin detenerse. La regeneración era real… aunque más lenta que la suya propia.

-"No somos tan distintas como crees", susurró la Sombra con una sonrisa sangrienta.

Vindicare retrocedió un par de pasos con el ceño fruncido.

-"¿Eres como yo?".

-"Dímelo tú", respondió la china, sin apartar la mirada. —"No estás registrada, pero alguien tuvo que crearte".

Vindicare negó con la cabeza.

-"No sé de qué hablas…", dijo casi en un susurro.

Entonces, algo la alertó; sintió una perturbación en el aire, como si algo enorme y pesado descendiera a toda velocidad desde lo alto. Alzó la vista y se apartó en el último instante, justo antes de ser aplastada.

El impacto fue brutal, la onda expansiva la lanzó por los aires, estrellándola contra la pared más cercana, y una nube de polvo, esquirlas y fragmentos de piedra cubrió la zona como una cortina de humo tras una explosión.

Tosiendo entre la polvareda, Vindicare recuperó lentamente la visión...

No era un objeto lo que había caído, sino un hombre: enorme, de piel negra con el cráneo afeitado, músculos como montañas y un fusil Barrett M82 más grande de lo normal colgado al hombro,

vistiendo un uniforme de camuflaje urbano con las letras RFS grabadas en el pecho.

A sus pies, el asfalto había cedido formando dos cráteres alrededor de sus botas por la violencia del impacto, pero él se mantenía erguido, inmóvil, como un roble milenario plantado en medio de la tormenta, y con facilidad, comenzó a desdoblar la señal de tráfico que mantenía atrapada a su compañera, como si no fuera más que un trozo de alambre oxidado.

Vindicare no le dio oportunidad, se lanzó sobre él como un proyectil, golpeándolo con todo lo que tenía. Puñetazos, patadas, codazos… él se protegía con los brazos, aunque no parecía necesitarlo, pues apenas se inmutaba: era como golpear una muralla de hormigón armado, cada impacto arrancaba polvo de su uniforme, pero no le hacía retroceder ni un centímetro.

Y entonces vino el contraataque del Coloso, el cual ella no vio venir. Un simple revés de su puño cerrado le impactó de lleno en el rostro, estrellando los nudillos contra su mandíbula con una fuerza devastadora. Vindicare salió despedida, estrellándose contra un coche aparcado a varios metros, hundiendo la carrocería bajo su cuerpo con un estruendo metálico y haciendo saltar los cristales en miles de pedazos, como si una bomba hubiese detonado dentro del vehículo.

El Coloso terminó de liberar a la Sombra mientras Vindicare aún forcejeaba entre la maraña de chapa y metal. Antes de que pudiera salir, el gigante cargó contra ella con la fuerza de una apisonadora, rugiendo como una locomotora a toda velocidad.

El impacto fue tan brutal que arrastró lo que quedaba del coche por la calle, chirriando, levantando chispas y dejando una estela de destrucción a su paso… aunque Vindicare ya no estaba allí en el momento del choque. Con un impulso casi imposible, había salido de un salto segundos antes y ahora se encontraba en lo alto del techo de otro vehículo, varios metros más allá, agachada, jadeante y con los ojos clavados en su nuevo adversario.

-“Tú debes de ser quien me ha disparado antes”, dijo ella, recolocando su mandíbula.

El Coloso no respondió, ni una palabra, sólo se agachó y, sin aparente esfuerzo, alzó el amasijo de hierro en el que se había convertido el coche, como si levantara una caja vacía.

En ese mismo instante, dos cuchillos se clavaron en el hombro de Vindicare, obligándola a girar la cabeza. En su flanco, la Sombra la observaba a distancia, serena, con varios cuchillos ya listos entre los dedos.

Con una mueca de fastidio, Vindicare se arrancó los puñales de la carne y los arrojó al suelo con rabia, descendiendo de un salto ágil del techo del vehículo para encararla.

La Sombra atacó de nuevo y con precisión milimétrica, lanzó el resto de sus cuchillos en rápida sucesión, uno tras otro, como una ráfaga mortal, que giraban en el aire como pequeños filos hambrientos.

Vindicare respondió con destreza sobrehumana: volteretas, giros, esquives precisos… desviando las armas arrojadizas que se clavaban tras ella en la carrocería del coche, hundiéndose en el metal como si fuera de mantequilla.

-"Los cuchillitos de poco te van a servir", dijo, tras evadir el último con una pirueta lateral.

Y entonces, sin previo aviso, la masa de metal que el Coloso había estado sosteniendo se estrelló contra ella, un golpe brutal, ruidoso, despiadado. El coche la aplastó contra el otro vehículo con una explosión devastadora de cristales, metal y humo.

La calle tembló y, durante un instante, parecía claro que nada, ni nadie, podría haber sobrevivido bajo aquella montaña de metal retorcido, pero el resultado no se hizo esperar.

Mientras el Coloso y la Sombra se acercaban con paso lento y atento, los restos del coche comenzaron a crujir y a moverse. De entre los hierros retorcidos emergió Vindicare, resoplando, jadeante, con la ropa hecha jirones y el cuerpo ensangrentado, mirándolos, cargada de furia.

Con un gruñido de esfuerzo, levantó lo que quedaba del vehículo y lo lanzó de vuelta contra el Coloso, pero el impacto fue inútil, el gigante desvió el coche cubriéndose con un solo brazo, como si se tratara de una almohada.

La Sombra no esperó al siguiente movimiento y se lanzó como una centella, blandiendo la jian en alto. El primer tajo, descendente, buscó la cabeza de Vindicare, pero ella lo esquivó con un giro brusco; el segundo, ascendente, le arañó el abdomen, dejando un corte superficial; pero el tercero no falló, le abrió la pierna en un estallido de sangre que salpicó las losas.

Trastabillando hacia atrás, Vindicare intentó defenderse, pero la Sombra la castigó sin piedad: un tajo le desgarró el antebrazo, otro se hundió en su pecho y un último corte le cruzó la mejilla, pintando su rostro con una máscara carmesí. Cada golpe era más rápido, cada movimiento subrayaba más la enorme diferencia de velocidad entre ellas.

Aprovechando el retroceso de su rival, la Sombra arremetió de frente y la atravesó sin titubear. La hoja entró por el ombligo y salió por la espalda, a la vez que hacía girar la empuñadura dentro de sus entrañas con crueldad, arrancando un sonido húmedo y viscoso que helaba la sangre, mientras sus dientes apretados revelaban una furia casi animal bajo el rostro manchado de sangre de la Sombra, que parecía disfrutar con la carnicería.

Vindicare gritó, un alarido desgarrador, pero no cayó, sino que avanzó. Con la *jian* aún atravesándole el vientre, dio un paso, luego otro, y otro más, hasta que se acercó lo suficiente a su enemiga y la abrazó con fuerza, inmovilizándola en un cerco de músculo.

La Sombra forcejeó, sorprendida, ella sería más rápida, pero Vindicare era más fuerte, entonces, mientras la rodeaba con los brazos, le arrancó el dao que llevaba al cinto y, sin dudarlo, se lo clavó en la espalda sin miramientos.

La Sombra chilló y se revolvió, intentando soltarse, hasta que lo consiguió de un rodillazo, dejando la jian aún clavada en el cuerpo de Vindicare al separarse. Gruñendo de dolor y rabia, la Sombra trataba de alcanzar el sable incrustado en su espalda, contorsionándose cual gato asustado, obviando a Vindicare, que la miraba impasible, de pie frente a ella, empapada en sangre. Con un movimiento lento y un gemido áspero, Vindicare extrajo la espada de su vientre y la alzó para asestar un golpe mortal, pero no llegó a

hacerlo, pues una mano gigantesca le atrapó la muñeca, y otra, como un cepo, se cerró en torno a su cuello.

Había olvidado al Coloso, que la alzó del suelo con una sola sacudida, como si pesara menos que una pluma. Apretó el brazo de Vindicare con una fuerza tan descomunal, tan opresiva, que la jian se le escapó de los dedos sin necesidad de llave alguna, rompiendo el silencio de la calle con el tintineo del acero contra el suelo.

La sostuvo en alto durante unos agónicos segundos mientras Vindicare pataleaba impotente, buscando aire mientras la presión implacable le cerraba la garganta, robándole el aliento y la fuerza. Entonces, con un rugido animalesco, el Coloso la estampó contra el suelo con una violencia tan brutal que el pavimento retumbó por el impacto.

Vindicare quedó tendida, con multitud de huesos rotos. Se arrastraba con torpeza, cada intento de avanzar le arrancaba un quejido, cada palmo recorrido era una tortura, dejando a su paso un rastro de sangre en el suelo mientras el Coloso la observaba desde lo alto, imperturbable, como un verdugo paciente.

Se giró con esfuerzo hasta quedar boca arriba, jadeando, exhausta… fue entonces cuando lo notó: algo no iba bien, las heridas no cicatrizaban como antes. Algunas se cerraban con una lentitud agónica, otras parecían haberse detenido a mitad de proceso, y las más profundas seguían abiertas, sangrando sin tregua.

-"Esto no es bueno…", murmuró con la voz ronca, entre dientes manchados de rojo.

-"Inmovilízala, Echo Nueve", dijo la Sombra, consiguiendo alcanzar el dao y quitándoselo de la espalda. —"Traeré las contenciones antes de que llegue la Policía".

-"Eso está hecho, Echo Ocho", respondió el Coloso con su grave voz retumbando en la penumbra.

Sin perder tiempo, levantó el pie y lo plantó con brutalidad sobre el pecho de Vindicare. Ella empujó con todas sus fuerzas, pero fue inútil, sus músculos temblaban, su rostro se deformaba por el esfuerzo… pero no lograba moverlo ni un centímetro, era como si la aplastara el peso de un edificio entero, y él ni siquiera sudaba.

{Mientras tanto, en el laboratorio de los frikis.}

Jonathan estaba sentado frente a un ordenador, mirando la pantalla con el rostro desencajado, donde se proyectaba una imagen del combate, proveniente de un dron furtivo.

-"¿De dónde mierda han salido esos dos?", escupió él, cerrando los puños hasta que los nudillos se blanquearon.

-"Tienen habilidades similares", intervinó Thomas, frotándose el mentón. —"Puede que provengan del mismo laboratorio secreto…".

Aiko bajó la mirada, con el peso de la duda reflejado en el gesto.

-"Quizá no fue buena idea dejar salir a Vindicare delante de tanta gente", murmuró. —"Ahora saben que existe…".

-"¡¿Por qué ha dejado de curarse?!", gritó Claire a su espalda, mirando la pantalla del ordenador con los ojos muy abiertos.

-"Ha perdido mucha sangre", respondió Thomas a su lado, frunciendo el ceño. —"Los nanorrobots estarán perdiendo energía".

-"Tenemos que hacerle llegar otra dosis como sea", dijo Claire con evidente preocupación en su voz.

-"Lo que necesita es sangre", intervino Aiko al otro lado, con un tono grave que contrastaba con su voz aguda. —"Si le administramos otra dosis en plena transformación… podría tener efectos imprevistos".

-"¡Pues sangre, lo que sea!", replicó Claire, impaciente. —"¡No podemos dejarla morir ahí!".

-"Con esos dos vigilándola es imposible acercarse", murmuró Thomas, impotente.

-"¡Silencio!", ordenó Jonathan de pronto, sacando su teléfono móvil. —"Sé de alguien que podría ayudarnos".

{Un tiempo después.}

Jonathan, vestido de traje, iba en el asiento del copiloto de un Chevrolet Tahoe negro 4x4 con su ordenador portatil sobre las piernas, cuyas teclas repiquiteaban bajo sus dedos nerviosos.

-"Tengo su posición", anunció sin apartar la vista de la pantalla. —"Mi dron furtivo ha podido seguirles sin que lo detecten hasta el perímetro de una base militar".

-"Lo imaginaba", respondió William, lanzando una rápida mirada al monitor mientras conducía. —"Una base de la NSA".

-"Genial… como si dos súper soldados no fueran suficiente", murmuró Jonathan, claramente preocupado. —"No le quedará mucho tiempo antes de que vuelva a su forma normal, y si eso ocurre, no habrá plan de huida".

William posó una mano firme sobre su hombro.

-"No te preocupes", dijo con voz serena. —"Tú limítate a asentir y déjame a mí el resto".

Jonathan cerró el portátil con un suspiro, dejándolo a un lado. Estaba muerto de miedo, pero de alguna forma, la presencia de William lo tranquilizaba. Había algo en su mirada, en su voz, en su actitud, que lo hacía sentir seguro ante lo imposible.

-"Gracias, William. En serio… te voy a deber una bien gorda después de esto".

-"Ya rendiré cuentas con tu hermana…", respondió él, esbozando una sonrisa ladeada. —"Por ella me lanzaría de cabeza al infierno si hiciera falta… pero no se lo digas, no quiero que se le suba a la cabeza".

Jonathan sonrió y siguieron la marcha.

El todoterreno se detuvo frente a la entrada de la base y dos soldados armados alzaron la mano, dándoles el alto. William frenó suavemente, bajó la ventanilla y les mostró una credencial del FBI.

-"Buenas noches, somos los agentes especiales Stanley y Cooper", dijo con firmeza. —"Necesitamos hablar con su comandante de inmediato".

Uno de los soldados tomó la identificación, entrecerrando los ojos mientras la examinaba detenidamente. Luego se dirigió a la garita sin quitarles la vista de encima y levantó el teléfono.

Jonathan tragó saliva.

-"No me ha parecido muy convencido", murmuró en voz baja.

-"Tranquilo", respondió William sin perder la compostura. —"Sólo está pidiendo autorización. Nada fuera de lo normal".

Jonathan empezó a mover la pierna nerviosamente.

-"Pero tú eres de la CIA, no del FBI. Nos van a pillar, me estoy poniendo nervioso. ¿Por qué tarda tanto?".

William le posó la mano sobre la pierna, deteniéndole el temblor.

-"Porque esto no es una visita cualquiera, especialmente con Valeria aquí", dijo con voz calmada. —"Pero no te preocupes, mi credencial es auténtica y he hecho esto miles de veces. Tú sólo mantén cara seria y deja que yo hable".

El tiempo pareció estirarse: un minuto, tal vez dos, sea como fuere, para Jonathan fue una eternidad. Finalmente, el soldado colgó el teléfono, regresó al coche, devolvió la credencial y la barrera comenzó a levantarse.

-"Pueden pasar", indicó el militar, señalando con el brazo. —"Vayan directo a la comandancia siguiendo la carretera. Cuarto edificio a la izquierda".

-"Gracias. Buen servicio", respondió William, arrancando el vehículo con suavidad mientras seguía las indicaciones.

En la entrada del edificio, nada más aparcar, otro soldado los recibió con gesto firme y los condujo por un pasillo silencioso hasta un despacho al fondo del corredor. Allí, sentado tras un amplio escritorio de madera oscura, les esperaba un hombre uniformado y el pecho decorado con múltiples medallas.

-"Buenas noches, agentes. Soy el comandante Scott", saludó, poniéndose en pie.

William le estrechó la mano con firmeza.

-"Buenas noches, comandante. Soy el agente especial Stanley".

-"Agente especial Cooper, señor", añadió Jonathan con una leve inclinación de cabeza, esforzándose por parecer tranquilo.

Scott lo miró con curiosidad, alzando una ceja.

-"Es usted bastante joven".

Jonathan carraspeó, incómodo.

-"Todo el mundo me lo dice, siempre he aparentado menos".

William intervino con una sonrisa tranquila.

-"Ahí donde lo ve, es un prodigio, comandante. Pasó todas las pruebas con matrícula en tiempo record".

Scott asintió con un gesto de aprobación antes de señalar las sillas frente a él.

-"Por favor, tomen asiento. ¿A qué se debe su visita?".

William se acomodó en la silla y adoptó un tono serio, pero diplomático.

-"Verá, comandante... tenemos conocimiento de que tienen bajo custodia a una mujer extremadamente peligrosa. Necesitamos interrogarla".

Scott negó suavemente con la cabeza.

-"Lo lamento, agente, pero eso no será posible. El asunto ahora pertenece a la Agencia de Seguridad Nacional, además, es un asunto clasificado, ¿cómo lo han sabido?".

-"Ha liado una buena en el banco, como para no saberlo", respondió William.

Luego, se inclinó ligeramente hacia adelante, bajando el tono de voz con una expresión de sincera preocupación.

-"Entiendo perfectamente que es una sujeto delicada, comandante, y créame, no tengo la más mínima intención de interferir en sus operaciones", dijo con calma. —"Pero no hace mucho, esa mujer sembró el caos en Chicago: diez muertos literalmente masacrados y cuatro agentes gravemente heridos, y no me refiero a lo de hoy en el banco… incluso, arrasó a un contingente entero de la Mafia rusa en su propio territorio".

Hizo una pausa y apoyó los antebrazos sobre el escritorio, como si quisiera cerrar la distancia emocional entre ambos.

-"Sólo le pido unos minutos con ella, nada más", murmuró. —"Así podré cerrar los expedientes de una vez y pasar a otros asuntos".

-"Además…", añadió con un guiño. —"Estaré en deuda con usted".

El comandante lo miró en silencio durante unos segundos, soteniéndole la mirada y evaluándolo detenidamente. Finalmente,

suspiró y asintió.

-"Está bien, tienen cinco minutos", dijo con tono firme. —"Pero estarán acompañados por cuatro de mis hombres en todo momento y no podrán acercarse a ella".

William se recostó en la silla, aliviado, dedicándole una sonrisa de agradecimiento.

-"Es todo lo que necesito. Se lo agradezco, comandante".

Scott se levantó de la silla.

-"Esperen aquí un momento", dijo, antes de salir del despacho.

Apenas se cerró la puerta, Jonathan se inclinó hacia William, bajando la voz.

-"¿Cuatro hombres?, ¿cómo demonios vamos a hacerle llegar la sangre?".

-"Puedo encargarme de tres", respondió William en tono bajo. —"Pero tú tendrás que distraer al cuarto".

-"¿Yo…?", repitió Jonathan, abriendo los ojos con incredulidad.

Antes de que William pudiera responder, la puerta se abrió de nuevo y el comandante regresó, seguido por cuatro soldados uniformados con brazaletes con las siglas "MP".

-"Agentes, estos hombres los escoltarán hasta la celda", informó con tono formal.

Jonathan y William se pusieron de pie y uno de los soldados se acercó a ellos.

-"Antes de continuar, señores, necesito que entreguen sus armas".

-"Por supuesto", respondió William con calma, sacando su pistola de la funda bajo la chaqueta y tendiéndosela al soldado.

Jonathan, algo más torpe, se palpó la cintura, percatándose de que él no llevaba arma.

-"Eehh", masculló, mirando a William de reojo.

-"Él no va armado, es analista", intervinó William. —"Aunque no hace más que pedirme una".

Jonathan levantó una ceja.

-"Sí, eso, a ver cuando me la das de una vez, yo también quiero poder defenderme", bromeó, rascándose la cabeza disimuladamente, evitando mirar a nadie a los ojos.

Sin más, los cachearon y los condujeron fuera del despacho, bajando con ellos en un ascensor que descendió varios niveles bajo tierra. Al llegar, caminaron por un largo pasillo iluminado por luces frías y silenciosas, hasta detenerse frente a una gruesa puerta de seguridad metálica. Uno de los soldados introdujo un código en un panel lateral, y tras un leve pitido, la puerta se abrió lentamente, revelando lo que les esperaba.

Al otro lado se desplegaba una amplia sala subterránea. Las paredes de hormigón, revestidas con paneles metálicos, brillaban bajo la luz blanca de los fluorescentes, mientras cámaras de vigilancia giraban lentamente, siguiendo cada movimiento. El lugar estaba visiblemente desordenado: cajas abiertas, cables en el suelo y equipo técnico aún sin desembalar. Era evidente que aquello era una instalación reciente, en proceso de montaje, alrededor de una estructura central: un cubo de grueso cristal blindado, imponente, que dominaba el centro de la estancia.

Y allí estaba ella, dentro de aquel cubo, suspendida ligeramente en el centro. Sus brazos extendidos en cruz a unos cuarenta y cinco grados, estaban sujetos por gruesos cables de acero que se anclaban en las esquinas superiores del cubo. También sus tobillos estaban apresados, con los pies apenas rozando el suelo, obligándola a mantener una postura forzada, casi tortuosa. Un último cable, tenso como la cuerda de un arco, rodeaba su cintura varias veces, fijándola a las paredes de la estructura sin permitirle el más mínimo movimiento.

Jonathan y William se contuvieron al verla, disimulando su reacción frente a los soldados, aunque la tensión era evidente, especialmente en Jonathan, que cerró los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaron en las palmas.

El cuerpo de Valeria estaba cubierto de sangre seca y vendajes improvisados, colocados sobre heridas aún abiertas que evidenciaban el fallo de su regeneración. Su ropa, desgarrada y sucia, apenas cubría las zonas más íntimas, exponiendo la crudeza del castigo durante el combate al que había sido sometida. Y el cabello, antes de un vibrante rojo anaranjado que parecía arder con vida propia, colgaba ahora lacio y opaco, cubriéndole el rostro por

completo mientras mantenía la cabeza gacha, con la mirada perdida en el suelo, como si ya no quedara fuerza ni voluntad tras esos ojos ocultos. La imagen era devastadora.

-"Ya os he dicho que no sé nada", murmuró Valeria sin levantar la cabeza, al oír los pasos acercándose.

-"Somos del FBI, de la unidad de conducta criminal, únicamente queríamos aclarar algunas cosas", dijo William, acercándose al cristal blindado.

Ella alzó ligeramente el rostro, creyendo reconocer la voz, y al verlos, sus ojos se abrieron con un destello de temor, especialmente al posarse sobre Jonathan. Sus iris, de un amarillo mortecino, ya no brillaban, estaban apagados al igual que su cabello, como si les hubieran arrancado la energía y la vitalidad.

William le lanzó una rápida mirada a Jonathan y asintió con disimulo.

-"Nos gustaría entender sus motivaciones en la noche del ataque a la farmacia", añadió, intentando sonar inquisitivo, pero calmado.

Jonathan llevó la mano a su reloj y, con los dedos junto al pecho, marcó un "dos" muy sutil en dirección a William.

Valeria, aún confundida, no captó el gesto, simplemente los observó con el ceño fruncido y una mueca de frustración contenida, como si quisiera gritarles por haberse metido en la boca del lobo.

-"¿Qué la llevó a perpetrar esa masacre?", insistió William, estirando el tiempo.

Entonces, Valeria parpadeó creyendo entender, y negó con la cabeza antes de hablar.

-"Si sois del FBI… sacadme de aquí, tengo mis derechos", dijo con la voz áspera.

William chasqueó la lengua con desprecio.

-"Usted no tiene ningún derecho, ha sido clasificada como una amenaza para la seguridad nacional, así que puede ser retenida indefinidamente", afirmó, mientras se giraba hacia uno de los soldados con una actitud fría y arrogante.

Después, colocó las manos en las caderas y añadió:

-"De hecho… siento comunicarle que ni siquiera está reconocida como una persona".

Acompañó sus palabras con un gesto desdeñoso, a lo que el soldado respondió con una sonrisa de aprobación. Y entonces, sin previo aviso, las luces se apagaron, dejando a toda la sala sumida en una oscuridad absoluta.

{En el exterior, minutos antes.}

Un coche modesto estaba aparcado discretamente junto a una subestación eléctrica. En el asiento del copiloto, Jayden tecleaba con rapidez y los ojos fijos en el portátil encajado sobre el salpicadero.

-"Listo, estoy dentro", dijo con una sonrisa de satisfacción. —"El virus de Jonathan ha funcionado".

-"Entonces, sólo queda esperar", respondió Thomas desde el asiento del conductor, mirando hacia la pantalla de reojo.

Pasaron varios minutos hasta que el piloto rojo de un pequeño dispositivo con una larga antena comenzó a parpadear con insistencia.

-"¡Chicos, chicos!", exclamó Aiko desde el asiento trasero, agitando el aparato. —"¡Es la señal!".

Claire, al lado de Aiko, sin decir nada, juntó las manos y cerró los ojos, como si rezara para que todo saliera bien.

Thomas asintió sin decir nada y Jayden extendió el dedo, directo hacia la tecla *Enter* del teclado.

-"Suerte, chicos", murmuró, justo antes de presionarla.

En ese instante, el zumbido constante de la subestación se apagó de golpe y todas las luces de la zona, hasta donde alcanzaba la vista, se extinguieron al unísono, sumiendo el entorno en una oscuridad repentina y total.

{De vuelta al interior, en el momento del apagón.}

William había memorizado la posición exacta de los soldados antes de que la oscuridad cayera como un manto sobre una hoguera, y en cuanto la luz desapareció, se movió con precisión: de un único golpe al mentón, dejó inconsciente al más cercano. En el mismo instante, se abalanzó sobre el segundo, le arrebató la pistola

de la funda y lo remató con un brutal cabezazo que lo dejó KO antes de que supiera lo que pasa. Con el arma ya en sus manos, la usó como un martillo improvisado y derribó al tercero con un contundente golpe en la nuca.

Mientras tanto, Jonathan se lanzó contra el cuarto soldado, aferrándose a él con todas sus fuerzas. Pero el soldado reaccionó rápido, lo apartó de un codazo, lo derribó de una patada, desenfundó y disparó varias veces a ciegas en su dirección. Antes de que pudiera volver a apuntar, William lo embistió por la espalda y lo dejó sin respiración con una llave en el cuello, hasta que quedó fuera de combate.

Los cuatro soldados yacían inconscientes cuando las luces de emergencia se encendieron, alimentadas por los generadores automáticos. William no perdió ni un segundo: levantó la pistola y destrozó todas las cámaras de vigilancia con rapidez, asegurándose de que ninguna imagen quedara registrada.

-"¡¡Noooo!!", gritó Valeria al ver a Jonathan tirado en el suelo con la chaqueta de su traje agujereada.

Forcejeó con furia contra los cables que la mantenían apresada, pero estaba demasiado débil y no logró hacerlos ceder ni un centímetro. En cambio, a William pareció no afectarle, pues caminaba hacia él con tranquilidad.

-"Lo hiciste bien", dijo, inclinándose junto a Jonathan.

-"¡Joder, como duele!", se quejó éste, incorporándose con dificultad, ayudado de William.

-"¿Jona…?", susurró Valeria, con el miedo aún encendido en la mirada.

-"¿Esto es lo que sientes cada vez que te disparan?", dijo Jonathan mientras se desabrochaba la camisa. —"¿Cómo demonios lo soportas?".

La expresión de Valeria cambió de golpe, soltando una carcajada sincera al verlo con su nanotraje puesto.

-"Te queda como el culo", rió ella.

Jonathan también sonrió mientras desactivaba la tecnología, pasando la muñeca por el cuello, y el traje se desprendía de su cuerpo como si mudara de piel.

-"¡Claro, joder…!, está moldeado para tu cuerpo".

-"No te distraigas, Jonathan", intervino William, mientras recogía los cargadores de los soldados caídos. —"Desbloquea el maldito cubo, yo me encargaré de contenerlos en el pasillo todo el tiempo que pueda".

Jonathan asintió con determinación, se vistió a toda prisa y corrió hacia el panel junto a la puerta del cubo de contención. Sin perder tiempo, lo forzó con una barra metálica que encontró cerca, dejando al descubierto un nido de cables y circuitos.

Con las manos temblorosas, comenzó a manipular el interior del panel, cruzando conexiones, pelando cables y haciendo ajustes con un destornillador improvisado.

-"¿Cómo se te ocurre venir hasta aquí?", dijo Valeria con la voz tensa. —"No me lo perdonaría nunca si murieras por intentar rescatarme".

-"Y yo tampoco si te perdiera sin siquiera intentarlo", replicó él.

Sin apartar la vista del panel, seguía cortando y empalmando cables.

-"Hablas como Valeria… aunque sigues transformada… ¿eres tú o eres Vindicare?", preguntó mientras trabajaba.

-"Soy yo, Jona. *Ella* parece dormida… creo que la voy entendiendo".

-"Eso es bueno, ajustaremos más la fórmula y llegarás a dominarla por completo", comentó, inmerso en su tarea.

Justo entonces, un tiroteo retumbó desde la entrada del pasillo y la improvisada herramienta se le resbaló de las manos a Jonathan, cayendo al suelo, tintineando hasta perderse.

-"¡Mierda!", maldijo, agachándose rápidamente para recuperarla. —"No sabemos el tiempo que te queda de transformación y no traje ninguna dosis por si nos descubrian, así que tengo que abrir esto antes de que vuelvas a la normalidad".

-"Haciéndolo fácil, para variar", respondió Valeria con una sonrisa irónica, pese a la tensión.

La puerta del pasillo se abrió de golpe y William irrumpió de nuevo en la sala, jadeando. Cerró tras él de un empujón justo antes

de que las balas impactaran en el metal, crepitando como brasas en una chimenea.

-"No me queda munición", gritó. —"Espero que tengáis buenas noticias".

Habiendo recuperado la herramienta, Jonathan hizo varios empalmes más y un pitido agudo surgió del panel, seguido por un leve siseo hidráulico cuando la puerta del cubo se deslizó hacia un lado, abriéndose lentamente.

-"¡Ajá!", exclamó Jonathan, levantando los brazos en señal de victoria.

-"Acércame a uno de los soldados", pidió Valeria de inmediato. —"Necesito sangre".

-"No", dijo Jonathan, remangándose el brazo. —"No hay tiempo, esto es más rápido".

Valeria lo miró con duda, conteniendo la respiración.

-"¿Estás seguro?, ¿y si no puedo parar?".

-"No digas estupideces", le cortó él, clavando sus ojos en los de ella. —"Ya casi dominas a Vindicare, sólo asegúrate de dejarme algo para escapar".

Ella lo observó unos segundos en silencio, luego, asintió y dejó ver sus colmillos, brillantes y afilados.

Jonathan le ofreció el brazo y Valeria lo mordió con fuerza. La sangre brotó de inmediato, cálida y espesa, y ella bebió como si su vida dependiera de ello, porque, en efecto, así era. Para la mayoría, beber sangre humana resultaría repugnante y repulsivo, sin embargo, para Valeria como Vindicare, era un momento de puro éxtasis, intenso y placentero.

La recuperación no tardó en manifestarse: bajo los vendajes, las heridas de Valeria comenzaron a cerrarse con rapidez hasta desaparecer por completo. Al mismo tiempo, su cabello recuperó ese tono rojo anaranjado vibrante y sus ojos volvieron a brillar con aquella intensidad eléctrica que los caracterizaba. Siguió succionando con resolución, aunque esta vez logró detenerse en cuanto vio, por el rabillo del ojo, que Jonathan empezaba a tambalearse.

-"Vale, ya está bien", dijo, apartándose bruscamente con la boca manchada de sangre fresca, como quien ha devorado una tarta entera sin respirar.

Con un gruñido de esfuerzo, contrajo los músculos, que se tensaron como resortes, ejerciendo una presión brutal sobre los cables de acero que la retenían. Estos crujieron de forma siniestra, amenazando con romperse… pero, para su frustración, resistieron con eficacia.

-"Aún no soy lo bastante fuerte", murmuró, jadeando.

-"Sigue bebiendo", insistió Jonathan, tambaleándose de nuevo. —"Necesitas más".

-"Perderás el conocimiento", replicó ella con preocupación. —"Apenas te sostienes".

En ese instante, unos fuertes golpes retumbaron desde el otro lado de la puerta blindada, haciendo vibrar el metal, que resistía a duras penas.

-"¡Sigue bebiendo!", gritó Jonathan con desesperación.

Pero antes de que Valeria volviera a morder, William se adelantó, interponiéndose entre ambos y ofreciéndole su brazo sin vacilar.

-"¡Muérdeme a mí!, ¡rápido!".

Valeria no dudó, hundió los colmillos en la carne de William y bebió con urgencia, justo cuando una explosión ensordecedora sacudió la sala. La puerta de acceso voló hacia dentro, retorcida por la detonación, desprendiéndose de la pared de hormigón con una violencia brutal.

Una nube de polvo cubrió todo el lugar mientras una oleada de soldados irrumpía en la estancia, desplegándose con precisión militar a la vez que comenzaron a disparar en dirección a las figuras en el cubo, apenas visible entre las partículas en suspensión.

Y entonces, con un rugido gutural, Valeria se liberó. Los cables cedieron al fin: uno a uno se partieron con un estruendo metálico, azotando las paredes interiores del cubo como látigos descontrolados. El sonido fue ensordecedor.

William se lanzó sobre Jonathan y ambos rodaron hacia una de las esquinas, encogiéndose todo lo posible para evitar los latigazos

de acero y el fuego cruzado que ya saturaba el cristal de proyectiles.

Valeria emergió de su celda como una bestia furiosa y desatada, semejante a un kraken iracundo surgiendo de las profundidades. Los cables aún atados a sus muñecas se agitaban como extremidades vivas, látigos de acero que cortaban el aire con silbidos letales. Cada golpe arrasaba con el polvo suspendido y barría a los soldados como si fueran meros obstáculos sin importancia, lanzándolos en todas direcciones.

Los disparos cesaron uno a uno, ahogados por el estrépito metálico de los latigazos mientras la visibilidad en la sala mejoraba poco a poco, revelando un paisaje devastado: cuerpos esparcidos por el suelo, restos de armas y el eco del combate aún flotando en el aire. Cuando el polvo se asentó, ninguno de los atacantes quedaba en pie.

Jonathan se incorporó con esfuerzo y desde su posición, vio a Valeria de pie en medio del caos, respirando con fuerza y el pecho agitado. Tenía la mirada alzada hacia el techo y los cables caían desde sus muñecas hasta el suelo, deslizándose entre los cuerpos como serpientes satisfechas después de una cacería.

-"Debemos irnos", dijo William con urgencia, saliendo del cubo.

Valeria parpadeó, sacudiendo la cabeza como si despertara de un trance.

-"Sí… vámonos", respondió, arrancándose los restos de los cables de un tirón y caminando con decisión hacia el nanotraje.

Se despojó de los jirones de ropa que aún quedaban en su cuerpo y se enfundó el nanotraje. Al colocárselo, el tejido inteligente se adaptó a su anatomía con la misma precisión de siempre, pero algo era distinto esta vez. En cuanto lo activó, una oleada de sensaciones nuevas la recorrió de pies a cabeza: la nanotecnología del traje se sincronizó con la que ya corría por sus venas, como si ambas hubieran estado esperando ese momento para reunirse.

Una vibrante corriente de energía atravesó cada célula, como un río de fuego líquido desatándose en su interior. Sus músculos reaccionaron al contacto con la tela viviente, contrayéndose ambos con fuerza contenida, como si el traje no fuera sólo una armadura,

sino una extensión natural de su propio cuerpo, una fusión, una simbiosis.

Su corazón se desbocó, los pulmones se expandieron con un suspiro profundo y el aire que respiraba ya no era sólo oxígeno: era combustible puro. Sus sentidos se agudizaron, su visión se iluminó con detalles imposibles y el ambiente a su alrededor se cargó de sensaciones antes indetectables para cualquier otro ser humano, e incluso para ella misma como Vindicare.

-"¿Te pasa algo?", preguntó Jonathan, visiblemente desconcertado.

Valeria permanecía inmóvil con la boca entreabierta, de pie, atrapada por una visión intensa. Sus ojos se movían rápidamente en todas direcciones, intentando comprender algo que sólo ella percibía, como sacudida por los efectos de una droga extraña, inmersa en una alucinación.

William y Jonathan intercambiaron una mirada de inquietud.

-"¿Val?", insistió Jonathan, acercándose con cautela.

Las voces le llegaban distorsionadas, lejanas, como si resonaran bajo el agua y el mundo a su alrededor vibrara en una frecuencia ajena.

Jonathan extendió una mano y la apoyó suavemente sobre su hombro.

-"¿Estás bien?", susurró. —"¿Sigues ahí?".

El contacto la sacudió como un latigazo, Valeria dio un respingo y parpadeó varias veces, como al despertar de un sueño profundo.

-"¿¡Qué coño…!?", exclamó, llevándose una mano a la frente. —"Sí… sí, estoy bien, vámonos".

Se dirigieron al ascensor, y mientras la cabina ascendía lentamente, Valeria entornó los ojos. Escuchó con absoluta claridad el sonido de botas alineándose, cargadores encajando, seguros quitándose y armas amartillándose.

-"Nos están esperando", anunció.

-"Estoy preparado", respondió William, comprobando el fusil que se había apropiado.

-"No", replicó ella con firmeza.

Entonces, saltó sin aviso, provocando un agujero limpio en la chapa metálica del techo del ascensor con una potencia demoledora.

-"Subid", ordenó. —"En cuanto se abran las puertas no podré protegeros".

-"¿Y tú?", preguntó Jonathan, mirándola con preocupación.

-"Tengo que derrotar a esos supersoldados", respondió ella, colocándose para ayudarlos a subir. —"Me han dejado claro antes de que llegaseis, que no van a parar hasta someterme".

Jonathan se acercó, le plantó un beso en la mejilla y usó su cuerpo como apoyo para impulsarse hacia el techo.

-"Ten cuidado", dijo, lanzándole una última mirada mientras subía.

William se detuvo un momento y la miró directamente a los ojos.

-"Cuidaré de él, lo prometo", dijo.

Valeria asintió y esbozó una sonrisa genuina, que decía más que las propias palabras.

-"Luego te lo compenso", respondió ella con una chispa en la mirada, guiñándole un ojo.

Poco después de que William desapareciera por el agujero en el techo, las puertas del ascensor se abrieron con un siseo y una tormenta de proyectiles inundó el cubículo. Las balas rebotaban contra las paredes metálicas, arrancando chispas y abollando la chapa con furia incontrolada.

Valeria se cubrió instintivamente la cabeza con los brazos, mientras los impactos se sucedían por todo su cuerpo y el nanotraje absorbía con eficacia la energía cinética, dispersando el plomo deformado en ángulos impredecibles. La simbiosis entre la nanotecnología que recorría su sangre y la del traje, le confería un rendimiento mucho más elevado: los materiales reaccionaban con una agilidad casi orgánica, blindándola por completo ante la munición de ese calibre.

Los cargadores se vaciaron, y durante unos instantes, el estruendo paró.

«Ahora me toca a mí.»

Los soldados eran rápidos recargando, pero Valeria lo era más. En un parpadeo, se lanzó fuera del ascensor con una velocidad imperceptible e irrumpió en la formación enemiga como una fuerza de la naturaleza.

Los dos primeros hombres salieron despedidos varios metros con un simple empujón al frenar frente a ellos. Inmediatamente después, uno de sus puños impactó en el chaleco de otro soldado a la izquierda, lanzándolo como un muñeco a través de la pared hacia la sala contigua. Otro más, a su derecha, cayó redondo tras recibir una patada giratoria en el casco.

El pasillo se convirtió en un torbellino de violencia precisa: huesos crujieron, cascos se partieron, rifles volaron por los aires con cada movimiento; una mezcla de técnica depurada y brutalidad contenida. Uno tras otro, los soldados fueron cayendo hasta que no quedó ninguno en pie.

Valeria quedó sola en el pasillo, erguida entre cuerpos que se retorcían de dolor, y caminó con paso calmado hacia la salida, sin volverse, dejando tras de sí un rastro de gemidos, escombros y huesos fracturados. Aunque, a pesar de lo desolador de la escena, esta vez, se había contenido de verdad, y entre los heridos, no había ningún muerto.

Apenas puso un pie en el exterior, un estruendo seco retumbó en la distancia y un proyectil de alta potencia impactó de lleno en su pecho, lanzándola violentamente hacia atrás y devolviéndola al interior del edificio, deslizándola varios metros por el suelo.

El nanotraje absorbió el golpe, aún así, Valeria quedó momentáneamente sin aliento, con la zona del impacto seriamente dañada y el tejido resquebrajado.

-“Buen disparo, Echo Nueve”, se oyó desde una sombra cercana, con tono satisfecho.

No hubo tregua, la Sombra apareció como un borrón en la penumbra, impulsada como una exhalación, y la jian brilló al buscar el cuello de Valeria.

Pero está vez, ella la vió venir. Atrapó la hoja entre las palmas y, de una poderosa patada, lanzó a su atacante por los aires, devolviéndola al exterior por la misma puerta que acababa de cruzar.

La Sombra aterrizó con elegancia felina, clavando los pies en el asfalto justo a tiempo para encajar el siguiente ataque, pues Valeria ya estaba sobre ella, desatando una tormenta de fuerza bruta y precisión feroz.

Golpe tras golpe, la presionaba sin piedad, sin embargo, su enemiga seguía siendo más rápida. Deslizándose como un espectro, esquivaba los puñetazos con una agilidad sobrenatural, respondiendo con estocadas limpias y medidas, las cuales, Valeria a su vez, desviaba con sus antebrazos reforzados, agudizando los reflejos al límite. El duelo era un espectáculo vertiginoso de técnica y habilidad, cada impacto, cada zancada, cada chispa que saltaba del cruce entre el acero forjado y el tejido nanotecnológico sacudía el entorno.

En un tejado cercano, el Coloso, apostado con su Barrett M82 personalizado, maldecía entre dientes. Ambas combatientes se movían tan rápido que ni siquiera podía mantenerlas centradas en la mira.

Tras una ráfaga de intercambios, ambas se separaron al unísono, mirándose con la intensidad de dos depredadoras, como si el aire entre ellas se cargara de electricidad. Y entonces, aprovechando el descanso, un nuevo disparo.

La bala silbó hacia la cabeza de Valeria como una sentencia. Ella sintió el cambio de presión en el aire antes incluso de oír el disparo, y por puro instinto, ladeó la cabeza sin siquiera girarse, justo a tiempo para que el proyectil pasara rozando su mejilla, tan cerca que sintió el calor desprendido por el metal candente.

Justo cuando los fragmentos de la bala aún chisporroteaban en su choque contra el suelo, la Sombra volvió a lanzarse al ataque. El duelo se reanudó con una virulencia renovada, más feroz que antes, con estocadas más veloces, giros más agresivos e impactos más contundentes. El tiempo corría, pero ninguna parecía ceder terreno, cada una respondía con igual determinación, atrapadas en una danza letal sin tregua.

Valeria, sin embargo, tenía un problema añadido: el francotirador. Desde su escondite, no cesaba de buscar un ángulo y cada vez que lograba una mínima oportunidad, disparaba,

obligándola a dividir su atención, mermando sus posibilidades de victoria.

«Es demasiado rápida… tengo que hacer algo que no se espere y tampoco pueda prever.»

El nanotraje, aunque extraordinario, comenzaba a mostrar signos de desgaste. Los antebrazos, en especial, ya no repelían con tanta eficacia los embates de la jian, cuya hoja, forjada y reforzada para cortar incluso los materiales más resistentes, iba dejando su huella, debilitando las defensas cinéticas poco a poco.

Entonces, durante uno de sus ataques, la Sombra ejecutó una pirueta de doble tirabuzón, más rápida de lo que el ojo inhumano de Vindicare podía seguir, convirtiéndo en invisible a la estocada transversal que lo siguió, aunque Valeria reaccionó en el último instante, más por instinto que por reflejos. Logró esquivar el golpe mortal, aunque la punta de la hoja rasgó el traje, desde el muslo hasta el cuello, con el filo arrancando destellos chispeantes a su paso de la energía del traje reaccionando, como si desgarrara estrellas, y terminó su recorrido cortando varios mechones de su cabello.

A su paso por la cara, la hoja cortó la antigua cicatriz de su rostro, reabriéndola. La herida ardió como fuego líquido, más por el recuerdo que suscitó que por verdadero daño, y por un instante, no fue Valeria la guerrera, sino la joven atrapada bajo las manos de Grayson, sintiendo de nuevo su aliento pútrido y su cuchilla cruel desgarrando su piel. El dolor, aunque leve y pasajero para Vindicare, transportó a Valeria a aquel momento en el que fue más vulnerable que nunca. Haciéndola tambalearse, confundida, retrocediendo un par de pasos con la mano en la herida, paralizada.

-"¿Qué te pasa?, ¿te rindes?", provocó la Sombra, con una sonrisa torcida. —"Prepárate para tu final".

Y sin darle ni un segundo, se lanzó de nuevo dispuesta a dar la estocada definitiva. A la vez, el Coloso alineó su mira en el centro de la frente de Valeria y su dedo apretó el gatillo.

La punta de la espada impactó justo en el centro del pecho de Valeria, penetrando el traje por la zona dañada, rompiendo la última

resistencia del tejido y comenzando a hundirse en su carne. Además, la bala ya venía, letal, directa a su cabeza.

«Grayson me destrozó, me redujo a la nada… pero gracias a ello, ahora soy más fuerte que nunca.»

Valeria se debatía en su mente, pero no estaba vencida. Ignoró el acero que la estaba perforando, sintiendo la bala acercándose a su cabeza, y justo cuando parecía derrotada, se movió, levantando el hombro izquierdo e interponiéndolo, desviando el proyectil en el último instante, haciendo rebotar la bala contra su omóplato endurecido por la nanotecnología y reescribiendo su trayectoria, que no impactó en su cabeza, sino en la de la Sombra.

El proyectil entró por su cuenca ocular con un sonido húmedo y brutal, atravesando el cerebro como una lanza de plomo y haciendo estallar el cráneo en una lluvia grotesca de fragmentos de hueso y masa encefálica. El cuerpo sin vida de su rival cayó a sus pies, dejando la jian clavada en su pecho.

Valeria contempló el cadáver durante unos segundos, impasible, apartando con dos dedos un trozo de cerebro sanguinolento que se le había quedado pegado en la mejilla.

-"Regenérate de eso", dijo con desdén, como un epitafio cruel.

Entonces, alzó la vista; en lo alto del edificio, el Coloso vociferaba en la distancia con furia. Dejó caer su rifle como si ya no tuviera utilidad y en un solo impulso prodigioso, cruzó la distancia hasta ella, aterrizando con tal fuerza que el suelo se resquebrajó a sus pies, lanzando una onda de polvo y fragmentos de pavimento.

-"¡Me lo vas a pagar, miserable!", gruñó con sus ojos inyectados en sangre.

Valeria ni se inmutó. Con lentitud deliberada, se llevó la mano a la empuñadura de la jian y la desclavó de su pecho despacio, centímetro a centímetro, sin apartar la mirada de su nuevo adversario. El acero salió manchado de rojo y ella lo sostuvo con elegancia, admirándola durante unos segundos, como si fuera un trofeo, para después arrojarla junto a su enemiga caída.

-"Adelante, pues", dijo con una sonrisa desdeñosa.

{Mientras tanto.}

Jonathan y William, que salieron del ascensor cuando todo era seguro, se deslizaban alejándose de la acción de una cobertura a otra, esquivando los haces de los focos y evitando el campo de visión de las cámaras de seguridad. Sus movimientos eran apresurados, urgentes, hasta que alcanzaron un muro en una zona apartada, lejos del fragor de los disparos que aún resonaban a lo lejos.

William trepó primero y con unas tenazas que habían sustraído de un almacén, cortó con rapidez el alambre de espino que lo coronaba, despejando el paso para Jonathan, que lo siguió sin dudar.

Al otro lado, una alambrada les bloqueaba el avance, pero no fue más que un obstáculo menor. Toda la seguridad de la base estaba enfocada en el caos distante, lo que les permitió avanzar sin ser detectados. Finalmente, el bosque se alzó ante ellos: denso y oscuro… pero seguro.

-"Espera un momento", dijo William, deteniéndose antes de que alcanzaran el linde.

Se llevó la mano al brazo derecho y presionó con firmeza un botón oculto bajo la manga de su camisa. Unos segundos después, una explosión sacudió el horizonte y una columna de fuego y humo se alzó entre los edificios, iluminando brevemente la noche.

-"¿Qué ha sido eso?", preguntó Jonathan, mirando el resplandor con el ceño fruncido.

-"Mi coche, no podía dejar pruebas", respondió William con serenidad, reanudando el paso hacia los árboles.

Y sin más palabras, ambos se internaron en la espesura, rumbo al punto de encuentro acordado con Jayden y los demás.

El Chevrolet Tahoe negro 4x4, aparcado a varios metros de Valeria y el Coloso, estalló con una violencia descomunal y la onda expansiva sacudió el aire como un látigo, lanzando llamaradas y fragmentos de metal en todas direcciones.

El cabello de Valeria se agitó con furia, arrastrado por la presión inversa de la explosión, como si un huracán le soplara desde atrás. Sin embargo, ni ella ni su enemigo se movieron un centímetro,

permanecieron inmóviles, enfrentados, con las miradas clavadas como puñales.

El Coloso fue el primero en romper el silencio; avanzó a la carrera como un toro de lidia desbocado, bufando por la nariz y haciendo temblar el suelo a su paso. Su primer ataque fue brutal, pero Valeria, más veloz que el latido del colibrí, lo esquivó con elegancia.

El Coloso no se detuvo, encadenó golpe tras golpe, persiguiéndola con una furia implacable, reduciendo a escombros el suelo, los muros y cualquier vehículo que se interpusiera. A pesar de su tamaño, su agilidad era sobrehumana, pero no suficiente, Valeria se deslizaba entre los ataques como una sombra danzante, grácil, elegante y precisa.

El Coloso pronto comprendió el juego. Ella lo había provocado, obligándolo a gastar energías en un ataque ciego, sin control, y si quería vengar a su compañera, debía cambiar de estrategia, lo cual hizo: frenó en seco, adoptando una postura más defensiva, atacando sólo lo necesario, con más cabeza y contención.

Valeria captó el cambio al instante y sin vacilar, pasó al ataque. Se lanzó contra él con una ráfaga de golpes veloces, rompiendo su guardia y arrancándole algún que otro gruñido. Pero sus puños sólo encontraban un muro de carne infranqueable, un cuerpo diseñado para resistir los castigos más duros.

Valeria esquivó un puñetazo, rodó a su lateral y le asestó una patada demoledora en la nuca, pero nada. Evitó una embestida, escaló una pared y cayó en picado desde lo alto, clavando el codo en su cráneo, pero nada. Se deslizó entre sus piernas, lo desequilibró con una patada certera tras la rodilla y al incorporarse, lo castigó en el costado con furia, pero nada.

El Coloso regresaba una y otra vez a su guardia, inmutable, imperturbable, como una montaña que no conoce el desgaste. Frente a él, Valeria jadeaba a pesar de su resistencia sobrehumana, con los músculos tensos como cuerdas al borde de romperse y el sudor resbalando por su rostro en gotas brillantes, pese a los asaltos, pese al esfuerzo, era como si nada hubiera cambiado, como si aún estuvieran exactamente donde empezaron.

«No sé el tiempo que le quedará a Vindicare. Si no termino esto pronto… podría no ganar.»

Valeria pensaba en otras posibilidades, entonces, divisó la espada de la guerrera caída y decidió hacerse con ella. El acero brilló entre sus manos cuando lo alzó, resplandeciente bajo la luz titilante y, con una furia renovada, se lanzó contra el Coloso, desatando sobre él una tormenta de estocadas, veloces y precisas, como relámpagos que cortaban el aire a cada golpe. En apenas unos segundos había cubierto el cuerpo de su adversario de innumerables tajos imposibles de evitar para él.

-"¿Ahora qué?", murmuró tras el asalto, alzando la espada, confiada de haber causado daño.

Pero al ver el filo, su expresión cambió, pues no había sangre nueva, sólo los restos oscuros y secos de la suya propia. Confundida, giró la vista hacia su enemigo y comprobó que su piel seguía intacta, los cortes sólo habían desgarrado la tela del uniforme.

Entonces, el Coloso arrancó una farola del suelo y la blandió como un bate, alcanzando de lleno a una Valeria despistada, que salió despedida a través de la calle hasta el siguiente edificio, atravesando su pared desintegrando los ladrillos a su paso y cayendo entre los escombros en su interior, aturdida.

No le dio tiempo a recomponerse cuando el Coloso la alcanzó, la agarró por un pie y la estrelló una y otra vez contra muros y suelos, como si quisiera demoler el edificio usándola a ella de martillo. Sólo cuando quedó satisfecho, la soltó, ensangrentada, inerte y con multitud de huesos fracturados.

Valeria, jadeante, se arrastró como pudo tosiendo sangre, apenas consciente. Sus huesos crujían y se reacomodaban dentro de su cuerpo mientras el nanotraje vibraba, excedido de energía. Y su enemigo, sin detenerse, la levantó como un fardo y la lanzó con una fuerza colosal hacia arriba.

Atravesó varios pisos hasta salir despedida por el tejado y aterrizar en la azotea contigua, cayendo sobre las tejas, gimiendo y tosiendo polvo. Su cuerpo seguía reparándose, pero aún así, el dolor era insoportable, mientras el nanotraje zumbaba, completamente saturado.

Con la visión borrosa, distinguió el Barrett del Coloso cerca de donde había caído y una idea cruzó su mente.

Se incorporó con dificultad y un grito desgarrador brotó de su garganta al apoyar la pierna derecha, pues el tobillo estaba fracturado por varios sitios y no se había regenerado.

-"¡Vamos, cúrate ya, joder!", gritó con rabia, agarrándose la pierna.

Como si su voluntad activara el proceso, el hueso crujió y volvió a su sitio, aunque no tuvo tiempo para levantarse del todo. El tejado tembló, se agrietó y estalló bajo ella. El Coloso emergió desde el interior con un rugido brutal, lanzándola por los aires junto a los escombros.

Aterrizó hecha una madeja a pocos metros del Barrett, que ahora era su única esperanza. Lo alcanzó a duras penas, alzándolo con dificultad, debido a que el arma estaba modificada y era más grande y pesada que cualquier M82 estándar, como si la hubieran adaptado a su enorme y poderoso propietario.

Apuntó al monstruo cuando ya casi lo tenía encima, el cual se acercaba rompiendo tejas con cada paso, y disparó.

BOOM.

El disparo fue ensordecedor, retumbó como el cañón de un M2 Bradley, y ambos salieron volando en direcciones opuestas. El Coloso, empujado por el poderoso impacto del proyectil, y Valeria, lanzada hacia atrás por el retroceso inesperado y devastador del arma.

Cayó del tejado todavía aferrada al gigantesco fusil y aterrizó sobre el capó de un coche, que se hundió por completo a su alrededor.

-"¡La hostia!", exclamó ella, soltándolo con esfuerzo mientras se incorporaba. —"Esto es más un cañón que un fusil… y por si fuera poco, ese cabrón lo maneja como si fuera una escopeta de feria".

Con los oídos todavía zumbándole y la adrenalina desbordada, no escuchó el murmullo lejano de un helicóptero que se aproximaba.

Apenas había bajado del techo del coche cuando el haz de luz blanca del aparato la cegó desde el cielo, y a ambos lados de la

calle, una docena de soldados tomaban posiciones, rodeándola con las armas en alto.

-"¡Ríndete!, ¡no tienes escapatoria!", ordenó una voz por la megafonía del helicóptero.

Un segundo después, otra voz, grave y amenazante, resonó desde una esquina.

-"No puedes ganar".

El Coloso emergió de entre las sombras, caminando con paso firme. El uniforme se había chamuscado en la zona del impacto del disparo, revelando parte de su pecho, pero su piel seguía intacta, salvo por unos rasguños superficiales.

«¡Me cago el puta! ¡No es posible!»

-"Mi piel es indestructible", dijo él con una sonrisa torcida. —"Sé lista y ríndete".

Valeria cerró los ojos un segundo, exhaló con rabia y alzó las manos.

-"¡Joder!", gruñó, impotente. —"Está bien… me rindo".

El Coloso hizo una seña y los soldados comenzaron a acercarse con cautela sin dejar de apuntar. Dos de ellos la alcanzaron, le sujetaron los brazos a la espalda y sacaron unos grilletes pesados, diseñados para retener a alguien como ella.

-"Un solo movimiento y te aplasto el cráneo", advirtió el Coloso, acercándose con aire triunfal.

Valeria no respondió, únicamente desvió su mirada, apenas un instante, hacia la jian tirada en medio de la calle y esperó. Cuando sintió el frío del metal de los grilletes y la tensión en los brazos, actuó, antes de que se cerraran sobre sus muñecas.

Con un giro explosivo, estrelló a los dos soldados que la sujetaban contra los dos más próximos que se acercaban, y en el mismo movimiento, empujó a otros dos y corrió como un rayo, esquivando al Coloso por centímetros para lanzarse hacia la espada como una exhalación.

La ametralladora del helicóptero rugió, escupiendo fuego y metralla mientras las balas surcaban el aire a centímetros de Valeria, levantando chispas y polvo a su paso. Ella corrió a toda velocidad, recogió la espada en movimiento y la lanzó con precisión calculada

antes de saltar tras una cobertura, perseguida por la letal ráfaga de proyectiles de gran calibre que rozaba su espalda.

La hoja voló como un relámpago metálico, girando sobre sí misma, y atravesó el parabrisas del helicóptero. El piloto no tuvo tiempo de reaccionar cuando la jian lo perforó limpiamente, clavándose en su cráneo. Su cuerpo cayó muerto sobre los mandos y el aparato descendió en picado, fuera de control, estrellándose justo donde estaba el Coloso.

La explosión fue tan brutal, que una onda expansiva sacudió toda la calle, arrasando vehículos, muros y farolas, dejando un cráter humeante en el asfalto.

Poco después, Valeria emergió de entre la bruma de polvo, tambaleándose, y nada más erguirse, dos punzadas de dolor candente le atravesaron el abdomen.

«Hostias… como duele.»

Miró hacia abajo y vio como dos impactos de bala la habían alcanzado; la munición de la ametralladora había perforado el nanotraje, desde donde sangre oscura brotaba de las heridas, que apenas comenzaban a cerrarse con dificultad.

-"Mierda… parece que estoy llegando al límite otra vez", murmuró entre dientes, haciendo una mueca de dolor.

—"Tengo que largarme antes de que aparezcan más".

Dio unos pasos para alejarse de la zona… pero el sonido chirriante de chatarra metálica al deslizarse por el asfalto la detuvo, volviendo la vista.

-"¡No me jodas…!, no puede ser", maldijo con frustración.

Entre los restos humeantes del helicóptero, una figura comenzaba a moverse: el Coloso. Se arrastraba entre las placas de metal al rojo vivo con el uniforme reducido a cenizas, pero su piel, esa maldita piel, apenas mostraba ligeros arañazos y hematomas.

Con un alarido inhumano, apartó la cabina retorcida que le aprisionaba las piernas y se irguió, pero no llegó a ponerse de pie del todo… Valeria apareció de la nada a su lado con el Barrett en brazos, y sin pensarlo, le metió el cañón en la boca de un empujón y disparó.

BOOM.

El arma estalló con un estruendo ensordecedor, la bala entró por su garganta y explotó dentro del cráneo, reduciendo a pulpa el cerebro en el interior. El cuerpo del Coloso se desplomó, pesado, inerte, esta vez sí, para siempre.

-"Toda armadura tiene un punto débil", susurró ella con una mueca de satisfacción.

Pero la paz no duró ni un segundo, pues luces nuevas se encendieron en la distancia, a la vez que voces y pasos apresurados se aproximaban por las calles.

Valeria apretó los dientes, maldiciendo entre jadeos.

-"Ahora sí que me voy", dijo, echando a correr entre las sombras, con el caos ardiendo a sus espaldas.

En pocos segundos, Valeria dejó atrás la zona de edificios, corriendo a gran velocidad entre oscuridad y maleza. Estaba a punto de alcanzar el muro perimetral cuando el agudo dolor del abdomen se disparó, multiplicándose exponencialmente, expandiéndose como un relámpago. De forma inmediata, se desplomó entre la hierba, retorciéndose y jadeando con el rostro contra el suelo.

Se giró y miró su vientre: las dos heridas no sólo no habían terminado de cerrarse… sino que no parecía que fueran a hacerlo, pues no dejaban de sangrar.

-"¡Dios! ¡Qué dolor! ¿Por qué me duele tanto de repente?", gruñó, girando sobre sobre sí misma, presa del dolor. —"Necesito sangre".

El crujido sutil de hierba pisada la alertó y enmudeció al instante, conteniendo los sollozos que se acumulaban en su garganta.

-"¿Has oído algo?", preguntó una voz cercana.

-"No estoy seguro", respondió otra.

Los haces de linterna pasaron rozando la hierba donde Valeria yacía oculta, arrastrándose como podía, a apenas unos centímetros más allá del alcance de la luz. Eran dos soldados, que se aproximaban, atentos, revisando el terreno en busca de cualquier movimiento.

-"Habrá sido mi imaginación", dijo uno tras inspeccionar. —"El combate está lejos de aquí, al otro lado de la base".

-"No te confíes, decían que la tipa esa es tan rápida como la china".

-"¡Nah!, seguro que ella y el grandullón la tienen bajo control".

La radio crepitó de repente:

-"Atención a todas las unidades. Echo Ocho y Echo Nueve han sido derrotados, extremen precauciones, sujeto en fuga. Repito… Echo Ocho y Nueve han sido derrotados".

Los soldados se miraron entre sí en silencio, con los rostros tensos y la inquietud deslizándose entre ellos como una amenaza que no se atrevían a nombrar. Entonces, sorpresivamente, Valeria emergió detrás de uno de ellos y disparó al otro utilizando el arma del primero, mientras lo sujetaba por la espalda.

El soldado forcejeó y, en un movimiento brusco, la golpeó en la frente echando la cabeza hacia atrás, obligándola a soltarlo, luego, giró sobre sus talones, la encaró y disparó. Valeria logró desviar el cañón con una mano en el último instante, pero algunos disparos le rozaron el hombro, arrancándole un grito descarnado. Por suerte, el nanotraje desvió los impactos, aunque el dolor le atravesó la carne, insoportable.

Valeria intentó arrebatarle el arma y ambos cayeron al suelo, forcejeando en una violenta lucha cuerpo a cuerpo, pero era como si la fuerza la hubiera abandonado. No le quedó más remedio que recurrir a su entrenamiento, a cada técnica aprendida, a su instinto de supervivencia grabado en su cuerpo durante años de preparación.

La pelea fue agónica, brutal, aún así, con mucho esfuerzo, ella logró colocarse al fin sobre él y, con un movimiento certero, le aplicó una llave que comprimió su yugular. Valeria lo retuvo hasta que el soldado perdió el conocimiento entre espasmos, sólo entonces lo soltó y quedó tumbada a su lado, jadeando, abatida por el colosal esfuerzo empleado.

-"Estoy reventada", murmuró entre respiraciones entrecortadas. —"¿Qué me pasa?, necesito sangre ya".

Remangó el brazo del soldado, se lo llevó a la boca y mordió con desesperación… pero sólo logró dejarle un hematoma, sin sangre.

Extrañada, retiró la boca y miró la herida, confusa. Se palpó los dientes y el pánico le recorrió la columna: los colmillos ya no estaban.

«El dolor… la falta de fuerza… el cansancio… las heridas… oh, no… ¡mierda!»

Se tocó el cabello y miró los mechones; su color natural había vuelto, eso significaba que la transformación se había acabado, ya no era Vindicare.

«Siento que me voy a desmayar.»

Con lo poco que le quedaba de fuerza, se puso en pie y reanudó su huida. Alcanzó el muro y comenzó a treparlo, sin detenerse siquiera a apartar el alambre de espino, cayendo al otro lado como un saco de carne, desgarrada, ensangrentada, e hizo lo mismo con la alambrada con la misma torpeza ciega. Por suerte, no se cruzó con más patrullas.

Sin dudarlo, se adentró tambaleándose en el bosque sin rumbo fijo, guiada sólo por el deseo de alejarse lo máximo posible de la base. Caminó entre ramas rotas y hojarasca crujiente hasta que sus piernas dijeron basta. Vencida por el dolor, el cansancio y la pérdida de sangre, se desplomó entre las hojas secas y la oscuridad, perdiendo definitivamente el conocimiento.

{Un tiempo más tarde.}

Con la alerta aún latente, pero con las sirenas de la base ya silenciadas, William avanzaba en sigilo por el bosque, guiado por una señal en su móvil, esquivando patrullas militares.

En la pantalla, una zona delimitada parpadeaba en la aplicación GPS, marcando el último punto aproximado donde se había detectado la baliza incorporada en el nanotraje.

Entre la maleza, algo llamó su atención: un bulto semioculto bajo un manto de hojas. Se agachó, las apartó y ahí estaba ella, tirada sobre la tierra.

Activó su radio con urgencia:

-“La he encontrado, está inconsciente”, informó. —“Ya no es Vindicare, como sospechábamos, aunque respira, gracias a Dios”.

-“¿Está herida?”, preguntó la voz tensa de Claire al otro lado.

William la examinó rápidamente y encontró las heridas en su abdomen.

-“Tiene dos heridas de bala. Parece que empezaron a cerrarse, pero se detuvieron y aún sangran”.

-“Aplica los geles hemostáticos que te di, pararán la hemorragia por ahora”, ordenó Claire con decisión. —“Nos vemos en el punto de encuentro”.

-“Recibido, la llevaré allí”.

William sacó los sobres de gel, los rompió con rapidez y aplicó el contenido sobre las heridas. El líquido espeso y transparente actuó al instante, ralentizando el sangrado casi al completo, leve aunque persistente. Acto seguido, con gesto entrenado, pasó su cabeza bajo una axila de Valeria y un brazo entre sus piernas, levantándola con cuidado.

La cargó sobre su hombro, ajustándola contra su cuerpo para evitar que se balanceara, y comenzó a andar entre los árboles con paso apresurado pero firme, en dirección hacia el resto.

CAPÍTULO DIEZ

La Súper

parte 1

{Un mes después del rescate en la base militar.}

Valeria desayunaba en su piso junto a Matías y Jonathan, en un cómodo silencio.

-"Bueno, me voy, o llegaré tarde a clase", dijo Jonathan, levantándose de la mesa con la mochila colgada al hombro. —"Nos vemos luego".

Valeria le dedicó una breve mirada y asintió con una leve sonrisa.

-"Hasta luego, hijo", añadió Matías mientras el joven se alejaba por el pasillo.

Luego, Matías se giró hacia ella, percibiendo malestar en su expresión.

-"¿Te preocupa algo, mi niña?", preguntó con dulzura.

Valeria lo miró y sus ojos revelaron la inquietud que la carcomía por dentro.

-"Desde lo del banco no dejo de darle vueltas a algo…", admitió ella con cierta duda.

-"Es increíble que ocurran cosas así, aquí en la ciudad… el mundo se ha vuelto loco", asintió Matías con un suspiro. —"Menos mal que apareció esa misteriosa mujer…".

Valeria desvió la mirada, indecisa, tragando saliva antes de hablar.

-"Verás… siempre me he metido en líos, tío Matt, tú lo sabes muy bien. Pero hay muchas cosas que nunca te he contado… para no preocuparte, para protegerte".

Matías tomó sus manos con suavidad, notando su temblor.

-"Estás temblando", dijo, acariciándola con calidez. —"No tienes que tener miedo por mí, puede que esté viejo, pero aún tengo una salud de hierro".

Valeria le apretó las manos con fuerza.

-"Me duele tener que ocultarte cosas… pero me da miedo… miedo de arrastrarte conmigo, de que te pase algo… o de decepcionarte".

Matías alzó una mano y le acarició la mejilla con ternura, mirándola fijamente a los ojos.

-"Escúchame bien, mi niña. No tienes que contarme nada si no quieres, te conozco y te quiero tal como eres. Sé que tú también me quieres, eso es lo único que necesito. No hay nada que pudieras decirme que me hiciera dejar de sentirme orgulloso de ti".

Valeria esbozó una sonrisa amplia y sincera, luminosa, aunque en el fondo de sus pupilas seguía latiendo una inquietud imposible de ocultar.

-"Te quiero mucho, tío Matt".

Tras esas palabras, ella se quedó en silencio unos largos segundos mientras acariciaba las manos de Matías, dudando si continuar, a la vez que sus ojos se humedecian poco a poco.

-"Yo soy esa mujer… a la que llaman Demonio Rojo, y he matado a gente, soy una asesina…", confesó al fin en apenas un susurro.

Los ojos de Matías se abrieron, pero no con incredulidad, había una chispa de sorpresa, aunque mezclada con la certeza de quien ya lo sospechaba en lo más hondo. No la soltó; al contrario, se aferró a ella, dejándole espacio para desahogarse.

-"Temo que vengan a por mí", continuó ella con la voz temblando, quebrándose a cada palabra. —"Fuerzas poderosas que no comprendo… que lo trascienden todo. Siento que están ligadas a mi pasado, a lo que ocurrió antes de llegar a Chicago".

Matías la atrajo hacia sí, despacio, y la envolvió en un abrazo firme, cálido, protector, como si con sus brazos pudiera blindarla contra cualquier sombra.

-"Tío Matt… tengo miedo…".

-"Yo sé quién eres de verdad", murmuró él junto a su oído, con voz grave y serena. —"No eres un demonio ni una asesina,

sino la niña más buena, dulce y valiente que he conocido… mi niña".

Valeria se apartó con lentitud, sollozando en silencio.

-"Me buscarán hasta dar conmigo".

Matías la tomó por los hombros, con seguridad en la mirada.

-"Entonces, encuéntralos tú primero", sentenció.

Valeria iba a responder, sorprendida por la respuesta, pero el timbre de la puerta sonó repentinamente, quebrando el momento.

Valeria se apresuró a abrir y encontró a William al otro lado.

-"Hola, Valeria", saludó él, dando un paso hacia ella.

-"Vaya, Will… que sorpresa", respondió ella con una sonrisa cálida.

Se saludaron con dos besos en las mejillas y sus labios se rozaron en apenas en un leve gesto, cargado de un deseo contenido que ninguno ocultaba, pero que tampoco nombraban en alto.

-"¿Podemos hablar?", preguntó él, sin rodeos.

-"Claro, pasa", respondió Valeria, apartándose para dejarlo pasar.

Matías se acercó desde la cocina.

-"Os dejo solos", comentó, cogiendo su enorme manojo de llaves. —"Tengo que ocuparme de la portería".

-"¿Comemos luego?", preguntó Valeria mientras él salía al pasillo.

Matías asintió con una sonrisa tranquila antes de desaparecer en el ascensor.

Valeria cerró la puerta con suavidad y le indicó a William que tomara asiento en el sofá.

-"¿Te apetece un café?, ¿u otra cosa?".

-"No, gracias", respondió él, sentándose. —"Esto es importante".

-"De acuerdo", dijo ella, sentándose a su lado. —"Te noto tenso… ¿necesitas un *relajante*?", añadió con una media sonrisa y un guiño pícaro.

William sonrió con timidez, aunque la expresión seria no abandonó su rostro.

-"Eso siempre… pero no. He estado investigando sobre los dos extraños soldados y mi propio supervisor me ha ordenado dejarlo".

-"Y, por supuesto, no le has hecho caso", añadió ella, entre divertida y preocupada.

-"Esta vez, no", admitió él. —"Esto alcanza niveles demasiado altos, hay que tener cuidado, estoy atado de pies y manos".

Valeria alzó una ceja, escéptica.

-"¿Tú?, ¿atado?, cuesta creérselo".

William chasqueó la lengua y rodó los ojos con resignación.

-"Pues créelo. Aun así, algo si he conseguido averiguar… no es mucho, pero es algo".

-"Pues suéltalo, ¿a qué esperas?", dijo ella, inclinándose hacia él con atención.

-"Para empezar", comenzó William. —"Mis esfuerzos se han centrado sobre todo en encubrir nuestra infiltración en la base de la NSA. Eso ya me ha dado bastantes quebraderos de cabeza, por suerte, me ayudó el hecho de que ellos mismos quieren mantener todo en secreto, y eso, amiga mía, nos dice mucho".

Valeria se acomodó en el sofá, mirándolo con atención.

-"No lo veo tan raro… no quieren que se sepa nada sobre esos supersoldados", añadió.

William asintió con gravedad.

-"Exacto. Pero tampoco saben que he logrado acceder a parte de sus expedientes, tirando de muchos favores".

Sacó su móvil del bolsillo y se lo tendió a Valeria.

-"Échales un vistazo, porque tengo que borrarlos".

Valeria tomó el dispositivo, desplazando la pantalla con el pulgar.

-"¿Una Ranger y un SEAL?".

-"Sí", añadió él. —"Xiao Li Liu y Samuel Cage. Lo único que encontré es que ambos fueron seleccionados para un programa secreto de alto nivel".

-"¿Y RFS?, ¿significa algo?, ¿alguna unidad especial de la NSA?".

William se encogió de hombros.

-"Ni idea, no encontré esas siglas por ningún lado. Y por lo que he averiguado, no parecen pertenecer directamente a la NSA, más bien la estaban utilizando".

Valeria frunció el ceño, pensativa.

-"Deben de tener mucho poder para hacer algo así".

-"Sin duda", respondió él con un deje sombrío. —"Y precisamente por eso tenemos que movernos con pies de plomo. Porque, sean quienes sean, me jugaría el cuello a que ahora mismo están intentando averiguar quién demonios eres".

Valeria se quedó en silencio unos segundos, luego levantó la mirada.

-"Recuerdo esas letras… en el uniforme de mi padre, pero estaban al revés: *SFR*".

William la miró con atención renovada.

-"¿Qué sabes de él?".

Valeria bajó la cabeza y su voz se volvió más suave.

-"Muy poco, tenía seis años cuando llegamos aquí. Sólo sé que vivíamos en la montaña, en Nicaragua, y que él era soldado".

-"Es posible que recuerdes mal el orden de las letras, eras muy pequeña", dijo William, tocándose el mentón, pensativo. —"Pero si él era militar y tú tienes las habilidades que tienes… quizás estés más relacionada con esos supersoldados de lo que creemos".

-"Mi madre nunca me habló de aquella época", murmuró Valeria. —"Y mis recuerdos son vagos… pero esas letras… las veo como si las tuviera delante ahora mismo".

-"¿Tienes alguna foto de él?", preguntó William.

-"No… ninguna", respondió Valeria con un hilo de voz. —"Era como si mi madre no quisiera conservar ningún recuerdo suyo. Le decía a todo el mundo que había muerto".

Hizo una pausa, con la mirada perdida y el semblante triste, mostrándose vulnerable.

-"Y eso es lo que no entiendo", añadió. —"Porque yo recuerdo haberme despedido de él… y todos mis recuerdos de aquella época son felices, hermosos, tranquilos…".

Una lágrima se deslizó desde uno de sus ojos.

-"También insistía en que ocultara mi parte pelirroja, me hacía teñirla de negro para no llamar la atención. Además, recuerdo… que me llamé Nora antes de ser Valeria".

William la observaba con atención, tensando su expresión mientras procesaba lo que acababa de oír. Alzó una ceja y asintió con lentitud, como si piezas sueltas comenzaran a encajar en su mente.

-"Eso es revelador", dijo finalmente con tono firme. —"Me dijiste que durante el interrogatorio, te preguntaron qué dónde habías sido creada".

Valeria asintió en silencio.

-"Esa palabra… *creada"*, repitió William. —"No es algo que se diga a la ligera, está claro que tus habilidades no surgieron de la nada y esos supersoldados secretos apestan a experimentos con humanos. Claramente, lo que tu madre hizo fue protegerte, ocultarte, y muy posiblemente, con la ayuda de tu padre".

Valeria lo miró, con una mezcla de incredulidad y temor.

-"¿Estás insinuando que soy un experimento?".

-"No lo insinúo, lo creo", afirmó él sin dudar.

-"Pero no tiene sentido. Liu y Cage ya eran soldados antes de… cambiar. Y yo sólo era una niña".

William se encogió de hombros, levantando las palmas.

-"Ahí está la clave. Quizá en Nicaragua experimentaban con niños, o quizá tú fuiste parte de una fase previa, un prototipo. Hablamos de hace casi treinta años… quién sabe lo que hacían entonces".

El silencio cayó entre ellos y Valeria apartó la mirada, tratando de contener las lágrimas que se acumulaban en sus ojos, amenazando con derramarse, presas de una contención dolorosa.

William se inclinó hacia ella, tocando suavemente su hombro.

-"¿Estás bien?".

Ella no respondió. Se levantó de golpe sin mirarlo y se alejó por el pasillo con pasos pesados cargados de angustia, mientras William se quedó sentado en el sofá, indeciso. El silencio de la casa

lo envolvió, y durante unos minutos le presionó el pecho, dudaba entre respetar su espacio o ir tras ella y ofrecerle apoyo.

Finalmente, se levantó y siguió su mismo recorrido con cautela.

Al llegar a la puerta entreabierta de su habitación, la encontró tumbada de lado sobre la cama, abrazada con fuerza a Mr.Bigotes, su viejo peluche. Lloraba en silencio, pero su cuerpo temblaba como el de una niña que intenta contener un mundo que se le viene abajo.

-"Todo se desmorona otra vez", susurró con la voz quebrada. —"Y lo peor es que voy a arrastrar de nuevo a todos los que quiero".

William se acercó sin hacer ruido y se sentó en el borde de la cama, dejando espacio, sin invadirla.

-"Eso no tiene por qué ser así", dijo él con suavidad. —"Eres capaz de las cosas más increíbles que he visto nunca y de enfrentarte a lo peor, con o sin poderes".

Ella se incorporó lentamente, quedando sentada junto a él sin soltar al peluche. Tenía los ojos rojos, los labios temblorosos y la mirada perdida, cargada de inseguridad.

-"No creo que sea suficiente esta vez…", murmuró.

William giró su cuerpo hacia ella y, con una mano cálida, le acarició la mejilla con suavidad.

-"Ya lo creo que lo es, y aún si no lo fuera…", añadió en voz baja. —"Yo estaré contigo, hasta donde haga falta".

Sus miradas se entrelazaron en silencio, y poco a poco, sus rostros se fueron acercando, hasta que sus labios se encontraron en un beso suave, lleno de deseo, saboreándose con calma, como si tuvieran todo el tiempo del mundo para descubrirse.

Valeria dejó a Mr.Bigotes a un lado y rodeó el cuello de William con los brazos, mientras él la abrazaba por la cintura, acariciándola con delicadeza. Sus manos, temblorosas de emoción, fueron subiendo por debajo de su camiseta, explorando su contorno con una mezcla de ternura y anhelo, y sólo cuando la prenda se deslizó fuera por su cabeza, sus labios se separaron por un instante para permitirlo.

Con la piel del torso ya expuesta, ella se acomodó sobre su regazo y él comenzó a acariciar sus pechos con cuidado reverencial, como si cada centímetro de su cuerpo fuera un secreto que quería conocer. Sus bocas se buscaron de nuevo, más urgentes, más hambrientas, y la pasión, ya imposible de contener, los arrastró como una corriente cálida e imparable.

Con movimientos firmes pero suaves, William la levantó y la tumbó a un lado, retirando sus prendas inferiores con impaciencia apenas contenida mientras Valeria lo observaba con el pecho agitado y la respiración entrecortada.

Entonces, él inclinó la cabeza entre sus muslos con natural entrega a la vez que retiraba sus propias prendas, guiado por un deseo profundo y silencioso hacia sus *otros* labios. Valeria soltó un gemido grave, entrecortado, aferrándose a las sábanas como si temiera que el placer pudiera echarla a volar.

El calor creciente en su intimidad la envolvía por completo, su espalda se arqueaba y el gozo la embriagaba, la recorría como una corriente vívida, pero, de pronto, un sonido extraño justo detrás de ella la sacó de golpe del trance. Llevó una mano a la parte baja de la espalda y palpó el origen del ruido: Mr.Bigotes.

Esta vez, el peluche no sonó como debía, no era el suave susurro del algodón, sino un crujido seco, áspero… como el papel arrugándose entre los dedos.

William, ajeno, seguía entregado entre sus piernas, perdido en la calidez de sus muslos. Sin embargo, al notar que los gemidos de Valeria habían cesado, alzó la mirada, desconcertado, y la vio sosteniendo el peluche entre las manos, mirándolo con atención.

-"¿He hecho algo mal?", preguntó, perplejo.

Valeria sonrió con dulzura y se incorporó, sentándose a su lado.

-"En absoluto, cariño, lo estabas haciendo genial", respondió, besándole la frente. —"Es sólo que… al aplastar a Mr.Bigotes con la espalda ha hecho un sonido muy raro, nunca lo había oído antes".

William alzó una ceja, observándola, confundido, mientras ella examinaba el peluche con una minuciosidad casi profesional.

-"Sabes que está relleno de algodón, ¿verdad?".

-"Claro que lo sé, tonto, no me estoy volviendo loca", respondió ella, sin apartar la mirada del gato de felpa. —"Precisamente por eso me ha llamado tanto la atención".

-"No entiendo nada", murmuró él, aún intentando situarse con la erección todavía en su punto álgido.

-"¡Mira, escucha esto!", exclamó Valeria, apretando con fuerza el vientre del peluche.

Un sonido seco, como el roce del papel, emergió con claridad del interior del felino.

-"El algodón no suena así", dijo ella con rotundidad.

William se inclinó un poco más, atento al ruido.

-"Tienes razón… suena como papel arrugado".

Con el ceño fruncido, Valeria volteó al peluche y comenzó a revisar el tejido con los dedos, buscando entre el pelaje del felino hasta que notó una costura diferente, que claramente no era original.

-"¿Pero qué…?", murmuró, poniéndose de pie. —"No recuerdo que Mr.Bigotes hubiera necesitado alguna reparación".

Se dirigió a la cómoda y sacó un cortauñas pequeño. Con la diligencia de un cirujano experto, abrió cuidadosamente la costura y comenzó a hurgar en el interior del peluche, guiada por su instinto. Finalmente, sus dedos encontraron un pequeño cilindro de papel, enrollado con la delicadeza de un pergamino.

-"¡Me cago en…!", exclamó con genuina sorpresa.

Sus manos temblaban mientras deshacía con cuidado el diminuto lazo que sujetaba el rollo, y en cuanto lo abrió, un segundo fragmento, aún más pequeño, cayó al suelo. Valeria se agachó enseguida, recogiendo el papel con la expectación de quien desentierra un secreto largamente olvidado.

Era una fotografía, y en cuanto la sostuvo entre los dedos, se quedó inmóvil, muda, con la mirada fija en aquella imagen en miniatura. Sus padres aparecían cogidos de la mano, sonriendo con ternura a la cámara, y allí estaba ella, con apenas seis años, subida a los hombros de su padre y agarrando a Mr.Bigotes con una

expresión de felicidad… tan pura como la inocencia que se vislumbraba en su infantil rostro.

-"Papá…", susurró, casi sin voz.

Se quedó quieta, aferrada a ese pedacito de pasado como si pudiera detener el tiempo. Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas de nuevo, pero esta vez no eran amargas, sino cálidas, suaves, como si la memoria le devolviera algo que creía perdido para siempre.

Entonces, desplegó el otro papel y al ver la caligrafía que cubría la hoja, el corazón le dio un vuelco, pues reconoció esa letra al instante: era de su madre, una carta. El pecho le latió con fuerza, desbocado como después de una carrera sin tregua, a la vez que le fallaron las piernas, y sin poder sostenerse más, se dejó caer sobre la cama, quedando sentada junto a William.

Con la voz quebrada por la emoción y arropada del aliento de su acompañante, comenzó a leer en voz alta.

Mi vida, mi luz:

No sé si encontrarás esto algún día, ya no achuchas a Mr.Bigotes como cuando eras pequeña… aún así, y pese a que tu padre siempre fue muy estricto con las fotografías, necesitaba conservar al menos una, ver su rostro cada noche me daba fuerzas.

Lo quise tanto… lo quiero.

Separarme de él fue lo más duro que he vivido, pero gracias a ese sacrificio pude darte una vida normal, verte crecer, ver como te convertías en una mujer hermosa y maravillosa. He sido muy feliz contigo.

Él no tuvo esa suerte, no pudo verte crecer, y eso me ha dolido más que nada en el mundo. Tu padre te quería, y te quiere, por encima de todo. Se quedó atrás para que tú y yo pudiéramos huir y estar a salvo, lejos de las poderosas fuerzas que lo controlan todo y nos habrían destruido sin miramientos.

Tu verdadero nombre es Nora Alcaide Fernández, aunque probablemente ya no signifique mucho para ti, eras muy pequeña cuando nos fuimos. Y no, no venimos de Nicaragua… sino de

España, al otro lado del océano. Mentí para protegerte, para borrar cualquier huella que pudiera conducir hasta nosotras.

Sé que, al leer esto, si es que algún día lo haces, sentirás el impulso de buscarlo, pero, por favor, no lo hagas, es demasiado peligroso.

No te lo cuento para que lo busques, sino porque necesitaba que lo supieras, guardármelo todos estos años me ha atenazado el pecho constantemente. Nunca fui capaz de decírtelo en persona… pero no por falta de amor, sino por protegerte, igual que hizo él. Se lo prometí.

Pronto… también dejaré de estar contigo y eso me duele demasiado, saberlo es una agonía, pero esta dichosa enfermedad no me da tregua. Aún así, no tengo miedo, ya no, porque sé que estarás bien; eres inteligente, valiente y fuerte, como tu padre… incluso más.

Estoy segura de que lograrás todo lo que te propongas, y aunque no pueda verte en vida con mis propios ojos, en mi mente ya te veo cumpliendo tu sueño de ser policía. Pero no una cualquiera, esta ciudad será mejor con tu sola presencia, estoy segura, eres mi hija y estás destinada a lo más grande, nunca lo olvides.

Te seguiré observando… desde donde quiera que vayan las almas que ya han dado su último suspiro.

Te quiere.
Mamá.

El papel se empapaba con las lágrimas que caían sin control de sus ojos, que brillaban con destellos verdes a través del velo de humedad.

-"Yo también te quiero, mamá", susurró entre sollozos.

El llanto se volvió incontenible y Valeria se aferró a William con desesperación, como si en su abrazo pudiera recuperar el calor perdido de su madre.

Durante varios minutos, lloró sin reservas, mientras él la envolvía con afecto, acariciándole el cabello y susurrándole al oído sin decir palabras, sólo transmitiéndole calma.

Poco a poco, cuando el temblor fue cediendo, Valeria se reincorporó con movimientos lentos, todavía sacudida por la emoción. Se vistió despacio, sin dejar de pensar en cada frase de la carta, en cada palabra escrita por una madre que había dado todo por ella.

-"Ya sé donde buscar", dijo finalmente, rompiendo el silencio.

William abrió los ojos con preocupación.

-"Tu madre te pidió que no lo hicieras".

Valeria lo miró con firmeza mientras se ajustaba la ropa interior.

-"Lo sé", murmuró. —"Pero ellos ya me están buscando a mí, no me voy a quedar de brazos cruzados mientras exista la posibilidad de que mi padre siga allí. ¡Quiero verle… lo necesito!".

William se puso de pie de inmediato.

-"Entonces voy contigo".

Valeria alzó una mano al tiempo que sacaba la cabeza por el cuello de la camiseta.

-"No".

Él se detuvo, sorprendido.

-"¿Por qué no?".

Ella se acercó y lo abrazó, apoyando el rostro en su pecho.

-"Sé que lo más lógico sería que vinieras", susurró. —"Pero esto… esto es algo que tengo que hacer sola".

William la tomó por los hombros, apartándola con suavidad y mirándola a los ojos.

-"No sabemos con qué te vas a encontrar, necesitarás ayuda, y lo sabes".

-"Precisamente por eso", replicó ella con serenidad. —"Estaré más concentrada sabiendo que vosotros, la gente que quiero, estáis fuera de peligro".

Se apartó un poco, hasta separarse.

-"Ya viste de lo que son capaces, si tienen más de esos supersoldados no podrás hacer mucho", continuó ella. —"Vindicare es todo lo que necesito".

-“Vindicare no habría salido de la base sin la ayuda de tus amigos”, insistió William sin ocultar su frustración.

Valeria bajó la cabeza por un instante.

-“Lo sé, lo tengo muy presente”, dijo en un hilo de voz. —“No tiene lógica, lo admito… pero no volveré a dejar que me pillen desprevenida. Por favor, Will, confía en mí”.

Volvió a alzar la vista y sus ojos se encontraron en un silencio cargado de significado, donde las palabras ya no eran necesarias.

-“Está bien”, dijo William, asintiendo despacio tras unos segundos.

Valeria esbozó una leve sonrisa, le besó en los labios y le abrazó nuevamente, con más fuerza.

-“Esto empezó allí”, susurró contra su pecho. —“Y allí terminará”.

{En el presente, una semana después de haberse reencontrado con su padre.}

Arturo y Valeria están a ambos lados de una mesa repleta de documentos: un gran plano de la base militar ocupa el centro, rodeado de expedientes clasificados marcados con sellos rojos y anotaciones a mano.

La puerta del refugio se abre de golpe y León aparece bajando las escaleras a paso ligero.

-“Tengo treinta minutos”, anuncia. —“¿Hacemos un último repaso?, mañana es el gran día”.

Valeria se levanta de un salto y corre a abrazarlo.

-“¡Vaya!”, exclama León entre risas. —“Guarda algo de este entusiasmo para ellos”.

-“Hay que recuperar el tiempo perdido”, responde ella, aferrándose con fuerza. —“Cualquier instante importa”.

León le devuelve el abrazo con firmeza, apretándola contra su pecho.

-“Tienes toda la razón, y cuando todo esto acabe, te prometo que nos pondremos al día”.

Valeria se separa apenas para mirarlo, regalándole una sonrisa amplia y luminosa.

-"¿Sabes ya quienes estarán activos mañana, además de ti?", pregunta Arturo, sin levantar la vista del plano.

-"Sí", responde León, ya más serio. —"Echo Tres y Echo Seis".

Arturo chasquea la lengua y rebusca entre los expedientes, extrayendo dos carpetas que pasa a Valeria.

-"Aquí los tienes", dice, abriendo la primera. —"Echo Tres, la única Echo femenina en esta base: Fiommetta Rizzo, también conocida como *La Chispa*, proveniente del Col Moschin italiano".

-"¿Col Moschin?", pregunta Valeria, levantando una ceja.

-"Si, el noveno Regimiento de Asalto Paracaidista de las fuerzas especiales italianas", explica León. —"Llamados así por el cuchillo de combate que usan en sus misiones, de mismo nombre: *el Col Moschin*".

-"Curioso…", murmura Valeria, ojeando la ficha. —"¿Y hay algo más que reseñar sobre ella?".

-"Como ya te expliqué", interviene Arturo. —"Todos los Echos comparten habilidades mejoradas: fuerza, resistencia, velocidad, sentidos, regeneración… pero además, cada uno posee un rasgo único que lo caracteriza del resto".

-"Déjame adivinar", dice ella, sin levantar la vista del expediente. —"Su habilidad tiene que ver con su apodo".

-"Correcto", asiente Arturo. —"Tiene la capacidad de controlar y canalizar la electricidad a voluntad".

Valeria abre los ojos, impresionada.

-"¿En serio?, ¿puede lanzar rayos?".

-"Sí, aunque con limitaciones", añade León. —"Igual que en una tormenta, los rayos necesitan un canal de baja resistencia hacia tierra. No puede dispararlos al aire sin más, pero ten cuidado: el cuerpo humano es un excelente conductor".

-"Pero tiene una debilidad", añade Arturo. —"No puede generar electricidad por sí misma; necesita estar próxima a fuentes de energía externas".

-"Vaaale… lo tendré en cuenta", responde Valeria con una sonrisa ladeada. —"¿Y qué hay del otro?, el Seis".

Arturo señala la carpeta que descansa junto a la anterior.

-"Ahí tienes su ficha".

Valeria la abre con curiosidad, ojeando con rapidez, hasta detenerse en la fotografía del sujeto.

-"Louis Dubois", lee en voz alta. —"Condecorado en múltiples ocasiones por su valentía y arrojo. Miembro destacado del Regimiento de Dragones Paracaidistas de las fuerzas terrestres francesas, el RDP".

-"Es un experto en misiones de reconocimiento, a pesar de su tamaño, pues es alto y corpulento", añade León. —"Pero como Echo se ha enfocado más en labores defensivas, su habilidad le hace ideal para eso. Lo llamamos *El Muro*".

-"¿Puede crear barreras o algo así?", pregunta Valeria, frunciendo el ceño, pensativa.

León suelta una breve carcajada.

-"No vas desencaminada. El muro… es él, literalmente, puede modificar la composición atómica de su piel para imitar cualquier material sólido que toque".

-"¡Genial!", exclama Valeria con sarcasmo. —"Otro soldadito con la piel indestructible, mis favoritos".

-"Supongo que lo dices por Echo Nueve", interviene Arturo, alzando la vista. —"Pero son distintos, Echo Seis necesita tocar un material para transformarse y el efecto se desvanece con el tiempo, por lo que debe volver a tocar otra cosa. Además, no todos los materiales ofrecen la misma resistencia".

-"Lleva en el cinturón unos pesos de acero, por si necesita transformarse rápidamente", añade León. —"Si se los quitamos, se lo pondremos más difícil".

-"Entonces, técnicamente, el Coloso era más poderoso", razona Valeria. —"Él era indestructible todo el tiempo".

-"Sí… y no", matiza Arturo. —"El Coloso tenía puntos vulnerables: ojos, boca, fosas nasales y oídos. En cambio, el Muro se convierte completamente en el material elegido, nada de puntos débiles visibles".

Valeria chasquea la lengua con fastidio.
-"¡Qué bien me habría venido saber eso cuando me enfrenté a él!".
-"Lo venciste igualmente, eso es lo que cuenta", dice León, con una sonrisa orgullosa.
-"La verdad es que le disparé en la boca sin saber si iba a funcionar… no lo pensé mucho", admite ella, encogiéndose de hombros. —"¿Y qué hay de los otros tres?".
Arturo saca otras tres carpetas del montón.
-"Por suerte, no vais a tener que enfrentaros a ellos; estarán *durmiendo*", dice, entregándoselas a Valeria. —"Echo Cuatro es español, del EZAPAC del Ejército del Aire. Se llama Francisco García y… puede volar, llegando a superar el Mach 1".
-"¿Y su apodo cual es?, ¿El Cohete?", pregunta Valeria con una sonrisa burlona.
-"No", responde León con media sonrisa. —"*El Cometa*".
Valeria suelta una carcajada.
-"Muy apropiado, desde luego", dice entre risas.
-"No le subestimes", advierte León. —"Su habilidad es de las más útiles para todo tipo de operaciones militares".
-"Ya, ya… es sólo que me ha hecho gracia", se justifica ella, secándose las lágrimas de la risa.
-"En cambio, Echo Cinco es muy distinto", continúa Arturo. —"Lo llaman *El Témpano*. Es capaz de reducir la temperatura de cualquier cosa que toca… hasta congelarlo por completo".
-"Con este hay que andarse con mucho cuidado en el cuerpo a cuerpo", añade León. —"Puede congelarte una extremidad con sólo tocarte y después… romperla como si nada".
-"¡Que grima…!", murmura Valeria, estremeciéndose. —"¿Y de dónde viene?".
-"Del Servicio Aéreo Especial de Gran Bretaña, el famoso SAS", responde León. —"Su nombre es Edward Rex".
-"Y el último, Echo Dos…", empieza Arturo, bajando ligeramente la voz, con una sombra de inquietud en el tono. —"Probablemente el más poderoso de todos, no sólo por su

capacidad, sino por su despiadada forma de usarla: la telequinesis".

Valeria lo observa, entrecerrando un ojo.

-"Puede mover objetos con la mente", explica Arturo. —"Eso le permite hasta levitar, aunque sólo puede manipular aquello que pueda ver".

-"Klaus Müller", añade León. —"Del Kommando Spezialkräfte alemán o KSK, lo llamamos *der Geist*. Significa *la Mente*, pero él prefiere que lo digamos en alemán".

-"A priori no parece más peligroso que los demás", opina Valeria, frunciendo el ceño.

-"¿No?", replica Arturo, alzando una ceja. —"Podría estrangularte sin tocarte, hacer que un cuchillo a tu espalda se clave sin previo aviso, incluso, detener una bala en el aire y devolvértela con la misma fuerza con la que fue disparada".

Valeria levanta un dedo en el aire, mirando a Arturo con fingida seriedad.

-"Que se quede bien dormidito y no se le ocurra abrir ni un ojo", dice. —"Por cierto… ¿por qué tienen que dormir en esos criotanques?".

Arturo y León se intercambian una breve mirada inquieta antes de responder.

-"Porque lo necesitan, el proceso al que fueron sometidos es inestable", dice Arturo, rascándose la cabeza. —"En resumen… los tanques les permiten regenerarse y mantener activas sus habilidades".

-"Ya veo…", asiente ella.

Luego, se vuelve hacia León con una sonrisa curiosa.

-"¿Y tú, papá?".

-"Fui boina verde de la BOEL de la Legión", responde él con una mueca nostálgica.

-"Me refería a tu poder, aunque tendrás que contarme cosas sobre eso también", dice ella, divertida.

-"En realidad, no tengo ninguno especial".

Valeria lo mira, extrañada.

-"¿Cómo que ninguno?".

-"Tu padre tiene las capacidades básicas potenciadas más que nadie", aclara Arturo. —"Fuerza, velocidad, resistencia… lo que tienen todos, pero de mayor nivel, por así decirlo".

Valeria asiente, arqueando los labios.

-"Simple, pero eficaz", dice con orgullo. —"¿Y cómo te llaman?, ¿*El Más Mejor*?".

Arturo y León sueltan una carcajada al unísono.

-"Él es *Primus*", responde Arturo. —"El primero de todos".

-"También simple… y efectivo", asiente ella, divertida.

León ríe de nuevo y la abraza con ternura. Luego acaricia su mejilla y le levanta el rostro suavemente, tomándola por el mentón para mirarla a los ojos.

-"Sigo viendo en ti a la misma niña risueña y amable que fuiste", susurra con calidez. —"Estoy muy orgulloso de la mujer en la que te has convertido".

Deposita un cariñoso beso en su frente y la abraza de nuevo antes de dirigirse hacia la salida.

-"Tengo que irme ya, nos vemos por la mañana", dice mientras sube las escaleras.

-"Te quiero, papá", dice ella antes de que se marchara.

-"Y yo a ti, mi vida", responde él, justo antes de cerrar la puerta.

Valeria se queda pensativa, con la mirada perdida fija en la puerta, mientras Arturo sigue inmerso en los documentos. Tras un par de minutos, ella reacciona de repente.

-"Tengo un mal presentimiento", dice con un deje de inseguridad en la voz.

-"¿Por qué?", pregunta él, curioso.

-"No lo sé… todo esto de los reactores nucleares, los criotanques, los superpoderes… es tan surrealista…", responde Valeria. —"¿Cómo hemos llegado a esto?".

-"Se trataba de superar los límites de la naturaleza humana", dice Arturo, cruzando los brazos. —"El eterno anhelo de la humanidad".

-"¿Y cómo lo lograste?", ingiere ella, girándose hacia él.

Arturo se encoge de hombros.

-“Años de investigación y toneladas de recursos provenientes de gobiernos interesados. Eso lo hizo posible”.

-“Eso ya me lo imagino”, responde Valeria. —“Me refiero a cómo se crea un soldado ECHO”.

Arturo saca otra carpeta, la abre con cuidado y despliega varios documentos sobre la mesa: planos, tablas y gráficos llenos de números y anotaciones a mano.

-“Para empezar”, dice, señalando un esquema. —“Hay que construir el criotanque. No es baladí: consume cantidades colosales de energía para mantenerse estable y, además, cada unidad es única”, indica en otra hoja. —“Se sincroniza con el ADN del soldado que va a alojar”.

Sigue repartiendo papeles con las manos temblorosas, entusiasmado y a la vez cansado. Valeria se inclina, mira los planos y toca un diagrama con el dedo.

-“¿Y la sincronización?”, pregunta ella, buscando con la mirada datos concretos. —“¿Cómo se logra que un cuerpo acepte esas alteraciones?”.

-“Ese es el meollo”, responde Arturo. —“El proceso de sincronización es lo más complejo: hacen falta decenas de candidatos para encontrar uno compatible”.

Arturo se humedece los dedos y pasa varias hojas.

-“Probamos combinaciones proteico—epigenéticas, patrones de activación neuronal, reconfiguración molecular, catalizadores enzimáticos, optimización catalítica, retroinhibición, regulación alostérica, fosforilación, etcétera… es un milímetro de diferencia en una ecuación enorme”.

-“¿Decenas?”, Valeria alza las cejas, mirando los gráficos, horrorizada. —“¿Decenas a prueba y error?”.

-“Al principio la tasa de éxito era del 0,5%”, dice él, señalando una columna de cifras. —“Subimos al 1%, luego al 3%… ahora están en torno al 7%. Si tu padre y yo no hubiéramos saboteado el proyecto estos últimos años, hoy podrían presumir de un 15% o más”.

Valeria se queda en silencio, mirando las cifras como si cada una fuera un nombre.

-"¿Y los que no lo superan?", pregunta con la voz baja.

-"Mueren", responde Arturo, sin rodeos. —"Ese ha sido el mayor escollo. Pero el director no quiere saber de ética: quiere alcanzar el 50% a cualquier precio para poder aplicárselo a sí mismo con cierta seguridad y crear un ejército… tener el poder absoluto. Como un villano de cómic, pero real".

Valeria alza la vista con los ojos muy abiertos.

-"¿Y… por qué ralentizasteis el avance?", pregunta, mirándolo a los ojos. —"Si tirabais del freno, morirían más candidatos".

Arturo respira hondo y deja caer los papeles, entrecruzando los dedos.

-"Precisamente para evitar que el proyecto madurara en manos suyas", admite. —"Yo creía, de verdad, que esto serviría para avanzar como especie, pero pronto entendí que sólo querían usarlo para beneficio de unos pocos. Lo saboteamos desde dentro: errores en los algoritmos, falsos positivos, ficheros retocados… fue doloroso, pero era la única forma de retrasarlo".

Los ojos de Arturo se vuelven decididos y una luz diferente asoma en su expresión.

-"Como no podíamos destruirlo, decidimos retrasarlo todo lo posible… hasta encontrar una forma de detenerlo por completo", la expresión de Arturo se ilumina. —"Ahora, contigo, por fin tenemos una oportunidad real de conseguirlo".

Valeria levanta una hoja, en la que un dibujo esquemático de un criotanque detalla sus funciones con multitud de datos técnicos.

-"¿Y en qué consiste el proceso, exactamente?".

-"Podría estar días explicándotelo", dice Arturo con una leve sonrisa. —"Pero te lo resumo: se somete al sujeto a condiciones extremas a nivel celular, y mediante técnicas avanzadas de modificación genética utilizando radiación, se altera cada enzima y molécula de su cuerpo".

-"¿De ahí los reactores?".

-"Exacto. No sólo proporcionan la energía necesaria, también funcionan como catalizadores del proceso".

Valeria levanta un dedo, como si una idea acabara de atravesarle la mente.

-"¡No me salen las cuentas!", exclama, frunciendo el ceño. —"Aquí hay seis Echos y en Estados Unidos me topé con dos que se hacían llamar Ocho y Nueve. ¿Dónde está el Siete?".

-"Hay diez de hecho, o había, antes de que tú acabaras con dos", responde Arturo con calma. —"Pero sus ubicaciones son secretas, sólo las conoce el director".

-"¿Y cuales son sus habilidades?, tú los creaste, deberías saberlo".

-"Yo abandoné el proyecto antes del Diez", admite con un deje de resignación. —"Pero dejemos eso para otro momento y centrémonos en los de aquí".

-"Vale, tienes razón", admite ella, soltando un suspiro cansado. —"Sólo una última cosa".

-"Dime", responde Arturo, inhalando despacio, como preparándose para la pregunta.

-"¿Estás seguro de que no vamos a irradiar a media población?", pregunta con inquietud. —"El desastre de Chernobyl afectó a gran parte de Europa".

Arturo asiente con calma, como si hubiera anticipado exactamente esa duda.

-"Es una buena pregunta, y no, no debes preocuparte", contesta con firmeza. —"En resumen: no vamos a detonar los reactores nucleares principales. Los que vamos a volar son los secundarios, mucho menos potentes y no radiactivos. Son los que regulan el flujo energético hacia los tanques criogénicos".

Se inclina hacia la mesa y continúa, cada vez más seguro:

-"La clave está en su ubicación estratégica. Al detonarlos, provocaremos una reacción en cadena a lo largo de toda la montaña, la cual colapsará sobre sí misma y sepultará los reactores principales bajo millones de toneladas de roca y tierra. Literalmente; vamos a hundir la montaña sobre ellos".

Sin interrumpir su explicación, extiende varios papeles cubiertos de fórmulas, esquemas y anotaciones hechas a bolígrafo.

-"En cuanto a la explosión", añade, señalando los cálculos. —"Ya lo he comprobado varias veces. El radio no alcanzará ninguna zona habitada. Como mucho, romperá cristales y destrozará persianas, nada más".

Alza la vista hacia ella.

-"La radiación residual ya se encargó de *limpiar* las áreas más cercanas hace años. Nadie correrá un peligro real… salvo el personal de la base obviamente", hace una breve pausa, casi irónica. —"Y nosotros, claro".

Ella deja escapar una sonrisa tensa, pero sincera.

-"Vale… eso me deja mucho más tranquila", dice. —"No me haría ninguna gracia ser responsable de una catástrofe mundial".

Arturo esboza una media sonrisa y asiente con aprobación.

-"Deberíamos descansar. Tenemos que partir de madrugada".

-"Sí, nos vendrá bien", afirma ella, antes de girarse hacia la puerta. —"Nos vemos en unas horas, Arturo".

Arturo le devuelve el gesto con una leve sonrisa y un movimiento de mano.

-"Hasta luego, Nora… perdón, Valeria".

Valeria le dedica una sonrisa antes de desaparecer por la puerta.

Arturo se queda solo y, antes de permitirse descansar, revisa por última vez los documentos técnicos del sistema informático. Analiza cada esquema, cada línea de código, cada protocolo de acceso, asegurándose de que no habrá margen de error en el momento de instalar el virus, una pieza clave e irremplazable en la ejecución del plan.

Sólo cuando está completamente seguro, se pone en pie, saca un recipiente ignífugo, prende un folio y comienza a alimentar las llamas con el resto, uno tras otro, sin prisa pero sin pausa. La luz del fuego baila sobre su rostro mientras ve deshacerse en cenizas todo rastro físico del proyecto. No debe quedar ninguna prueba, ninguna pista.

Cuando el último documento se consume, se asegura de que no queda nada más que un lecho de brasas apagadas, entonces, en

silencio, se marcha a descansar.

{Temprano, por la mañana del día siguiente.}

León abre los ojos en la penumbra de su habitación, en el interior del acuartelamiento de la base militar subterránea, oculta en alguna de las montañas de la Sierra de Gredos.

-"No les quedará mucho", murmura al ver la hora en el reloj de su mesilla.

Se levanta sin prisa, se ducha tranquilamente y se asea meticulosamente, vistiéndose con su habitual uniforme de camuflaje boscoso de patrones verdes, marrones y negros. Y cual guinda de un pastel, ajusta la insignia del SFR en el pecho, como parte de un ritual grabado en su cuerpo tras años de servicio.

Al salir, no lo recibe el cielo ni la luz del amanecer, sino los muros grises de hormigón y las paredes rocosas del interior de la silente montaña. Todo permanece en silencio: una calma artificial, indiferente al pulso secreto que late en sus entrañas.

Sin detenerse, se dirige al comedor, recoge su desayuno y se sienta en una de las largas mesas metálicas, donde algunos soldados de distintas unidades ya ocupan sus puestos, comiendo y hablando en voz baja.

Una mujer de cabello oscuro se sienta junto a él, dejando caer su bandeja frente a la suya.

-"Buenos días, Primus", saluda con tono firme.

León levanta brevemente la mirada.

-"Buenos días, Rizzo".

Ella arquea una ceja.

-"Sabes que no debemos usar nuestros nombres en la base".

-"Ya… perdón, Chispa", rectifica él, mordiendo su magdalena.

-"Entiendo que estés agotado de tanto protocolo", dice ella, mirando de reojo. —"Llevas aquí más tiempo que nadie".

Suaviza su mirada y da un mordisco a su tostada.

-"Yo echo de menos a mi familia cada día, pero nos eligieron por una razón y nos dieron un don. Tenemos la responsabilidad

de proteger el mundo libre”.

León se pone en pie, se gira hacia ella y le apoya una mano firme en el hombro.

-“Eres una buena soldado”.

En ese instante, un oficial joven se acerca con paso marcial y se cuadra frente a ellos.

-“Buenos días, Echos. El director quiere veros antes de las maniobras de hoy”.

León asiente en silencio y Rizzo apura el último trago de su café, antes de levantarse y caminar junto a él.

{En el interior de un despacho.}

-“Señor”, dice un hombre con bata blanca, de pie al otro lado de una gran mesa. —“El proceso es largo y complejo, necesitamos más tiempo”.

-“¡Pues no lo tenéis!”, grita el hombre al otro lado, levantándose de golpe. —“Los americanos están perdiendo la paciencia… y yo también. Necesitamos reemplazar a los dos Echos caídos cuanto antes, Estados Unidos es uno de nuestros mayores inversores”.

-“Lo entiendo, señor, pero los tiempos del proceso deben respetarse, si los forzamos, el índice de mortalidad se disparará”.

-“¡Entonces traed a más candidatos!”, brama el otro, golpeando la mesa con el puño cerrado. —“¡Me da igual el porcentaje de pérdidas!, hace meses que deberíamos haber alcanzado el 15%... y seguimos anclados en un miserable siete, inexplicablemente”.

Hace una pausa, afilando la mirada.

-“¿O tal vez debería ir pensando en sustituirte?”.

El científico palidece y abre los ojos con un leve temblor, dando un paso atrás.

-“No será necesario, señor, tomaré cuantas medidas sean necesarias”.

El hombre lo observa unos segundos más, luego, asiente con desgana y se deja caer en su butaca.

-"La semana que viene quiero resultados, y más te vale que sean buenos".

-"Sí, director", responde el hombre, inclinando levemente la cabeza antes de girarse y marcharse, sintiendo el peso de cada paso hasta la puerta.

León y Rizzo llegan a la entrada del despacho del director, donde aguarda un hombre alto y corpulento.

-"Buenos días, Muro", saludan los dos al unísono.

-"Buenos días", responde Louis con una leve inclinación de la cabeza. —"El director está reunido con el jefe científico, me ha pedido que espere".

Apenas termina de hablar, la puerta se abre de golpe. El científico sale con paso acelerado, el rostro pálido y los ojos desorbitados, pasando entre ellos sin decir palabra, directo hacia los laboratorios.

Los tres se miran, intercambiando una expresión silenciosa de inquietud, y a la vez, la voz del director los llama desde adentro.

-"Adelante, soldados, pasen".

Los tres se adentran en la estancia cerrando la puerta tras de sí.

-"¿Nos ha llamado?", pregunta León, adelantándose al resto.

El director asiente con gesto grave.

-"Como ya sabéis, hemos perdido a los dos Echos destacados en Estados Unidos", dice con voz tensa. —"¡Y eso es inaceptable!".

-"¿Se sabe algo del responsable?", pregunta Rizzo, frunciendo el ceño.

-"Debe de ser alguien muy poderoso", añade Louis.

-"Eso está claro…", murmulla ella. —"Pero la pregunta es: ¿quién demonios tiene la capacidad de crear a alguien capaz de derrotar a dos de nosotros?".

Louis se encoge de hombros.

-"¿Los rusos, tal vez?".

El director alza las manos y chista con fuerza, pidiendo silencio.

-"Estoy en contacto con los americanos desde el incidente, pero no colaboran demasiado, lo están encubriendo todo mientras nos presionan para reponer a sus Echos", gruñe con los ojos entrecerrados. —"Pero ya me he cansado de esperar, no pienso quedarme de brazos cruzados sabiendo que hay alguien ahí fuera con esa capacidad".

Hace una pausa y señala a León.

-"Tú, Primus, la semana que viene irás a Estados Unidos con Echo Tres. Averiguad qué carajos está pasando y no dudéis en usar la fuerza si fuese necesario".

León asiente con firmeza.

-"¿Y los criotanques?".

-"El equipo técnico asegura que los tendrán listos para el transporte al término de esta semana".

-"A la orden, director", responde León enérgicamente.

-"Echo Seis, quedarás a cargo de la seguridad de la base hasta que regresen".

-"Sí, señor", responde Louis al momento.

-"Bien, pueden retirarse", dice finalmente, señalando la puerta.

Los tres Echos asienten en silencio y abandonan el despacho.

-"¿Tienes alguna teoría, Primus?", pregunta Rizzo mientras caminan por el pasillo.

León niega con la cabeza.

-"Apostaría por los chinos… o los rusos… son los únicos con capacidad suficiente, aunque no sabremos más hasta que lleguemos allí".

Luego se detiene, sin mirarlos.

-"Adelantaos y preparad el material para las maniobras, yo tengo algo que hacer antes".

Rizzo y Louis asienten y siguen su camino, mientras León se desvía hacia la zona de ingeniería con el paso firme y sus pensamientos puestos en algo más allá de los pasillos.

{En el exterior de la montaña.}

Valeria, enfundada en su nanotraje, y Arturo, con su atuendo de senderismo, avanzan por la montaña entre árboles densos y caminos rocosos, bajo la luz tímida del alba, que comienza a teñir el horizonte con la promesa del sol.

-"No puedo más", jadea Arturo, deteniéndose para apoyarse en las rodillas. —"Ya no estoy para estas palizas".

-"¡Ánimo!", responde Valeria, alumbrando con la linterna. —"Según los planos, debemos estar cerca".

-"¿Tú no te cansas?", pregunta él, sin aliento y con el pulso desbocado. —"Vamos a parar un par de minutos, por favor".

Valeria sonríe y asiente, se quita la mochila, saca un plátano y una cantimplora, ofreciéndoselos.

-"Claro que me canso", dice, encogiéndose de hombros. —"Pero llevo entrenando toda mi vida… además, por lo que me has contado; gracias a mi genética… podría decir que hago un poquito de trampa", suelta una leve risita.

-"Transfórmate y llévame en brazos", bromea Arturo, divertido.

Valeria suelta una carcajada, pero su expresión se vuelve algo más seria.

-"Hay que reservar a Vindicare hasta que entremos en la base. No sabemos lo que tardará mi padre… y cada minuto cuenta si no quiero quedarme sin poderes en mitad del combate".

-"Ya… es un fastidio que el efecto sea temporal", resopla él, resignado. —"Buscaremos la forma de hacerlo más duradero".

Valeria se sienta en una roca cercana y da un largo sorbo de agua, mirando al horizonte.

-"No quiero que dure más, creo que está bien así", admite con un leve tono de duda. —"Vindicare es… complicada".

Arturo se sienta a su lado y asiente con calma.

-"Lo entiendo, es tu decisión. Sólo quiero que sepas que siempre podrás contar conmigo, pase lo que pase. Para mí… también fuiste como una hija".

Valeria lo mira, con los ojos ligeramente abiertos por la sorpresa, y luego le dedica una sonrisa luminosa, honesta y cargada de afecto.

-"Gracias, Arturo, mis padres fueron muy afortunados al conocerte", dice con un tono suave y dulce. —"A pesar de todo, incluso yendo contra tu propio proyecto, decidiste salvarme cuando era una niña, nunca lo olvidaré".

Arturo le responde con otra sonrisa, llena de orgullo.

-"Tú eres el mayor logro de mi proyecto, eres la prueba viviente de que era posible. No necesito premios, ni reconocimiento, con lo que tú representas me doy por satisfecho".

Ella le besa en la mejilla y pasan unos minutos en silencio. Cuando Arturo recupera el aliento, se incorpora con energía renovada.

-"Creo que ya estoy listo", anuncia con media sonrisa. —"Encontremos de una vez esa dichosa entrada".

Pero Valeria, sin apartar la vista del horizonte, lo sujeta suavemente de la mochila y lo hace sentarse otra vez.

-"Espera…", murmura, con una calma casi reverente. —"Está a punto de salir el sol, disfrutemos del amanecer".

Arturo la observa en silencio: la ve quieta, tranquila, concentrada, como si por un instante todo el peso del mundo se hubiese desvanecido, arrastrado por la brisa fresca que desciende de la cima.

En su iris verde esmeralda comienza a colarse el reflejo ámbar del alba, mientras el sol, tímido pero majestuoso, emerge tras las montañas y baña el paisaje con una luz cálida y dorada.

Valeria desactiva el nanotraje con un suave gesto y lo desliza fuera de sus hombros, hasta dejar al descubierto el contorno superior de sus pechos. Luego, alza ligeramente el rostro, cerrando los ojos y dejando que la luz le acaricie la piel como una bendición protectora.

-"Este mundo… es capaz de lo más hermoso", susurra ella.

Arturo asiente y también alza la vista.

-"Y a la vez, de las más grotescas atrocidades", añade él con gravedad.

Valeria asiente despacio, con una sombra de melancolía en la voz.

-"Lo sé muy bien, he vivido ambas caras… pero, pese a todo, quiero creer que lo bueno siempre acaba por imponerse".

Arturo la mira, como si tratara de memorizar su rostro bañado por el sol en ese instante suspendido.

-"Claro que sí", responde con firmeza, poniéndose en pie. —"Y si no lo hace por sí solo, nosotros nos encargaremos de que así sea".

Valeria le devuelve la mirada, se coloca el traje, toma su mano con fuerza y se pone de pie de un salto, sacudiéndose el polvo de las nalgas.

-"Acabemos con esto".

{En el interior.}

Un hombre, absorto sobre su mesa de trabajo, alza la vista al oír pasos aproximarse por el pasillo.

-"Hola, Primus", saluda con una sonrisa cordial. —"Aún no tengo listo el equipo de infiltración que me pediste la semana pasada".

León levanta la mano con gesto tranquilo.

-"No te preocupes, no vengo por eso. Necesito desconectar las turbinas del sector treinta y cinco, para una comprobación de seguridad".

El ingeniero frunce el ceño, algo sorprendido.

-"¿Les ha pasado algo? Yo mismo hice la revisión hace un par de días y no detecté ningún fallo".

-"No es ningún problema mecánico", aclara León, negando con la cabeza. —"Anoche detectamos un posible intento de intrusión y necesitamos acceder al túnel de drenado para recabar información".

-"Ah, entiendo", responde el ingeniero, relajando el gesto. —"Ya me parecía raro".

Se levanta, le hace un gesto a León para que lo siga y lo conduce a una sala con una puerta asegurada por un panel con contraseña. Al abrirla, se revela una estancia dominada por un panel

de control: una pared entera cubierta de palancas y conexiones que replican, a modo de mapa, el contorno de la montaña en la que se encuentra la base.

-"Cada una de estas palancas corresponde a una turbina", explica el ingeniero, señalando con el dedo. —"Verde si está operativa, roja si está apagada".

-"¿Sólo hay que mover la palanca de un lado a otro?", pregunta León, fingiendo un interés superficial.

-"Exacto, nada más".

-"Perfecto, ya me encargo yo", dice León, acercándose al panel.

El ingeniero lo observa unos segundos, visiblemente indeciso.

-"Mi equipo ya está en la zona", añade León, sin apartar la vista del panel. —"No te preocupes, no tocaré nada más".

Finalmente, el hombre asiente con cierta reticencia.

-"No deben desconectarse más de dos a la vez o se reiniciará todo el sistema".

-"Lo tengo controlado", remata León con firmeza. —"Si algo saliera mal, asumiré toda la responsabilidad".

-"Claro, claro. Sin problema", responde el ingeniero, marchándose con pasos aún algo inseguros.

{En el exterior.}

Valeria escala con destreza una pared escarpada, tallada por el tiempo en la ladera de la montaña, y al final del ascenso, se alza el borde de un túnel de hormigón oculto entre la roca: un cilindro de un metro de diámetro, del que brota una potente corriente de aire generada por una turbina interna que ruge sin pausa.

-"Ya estoy listo, tengo el control", dice la voz de León a través del pinganillo en su oído.

Valeria se asoma con cautela al borde del túnel y una ráfaga brutal de aire le golpea de lleno en el rostro, obligándola a retroceder y aferrarse con fuerza a la roca para no ser arrastrada por la corriente.

-"Estoy en posición", responde, tocándose la oreja.

Al otro lado, León acciona la palanca y la turbina comienza a ralentizarse con un gemido mecánico hasta detenerse por completo, dejando tras de sí un silencio denso y vibrante.

Aprovechando el momento, Valeria se impulsa con agilidad felina y se encarama al borde. Rápida y metódica, se quita la mochila, extrae una cuerda, la fija a las aspas detenidas del ventilador y lanza el extremo contrario hacia abajo.

Arturo, que aguarda al pie del risco, recoge la cuerda, la sujeta a su arnés y comienza a trepar con esfuerzo, ayudado por Valeria, que tira desde arriba.

-"¿Y tú has hecho esto sin nada?", pregunta entre jadeos al llegar arriba, con los músculos aún tensos por el esfuerzo.

-"Solía ir a un rocódromo de mi centro deportivo a entrenar", responde ella con una sonrisa. —"Me encanta la adrenalina de las alturas".

-"Pues conmigo no vuelvas a contar para estas cosas", replica él, sacando una bata blanca de su mochila y colocándosela con resignación.

Valeria suelta una carcajada mientras guarda la cuerda y esconde el equipo en el interior de las mochilas, que engancha con cuidado a una grieta de la roca, dejándolas fuera de la vista.

Sortean con sumo cuidado las amenazantes aspas de la primera turbina, no sin cierta dificultad por parte de Arturo, cuyo cuerpo, menos ágil que el de Valeria, lo obliga a esforzarse al máximo en el estrecho espacio.

Apenas avanzan unos metros arrastrándose, cuando una nueva corriente de aire comienza a empujar con fuerza creciente: es la segunda turbina, aún en funcionamiento.

-"Estamos cerca de la segunda, papá", informa Valeria por el pinganillo.

-"Apagada", responde León al instante.

El viento amaina de forma casi inmediata y ambos continúan sin detenerse. Sin embargo, incluso antes de alcanzarla, ya sienten el empuje residual de la tercera.

Valeria logra cruzar entre las aspas primero, aunque esta vez, el viento la obliga a esforzarse más que antes para pasar su cuerpo.

Una vez al otro lado, extiende la mano para ayudar a Arturo, que consigue pasar con su apoyo.

-"Apaga la tercera, no podemos seguir", dice Valeria por el comunicador.

-"Para eso tengo que encender antes la primera, no pueden haber más de dos apagadas o el sistema se pondrá en alerta", responde León. —"Avisadme cuando estéis seguros".

Valeria y Arturo se preparan, tensos, al otro lado de la segunda turbina, usando sus aspas como apoyo.

-"Adelante", dice ella finalmente.

En cuanto la primera vuelve a activarse, una ráfaga invisible los empuja con violencia hacia atrás, sumándose a la presión que llega del frente, como si el aire cobrara cuerpo y tratara de llevarlos para sí. Sólo cuando la tercera se detiene, logran avanzar, aunque la sensación de succión permanece latente, como un susurro amenazante en la atmósfera.

A cada tramo, las turbinas están más próximas entre ellas, y el poder de la cuarta se manifiesta incluso antes de alcanzar la tercera. Además como dificultad añadida, deben sortear alguna bifurcación desde la que llegan nuevas ráfagas, convirtiendo el lugar en un laberinto de corrientes cruzadas.

-"Ya estamos cerca", murmura Valeria, mientras se aproxima a la tercera turbina, azotada por la fuerza que sopla desde la cuarta.

-"No sé si voy a lograrlo", grita Arturo, jadeante y visiblemente agobiado.

-"¡No digas eso!", exclama Valeria, volviéndose hacia él. —"Ponte detrás de mí y usa mi cuerpo como escudo contra el viento".

A escasos dos metros de la turbina, el vendaval se vuelve insoportable, haciéndoles tambalearse; cada paso hacia delante es inmediatamente negado por la violencia del aire que los arrastra.

-"Si no apagamos la cuarta, no vamos a poder pasar", dice Valeria con esfuerzo.

-"Pero no podemos hacerlo sin encender antes la segunda. ¡Nos absorberá!", replica Arturo, nervioso. —"Vamos a necesitar

a Vindicare".

-"Aún no", responde ella con el ceño fruncido. —"Sólo hay que aguantar unos segundos, nada más".

Valeria se coloca en posición: apoya la espalda contra una pared del túnel y los pies contra la opuesta, tensando las piernas con toda su fuerza para resistir el empuje.

-"Agárrate a mí", ordena.

Arturo se abraza a sus muslos, presionándose contra su cuerpo como si la tormenta de aire pudiera arrancarlo del suelo en cualquier momento.

-"Papá, estamos en posición", comunica Valeria por el pinganillo. —"Enciende la segunda y apaga la cuarta".

-"Recibido", responde León.

Apenas la segunda turbina comienza a girar, una nueva corriente se suma a las anteriores. El túnel se convierte en un infierno de presión: el aire los empuja y succiona al mismo tiempo, y Arturo, a pesar de su peso, se eleva levemente con sus pies despegándose del suelo, mientras se aferra a Valeria con desesperación.

-"¡Esto es demasiado!", exclama él, superado por la fuerza.

Valeria grita para insuflarse energía, contrayendo el rostro de puro esfuerzo, mientras se aprieta contra el hormigón todo lo que puede.

-"¡Sólo es un momento!".

León, al otro lado del comunicador, escucha con el corazón acelerado. El sudor le resbala por la frente mientras tantea las palancas con las manos temblorosas, luchando contra el impulso de apagarlas todas de golpe.

De pronto, uno de los pies de Valeria resbala levemente y Arturo se desequilibra por un momento, aflojando su agarre. Parece que se va a soltar, pero en el último momento Valeria consigue agarrarle el cinturón con fuerza, conteniendo la respiración, unos segundos es todo lo que necesita.

Finalmente, la cuarta turbina se apaga, la corriente de aire cede y la presión se reduce significativamente, suspirando los tres a la vez, aliviados, sintiendo cómo el peligro se disipa lentamente.

Continúan avanzando sin nuevos obstáculos hasta atravesar la cuarta y última turbina, que conecta con una sala de máquinas donde el estruendo de los motores lo envuelve todo, vibrando en cada superficie como un pulso mecánico constante.

-"Ya estamos dentro", anuncia Valeria por el comunicador, alzando la voz sobre el rugido del entorno. —"Iniciamos la segunda fase del plan".

-"Recibido", responde León al instante. —"Me dirijo hacia la entrada del segundo reactor".

Arturo se recoloca la bata con movimientos rápidos, alisándola con ligeros toques sobre la tela.

-"Bien", dice, mirando a Valeria con seriedad —"Sígueme sin que te vean y actúa sólo en caso necesario".

Valeria asiente en silencio con su mirada transmitiendo determinación, y sin intercambiar más palabras, ambos se adentran por los pasillos, emprendiendo el camino hacia la sala de control.

Unos pasillos más adelante, dos soldados doblan una esquina y avanzan en dirección a Arturo. Él los ve y abre los ojos con un atisbo de sorpresa, pero se recompone al instante, enderezando la espalda, ajustando el paso y continuando el camino con aparente seguridad.

Valeria, por su parte, trepa ágilmente por una pared lateral, sujetándose de unas tuberías oxidadas hasta quedar fuera del campo visual de los militares.

-"Buenos días, doctor", saludan los soldados al cruzarse con Arturo.

-"Buenos días", responde él, sin detenerse.

No pasa nada, pero apenas unos metros más allá, al girar otra esquina, se topan con otro binomio de uniformados y Arturo tropieza levemente con uno de ellos, justo cuando Valeria se oculta tras el marco de una puerta entreabierta.

-"Oh, disculpe", dice Arturo, bajando ligeramente la cabeza.

-"No hay problema", responde el soldado.

-"¿Doctor Varela?", pregunta el otro, frunciendo el ceño.

Arturo palidece por un segundo, se aclara la garganta y esboza una sonrisa tensa.

-"¿Nos conocemos?".

-"Soy Óscar, mi unidad estaba asignada a la sala de los criotanques, dónde usted trabajaba. Creía que le habían trasladado fuera de la base".

-"¡Ah!, claro, claro, ya lo recuerdo", dice Arturo, rascándose la nuca con fingida naturalidad. —"Sí, me trasladaron por unos asuntos familiares… pero ya estoy de vuelta".

-"Espero que no fuera por nada grave. De cualquier modo, es un placer tenerle de vuelta".

-"No, no, nada grave, gracias", responde Arturo, soltando una risa algo forzada. —"Ya nos iremos viendo".

El soldado asiente con amabilidad, pero algo en su mirada se vuelve súbitamente más agudo, más calculador.

-"Un momento…", musita, entornando los ojos.

Arturo se tensa al instante y, desde su escondite, Valeria aguanta la respiración, lista para intervenir.

-"¿Y su identificación?", pregunta Óscar, alzando una ceja.

Arturo se palpa el pecho con fingido desconcierto.

-"¡Vaya!, debo haberla dejado en mi despacho", improvisa con una sonrisa torpe.

Óscar chasquea la lengua, intercambiando una mirada rápida con su compañero.

-"Bueno… no pasa nada. Pero debería llevarla encima, ya sabe cómo son con eso los de arriba".

-"Claro, claro, iré por ella ahora mismo", dice Arturo, reprimiendo el temblor de su voz.

El gesto de Óscar se relaja y retoma el paso.

-"Nos vemos, doctor", dice, alejándose por el pasillo.

-"Hasta luego, Óscar… nos vemos", responde Arturo, alzando una mano con una sonrisa forzada.

Un leve zumbido en los pinganillos transmite la voz de León al otro lado.

-"Estoy en posición. ¿Cuánto os falta?".

-"Estamos cerca", responde Arturo en voz baja, mientras hace una seña a Valeria para que lo siga. —"Sólo dos pasillos más".

-"Perfecto, pero no os demoréis", advierte León con tono firme.

—"El virus debe estar instalado antes de que noten que no pienso presentarme a las maniobras".

-"Lo estará", asegura Arturo, echando a andar.

Llegan ante una gran puerta batiente de doble hoja. Arturo se detiene frente a ella, respirando hondo, y se gira hacia Valeria, que ya se le ha acercado con paso silencioso.

-"Prepárate", murmura él. —"Si todo sigue igual que antes, habrá al menos dos guardias y tres operadores dentro".

-"Entendido", responde ella con firmeza. —"Cuando tú digas".

Arturo da un paso hacia la puerta y se detiene de pronto, vacilante. Se vuelve hacia Valeria una vez más, con un destello de duda en la mirada.

-"¿No crees que ya es el momento de Vindicare?".

Valeria niega suavemente, esbozando una sonrisa tranquila.

-"No, todavía no, confía en mí", dice con una seguridad que no deja lugar a réplica.

Arturo la observa unos segundos, leyendo en su mirada la confianza y determinación que desprende.

-"Tú mandas", asiente finalmente.

Sin decir más, se gira, apoya ambas manos en la puerta… y la empuja con decisión, internándose en la sala.

-"¡¡Guardias!!, ¡necesito ayuda!", grita Arturo al irrumpir en el interior.

Los tres soldados se sobresaltan y, sin pensarlo, corren hacia él.

-"Mierda, son tres", susurra Arturo para sí, mientras los guía con urgencia hacia el pasillo.

En cuanto el último de ellos cruza la puerta y antes de girar la primera esquina, Valeria surge desde la sombra como un espectro. Lo atrapa por el cuello con un movimiento calculado y silencioso, dejándolo inconsciente a la vez que lo arrastra de vuelta a su escondite.

Mientras tanto, Arturo conduce a los otros dos hasta la entrada de un pequeño almacén de limpieza.

-"Lo siento, chicos", dice con una sonrisa tensa, alzando las manos mientras se gira lentamente hacia ellos.

-"¿Qué coño…?", alcanza a decir uno, frunciendo el ceño.

Pero no termina la frase, pues Valeria irrumpe como un rayo desde una esquina. El primero recibe un codazo brutal en la nuca; el segundo, una patada giratoria directa a la mandíbula, haciéndolos caer como títeres sin dueño, inconscientes antes de tocar el suelo.

-"¡Vaya!", exclama Arturo, sin poder ocultar su asombro. —"Tenías razón… no te hacía falta Vindicare".

Valeria le lanza una mirada divertida mientras ambos arrastran los cuerpos al interior del almacén. Usan lo que encuentran a mano (cuerdas, trapos, cinta adhesiva) para inmovilizarlos, asegurándose de que el tercero también esté bien atado junto a sus compañeros.

Valeria toma uno de los fusiles de asalto caídos y le tiende otro a Arturo.

-"No, no, no", dice él, dando un paso atrás y levantando las manos. —"No me llevo bien con las armas".

Valeria se encoge de hombros y deja caer el fusil sin insistir.

-"¿Cuántos más había dentro?".

-"Tres operadores", responde Arturo. —"Técnicos, no son una amenaza".

Valeria asiente con un leve movimiento de cabeza, revisa el arma rápidamente y sin decir una palabra, se lanza hacia la sala de control.

Las puertas se abren de golpe al chocar contra su avance y ella irrumpe como una exhalación.

-"¡Qué nadie mueva ni un músculo!", ordena Valeria al entrar en la sala, apuntando con el fusil.

Los tres operadores, dos hombres y una mujer, todos con bata blanca, alzan los brazos como resortes, con los ojos abiertos por el miedo.

-"No quiero haceros daño", advierte ella con tono firme, dirigiéndolos hacia un lateral. —"Así que no hagáis ninguna tontería".

Los técnicos obedecen sin protestar mientras Arturo avanza directo hacia el ordenador central, inserta la memoria USB, y en la

pantalla, la carga del programa comienza de inmediato.

-"Doctor Varela…", balbucea uno de los operarios. —"¿Qué hace usted aquí?".

-"Pensábamos que se había retirado del proyecto", dice la mujer con voz tensa.

-"Nunca me retiré", responde Arturo sin apartar la vista del monitor. —"Más bien me retiraron, por hacer demasiadas preguntas más allá de mis competencias".

Hace una pausa con los dedos todavía tecleando.

-"Lo intentaron de forma *definitiva*", añade con frialdad. —"Así que he vuelto para destruir el proyecto".

-"¿Se ha vuelto loco?", espeta el tercer técnico. —"¡Este proyecto es revolucionario!, hará evolucionar a la humanidad. ¡Ha dedicado su vida a esto!, ¿y ahora lo va a destruir?, ¿por despecho?".

Arturo se endereza, se gira hacia ellos con una expresión endurecida y la mirada cargada de años de frustración.

-"Ningún proyecto vale la vida de quienes amas", sentencia en voz baja, pero firme. —"Además… no quieren que la humanidad evolucione, sino controlarla… dominarla por completo".

Los técnicos se miran entre sí, inquietos.

-"Le respetamos, doctor Varela. Pero esto es una locura, en cuanto desactive el cortafuegos, los Echos lo sabrán y vendrán a por ustedes".

-"Lo sé", responde Arturo. —"Aún así, no podemos permitir que alguien como el director tenga este poder en sus manos".

Uno de los operarios da un paso adelante, aún con las manos alzadas.

-"¡Os van a…!", intenta advertir.

Pero no llega a terminar la frase, Valeria se mueve como un rayo y lo deja inconsciente con un solo golpe seco en la sien.

-"¡Arturo!", exclama ella con urgencia.

-"Sí, sí, voy", responde él, regresando al teclado.

Pasan unos minutos cargados de tensión en los que sólo se oye el tecleo frenético de Arturo y la respiración contenida de los

presentes.

-"Estoy dentro", anuncia finalmente, tocando su pinganillo. —"Todo listo".

-"En posición", responde León al instante, desde el otro lado del canal.

Arturo asiente y dirige la mirada a Valeria.

-"Sólo faltas tú".

Valeria se acerca a los otros dos técnicos sin decir nada y los deja inconscientes con sendos golpes precisos.

-"Lo siento, doctores", murmura tras golpearlos.

Suelta el fusil con suavidad, desengancha de su cinturón una pequeña caja protectora cilíndrica, y al abrirla, revela un autoinyectable con el característico líquido azulado del *Welixir*, clavándoselo en el cuello sin vacilar.

-"Ahora sí", susurra con una sonrisa.

Su cuerpo reacciona al instante. Se encorva con un espasmo violento, soltando un gemido ahogado, mientras una oleada de dolor recorre cada fibra de sus músculos. Su piel, antes más clara, adquiere un tono más intenso, vívido, casi iridiscente. Los ojos se tornan de un amarillo incandescente y su cabello se tiñe de un rojo anaranjado vibrante, como fuego líquido. Al mismo tiempo, el traje, sensible a la metamorfosis, se ajusta con precisión a los cambios por pequeños que sean, adaptándose a la piel, al aumento de masa muscular, a la energía que empieza a irradiar desde cada poro, no es un simple uniforme, sino una extensión viva de su cuerpo. La transformación es violenta, impactante, inhumana, y a la vez… perfecta.

-"Estoy lista", sisea Valeria, alargando las sílabas, como si las saboreara.

Arturo la observa con la boca entreabierta, fascinado.

-"Aunque ya lo haya visto antes, me sigue pareciendo alucinante", murmura.

Ella lo mira de reojo y alza una ceja.

-"Espabila".

Arturo sacude la cabeza, volviendo a la realidad.

-"¡Perdón!", dice rápidamente, señalando hacia una puerta al fondo. —"Por ahí encontrarás una trampilla que conduce al túnel que conecta con el primer reactor. Avísame en cuanto llegues".

Valeria asiente, y sin perder un segundo, sale disparada como llevada por el viento, sin molestarse en abrir la puerta, atravesándola de golpe. Agarra el asa de la trampilla metálica del suelo, que cede ante su fuerza como si fuera papel, e ignora la escalerilla instalada para el descenso, saltando al vacío.

Cae con la gracia de una bailarina, como si los diez metros no fueran más que un escalón, aterrizando sin esfuerzo en un impacto que es apenas un suspiro. Ante ella, se extiende un túnel de hormigón que parece no tener fin, recorrido por una carretera interior de dos carriles.

En un lateral, varios buggys de dos plazas descansan en una zona de aparcamiento. Vehículos destinados a recorrer la longitud del túnel, pero Valeria, como Vindicare, no necesita ruedas ni motores.

Se agacha, tensando el cuerpo como una atleta en la línea de salida, y un segundo después, el suelo se rompe bajo sus pies en el primer impulso, arrancando con un estallido de velocidad más propio de un Fórmula 1 que de un ser humano, desapareciendo por el túnel como una flecha lanzada por un dios.

Dos operarios, enfrascados en tareas de mantenimiento a mitad del túnel, se miran con inquietud cuando una ráfaga de aire anómala pasa junto a ellos. Es apenas un susurro, un cambio de presión que les eriza la piel. Se giran, escudriñando la penumbra del pasillo… pero no ven nada.

Con un encogimiento de hombros, vuelven a sus quehaceres como si nada hubiese ocurrido.

En pocos minutos, Valeria alcanza la enorme puerta de acero que la separa de la sala del reactor y se apoya un instante en la plancha metálica, recuperando el aliento, con su respiración agitada por la carrera.

-"He llegado", informa, llevándose dos dedos al oído.

La voz de Arturo responde al instante.

-"¡La leche, qué rápido!", exclama, sorprendido. —"Ya sabéis que tras esa puerta hay una cámara de descontaminación, pero en cuanto active el virus se abrirán ambas compuertas a la vez, lo que liberará la radiación. No tendréis tiempo de poneros los trajes de protección".

-"Contábamos con ello", replica Valeria con tono firme. —"Nuestra regeneración nos protegerá".

-"No te confíes y actúa rápido, hija", interviene León con tensión en su voz. —"Aquí, la radiación es extrema, no sabemos cuánto podremos resistir".

-"No te preocupes, papá", responde ella, con una sonrisa que casi se adivina en su voz. —"Dale ya, Arturo".

Arturo alza el dedo índice, lo mantiene un segundo en el aire y baja la vista al teclado, posando la mirada en la tecla *Enter*.

-"Suerte", murmura… y pulsa con decisión.

LA SÚPER

parte 2

La alarma estalla por toda la base como un rugido, las luces rojas comienzan a parpadear y los engranajes de las puertas de acceso a los reactores emiten un chirrido metálico al empezar a girar. Un siseo acompaña el movimiento lento de las hojas de acero deslizándose.

En cuanto se abre el hueco suficiente, Valeria se lanza al interior sin esperar a que termine el proceso. El espacio que se abre ante ella es colosal: una gigantesca bóveda industrial inmensa y silenciosa, como una catedral enterrada de hormigón.

En el centro, dominando el lugar, se alza una titánica esfera de acero reforzado y bloques de cemento, de la que nacen decenas de tuberías gruesas como árboles que se ramifican por las paredes y se pierden en las profundidades del subsuelo.

«Me cago en la put…»

Valeria se queda paralizada por unos segundos, boquiabierta, contemplando la inmensidad del reactor. La estructura es tan imponente, tan intrincadamente perfecta, que por un instante olvida todo lo demás. Es una obra de ingeniería monumental, casi alienígena, un auténtico monstruo dormido.

Pero su asombro se ve interrumpido por una tos repentina.

-"Me cuesta… respirar", dice con dificultad, llevándose una mano al pecho.

-"No te detengas", apremia León desde el comunicador. —"Ve al panel central, ¡ya!".

Valeria avanza a trompicones hasta la consola principal.

-"Ya estoy", anuncia, apoyándose con una mano para no perder el equilibrio.

-"A tu derecha verás un asa en un panel amarillo", dice Arturo con tono preciso.

-"Sí, la veo".

-"Tira con fuerza hasta sacar el cilindro por completo, luego gíralo a la derecha, unos trescientos grados, hasta que la flecha apunte donde pone *auxiliary core*, y después, empuja hasta el fondo".

Sin dudar, Valeria sigue las instrucciones al pie de la letra, y en paralelo, León realiza los mismos pasos desde la otra sala.

-"Hecho", dicen al unísono.

-"Ahora bajad la palanca roja al otro lado de la consola", indica Arturo. —"Pero al mismo tiempo, si no, el protocolo de sobrecarga no se activará".

-"Tres… dos… uno…", cuenta León. —"¡Ahora!".

Una voz robótica resuena en ambas salas:

-"Atención: sobrecarga de energía iniciada. Activado protocolo de seguridad".

-"¡Ahora, salid de ahí cagando leches!, el virus hará el resto", grita Arturo. —"Echo Tres y Seis no tardarán".

Valeria le lanza una doble peineta a la esfera del reactor y se da la vuelta sin mirar atrás, pero justo antes de alcanzar la salida, una descarga brutal de energía incandescente irrumpe desde el túnel y la golpea como una ola de fuerza pura, lanzándola por los aires.

Se estrella de espaldas contra la estructura central con un estruendo sordo y cae al suelo con el nanotraje crepitando.

-"Vaaale, ¡perdona!, no quería ofenderte", gruñe, incorporándose mientras se sacude el polvo, como si hablara con la propia esfera.

-"¿Quién coño eres tú?", pregunta una voz femenina desde la entrada.

Valeria alza la vista y allí está: una mujer alta, de postura firme, ataviada con uniforme de camuflaje urbano y una máscara de respiración que deja entrever su expresión de furia contenida.

-"Tú debes de ser Echo Tres… la Chispa", dice Valeria con media sonrisa.

La mujer levanta una ceja y la rabia se enciende en su mirada como la mecha de un petardo.

-"¡Fuiste tú!", escupe con odio. —"¡Vas a morir aquí y ahora!, ¡por Echo Ocho y Nueve!".

-"El placer es mío", responde Valeria con ironía, mientras adopta una postura de combate.

La Chispa lanza un grito de rabia, extiende ambas manos y, desde la punta de sus dedos, estallan dos ráfagas de pura electricidad. Los rayos chisporrotean violentamente, cortando el aire, levantando polvo y esquirlas de metal allá por donde pasan, convergiendo en dirección a Valeria.

En el último segundo, Valeria se lanza hacia un lado y los esquiva con un salto ágil, pero nuevas descargas surgen de inmediato, como si la electricidad tuviera voluntad propia, persiguiéndola con furia. Con un giro rápido de pies, cambia de dirección, evadiendo por poco la nueva ráfaga.

Corre por toda la sala en un torbellino de acrobacias. Cada paso, cada giro, cada salto es una maniobra para evitar los rayos que surgen como jugadores de rugby desesperados por derribarla. Poco a poco, su trayectoria la acerca a la entrada, pero la radiación comienza a pasar factura; el aire se vuelve cada vez más denso y sus pulmones duelen con cada bocanada.

-"No podrás evitar mis rayos eternamente", gruñe la Chispa con los ojos encendidos de electricidad.

Valeria no responde, está concentrada, aunque poco a poco sus movimientos se vuelven más tensos, y su visión, más borrosa.

«Sólo le falta lanzar los rayos por el culo… no puedo ni acercarme.»

León corre a toda velocidad por el túnel dejando al segundo reactor atrás. Su respiración es pesada pero constante, y sus zancadas, firmes y regulares.

-"¿Estáis ya fuera, chicos?", pregunta Arturo por el comunicador, ansioso.

-"Yo estoy de regreso, me falta poco", responde León sin detenerse.

-"¿Valeria, cómo vas?", insiste Arturo. —"¿Valeria…?".

Sólo se escucha de vuelta un crujido estático.

-"No responde", dice León, entrecerrando los ojos con preocupación. —"Iré a ver qué pasa".

-"Te necesito aquí, León, hay que proteger el ordenador hasta que el virus complete la instalación del troyano y la sobrecarga de los núcleos sea irreversible".

-"Puede haberle pasado algo", responde con preocupación.

-"O el pinganillo se ha quemado", añade Arturo. —"La radiación puede afectar a los sistemas electrónicos, confiemos en ella".

León se detiene un instante, con la duda de si ayudarla o continuar con el plan mezclándose en su rostro.

-"De acuerdo", dice finalmente con un suspiro. —"Voy para allá".

Reanuda la carrera con renovada determinación, pero cuando apenas le quedan unos metros para alcanzar la trampilla hacia la sala de control, algo surge por su flanco y lo embiste, lanzándolo con brutal fuerza contra la pared, provocando que el hormigón se resquebraje en un estallido de polvo.

León se incorpora en un solo movimiento, girando hacia el origen del ataque en posición de guardia.

-"Nunca me hubiera imaginado que acabarías siendo un traidor", retumba una voz profunda y ronca.

-"Los traidores son ellos", responde León, sin perder la calma. —"Nos han usado como simples herramientas. Nos vendieron ideales de paz y justicia, pero todo es mentira, no quieren proteger al mundo, quieren controlarlo, dominarlo por completo".

-"Somos soldados, cumplimos con nuestro deber".

-"Nuestro deber no es sacrificarnos por las aspiraciones personales de un tirano", replica León, dando un paso al frente. —"Tenemos las capacidades para cambiar las cosas de verdad, Louis, nuestro verdadero deber es hacer algo por aquellos que no pueden".

Louis gruñe como una bestia a punto de desatarse, se lleva ambas manos al cinturón, toca las dos planchas de acero que

cuelgan de él, y de inmediato, su piel comienza a cambiar, adquiriendo un tono gris brillante, como acero fundido que se enfría sobre su cuerpo, endureciéndose hasta adquirir un lustre metálico.

-"¡Louis ya no existe!", ruge con furia creciente. —"Yo soy el Muro".

Y sin más preámbulos, se lanza contra León como una avalancha descontrolada, lanzando un hábil puñetazo que va camino a impactar de lleno. León aprieta los dientes, mira a su rival y detiene el golpe con ambas manos, atrapando el brazo de su oponente.

Pero la fuerza del impacto es descomunal: lo empuja hacia atrás, haciéndolo retroceder varios metros, dejando las marcas de sus botas sobre el suelo y polvo flotando en el aire, hasta estrellarlo contra la pared en un estruendo a cemento cediendo y agrietándose bajo su espalda.

-"Podríamos lograr grandes cosas juntos, Louis, algo que valga la pena de verdad", insiste León, jadeando. —"Pero antes tenemos que romper las cadenas, acabar con quieres sólo nos usan como instrumentos".

Sin embargo el Muro ya no ve ni escucha, sólo arde, preso de la ira. Presiona su cuerpo contra León y lanza un aluvión de golpes descontrolados, como una máquina hidráulica que acelera sin freno.

-"¡Me da igual que seas el Primus!", brama con voz cavernosa. —"¡Morirás por tu traición!".

León, usando los antebrazos como escudos, apenas alcanza a cubrirse, desviando algunos golpes y encajando otros que hacen crujir sus huesos. Cada puñetazo que redirige impacta con tal fuerza que hace saltar esquirlas del muro de hormigón tras él, que se quiebra como yeso bajo los nudillos de acero del Muro.

León intenta contraatacar con rodillazos dirigidos al vientre, al costado, incluso a la entrepierna, pero es como golpear un bloque compacto de hierro fundido: sólido, inamovible, implacable.

Los impactos del Muro se sienten cada vez más contundentes, más pesados, y León, sin espacio ni respiro, comienza a flaquear.

Entonces, en un acto desesperado, se lanza sobre él, lo rodea con los brazos y lo atrapa en un agarre cerrado, pegando su cuerpo

al suyo como un boxeador agotado en un clinch de supervivencia. El Muro gruñe y responde con codazos brutales, tratando de sacudírselo, pero León aprovecha la posición: apoya ambos pies contra la pared y empuja con fuerza, provocando que ambos caigan hacia atrás, haciendo temblar el suelo bajo su peso.

León rueda hacia un lado y se incorpora con rapidez, pero los golpes han dejado huella, tiene los brazos entumecidos y siente los pulmones arder, implorando por más aire.

El Muro, por su parte, yace momentáneamente inmóvil boca arriba como una tortuga volteada sobre su caparazón de acero. Su cuerpo metálico parece demasiado pesado para moverse con agilidad, aunque no tarda en levantarse con un gruñido mecánico.

Finalmente, se enfrentan una vez más a ambos extremos del túnel.

León se endereza con el sudor cayendo por su frente y la mirada clavada en su rival, recuperando la postura de combate mientras el Muro lo observa con una mezcla de desprecio y respeto silencioso.

-"No puedes vencerme, Louis, ya lo sabes", advierte León.

-"Tú tampoco puedes vencerme, soy invulnerable, y no tienes el suficiente espacio como para sobrepasarme, Primus", responde el Muro entre risas. —"Sólo tengo que retenerte hasta que vengan los demás".

Un rayo alcanza a Valeria en el aire de lleno en el costado, durante un giro acrobático tras un salto, arrancándole destellos al nanotraje, que reacciona desviando parte de la energía hacia el suelo.

Parece como si el nanotejido resistiera la corriente momentáneamente, pero al posar un pie en el suelo con el rayo todavía tocándola, la electricidad se propaga con repentina violencia, sacudiéndola y erizándole el pelo de todo el cuerpo. Al instante, sale disparada hacia el fondo de la sala por la descarga, estrellándose

contra una tubería metálica que se deforma con el golpe y se dobla al contorno de sus caderas.

Tosiendo, Valeria se reincorpora lentamente, siente como si todo el peso de la sala le hubiera caído encima, sus músculos protestan y sus pulmones aún más, pero se pone en pie igualmente.

-"¿Qué pasa?, ¿te pesa el aire?", la provoca la Chispa con desdén —"No eres para tanto".

«Creo que ya sé cómo acercarme.»

De pronto, Valeria se lanza una vez más hacia su oponente, como un vendaval, directa, sin rodeos.

La Chispa reacciona de inmediato, levanta ambas palmas y lanza dos rayos cegadores que van directos hacia Valeria. Pero esta vez, ella no los esquiva, sino que se eleva en el aire de un salto, directa hacia ellos, de frente.

En pleno aire, eleva los antebrazos y golpea los haces de energía como si fueran sólidos, que en lugar de electrocutarla, se desvían hacia el suelo, donde estallan con fuerza.

La Chispa parpadea, desconcertada, pero no se detiene: abre los diez dedos y lanza una ráfaga sucesiva de rayos más pequeños, formando una lluvia de metralla luminosa.

Valeria gira en el aire durante el descenso, desviando las descargas con brazos y piernas, en un despliegue de precisión casi coreográfica, fluyendo en una danza aérea, letal y elegante.

Y entonces, aprovechando toda la fuerza de la caída, lanza una patada demoledora al abdomen de su enemiga, sonando como el golpe repentino de un ariete. La Chispa sale proyectada hacia atrás, estrellándose contra el marco metálico de la puerta, el cual se abolla con un estruendo chirriante antes de escupirla de nuevo, rebotando hacia el principio del túnel como un proyectil sin rumbo.

Aprovechando la ventaja conseguida, Valeria no le concede tregua, se lanza tras ella, decidida a terminar el combate antes de que pueda levantar sus brazos para lanzar nuevas descargas.

Pero justo cuando va a alcanzarla, cuando ya está encima de ella, la Chispa levanta la mirada con los ojos encendidos como dos bolas luminiscentes, abriendo la boca a su vez, pero no para gritar, sino para escupir un relámpago. Un estallido eléctrico que brota

directamente desde su garganta y le arranca la máscara de aire de la cara en el proceso, golpeando a Valeria en pleno pecho.

El rayo la lanza girando por el aire, volando envuelta en un destello incandescente que la devuelve dentro de la sala, rebotando por el suelo como una muñeca rota hasta detenerse finalmente al pie de la esfera del reactor, otra vez.

Arturo observa las pantallas con creciente nerviosismo. Los sensores detectan una presencia en la sala del primer reactor, y sin duda, debe de ser Valeria.

Una vez más, intenta contactar con ella:

-"¡Valeria!, ya deberías haber salido".

Pero sólo hay silencio, sólo hay estática.

-"Tardaré un poco más de lo previsto", informa León por el comunicador. —"Me acabo de encontrar con el Muro".

Arturo abre los ojos de par en par y un atisbo de comprensión lo sacude.

-"¡Claro!, Valeria debe de estar enfrentándose a la Chispa... seguro que el pinganillo falló debido a una descarga", exclama algo más aliviado, aunque la preocupación regresa a su expresión al mirar de nuevo los sensores. —"Aunque no aparece nadie más con ella… espero que no haya sucumbido a la radiación y esté inconsciente".

-"Lo logrará, es mi hija", afirma León con seguridad. —"Yo me encargaré de Louis".

-"Creo que es el momento de activar la orden de evacuación", dice Arturo, levantando el recubrimiento plástico que protege un gran botón rojo.

Pero justo cuando va a pulsarlo, su mano se detiene en el aire, quedando suspendida, rígida, como si algo invisible le sujetara los tendones con alambre.

-"¿Qué… ocurre?, no puedo moverme", murmura.

Y de pronto, algo invisible lo agarra del cuello, una fuerza que le cierra la garganta y lo eleva lentamente, separando sus botas del

suelo, flotando, sin poder respirar. Como si la gravedad se hubiera rendido a su alrededor, su cuerpo comienza a girar en el aire, obligado por esa misma fuerza indetectable, y entonces, lo ve.

Un hombre alto, de rostro anguloso y mirada tan fría como el metal, permanece al otro lado de la sala con los brazos en alto, tensos, como si él mismo lo sujetara a distancia.

-"Arturito, Arturito… así que no estás muerto", dice el hombre con una sonrisa torcida. —"Debí imaginar que Primus no sería capaz de liquidarte".

-"¡Müller!", balbucea Arturo entre jadeos. —"Aún no se ha cumplido tu ciclo de criogenia… deberías estar regenerándote".

El alemán suelta una carcajada seca, casi mecánica, y levanta aún más a Arturo, que queda a más de un metro del suelo, completamente indefenso.

-"Ah… ¿así que ese era vuestro brillante plan?, ¿destruirnos mientras dormimos? Qué bajo habéis caído, ¡cobardes!".

Mirando de reojo al ordenador junto a Arturo, Müller mueve una mano como si tecleara en el aire, y al instante, las teclas se pulsan solas, una tras otra, obedeciendo a una voluntad lejana.

-"Parece que esa a la que llamas Valeria sigue en la sala del reactor. ¿Qué te parece si la dejamos atrapada allí dentro?".

-"¡No!, ¡déjala en paz!", grita Arturo, forcejeando inútilmente contra la nada.

Müller ríe, disfrutando de la impotencia de su rival.

-"Descubrí la casa de la montaña donde estuvo Primus la otra semana y había rastros recientes de lucha… sin embargo, no reportó nada al respecto. Eso me extrañó, así que indagué y encontré pequeñas anomalías en su comportamiento de estos últimos días, apenas perceptibles… excepto para alguien atento como yo".

Hace una pausa y su tono se vuelve más grave, más malévolo.

-"Sabía que de hacer algo, elegiría el momento en el que más Echos estuviéramos durmiendo, así que solicité que me despertaran hoy antes de tiempo, aún con la criogenia incompleta", habla con desdén, regodeándose en sus palabras. —"Necesitaba saber qué estaba ocurriendo… tenía el

presentimiento de que planeaba algo inusual, y mira por dónde, te encuentro a ti".

-"El proyecto está acabado", escupe Arturo. —"Los reactores secundarios están en sobrecarga, volaremos toda la montaña".

Müller lanza una última carcajada, lenta, cargada de desprecio.

-"Faltan diez minutos para que la sobrecarga sea irreversible y no veo aquí a nadie que pueda impedirme detenerla".

Alza ambas manos y las junta frente a él, como si manipulara una marioneta invisible.

-"Pero antes…", dice con una sonrisa sádica. —"Quiero disfrutar viendo cómo tu cabeza se separa del cuerpo lentamente".

Y con un gesto lento y placentero, empieza a girar las muñecas, como si estuviera retorciendo algo entre sus puños cerrados.

Valeria se tambalea, tratando de recuperarse del último impacto, cuando un siseo hidráulico la alerta. Gira la cabeza y abre los ojos de par en par al percatarse de que una de las compuertas comienza a cerrarse. Los bornes chirrían mientras los mecanismos se activan con un zumbido ominoso.

Al otro lado del umbral, la Chispa estalla en una carcajada.

-"Vaya, parece que vas a quedarte ahí dentro", dice con desdén.

Valeria reacciona al instante, lanzándose hacia la salida con auténtica desesperación, pero los haces eléctricos le bloquean el paso. Lo intenta desde el aire, girando en el salto y desviando de nuevo los haces con los antebrazos, pero esta vez, la Chispa está preparada: redirige los rayos contra las paredes metálicas, los canaliza en ángulos imposibles, los encadena, conectándolos entre ellos como látigos danzantes, y la electricidad acaba alcanzándola desde múltiples direcciones, conectándola a la tierra incluso en el aire, desbaratando su estrategia anterior.

Una y otra vez, Valeria es repelida al interior, mientras la puerta avanza, implacable, hacia el cierre total.

-"Conozco mis poderes mejor que nadie", se burla la Chispa entre risas. —"¿De verdad pensaste que habías encontrado una forma de vencerme? Esta sala está plagada de materiales conductores con los que jugar, además, la presencia del reactor me proporciona energía ilimitada".

Cuando la compuerta ya ha sobrepasado la mitad de su recorrido, Valeria lanza un grito desgarrador y salta de nuevo, pero la Chispa crea una telaraña de rayos, tan tupida que no deja hueco alguno. Una vez más, la descarga la atraviesa y la lanza contra la base de la esfera.

-"¡Jajajajaja!", ríe la Chispa, disfrutando de ver a Valeria rodar y retorcerse por el suelo.

Aunque esta vez hay algo distinto, la Chispa siente un tirón repentino en el tobillo. Mira hacia abajo, frunciendo el ceño, y ve como un cable de revestimiento plástico se ha enrollado en su pierna, como una serpiente que se cierra sobre su presa.

-"¿Qué mierda…?", murmura, desconcertada.

Rizzo no alcanza a reaccionar cuando, desde el suelo, Valeria tira con todas sus fuerzas y la arrastra con ímpetu hacia el interior. Al mismo tiempo, arranca a correr a cuatro patas sin darse tiempo para erguirse, como un tigre tras una gacela, y justo en el último instante, salta, atravesando la puerta en un estallido de esfuerzo, logrando cruzar en dirección opuesta a su rival, intercambiando sus posiciones.

Cuando la Chispa se incorpora y corre hacia la salida, la compuerta ya ha sellado el umbral por completo con un estruendo hidraúlico, quedando encerrada sin posibilidad de escapatoria.

-"¡Hija de puta!", grita con furia, golpeando la gruesa puerta con ambas manos, inútilmente.

Del otro lado, Valeria yace en el suelo, tosiendo y jadeando, sintiendo por fin el aire fresco llenándole los pulmones.

-"Te centraste tanto en mí… que no viste cómo fui haciéndome con el cable", susurra entre respiraciones, como si Rizzo la escuchara. —"Usaste bien el entorno a tu favor… pero no reparaste en los pequeños detalles".

Se pone en pie lentamente mientras termina de recuperar el aliento, sacudiéndose el polvo del nanotraje y respirando hondo, llenando los pulmones como si saboreara la vida misma. Luego, se vuelve hacia el panel junto a la puerta y lo arranca de un tirón, dejando al descubierto una maraña de cables chisporroteantes.

-"Lo siento… no debe de ser una muerte agradable", murmura con sobriedad.

Agita las piernas, tensando los músculos, sintiendo cómo los cuádriceps tiran y los gemelos protestan. Aún así, echa a correr otra vez, de vuelta, aunque esta vez no es una carrera ágil ni meteórica como antes, cada zancada le pesa, como si arrastrara el suelo consigo. Pero no se detiene, continúa, decidida, resuelta.

León y el Muro se sostienen la mirada en medio del túnel, como dos titanes a punto de colisionar.

-"Ríndete, Primus", dice el Muro con su grave voz. —"No me llaman así por nada, no vas a pasar".

-"Entonces iré en dirección contraria", responde León, girando sobre sus talones y echando a correr de nuevo hacia el reactor.

El Muro sonríe y empieza a caminar tras él con lentitud, imperturbable, como quien sabe que la presa no tiene escapatoria. Cada paso suyo resuena con un peso aplastante, dejando huellas marcadas en el asfalto como si caminara sobre barro.

-"No sirve de nada correr hacia el interior", gruñe, con la voz tronando por las paredes. —"Aunque tomes impulso, no podrás sortearme".

Tras algunos metros, León se detiene frente a una señal de advertencia negra y amarilla, donde a ambos lados, la parte de hormigón ha dado paso a paredes de ladrillo, más débiles. Golpea con los nudillos ambos muros, hasta dejar al descubierto dos enormes bobinas eléctricas que vibran con un zumbido grave y constante, como un enjambre de abejas encerrado en la piedra.

El Muro se aproxima con paso firme, observando con extrañeza cómo León arranca cables y desmonta paneles.

-"Ahí no hay salida", dice Louis, alzando la voz. —"A menos que hayas aprendido a viajar por los cables de alta tensión en forma de energía, cosa que dudo".

Cuando lo tiene cerca, León deja lo que está haciendo y se planta en medio del túnel, en posición de combate.

-"Pues nada, si no queda otra…", dice, alzando la mano e invitándolo a acercarse. —"Tendré que derrotarte peleando".

El Muro esboza una sonrisa feroz y comienza a correr hacia él, como un tren sin frenos, levantando esquirlas con cada zancada.

-"Eso es lo que quería oír", gruñe.

Levanta el puño, confiado de poder reducirlo con un solo golpe definitivo, pero entonces, contra todo pronóstico, su cuerpo se congela en el aire. Algo lo ha atrapado, inmovilizándole por completo sin posibilidad de moverse, suspendido en un campo de fuerza invisible.

-"¿¡Qué coño pasa!?", grita con rabia, tratando de avanzar sin éxito.

León, a escasos dos metros de distancia, camina con tranquilidad a su lado, como quien pasea por el parque.

-"¿Nunca oíste hablar de los campos electromagnéticos?", dice con sorna, señalando las bobinas de la pared. —"Me temo que te vas a quedar aquí hasta que se te pase la transformación".

-"¡Maldito cabronazo!", ruge el Muro, clavando en él una mirada furiosa e impotente.

-"Parece que todas las horas que pasé con Arturo en el laboratorio no fueron en vano", añade León con media sonrisa, alejándose con calma. —"Ha sido un honor servir a tu lado, Louis, hasta siempre".

Sin más, levanta la mano, despidiéndose, y sin volverse, echa a correr hacia la salida, dejando al Muro inmóvil, traicionado por su propio poder sobrenatural.

La presión en el cuello de Arturo aumenta con cada segundo, cerrando su garganta como un torno invisible. Se retuerce, incapaz

de respirar, mientras Müller lo observa con una sonrisa ladeada, deleitándose con cada gramo de sufrimiento.

En ese instante, un pelotón de soldados irrumpe en la sala con las armas alzadas, desplegándose con precisión milimétrica.

-"Llevaos a los operadores y desplegad unidades en los túneles de los reactores", ordena Müller sin siquiera mirarles. —"Aquí ya está todo bajo control".

-"A la orden, Echo Dos", responde el oficial al mando.

En apenas unos segundos, los soldados ejecutan la maniobra: señas, órdenes por radio, pasos veloces, y luego desaparecen tan rápido como llegaron, arrastrando con ellos a los técnicos inconscientes.

-"Bien… ¿por dónde íbamos, Arturito?", pregunta Müller, recuperando el tono burlón mientras vuelve a cerrar el puño en el aire.

La presión se intensifica mientras Arturo patalea en el aire, con los ojos inyectados en sangre y la mente deslizándose hacia la inconsciencia.

La oscuridad empieza a engullirlo… hasta que de pronto, la fuerza invisible parece aflojar, permitiendo un soplo de aire que raspa su garganta cuando el cuerpo de uno de los soldados sale despedido por la puerta que conecta con el túnel del segundo reactor, estrellándose contra el suelo y llamando la atención de Müller, que gira la cabeza, extrañado.

Una sombra veloz atraviesa el umbral, arranca la puerta de metal de cuajo y, en el mismo movimiento, la lanza como un proyectil. Müller apenas tiene tiempo de alzar una mano, y con un leve giro de muñeca, desvía el impacto sin esfuerzo.

Pero detrás de la puerta llega el verdadero golpe, León surge de la estela metálica como una bala humana y le propina un puñetazo brutal que le impacta directo en el mentón. El alemán vuela hacia atrás, atravesando una hilera de mesas y monitores que estallan en chispas y astillas de madera.

Arturo cae al suelo como un saco de arroz, aspirando una bocanada de aire rasposa mientras jadea con desesperación y tose con fuerza, llevándose una mano temblorosa al cuello amoratado.

-“¡Sal de aquí!”, grita León, lanzándose de nuevo hacia Müller antes de que pueda reaccionar.

-“Tengo que activar la evacuación…”, responde Arturo, aferrándose a una mesa para intentar levantarse. —“El personal no tiene culpa, hay que salvar a todos los posibles”.

León se abalanza sobre Müller, golpeándolo una y otra vez en el rostro, impidiéndole usar los brazos. Pero sin necesidad de señas, con un simple giro de ojos, el alemán lo repele como si fuera una hoja seca, haciéndolo volar por el aire y estrellándolo contra la pared contraria con violencia.

Arturo estira la mano hacia el botón rojo, y está a punto de alcanzarlo cuando la fuerza invisible vuelve a cerrarse sobre él, deteniéndolo de nuevo como si lo sujetara un puño invisible.

Müller, ya en pie, le apunta con la mano.

-“No tan rápido, Arturito”.

León se reincorpora con rapidez y vuelve a lanzarse, pero Müller levanta la otra mano, deteniéndolo en el aire, flotando como una marioneta atrapada en hilos invisibles.

-“Déjame presionar el botón… hay que evacuar la base”, insiste Arturo con esfuerzo.

-“No pienso dejar que destruyáis los reactores, todavía tengo tiempo”, responde Müller, hinchando el pecho con arrogancia. —“Pero antes… acabaré con vosotros”.

Comienza a mover el brazo que sujeta a León de arriba abajo como un látigo, estrellándolo repetidas veces contra el suelo y el techo, haciendo rebotar su cuerpo como un peluche sacudido por un niño, provocando que la sala se estremezca con cada impacto.

Cuando se cansa, los alza a ambos: León, magullado; Arturo, jadeante; quedan suspendidos en el aire, atrapados en una gravedad que no obedece las leyes naturales. Con los brazos extendidos, Müller cierra lentamente los puños y los cuellos de Arturo y León comienzan a crujir.

-“Nadie puede derrotarme”, dice con una risa oscura. —“Soy invencible”.

Y entonces, sin que lo vea venir, dos manos emergen de las sombras a su espalda, lo sujetan con fuerza por ambos lados de la

cabeza, y con un giro seco, violento, repentino, le rompen el cuello con un espantoso sonido que parece partir la habitación en dos.

El cuerpo de Müller cae como una marioneta a la que le han cortado los hilos, desconectado al instante, en silencio.

-"¿Qué decías?", murmura Valeria, de pie sobre él, con una ceja arqueada.

-"¡Hija!, ¡lo has conseguido!", exclama León, recuperando el aliento.

Arturo, aún temblando, intenta arrastrarse una vez más hacia el botón y se apoya en la mesa buscando estabilidad, pero antes de que logre alcanzarlo, Valeria se adelanta, presiona el botón rojo con decisión y luego le tiende la mano.

-"Ya está", dice con total calma. —"Larguémonos de aquí de una vez".

Una potente alarma retumba por toda la base, seguida de una voz automatizada que anuncia la evacuación con insistencia mecánica.

Arturo toma la mano que Valeria le ofrece y ella lo ayuda a incorporarse, mientras sus ojos se desvían hacia un monitor donde una cuenta regresiva ya ha bajado del minuto.

-"Sí… vámonos", asiente Arturo con urgencia. —"En menos de sesenta segundos, la sobrecarga será irreversible y ya no podrán detenerla, así que no hace falta que sigamos defendiendo el ordenador".

Abandonan la sala y se internan en los pasillos. A su alrededor, el personal corre en todas direcciones, sin reparar en ellos, buscando desesperadamente sus puntos de evacuación.

-"Un momento", dice Arturo, deteniéndose frente a una puerta.

La abre, y dentro, los tres soldados amordazados que habían dejado atrás lo miran con ojos desorbitados. Arturo les quita las ataduras y los hombres salen corriendo sin decir una palabra ni mirar atrás.

-"Me había olvidado por completo de ellos", admite Valeria.

-"No quiero bajas innecesarias si puedo evitarlas", responde Arturo mientras retoma el paso.

-"Démonos prisa", insiste León. —"No sabemos lo que tardarán en explotar los reactores una vez superen la franja de irreversibilidad".

Valeria y Arturo asienten, acelerando la marcha hasta alcanzar la explanada exterior, donde varios helicópteros despegan y grandes camiones militares se alejan del recinto a toda velocidad, cargados de personal.

-"Allí", dice León, separándose de ellos y señalando un Humvee solitario aparcado cerca.

Se dirige hacia la puerta del conductor, pero justo antes de alcanzarla, una figura aparece desde el otro lado del vehículo y lo embiste con una patada que lo lanza al suelo.

-"No escapareis, traidores", escupe un hombre barbudo de rostro endurecido, cubierto con un uniforme de camuflaje invernal.

-"Esto va a explotar en cualquier momento, Edward, hay que salir de aquí", responde León, levantándose rápidamente y colocándose en guardia.

-"Me da igual", gruñe el Témpano, atacando de nuevo. —"¡Explotaremos juntos si hace falta!".

-"¡Eh, tú!", grita Valeria, corriendo hacia ellos. —"¡Deja en paz a mi padre!".

Pero antes de que pueda llegar, un agarre inesperado la rodea por el cuello desde atrás y, en un instante, es impulsada hacia arriba a una velocidad imposible, ascendiendo como un proyectil, rompiendo las nubes, arrastrada hacia el cielo por una fuerza devastadora.

Valeria forcejea, pataleando en el aire, mientras unos brazos como tenazas se cierran implacables alrededor de su cuello en una llave perfecta.

-"¡Suéltame, cabronazo, suéltame!", gruñe, tirando del brazo con furia.

Pero en un parpadeo, su mirada baja hacia sus pies y lo que ve le hiela la sangre… la montaña se ha vuelto diminuta, una maqueta lejana que se va perdiendo entre las nubes.

-"¡No me sueltes! ¡NO me sueltes!", chilla, aferrándose ahora al brazo con desesperación genuina, no para liberarse, sino para no caer.

Atrás queda un mar de nubes extendido como una sábana blanca, la presión le tapa los oídos, el oxígeno escasea, y el cielo, antes azul, comienza a oscurecerse con un tono profundo, espacial.

El mundo se vuelve irreal, somnoliento, y una sensación extraña, ligera, ajena, como un sueño, invade su mente. Lucha por no cerrar los ojos, por no rendirse a la falta de aire… y entonces, el Cometa la suelta.

-"Adiós, zorra", escupe con desprecio, dejando que la gravedad haga el resto.

El vértigo la golpea como una pared, pero en un reflejo instintivo, Valeria estira el brazo y logra aferrarse a su pie justo antes de despeñarse. Trepa a ciegas, presa del pánico, y en un acto de pura supervivencia, hunde los colmillos en su tobillo.

-"¡¿Pero qué cojones...?! ¡Me has mordido, hija de puta!", vocifera el Cometa, retorciéndose.

Con el otro pie, la golpea en la cabeza sin compasión, una, dos, tres veces. Valeria se aferra con los dientes, con las uñas, con todo su cuerpo, pero finalmente, la suelta a base de patadas.

-"¡Vete a tomar por culo!", grita él, haciendo un corte de manga mientras la ve perderse en el vacío.

Valeria cae con el brazo extendido hacia su enemigo, cada vez más lejano, con la mirada desencajada por auténtico pavor. El aire le silba en los oídos, ya no hay nada a su alrededor a lo que aferrarse, ni agarres, ni oportunidades, sólo el imperturbable abismo llamándola de vuelta a la tierra.

León y el Témpano se enzarzan en una pelea sin tregua, un brutal intercambio de golpes en el que la fuerza y la técnica chocan en cada impacto. El estruendo de los puños reverbera en el suelo, en los vehículos, en los huesos.

A pesar del agotamiento y las heridas, León comienza dominando, sus golpes son más rápidos, potentes y certeros, obligando a su rival a retroceder. El Témpano encaja más de los que responde, y por un momento parece que León va a derribarlo.

Pero algo cambia, con cada puñetazo que León lanza y conecta sus nudillos, estos se vuelven más rígidos, insensibles, un entumecimiento helado escala por sus manos, y luego por los antebrazos como una marea invernal. A la vez, cada golpe que recibe deja fragmentos de hielo adheridos a su uniforme, como si del cuerpo del Témpano emanara escarcha viva.

El frío es un veneno silencioso, no duele, sino que adormece, ralentiza, y el Témpano lo sabe.

Con cada segundo que pasa, León pierde fuerza, sus movimientos se vuelven más torpes, menos precisos. El enemigo contraataca con furia renovada, recuperando terreno a golpe de puño gélido, ahora es él quien presiona, quien lanza las combinaciones más peligrosas.

León intenta resistir, pero el hielo le muerde los músculos y le apaga el fuego, la balanza del combate se inclina, y esta vez, no a su favor.

La atmósfera ruge alrededor de Valeria, el aire se comprime, vibra y gime contra su cuerpo, envolviéndola como una barrera invisible. Atraviesa las nubes como finas e inconsistentes hojas de papel de arroz, y más abajo, las luces parpadeantes de la base comienzan a tomar forma entre la neblina, cada vez más nítidas, más cercanas.

Valeria fuerza los ojos abiertos, aunque el viento le arranca lágrimas que se evaporan al instante, el suelo se acerca a toda velocidad, demasiado rápido, letal. El pánico amenaza con adueñarse de su mente, pero algo en su interior, más profundo que el miedo, más fuerte que el instinto, clama por mantener el control.

Cruza los brazos delante de su rostro como si eso pudiera protegerla y encoge su cuerpo instintivamente como si así pudiera

amortiguar la caída. Pocos segundos la separan del inevitable final y el corazón le golpea las costillas como si quisiera eyectarse de su cuerpo, cuál piloto de combate ante una colisión inminente.

Se prepara para el impacto, cierra los ojos, espera el golpe, pero entonces, cuando los metros hasta el suelo alcanzan las dos cifras, comienza a desacelerar. Imposible, inconcebible, no quiere creerlo. Abre un ojo, temblorosa, y a menos de diez metros del suelo, se detiene por completo, flotando en el aire incomprensiblemente.

Con la boca abierta y los brazos aún frente al rostro, parpadea, atónita, y lentamente, aliviada, baja los brazos y observa a su alrededor.

-"¡¿Estoy… volando?!", exclama, entre la incredulidad y el júbilo.

Una gota de sangre le resbala por la comisura del labio y entonces cree entenderlo.

«Podría ser que…»

Pero no tiene tiempo para pensar, su enemigo se aproxima de nuevo, rasgando el cielo como un misil viviente.

El Cometa desciende en espiral sobre la zona donde, según sus cálculos, debería estar el cuerpo destrozado de su enemiga. Sus ojos recorren el terreno con ansiedad creciente al no encontrar nada fuera de lo normal.

-"¿Qué demonios?", murmura. —"Debería haber caído por aquí".

Frunce el ceño, escaneando el entorno con inquietud, hasta que un sonido lo alerta: ramas agitándose violentamente muy cerca, como si algo enorme se abriera paso entre los árboles. Gira la cabeza justo a tiempo para ver cómo Valeria emerge de una copa, proyectada por una fuerza invisible que rivaliza con la suya propia.

Apenas le da tiempo a parpadear antes del impacto, pues Valeria se le echa encima, lo atrapa por la cintura con fuerza y lo arrastra consigo, disparados de vuelta hacia el corazón de la base. Giran sin control en el aire, forcejeando y golpeándose el uno al otro, como dos aves enzarzadas en una lucha desesperada, directos hacia uno de los helicópteros que va ganando altura lentamente.

El choque contra el aparato es brutal, ambos atraviesan las aspas giratorias en una explosión de chispas, sangre y vísceras que hace tambalearse la aeronave antes de estallar en llamas contra el suelo.

Valeria cae cerca de la masa de metal candente, envuelta en un manto de sangre, jadeando entre restos humeantes. Su cuerpo se retuerce de dolor entre los fragmentos cercenados del Cometa, cuyos pedazos llueven a su alrededor como una tormenta grotesca y viscosa de carne y entrañas.

El nanotraje ha evitado que ella misma se haga pedazos al igual que su enemigo, pero a duras penas. Se lleva las manos al pecho entre espasmos de agonía, gritando y gimiendo, mientras sus costillas se reacomodan solas bajo la piel, crujido a crujido, como huesos que aprenden a respirar otra vez.

La superioridad del Témpano ya no es sólo evidente, es aplastante, y con una seguridad casi arrogante, detiene uno de los derechazos de León en el aire, atrapándole el puño con una sola mano.

En cuanto lo sujeta, el frío se propaga al instante: la escarcha sube por el brazo de León como una enfermedad imparable, envolviendo la muñeca y trepando por el antebrazo, hasta engullir el codo en una prisión de hielo translúcido.

Entonces, el Témpano asesta un golpe seco a la altura del codo y el brazo de León se hace añicos en un estallido helado. Cae de rodillas con un grito desgarrador, mientras una lluvia de fragmentos congelados se esparce a su alrededor en centenares de trozos irrecuperables.

El Témpano da un paso atrás, altivo, seguro de su victoria.

-"Te he vencido, Primus, acéptalo", declara con una sonrisa de hielo.

Pero León no se rinde, aprieta los dientes y se apoya en su única mano, poniéndose en pie con la mirada en llamas.

-"Todavía no me has vencido... ni lo harás", gruñe, dominando el dolor con pura voluntad.

Una ráfaga de aire levanta el polvo del suelo a sus espaldas.

-"¡Déjamelo a mí, papá!", grita Valeria, ya recuperada, irrumpiendo en escena como un vendaval.

Surge desde el flanco opuesto, volando a la velocidad de un proyectil, lanzándose contra el Témpano y embistiéndolo con todo su cuerpo. Lo arrastra por el suelo varios metros a través de la explanada, levantando las rocas a su paso, y lo estrella contra un muro al lado contrario, que revienta en una explosión de piedras y tierra.

Cuando el polvo comienza a asentarse, la silueta de Valeria se recorta contra la luz, montada a horcajadas sobre el Témpano. Le está golpeando sin tregua, con furia ciega, cada puñetazo retumba como un tambor de guerra sobre su rostro helado.

-"¡Hija, sepárate de él!", grita León, acercándose con toda la premura que le permiten sus entumecidos músculos.

Pero ella no escucha, sigue golpeando, una y otra vez, hasta que un escozor lacerante le sube por los brazos. Se detiene un segundo y sacude las manos.

-"¡Ah, joder, quema! Se me están congelando las malditas manos", masculla, agitando las muñecas y flexionando los dedos entumecidos.

-"¡Qué no te toque!", advierte Arturo desde el otro lado, con la voz cargada de urgencia.

Valeria gira la cabeza, alzando una ceja, pensativa.

-"Cierto… ya me acuerdo", murmura.

Pero es demasiado tarde, el Témpano, con el rostro deformado y sangrante, no ha dejado de sonreír. Sus manos se aferran con fuerza a la cintura de Valeria, que ve como el hielo ya la tiene presa, avanzando por su torso como una plaga, atrapándola sin piedad hasta cubrirla casi por completo, quedando únicamente libres la cabeza y los brazos.

Valeria, ya inmóvil, atrapada en escarcha, abre los ojos con pánico mientras la congelación se completa con rapidez por su cuerpo. El Témpano se incorpora con esfuerzo, dolorido, y la alza en

vilo como un trofeo, estrellándola acto después contra el suelo en un estruendo brutal, rompiendo el hielo que la cubre en mil fragmentos, que se dispersan como cristales tintineantes sobre el pavimento.

Arturo aparta la mirada, incapaz de soportar la visión, pero León no, León ruge como una bestia herida y se lanza en un placaje salvaje, derribando al Témpano con la fuerza de toda su rabia.

El Témpano intenta aferrarse a él también y la escarcha comienza a subirle por la cintura, a la vez que se le adormece la mano que le queda según golpea. Pero no se detiene, el dolor ya no le importa, sigue golpeando nublado por las lágrimas, sin pausa. Sigue hasta que la piel de su puño queda abierta, hasta que la sensación de frío desaparece, hasta que lo único que queda del cráneo del Témpano es una masa irreconocible de sangre espesa y hueso desquebrajado.

León se incorpora tambaleante, con el brazo izquierdo colgando casi congelado, del que gotea una mezcla viscosa entre sangre propia y ajena. Se gira con urgencia hacia Valeria y suspira aliviado al verla, viva y entera.

El nanotraje la ha salvado una vez más; está completamente roto, hecho trizas como vidrio roto tras un impacto, cubriendo sólo lo justo de su cuerpo, que aunque prácticamente desnudo, permanece intacto, sin rastros de congelación.

Valeria se pone de pie, tiritando de frío.

-"Papá… ¡tu brazo!", exclama al ver la devastación a su derecha.

Pero a León no parece importarle, camina hacia ella sin vacilar, sin responder, y la abraza con el brazo que le queda.

-"¡Tenemos que irnos!", interrumpe Arturo, señalando con urgencia al Humvee de antes. —"Hemos perdido demasiado tiempo".

León y Arturo caminan a toda prisa hacia el vehículo, pero Valeria los detiene con un gesto.

-"Esperad… ahora se volar", dice con una sonrisa orgullosa.

Se coloca detrás de ellos, pasa los brazos por sus cinturas, flexiona las rodillas y toma impulso hacia arriba… pero no pasa nada, no se mueve ni un milímetro.

-"Vaya… antes lo hice así", murmura, frunciendo el ceño, confundida.

Lo intenta una, dos, tres veces más, pero nada. Al final se queda pensativa, tocándose el mentón.

-"Quizás fuera temporal", dice para sí misma.

-"¿De qué hablas?", interviene Arturo, impaciente. —"¡Vámonos en el coche de una vez!".

-"Vale, conduzco yo", responde Valeria, resignada, corriendo hacia el asiento del conductor.

Los tres suben de un salto, Valeria arranca el motor y pisa el acelerador, haciendo que el Humvee ruja y se lance por la carretera montaña abajo a toda velocidad, alejándose lo más rápido posible de la base.

El estallido de los reactores no tarda mucho más en llegar. Primero lo sienten: un temblor seco, como un latido gigantesco bajo tierra. Luego, el suelo comienza a resquebrajarse a su alrededor, levantando columnas de tierra y roca como si la montaña estuviera viva y los quisiera expulsar.

-"¡Agarraos!", grita Valeria, maniobrando entre los escombros que brotan del asfalto.

-"¡Mierda, yo no me regenero!", exclama Arturo, desesperado, buscando la hebilla del cinturón con manos temblorosas.

De pronto, una columna de fuego estalla tras ellos, como si un volcán enterrado hubiera despertado y la montaña entera explotara en una inmensa bola de fuego, lanzando rocas del tamaño de casas hacia el cielo. El paisaje al completo se convierte en una lluvia de muerte ardiente.

Valeria no levanta el pie del acelerador ni por un segundo, y aunque la carretera está literalmente desapareciendo, sigue conduciendo campo a través, esquivando árboles que se cruzan ladera abajo, deslizándose entre cráteres humeantes y fragmentos en llamas.

Una grieta inmensa se abre justo bajo las ruedas, el Humvee se inclina, pierde el equilibrio y comienza a dar vueltas de campana por la falda montañosa, rebotando como una bola de nieve metálica.

Todo alrededor se convierte en una sucesión de golpes, sacudidas y ruidos metálicos, hasta que el vehículo acaba estrellándose en una explanada, completamente deformado. El chasis está destrozado y las ruedas han desaparecido, pero el habitáculo blindado aguanta, a duras penas, pero aguanta.

Por un instante todo queda en silencio, luego, un gemido, una tos, un resoplido.

-"¿Estáis todos bien?", pregunta León, girando la cabeza hacia el asiento del conductor.

Pero Valeria no está. Alarmado, arranca el cinturón de un tirón, empuja la puerta abollada y sale del vehículo a trompicones, mirando en todas direcciones.

-"¡Nora!", grita. —"¡NORA…! ¡NORAAA!".

-"Papá, estoy aquí", responde una voz ronca, entrecortada por la tos.

León se gira con el corazón encogido y la ve. Valeria está en el asiento trasero, aferrada a Arturo, protegiéndolo con su propio cuerpo a modo de escudo humano.

Su espalda, ya desprovista del nanotraje, es un campo de contusiones y desgarros abiertos que sangran a borbotones, mezclándose con el polvo que la cubre. Se incorpora con dificultad, sacudiendo la cabeza y esparciendo la tierra que se ha incrustado en su cabello, mientras sus heridas comienzan a cerrarse, expulsando uno a uno los fragmentos de roca, cristal y metal que aún permanecen alojados en su carne.

-"¿Estás bien, Arturo?", pregunta, mirándolo desde su improvisada postura.

Arturo escupe tierra y se limpia la cara con el dorso de la mano.

-"Lo estoy… gracias a ti".

Valeria sonríe débilmente, le da un beso polvoriento en la frente y sale del vehículo con calma. Se detiene junto a los restos humeantes del Humvee, pone las manos en la cintura en una pose triunfal y observa la colosal columna de humo que se eleva desde la montaña reventada, como si el mundo acabara de dar un grito hacia el universo.

-“Pues al final no ha salido tan mal”, dice con aire despreocupado, sin apartar la vista del mismísimo apocalipsis. —“¿Y ahora qué?, ¿a dónde vamos?”.

León se acerca y, con el único brazo que le queda, la rodea por los hombros con un gesto torpe pero lleno de ternura.

-“Donde sea… me basta con estar contigo”.

Arturo baja del coche, tambaleándose y sacudiéndose la tierra de sus hombros.

-“Tengo las llaves de mi antiguo piso, en Ávila”, dice. —“Podemos ir allí, ducharnos, descansar un poco… y luego ya veremos”.

Valeria lo mira, asiente y esboza una sonrisa cansada pero luminosa.

-“Perfecto, nuevo plan”.

{Horas después.}

Valeria sale de la ducha envuelta en una toalla. El pelo, aún húmedo, le cae recogido en un moño improvisado, revelando sus dos colores naturales, ya sin Vindicare: dos tercios rojo fuego, un tercio negro azabache.

Cruza el pasillo descalza y se dirige al salón, donde León y Arturo, también recién aseados, descansan en la calma del sofá. Al llegar, ella se deja caer entre ambos con un profundo suspiro de alivio, acaparando todo el espacio como si le perteneciera.

-“¡Qué gusto!”, exclama. —“Me he quedado como nueva”.

Arturo la observa de reojo, con una sonrisa divertida.

-“Que se lo pregunten al manantial más cercano, lo habrás dejado seco”, dice en tono burlón.

Valeria le lanza una mirada con fingido enfado.

-“¿Sabes hasta donde tenía metida la tierra?”.

Arturo se sonroja de inmediato, desviando la mirada.

-“Vale… no debería haber dicho nada…”.

Valeria suelta una sonora carcajada.

-“¡Me refería a las orejas, guarrete!”.

León rompe en risas, y Arturo, aunque intenta resistirse, termina contagiado.

Valeria se acomoda sin pudor, tumbándose a lo largo del sofá, apoyando la cabeza en el regazo de Arturo y las piernas en el de su padre, mirando al techo, como si buscara entre las motas de gotelé los rostros de sus recuerdos.

-"Os vendréis conmigo a Chicago, ¿no?, me gustaría que conocierais a mis amigos".

Arturo sacude la cabeza, con una sonrisa nostálgica.

-"Yo primero iré a Argentina, mi familia está escondida allí… llevo dos años sin verlos y ya no aguanto ni un día más sin abrazarlos".

Valeria asiente, comprensiva.

-"Entonces os haré una visita, eso seguro", luego dirige la mirada hacia su padre. —"Entiendo que tú sí te vienes conmigo, papá".

León guarda silencio, tragando saliva antes de hablar, como si cada palabra le costara de repente.

-"Chicago está muy lejos, hija, son muchas horas de viaje", dice en voz baja, casi temblorosa. —"Prefiero quedarme aquí, en España, y aprovechar el tiempo contigo al máximo".

Valeria lo mira algo confundida desde su posición horizontal, levantando ligeramente una ceja.

-"Tenemos todo el tiempo del mundo", responde con optimismo, dándole suaves toques con los pies. —"Si antes quieres unas vacaciones por aquí, me parece perfecto… tendremos unas vacaciones inolvidables".

Relaja el cuerpo sobre ambos y vuelve a mirar al techo, dibujando una sonrisa amplia, casi infantil.

-"Quiero visitar las playas de este país, dicen que son espectaculares", suspira, como si ya pudiera sentir la brisa marina acariciándole la piel. —"Y también la ciudad de donde viene el café asiático… ¿cómo era?; ah, sí: Cartagena. Y los monumentos históricos, por supuesto, he leído cosas increíbles sobre la historia de aquí. Y también quiero conocer a muchos

españoles, al fin y al cabo, compartimos raíces, ¿no? Y también...".

-"Nora, hija…", la interrumpe León en tono extremadamente suave.

Valeria baja la mirada y lo observa con la misma suavidad compartida.

-"Dime, papá", responde con una dulzura en la voz que suena a promesa, como si ya pudiera saborear los momentos que anhela compartir con él.

-"Sobre eso…", empieza a decir León, con una duda que se arrastra en su tono.

Arturo, que la observa desde lo alto apoyada sobre sus piernas, mirando a su padre esperanzada, aparta la mirada con una incomodidad muda.

-"¿No quieres venir conmigo a Estados Unidos?, ¿es eso…? Bueno, vale, lo entiendo", le interrumpe ella, frunciendo el ceño. —"No pasa nada… te visitaré regularmente, cada Navidad, cada verano, siempre que pueda".

León posa la mano sobre sus muslos, en un gesto de calidez y amor paterno.

-"Nora, cariño… no es eso, me iría contigo al fin del mundo si hiciera falta. Lo eres todo para mí".

Ella se incorpora ligeramente, apoyándose con los codos.

-"No lo entiendo, ¿qué estás intentando decirme?".

León extiende la mano y le acaricia con delicadeza el mentón, como si temiera que las palabras pudieran romper el momento.

-"Simplemente quiero aprovechar al máximo el tiempo que me queda contigo... hasta el último minuto".

Valeria lo mira y sus ojos se entrecierran, procesando el peso de lo que acaba de oír. Luego, recoge las piernas y se sienta con el cuerpo tenso.

-"¿Qué es eso del *tiempo que te queda*?", pregunta con un temblor que traiciona su calma.

León intenta hablar, pero las palabras se le atragantan, sus labios tiemblan y la garganta se le cierra. Entonces, Arturo interviene desde su otro lado.

-"Nora… perdón… Valeria".

Ella gira la cabeza hacia él.

-"Tu padre…", Arturo titubea un instante. —"Tu padre se está muriendo".

Los ojos de Valeria se abren de par en par y se queda paralizada por un momento, hasta que mira a León como si esperara una risa, una negación, cualquier cosa.

-"¡¿Cómo que te estás muriendo?!", grita a todo pulmón con incredulidad. —"¡Si eres un maldito supersoldado que se regenera!".

León agacha la cabeza en silencio, incapaz de mirarla a los ojos.

-"Es por la criogenia", murmura Arturo. —"Los Echos necesitan regenerarse en los criotanques... pero no para conservar sus poderes, como te dijimos, sino para mantener paralizada la degeneración celular: es una consecuencia del proceso que los convirtió en lo que son. Y ahora que han sido destruidos…".

-"¡Me habéis mentido!", brama Valeria, poniéndose en pie de un salto.

-"Lo siento", dice Arturo, bajando la mirada. —"Creímos que si sabías la verdad, no querrías ayudarnos con nuestro plan".

Valeria lanza una patada furiosa a una silla, haciéndola volar contra la pared, agarrando en el acto la toalla que casi se desprende de sus pechos. Luego, se gira hacia León, gesticulando con rabia y el rostro desencajado, desbordándose de lágrimas.

-"¡Me lo prometiste!", exclama con la voz rota. —"¡Me dijiste que recuperaríamos el tiempo perdido! ¡Juntos!".

León se incorpora con lentitud, se planta frente a ella y, sin decir palabra, la abraza con fuerza con el brazo que le queda. Valeria resiste unos segundos... y luego se derrumba contra su pecho, sollozando sin consuelo, golpeando suavemente su espalda, totalmente impotente, completamente quebrada.

-"Te llevaré a Cartagena", susurra León, apretándola contra sí. —"Visitaremos playas, recorreremos monumentos, todo lo que quieras… y me contarás cada detalle de tu vida en Chicago, cada minuto contigo será una bendición para mí".

Ella no responde, sólo llora, pero en su abrazo, hay una nueva promesa silenciosa: la de no dejar escapar ni un solo segundo más.

Valeria se separa un poco del abrazo, lo justo para mirarlo a los ojos. Su rostro está completamente empapado en lágrimas, pero hay algo más allá del dolor: una necesidad urgente de compartir su vida.

-"Tengo un hermano pequeño", dice entre sollozos con la voz aún temblorosa. —"Me habría encantado que lo conocieras".

-"¿Ah, sí?", responde León, sorprendido. —"Eso no lo sabía, pensaba que tu madre nunca volvió a quedarse embarazada".

Valeria niega con la cabeza suavemente y una leve sonrisa se dibuja en sus labios cuando piensa en Jonathan.

-"No somos hermanos biológicos", explica, empezando a recuperar el aliento. —"Lo rescaté de una situación horrible y ahora soy su tutora legal, al menos hasta que cumpla veintiuno… aunque, nuestra relación, es más como si fuéramos hermanos de verdad".

León le acaricia la mejilla con infinita ternura.

-"Le quieres de verdad… se nota en tu mirada. Y esa felicidad... me llena de alegría, hija".

La sonrisa de Valeria se amplía, dejando atrás el temblor del llanto.

-"También fui policía, era mi sueño", dice con un deje de orgullo que lucha contra el nudo en su garganta. —"Conocí a personas increíbles, incluso… estuve a punto de casarme con alguien que, en ese momento, era el amor de mi vida".

León la toma suavemente por los hombros, como si quisiera contener toda esa avalancha de recuerdos.

-"Tranquila, cariño, no tienes que correr", dice, sonriendo con calidez.

-"Aunque ahora creo que… me he enamorado de una mujer", añade Valeria con una chispa tímida en los ojos. —"Estoy segura de que te caería genial, es increíble… la quiero de verdad, papá".

León suelta una carcajada suave, llena de cariño.

-"Relájate, Nora, de verdad", dice con una sonrisa que le ilumina el rostro. —"Quiero saberlo todo, cada detalle, sin

excepción, pero con calma. Me gustaría saborearlo despacio, contigo, con una copa de vino en la mano, frente a una buena cena, en la orilla de alguna playa tranquila, ese tipo de cosas, sencillas… como si el mundo por fin nos diera un respiro".

Valeria lo mira en silencio, profundamente conmovida, y por primera vez desde la noticia devastadora, una sensación de paz, tenue pero real, se instala en su pecho.

-"El mundo nunca me ha dado ni un solo respiro", dice, no con tristeza, sino con una determinación firme, casi desafiante.

-"Pues para mí, esto es más que un respiro", responde León, besándola con afecto en la frente.

Valeria suspira hondo y asiente, ya más serena. Luego, se gira hacia Arturo con la mirada clara y decidida.

-"¿De cuánto tiempo disponemos?".

Arturo se rasca el mentón, pensativo.

-"Si la sesión de criogenia de tu padre era para mañana…", murmura, haciendo cálculos mentales. —"Quizá una semana… dos, con suerte. Aunque cada día estará más débil, y los últimos… serán complicados".

Valeria guarda silencio. Las lágrimas asoman de nuevo, brillando con ese destello verdoso tan suyo, como si incluso su dolor fuera único. Pero se niega a dejarse vencer, se obliga a sonreír, se yergue levantando la cabeza y se encamina al baño, decidida.

-"Entonces no hay tiempo que perder", dice, mientras se aleja por el pasillo con paso firme. —"Hay que poner rumbo a Cartagena, ahora mismo".

{Tres semanas más tarde.}

Valeria conduce su Indian Scout Bobber por las calles de Chicago, con el motor rugiendo entre sus piernas como un eco de su propia energía y vitalidad. Viste su habitual conjunto de vaqueros ajustados, botas militares altas, chaqueta de cuero y camiseta entallada de Iron Maiden, además, a la espalda, lleva una pequeña mochila táctica de acabado militar y sistema molle.

Llega al cementerio y estaciona a la entrada. Se quita el casco con aire teatral, dejando al descubierto una larga trenza bicolor, dos tercios rojo fuego y un tercio negro azabache, que cae sobre su hombro, describiendo una delicada curva que se contonea alrededor de su delgado cuello.

El viento sopla con intensidad, y por un instante, Valeria alza el rostro y cierra los ojos, permaneciendo inmóvil, dejando que la brisa le acaricie la piel como una mano invisible, suave, casi maternal.

Cruza el umbral del cementerio sin prisa y camina despacio por los senderos ya conocidos, con la mirada al cielo, completamente despejado, como si esperara encontrar respuestas a su congoja allá arriba. No necesita mirar al suelo, cada paso está grabado en su memoria, pues ha recorrido ese camino demasiadas veces.

Llega a la lápida de su madre y se arrodilla con suavidad, dejando la mochila a un lado.

-"Mamá… he conocido a papá", susurra con una sonrisa luminosa que cruza su rostro. —"Hemos pasado dos semanas increíbles. Es… el mejor padre que podría haber deseado".

Toma la mochila, la abre con manos temblorosas, extrae una pequeña pala con cuidado y cava un hoyo frente a la lápida. Luego, saca una urna de acero, desenrosca la tapa y vierte las cenizas que contiene en la tierra, dentro del agujero que acaba de cavar.

-"Ya es hora de que os reencontréis", murmura, con lágrimas brillando en sus ojos. —"Os añoraré eternamente".

Saca a Mr.Bigotes, lo coloca sobre la ceniza y cubre el hueco con tierra, palada a palada.

-"Cuidad de él por mí hasta que vaya a recogerlo, allá donde estéis… a él también lo echo de menos", dice con una sonrisa nostálgica. —"Aunque os advierto… tardaré. Aquí aún hay mucha gente que me necesita, tanto como yo los necesito a ellos".

Saca un cuchillo militar, lo desenfunda, y con paciencia, empieza a grabar en la piedra.

Bajo el epitafio ya tallado de: *Jane Shepard, madre todoterreno.* Escribe con trazos firmes:

María Fernández.
y
León Alcaide.

Superpadres.

Rodea ambos nombres con un gran corazón, y en el lateral derecho del dibujo, añade con mimo:

Os quiere, vuestra hija, Nora.

Cuando termina, apoya el brazo izquierdo contra la roca y la manga de la chaqueta se desliza apenas, dejando ver su muñeca. Allí, bajo el tatuaje antiguo que dice "Mom", se distingue ahora, recién grabada, la palabra "Dad". Dos nombres que antes vivían separados y que ahora, por fin, descansan juntos sobre su piel.

-"Papá… mamá… siempre os querré", murmura con dulzura.

Después, guarda el cuchillo, se recuesta sobre la lápida y mira el cielo. Habla en voz baja, como si sus padres estuvieran allí mismo, sentados a su lado, escuchándola. A veces ríe, a veces llora y a veces se queda en silencio, dejando que el viento hable por ella.

Y así pasan las horas, entre confidencias, recuerdos y susurros al cielo. Con los ojos empapados, sí… pero esta vez, sus lágrimas no son amargas.

EPÍLOGO
La Heroína

{Un tiempo después.}

La noche transcurre con normalidad en una gasolinera cualquiera de Chicago. Dentro, el joven dependiente termina el recuento del día antes de dejar paso al turno nocturno.

De pronto, el chirrido de neumáticos rompe la calma. Un coche de gran cilindrada se detiene bruscamente frente a la entrada, y antes de que el dependiente pueda reaccionar, dos hombres encapuchados salen a toda prisa y entran armados con armas de fuego.

-"¡El dinero de la caja, ya!", grita el primero, blandiendo una pistola amenazadoramente.

El dependiente levanta las manos de inmediato, pálido, tembloroso, al borde del colapso, y comienza a manipular la caja registradora mientras su respiración se acelera.

El segundo atacante detecta movimiento en el interior y se interna por los pasillos a zancadas.

-"¡Eh, tú!", grita, agarrando a una mujer por el pelo y arrastrándola hasta el mostrador.

La empuja con fuerza contra la madera y le apunta a la cabeza con una escopeta recortada.

-"¡Saca todo lo que lleves!".

El pitido electrónico de la puerta al abrirse interrumpe el caos y los cuatro se giran al unísono.

Una mujer con una larga melena pelirroja de tono anaranjado que cae frente a su rostro, acaba de entrar. Viste un traje oscuro extraño, excesivamente ceñido, el cual reacciona sutilmente con destellos eléctricos bajo la iluminación de neón de la tienda. Camina con una tranquilidad desconcertante, como si no hubiera armas en juego, como si nada fuera con ella.

El asaltante de la recortada reacciona al instante y da un paso al frente.

-"¡Tú también, manos arriba y vacía los bolsillos!".

La mujer alza la mirada con lentitud, hasta que sus ojos se cruzan, unos ojos de un amarillo dorado con destellos verdosos muy sutiles, que brillan con una intensidad antinatural, salvajes e inquietantes.

Dobla los brazos, levantando las manos con las palmas mirando hacia arriba.

-"¿Bolsillos?, ¿qué bolsillos?", responde con sorna, esbozando una sonrisa ladeada.

-"¿Me estás vacilando?", gruñe él, apuntándole al pecho.

-"Muy bien… apúntame con tu arma, que se note quien manda", sisea ella con ironía, avanzando un paso.

-"¡Ni un paso más!", grita el encapuchado, retrocediendo levemente.

La mujer da otro paso, lento, firme.

-"¿Y si no me detengo, qué vas a hacer?".

-"¡Te dispararé!", responde, aunque su voz suena menos segura que antes y el cañón del arma tiembla cada vez más.

Ella se detiene justo ante él, y con un movimiento lento y controlado, sujeta el arma con ambas manos, guiándola suavemente hasta apoyarla entre sus pechos.

-"¿De verdad estarías dispuesto a matarme?", susurra, mirándolo fijamente. —"Porque si aprietas el gatillo… ya no habrá vuelta atrás".

El dedo del hombre tiembla sobre el disparador, duda, suda, mientras el otro asaltante, desde el mostrador, observa la escena con incredulidad.

-"¡Vamos, dispara de una maldita vez!", brama el de la pistola. —"¡Hazlo!".

La mujer sonríe, ladeando la cabeza, como si se divirtiera.

-"Tic… tac… tic… tac…", murmura, casi en un canto. —"¿Vas a matarme o no?".

La recortada tiembla sin control, el dedo acaricia peligrosamente el gatillo, está a punto de apretarlo… pero al final, el

encapuchado baja la mirada y aparta el arma.

-"No puedo… no hemos venido a hacer daño a nadie".

El otro lo empuja sin miramientos, toma su lugar y, sin titubear, apunta a la cara de la mujer con la pistola.

-"¡Cobarde!", gruñe, apretando el gatillo.

BANG.

La bala atraviesa el cráneo de la mujer, sacudiendo su cabeza hacia atrás en un espasmo violento. Un chorro de sangre oscura estalla contra la puerta de cristal, donde las gotas carmesíes quedan suspendidas alrededor del orificio del proyectil, como una constelación macabra dibujada por la propia muerte.

El dependiente y la clienta se horrorizan al presenciar la ejecución de la mujer, deseosos de gritar pero incapaces de hacerlo.

-"Sabía que era mala idea traerte, eres demasiado blando", le recrimina con desprecio el de la pistola a su compañero, con el cañón humeante del arma aún alzado.

El de la escopeta observa con el rostro desencajado a la mujer, que yace en el suelo con un agujero limpio en la frente y un charco de sangre que se extiende tras su cabeza como una sombra líquida, sin obstáculos que detengan su avance.

El de la pistola, sin inmutarse, vuelve a encarar al dependiente.

-"¡Vamos, el dinero, coño, que no tenemos todo el día!".

-"Ss—sí, ya voy", responde el joven, con las manos temblando.

-"¡Tío! ¡La has matado!", espeta el de la escopeta, girándose hacia el otro, horrorizado. —"Te has pasado… esto ya no es un simple robo".

-"¿Y qué?", responde su compañero, encogiéndose de hombros. —"Me la suda, se pensaba que no haríamos nada, ella se lo ha buscado".

-"Vaya, vaya…", se oye de pronto desde el suelo, una voz tan tranquila como inquietante.

Un escalofrío helado les recorre la espalda, como si el mundo se ralentizara de repente. Todos, asaltantes y víctimas, giran la cabeza a la vez, movidos por una mezcla de terror y desconcierto.

La mujer está sentada sobre su propia sangre, como si nada hubiera ocurrido, pasándose el dorso de las manos por el rostro para

limpiarse las salpicaduras, donde además, ya no hay ni rastro del disparo.

-"¡Pero qué cojones…!", balbucea el de la pistola, volviendo a apuntarla con su determinación resquebrajándose por momentos.

Pero ya es tarde, pues antes de que levante el arma de nuevo, ella está frente a él en un parpadeo. Le agarra la pistola, desvía el disparo al techo y, con una patada brutal, lo lanza al fondo de la tienda, destrozando varias estanterías a su paso. Luego, con un movimiento rápido de manos, desmonta el arma como si fuese de juguete.

El encapuchado se levanta tambaleándose, saca un cuchillo y corre hacia ella, lanzando estocadas mientras grita. Pero no logra ni rozarla, ella le agarra la muñeca con un gesto casi invisible para los ojos de los presentes, le gira el brazo en un ángulo imposible y le clava su propia hoja en la cara, atravesándole el ojo, directamente hasta el cerebro.

-"¿Quién decías que se lo había buscado?", murmura con desdén, mirando el cuerpo caer como un saco vacío.

Se vuelve hacia el otro, el de la escopeta, que retrocede un paso, suelta el arma de inmediato y levanta los brazos.

-"Y—yo… yo no quería hacer daño a nadie… sólo quería el dinero, nada más… lo juro".

Ella le dedica una sonrisa, casi compasiva.

-"Lo sé… por eso no te mataré".

Extiende la mano hacia él.

-"Pero algún castigo tiene que haber… dame tu mano".

Él la mira sin entender, paralizado, y poco a poco, la acerca con indecisión. Apenas posa sus dedos sobre la palma de ella, la mujer gira la muñeca con un movimiento repentino que le parte los huesos con un crujido espeluznante que llena la tienda.

El chico se desploma de rodillas, gritando entre sollozos, sujetándose la muñeca rota.

Ella se agacha junto a él y con un gesto casi maternal, le retira la capucha y le acaricia el pelo.

-"Tranquilo, dejará de dolerte enseguida", le dice al oído, casi en un susurro. —"Necesito que me devuelvas algo de lo que me habéis quitado…".

Acerca sus labios al cuello del chico, que no deja de temblar, y hunde sus colmillos en la carne, succionando el delicioso elixir sangriento que se desliza por la comisura de sus labios.

Una vez el temblor del chico se detiene al quedar inconsciente, se aparta lentamente, deslizando la lengua por sus labios.

-"Delicioso…", murmura, tumbándolo con delicadeza sobre el suelo. —"Descansa… tendrán que operarte la muñeca, pero tras unos meses de rehabilitación podrás usar la mano de nuevo".

Se levanta y camina hacia la salida con la misma tranquilidad con la que entró, ante la incrédula mirada del dependiente y la clienta, que la miran con las bocas abiertas.

-"Llamad a la policía y a una ambulancia, contad lo que acaba de pasar", dice mientras camina, como si desfilara. —"¡Ah!, y avisad también al servicio de limpieza".

Sin más, tras cruzar el umbral, desaparece en la penumbra de la noche sin dejar rastro.

Durante los meses siguientes, los titulares se apoderan de los periódicos, los noticiarios y las redes sociales. La ciudad entera no habla de otra cosa, ella está en boca de todos:

-"La violencia se desata en Chicago".

-"Oleada de crímenes frustrados con brutalidad desmedida".

-"Surgen nuevas pruebas de la existencia de la misteriosa mujer".

-"Una justiciera camina por nuestras calles".

-"¿Quién es ella?".

-"El Demonio Rojo, azote del crimen".

-"No es un demonio, es un ángel: asegura una testigo".

-"¿Ángel o demonio? A debate".

-"Teorías paranormales; expertos apuntan a que se trata de una súcubo".

-"¿Qué es una súcubo? Los expertos hablan".

-"Nuevos justicieros surgen, inspirados por la ya conocida como el Demonio Rojo".
-"La justicia por su cuenta: fenómeno creciente".
-"El alcalde anuncia una unidad especial antijusticieros".
-"El Ángel Rojo. Entrevista en exclusiva con la presidenta de su club de fans".
-"Testigos aseguran que dice llamarse Vindicare".
-"Chicago: de la ciudad más peligrosa del país a la más segura en semanas".
-"La criminalidad cae un 60% en tiempo récord".
-"El miedo. ¿La herramienta más eficaz contra el crimen?".
-"Antiguas mafias rivales se alían frente a una enemiga común".
-"El alcalde lo tiene claro: *es una asesina sanguinaria*".
-"La Policía promete no escatimar en recursos para capturarla".
-"Vindicare. La criminal más buscada de Chicago".
-"Las encuestas lo confirman: la mayoría de los ciudadanos la apoyan, pese a sus cuestionables métodos".
-"Vindicare: ¿bendición o maldición?".
-"¿Necesita Chicago a Vindicare?".
-"Vindicare deja en evidencia la ineficiencia de las autoridades".
-"¿Justicia o venganza? El dilema ético que está en boca de todos".
-"¿Qué sabe el gobierno sobre ella?".
-"¿Por qué aquí, en Chicago?".
-"A análisis; las habilidades sobrehumanas de Vindicare".
-"¿Ser sobrenatural… experimento secreto… o ambas cosas?".
-"Conspiraciones al más alto nivel tras la aparición de Vindicare".
-"¿Es Vindicare humana?".
-"¿Qué o quién es Vindicare?".

{Un día cualquiera.}

Valeria avanza por el pasillo silencioso del hospital, el sonido hueco de sus botas resuena entre las luces frías del techo y las lisas paredes. Su ondulada melena bicolor, dos tercios rojo fuego, un tercio negro azabache, ondea sobre sus hombros con cada paso,

como una llamarada contenida en movimiento. En una mano sostiene una pequeña caja de bombones; en la otra, un gato de peluche.

Se detiene ante una puerta, respira hondo y alarga la mano hacia el pomo, justo cuando se abre desde dentro y un hombre que sale choca de frente contra ella. El impacto es leve, pero el instante se congela, como si el tiempo mismo contuviera la respiración.

-"Hola, Ethan", saluda, recomponiéndose del golpe con una sonrisa nerviosa. —"Perdona… soy una torpe".

Ethan se agacha para recoger el peluche que ha caído al suelo y se lo devuelve.

-"Tranquila, no es nada, adelante", dice, apartándose con amabilidad. —"Claire se alegrará mucho de verte, yo voy a tomar algo a la cafetería".

Valeria asiente, le dedica una sonrisa breve y cruza el umbral. Al otro lado, Claire está tumbada en la cama, con una manta suave cubriéndola y un bebé dormido entre sus brazos. Al verla entrar, su rostro se ilumina con esa clase de alegría que sólo una madre puede mostrar.

-"¡Val, mi heroína favorita!", exclama en voz baja.

Valeria se acerca despacio y se sienta junto a la cama, dejando los regalos a un lado.

-"¿Cómo estás?".

-"Nunca he estado mejor", responde Claire, sin apartar la mirada de su hija. —"¡Qué peluche tan bonito!, se parece a Mr.Bigotes".

Valeria toma el peluche y lo acerca con delicadeza.

-"Sí… Mr.Bigotes ha sido mi mejor amigo toda mi vida", dice en un susurro. —"A la niña le gustará tener uno propio".

-"Creía que tu mejor amiga era yo", responde Claire con fingido reproche.

Valeria desvía la mirada, titubeante.

-"Ehh… claro que… es que… bueno…", tartamudea.

Claire sonríe con esa ternura suya que siempre logra desarmarla y alza una mano para acariciarle la mejilla con la yema de los dedos.

-"Ya lo sé, tonta", susurra con dulzura. —"¿Quieres saber el nombre de tu ahijada?"

-"Por supuesto", Valeria se inclina un poco hacia atrás y, con total confianza, se descubre la parte baja del vientre. —"Quiero tatuármelo junto al tuyo".

Claire parpadea, sorprendida, antes de fijar la mirada en el pequeño trazo que surca su piel, muy próximo a su zona más íntima.

-"¿Llevas un tatuaje con mi nombre?", pregunta, incrédula, con las cejas bien altas mientras su mirada se vuelve lenta, curiosa… casi temblorosa.

Valeria se rasca la cabeza con una risa nerviosa.

-"Es lo que tienen las noches locas… nunca vayas a un salón de tatuajes habiendo bebido más de la cuenta tras una fiesta con Estrella".

Claire suelta una carcajada suave, musical, y luego desvía la mirada hacia la bebé que sostiene en brazos. Cuando habla, su voz cambia, se vuelve casi solemne.

-"Se va a llamar Nora".

El nombre quedó suspendido entre ambas, cálido y luminoso.

-"En honor a la persona más increíble que existe".

Claire levanta los ojos hacia Valeria al decirlo y ella se queda muda, quiere responder, pero las palabras no le salen, a la vez que sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas, traicionando su contención, mientras Claire guía su rostro con una mano hasta que sus narices se tocan.

-"Una persona que entró en mi corazón sin permiso", susurra contra su boca.

Sus respiraciones se sincronizan, sus alientos se mezclan, sus labios se rozan con apetito, sedientos, húmedos, deseosos.

Finalmente ceden, besándose, dejando paso a sus lenguas que se saborean lentamente, pero antes de perderse en el deseo, Valeria da un respingo y se aparta, carraspeando con disimulo.

-"Ethan podría entrar en cualquier momento", dice, buscando refugio en la excusa.

-"No lo creo, se acaba de ir", responde Claire con voz más baja, decepcionada. —"¿Es por eso que te apartas?, ¿o hay algo

más?”.

Valeria agacha la cabeza.

-“Claire, yo…”.

Ella le toma el mentón a Valeria con suavidad, obligándola a mirarla.

-“No tienes que sentirte culpable. Sólo es un juego… ¿de acuerdo?, las dos aceptamos jugar”.

Valeria se pone de pie y su mirada se pierde un instante en la cuna improvisada que forman los brazos de Claire.

-“Sí, claro… sólo un juego”, murmura, depositando un beso en la frente de la niña. —“Nos vemos otro día”.

-“¿Ya te vas?”, pregunta Claire con un deje de tristeza.

-“Tengo cosas que hacer”, responde, cogiéndole la mano fugazmente. —“Pero no por mucho tiempo, quiero conocer bien a Nora”.

Sus miradas se encuentran una última vez, intensas, cargada de todo lo que Valeria no se atreve a decir, y el mundo parece detenerse en ese cruce silencioso. Luego, sus manos se separan despacio, los dedos rozándose apenas antes de soltarse del todo, hasta que Valeria se aleja y sale de la habitación, caminando por el pasillo sin volver la vista atrás, con cada paso dejando tras de sí algo invisible: una promesa suspendida en el aire, densa, eléctrica, como el rastro de un perfume que se niega a desvanecerse.

{En la Prisión Federal de Thomson, en el Estado de Illinois.}

Don Giovanni espera en una de las cabinas de visita de la penitenciaría, donde una gruesa mampara de seguridad lo separa del asiento del otro lado, aún vacío. Se oyen los pasos arrastrados de cadenas y grilletes acercándose, hasta que un hombre de presencia imponente, enfundado en el uniforme naranja de recluso, se deja caer en la silla con desgana.

-“¿Qué tal llevas eso de ser un eunuco, Grayson?”, pregunta Giovanni con una seriedad engañosa, aunque la comisura de

sus labios traiciona una burla contenida. —"¿Te queda algo de verga?".

-"Si has venido a burlarte, ya puedes irte a tomar por culo", escupe Grayson, lanzándole una mirada cargada de odio.

Giovanni alza las manos, en señal de paz.

-"Para nada", dice con un tono casi conciliador. —"Aunque seamos enemigos, no he venido a regodearme de tu caída".

-"Entonces, ¿qué coño quieres?", gruñe Grayson, recostándose hacia atrás con desdén.

Giovanni se inclina hacia adelante, entrelazando los dedos sobre la mesa.

-"Mis contactos aquí dentro me dicen que vas por ahí presumiendo de haber matado a la poli que acabó con tus socios".

-"Técnicamente ya no era poli", responde Grayson, encogiéndose de hombros. —"Pero sí, me la cargué con estas manos", añade, levantándolas con orgullo. —"¿Y qué?".

Giovanni toma aire con lentitud, midiendo sus palabras.

-"Esa poli de la que hablas… ¿no sería, por casualidad, Valeria Shepard?".

Grayson escupe al suelo con desprecio, como si el nombre le supiera a veneno.

-"Sí, era ella, ¿y a ti que te importa?".

-"Shepard y yo… tenemos una relación peculiar… es una socia un tanto especial. Fui yo quien la puso tras la pista de tus compinches rusos".

-"¡Hijo de puta!", exclama Grayson, golpeando la mesa. —"En cuanto salga de aquí, te mataré".

Giovanni se recuesta con una sonrisa, separando lentamente las manos.

-"No vas a salir nunca sin mi ayuda, Grayson, tu vida me pertenece ahora. Si yo chasqueo los dedos, mañana puedes amanecer con una cuchara oxidada clavada en el ojo que te queda, así que si quieres tener la oportunidad de seguir respirando, más te vale serme útil".

-"Putos italianos…", masculla Grayson con rencor, pero luego se le dibuja una sonrisa morbosa en la cara. —"Qué lástima que le rajara ese cuello tan bonito a tu *socia especial*".

-"¿Estás seguro de que murió?", pregunta Giovanni sin alterarse. —"¿No pudo sobrevivir de alguna forma?".

Grayson se echa a reír con ganas, salpicando la mampara de saliva.

-"¿Sobrevivir?", resopla. —"Le abrí la garganta de lado a lado. ¡Fue glorioso…! mejor que follármela. Porque me la follé… ¿lo sabías?, varias veces, además… yo y mis camaradas", se jacta, relamiéndose como un cerdo satisfecho. —"Mmm… me excito sólo de pensarlo, incluso sin nada en la entrepierna".

-"Así que fue eso… debí haberlo deducido, con razón estaba cargada de tanto odio y deseosa de venganza contra vosotros".

Giovanni ríe como si hubiera hecho un gran descubrimiento.

-"Eres un necio", espeta, mirando a Grayson con desdén. —"Te metiste con la mujer equivocada. Tiene más cojones que cualquier hombre, por eso la respeto tanto".

-"¿La respetas?", gruñe Grayson, burlón. —"Pues por mí que se pudra en el infierno. La vi desangrarse delante de mí, en el suelo, agonizando hasta el final con el cuello hecho trizas. Aunque una ambulancia hubiera estado en la puerta, no habría servido de nada".

Giovanni lo observa en silencio, imperturbable.

-"¿Y por qué nunca apareció el cuerpo?".

-"Se lo di al Carcinero", dice con desprecio. —"Todo lo que pasa por sus manos… desaparece para siempre".

-"El Carnicero está muerto", sentencia Giovanni.

-"No me sorprende", bufa Grayson. —"El muy cerdo se inflaba a hamburguesas a todas horas, hasta para desayunar".

-"Al Carnicero lo mataron esa misma noche, idiota, no fue el colesterol".

Grayson se encoge de hombros.

-"También tenía muchos enemigos, pudo ser cualquiera".

Giovanni se acaricia la barbilla, pensativo. Luego alza la vista.

-"Entonces… ¿quién te arrancó la verga y las pelotas? Porque si le hiciste a Shepard lo que dices, tendría sentido que hubiera sido ella, yo habría hecho lo mismo".

Grayson se estremece, revolviéndose en el asiento, como si el recuerdo todavía le doliera.

-"Quizá… si hubiera tenido la oportunidad, pero como he dicho, me la cargué, ¡hostias! No fue la zorra de Shepard quien lo hizo, sino la perra pelirroja esa que está en todos los informativos".

-"¿Te refieres al Demonio Rojo?".

-"Sí, esa. Es una sádica de cojones, se le veía en la mirada, está como una puta cabra".

Giovanni chasquea la lengua, introduce la mano en el interior de su chaqueta, saca una fotografía y la apoya contra el cristal.

-"Entonces, ¿qué me dices de esto?".

Grayson la examina con el ceño fruncido.

-"¿Una foto de la puta de Shepard?, ¿y qué?".

-"Se supone que la mataste hace meses, ¿no?".

-"Sí, eso acabo de decir, ¿tienes problemas de audición?, ¿quieres que lo escriba?".

-"Esta foto fue tomada esta semana", afirma Giovanni, observando la reacción de Grayson con atención. —"¿Estás seguro de que no fue Shepard, en realidad, quien te arrancó las pelotas, y tú… por vergüenza, te has inventado de que fue el Demonio Rojo?".

Grayson se queda inmóvil un instante. Luego ríe, una risa tensa, nerviosa, pero se le muere en la garganta al segundo siguiente.

-"¡Y una mierda!, ¡sé lo que vi!", exclama con incredulidad. —"Te vuelvo a repetir que si has venido a reírte de mí…".

-"Yo no bromeo", le interrumpe Giovanni, cortante, endureciendo la voz. —"De hecho, yo mismo he hablado con ella recientemente, en persona, y su cuello estaba impecable, como de costumbre".

-"¡Eso es imposible!", suelta Grayson, sacudiendo la cabeza como si intentara despejar una pesadilla. —"¡La vi

desangrarse! ¡Le destrocé el cuello! ¡Vi su vida apagarse en sus ojos! ¡Fue el Demonio Rojo!”.

Giovanni lo mira fijamente, sin parpadear, echándose hacia adelante y entrelazando los dedos de nuevo.

-“¿Qué sabes del Demonio Rojo?, o Vindicare, como se hace llamar”, pregunta, sin rodeos.

-“Lo que dicen todos; que es una máquina de matar, que aparece de la nada y lo revienta todo, igual que hizo en la mansión de Vladislav. Puede ser que los medios inflen esas historias para que tipos como nosotros nos caguemos de miedo. Aunque… yo sé lo que vi”, pausa un instante, bajando la voz. —“Esa tía es una hija de puta sin piedad, y sabe lo que hace”.

-“Estuviste cara a cara con ella”, añade Giovanni, entornando los ojos. —“Y sobreviviste, por poco, pero lo hiciste, cuéntame más sobre eso”.

-“Teníamos un ejército armado hasta los dientes y se cargó a todo dios, a todos, pero tuvieron que ser más atacantes, no pudo haberlo hecho sola, es imposible… por muy sobrenatural que parezca”.

Grayson hace una pausa para humedecerse los labios, incómodo.

-“También le disparé cuando la tuve delante, joder… y no le pasó nada, ni un rasguño, era como un puto demonio de pesadilla”.

Se estremece antes de continuar.

-“Reconozco que esa noche iba puesto. Todo fue un caos, un puto infierno… mi terapeuta dice que mi cerebro ha construido una historia para protegerse, que tengo estrés postraumático o no sé qué mierda. Pero… al ver las noticias… puede que no sea sólo locura”.

Giovanni lo observa en silencio unos segundos, luego habla, con la voz baja y meditada.

-“Cuesta creer que un monstruo como tú pueda sufrir estrés de ningún tipo, aunque coincido en que eres un enfermo”.

Hace una pausa, lo suficiente para que sus palabras pesen, y continúa:

-"Si no estás mintiendo… si de verdad mataste a Shepard… entonces existe la posibilidad de que ella sea esa tal Vindicare, capaz de sobrevivir a disparos y cortes mortales en el cuello…", sentencia, aunque sin creérselo del todo.

Grayson se echa a reír, una carcajada hueca y burlona.

-"¿Shepard… el Demonio Rojo? Vamos, Giovanni, déjate de películas, tú lo que quieres es hacerme creer que ella sigue viva para desquiciarme, y de ese modo; controlarme".

Giovanni no responde, sólo lo mira, escudriñándole. Un silencio denso se instala entre ellos, hasta que la risa de Grayson se apaga como una mecha húmeda, entonces, Giovanni se pone en pie, proyectando su sombra sobre él.

-"Veo que de verdad crees lo que dices… pero, ¿sabes qué creo yo?", dice con voz firme, casi susurrante. —"Que todo ese cuento de que mataste a Shepard es una farsa patética, un delirio de un narcisista acabado que no soporta haber sido derrotado por una mujer, una mujer con más cojones de los que tú tendrás jamás. El Demonio Rojo te ha venido de perlas para adornar tu relato".

Se vuelve hacia la salida, dándole la espalda, pero antes de avanzar, gira la cabeza para mirarle una vez más.

-"Y lo digo en sentido figurado… aunque, bueno, físicamente tampoco los tienes ya".

Y son esas palabras, abandona la sala, dejando a Grayson con el rostro tenso, los puños apretados y una semilla de duda implantada en la grieta de su ego destrozado.

Giovanni abandona la prisión con la certeza de que Grayson delira… aunque no del todo, pues una duda, sutil pero persistente, se le clava como una astilla en la mente. Porque, aunque aún no está claro si Vindicare posee verdaderos poderes o si son producto del sensacionalismo mediático, lo que sí es innegable es que existe. Y su existencia, tan real como desconcertante, deja claro que el puzle que tiene ante sí aún guarda demasiadas piezas ocultas, además, pese a que la supuesta conexión con Valeria parece más

una fantasía que un hecho, su instinto le susurra que, en medio de todo, hay una hebra de verdad que merece ser seguida.

{Otro día.}

Valeria entra por la puerta principal de su edificio y saluda con un exagerado movimiento de mano a Matías, que está fregando el rellano, como cada tarde.

-"¡Cuidado ahí, mi niña!", advierte él, alzando la mano como si detuviera el tráfico. —"El suelo está más resbaladizo que una anguila enjabonada".

Ella sonríe y se arrima a la pared, avanzando de puntillas por el borde.

-"Lo siento, tío Matt".

Matías suelta una carcajada.

-"¡Tampoco es para tanto!, pareces una equilibrista".

Valeria sortea la zona mojada y llega al ascensor justo cuando se abren las puertas, como si la esperaran. Entra, y un segundo antes de que se cierren, Matías aparece de pronto y se cuela con ella.

-"Para estar el suelo resbaladizo, tú no lo has pisado con mucho cuidado", le dice Valeria, alzando una ceja.

-"Es que recordé que tengo que hacerle unos arreglillos a tu vecina", responde él, algo nervioso.

Ambos suben en un incomprensible silencio tenso. Cuando el ascensor se abre, Valeria camina hacia su puerta y mete la llave en la cerradura, pero justo antes de girarla, mira hacia atrás, confundida.

-"¿No ibas a casa de la vecina?".

-"Si, claro… ahora voy", dice Matías, sin mucha convicción.

Valeria frunce el ceño, pero lo deja pasar. Vuelve a girarse y abre la puerta…

-"¡¡¡FELICIDADES!!!", gritan muchas voces al unísono.

Valeria da un respingo, las luces se encienden de golpe y una miríada de rostros conocidos aparecen entre globos, serpentinas, gorros de fiesta y gafas ridículas.

-"¡La madre que os parió!", exclama con una risa. —"¡Casi me matáis del susto!".

Claire se acerca con su hija en brazos, sonriente.

-"Anda ya, no digas tonterías, tú no te asustas con nada".

Se saludan con dos besos y Valeria acaricia las mejillas regordetas de la bebé.

-"Nora, dile a tu madre que tu tía Valeria también se asusta como todo el mundo".

Ethan aparece detrás de Claire con su eterna sonrisa tranquila y se saludan también con dos besos.

-"Felicidades, Valeria. Sabemos que odias las sorpresas, pero toda la culpa es de Claire, así que si hay quejas, págalo con ella".

-"Gracias, Ethan. No te preocupes, rendiré cuentas con tu mujer, los demás estáis a salvo… por ahora".

Los tres rompen a reír y, casi al mismo tiempo, aparecen Austin y Estrella, radiantes, los cuales se suman al grupo entre besos, abrazos y ese calor de reencuentro que lo llena todo.

-"¿Dónde guardas el contrato con el diablo, cabrona?", bromea Estrella entre risas, agarrándole la cara. —"Sigues pareciendo una veinteañera, pedazo puta".

-"Eso mismo digo yo", añade Austin, negando con la cabeza. —"Contigo los años retroceden, en lugar de ir hacia adelante".

Valeria se encoge de hombros con una sonrisa cómplice.

-"Será que me miráis con buenos ojos".

-"Ojalá Leonardo pudiera verte ahora", dice Estrella de pronto, bajando un poco el tono. —"Tan sonriente… estaría orgullosísimo de ti".

La sonrisa de Valeria titubea. Baja la mirada un instante, dejando que el peso del nombre caiga, y luego alza los ojos, como buscándolo en algún lugar más alto.

-"Me está viendo… lo sé", dice, llevándose una mano al pecho. —"Siempre estará conmigo".

Estrella le aprieta el hombro con suavidad y le devuelve la mirada, sosteniéndola. Los ojos verdes de Valeria brillan un segundo, apenas, antes de recomponerse.

-"Si no lo supiera", irrumpe Rick desde atrás, rompiendo la emoción. —"Jamás me creería que cumples treinta y cuatro".

Valeria suelta una risa breve y el aire vuelve a llenarse de vida. Rick y ella se acercan y se saludan con un beso en cada mejilla, pero las comisuras de sus labios se rozan apenas. El contacto, breve e involuntario, revive un recuerdo que los hace separarse de inmediato, ligeramente sonrojados.

-"¿Qué tal con tu chica?", pregunta Valeria, intentando disipar la imagen íntima junto a él que le ha cruzado por la mente.

-"Estamos genial", responde Rick, con sinceridad. —"Gracias por empujarme a intentarlo, tengo que presentártela algún día".

-"Me encantaría", dice ella, con una sonrisa que esconde las emociones más profundas que compartieron.

Valeria se gira hacia Jonathan, que está junto a Jayden, Thomas y Aiko, y corre hacia ellos con los brazos abiertos.

-"¡Mis frikis!", exclama, envolviéndolos en un abrazo grupal que casi los tira al suelo.

-"Esta vez yo no tengo nada que ver con esto", bromea Jonathan, fingiendo dignidad.

Valeria le lanza una mirada escéptica por el rabillo del ojo y los besa uno a uno, a la vez que la felicitan entre risas y palabras cómplices.

Mientras reparte sus últimos besos al grupo de científicos, una mano se posa en su hombro, suave pero firme. Valeria se gira sobre los talones con la gracia de una bailarina en plena actuación.

-"¡Mah!", exclama, abriendo los ojos y la boca al mismo tiempo.

-"Hola, Val", responde él con naturalidad, extendiendo los brazos para recibirla.

Pero ella no reacciona; se queda petrificada, como si el mundo se hubiera detenido.

-"¿Me vas a dar un abrazo o qué?", insiste él, sin bajar los brazos.

Entonces, Valeria despierta de su bloqueo y se lanza sobre él con tanta fuerza que casi lo derriba.

-"Has venido…", susurra, sin soltarlo ni un instante.

-"Estaré unos días", contesta Manuel, estrechándola contra su pecho. —"Podemos quedar y ponernos al día, si quieres. Además, aprovecharé para visitar a Axel".

Valeria se separa apenas, lo justo para mirarlo a los ojos.

-"¡Por supuesto!", dice con la mirada encendida.

Pero enseguida baja la vista, sintiendo una punzada de culpa.

-"¿Cómo está Axel?, Gina no me permite verlo".

-"Dormido, pero estable, y el pronóstico es favorable", la voz de Manuel se vuelve firme. —"Despertará… como lo hice yo".

Ella levanta de nuevo la mirada, buscando refugio en sus ojos.

-"¿Y Elisabeth?, ¿y tu hijo?".

Manuel ensancha la sonrisa.

-"Elisabeth está genial. No pudo venir, pero me pidió que te diera recuerdos y te dijera que lo siente mucho. Y Theo…", sonríe. —"Está creciendo demasiado rápido".

Valeria lo escucha sin parpadear, con los ojos brillantes, no de tristeza, sino de emoción.

-"Me alegro mucho, Mah… de verdad", murmura con un ligero temblor en la voz.

Manuel inclina la cabeza y deposita un beso en su frente, secando las lágrimas que asoman con los pulgares, en un gesto silencioso que guarda todo el amor y cariño que alguna vez compartieron.

El último abrazo es para Matías. A él lo rodea con más calma y se quedan así unos largos segundos, en ese gesto hay historias compartidas y gratitud mutua e infinita.

-"Arreglos a la vecina, eh…", dice ella, sonriendo mientras lo abraza.

-"Es lo primero que se me ha ocurrido", responde él sin soltarla.

Claire interrumpe el momento al aparecer con una tarta en las manos.

-"¡Venga, ven a soplar!", dice, sacando un mechero.

-"Espera, todavía no estamos todos", dice Valeria, que sale disparada hacia su habitación.

Cruza el pasillo dando saltitos, contagiada de una felicidad tan pura que parece infantil, pero justo al cruzar el umbral se detiene en seco.

-"Will…", murmura, paralizada en la puerta. —"¿La CIA por fin te ha dado algún día libre?".

William, de espaldas, se gira despacio, sosteniendo entre las manos un marco con una vieja fotografía: una en la que la pequeña Nora sonríe junto a sus padres y al pequeño Mr.Bigotes, antes de convertirse en peluche.

-"Venías a por esto, ¿verdad?", dice él, tendiéndoselo con una sonrisa serena. —"Te voy conociendo".

Valeria se lanza a abrazarlo, envolviéndolo con fuerza.

-"Me alegro de que hayas venido".

Él la rodea con sus brazos, apretándola contra su pecho como si quisiera protegerla del mundo entero.

-"Cuando Claire me lo dijo, no lo dudé ni un segundo, no me lo habría perdido por nada".

Pasan unos segundos en silencio, aferrados al momento. Luego, Valeria toma la foto con una mano y con la otra entrelaza los dedos de William, guiándolo con ella de vuelta al salón.

Valeria se sienta frente a la tarta, coloca el marco con cuidado a un lado y, rodeada de todos a los que ama, infla los pulmones todo lo que puede.

«Papá… mamá… va por vosotros.»

Sopla con fuerza, apagando todas las velas de una sola vez mientras los aplausos y las risas llenan la estancia, envolviéndola como en un abrazo colectivo cargado de respeto, afecto y amor.

FIN

o no...

ÍNDICE DE PERSONAJES

por orden de aparición

(atención: puede contener spoilers)

Capítulo Siete. La Fugitiva:

- ➢Axel Smith: amigo de Manuel y antiguo compañero de Valeria en homicidios con quien tuvo una relación especial.
- ➢Gina Morritch: actual pareja de Axel y compañera de este.
- ➢Valeria Shepard: la protagonista, ex policía, detective, heredera del club Edén.
- ➢Matías (Matt): conserje del edificio donde vive Valeria que es como un padre para ella.
- ➢Militares del RFS: dos soldados de aspecto amenazante que supuestamente trabajan para una unidad integrada en la NSA.
- ➢NSA: National Security Agency. Agencia especial encargada de la seguridad interna de Estados Unidos.
- ➢Comandante Travis: jefe de la UCOE, unidad en la que trabajan Axel y Gina.
- ➢Jarvis: agente que trabaja en la UCOE.
- ➢UCOE: Unidad de Coordinación Operativa Especial (ficticia) que se encarga de coordinar la labor entre diferentes áreas investigativas del CPD.
- ➢Robert Rodriguez: agente de homicidios en la comisaría del Distrito 10, antiguo compañero de Valeria y Axel en homicidios en el Distrito 1.
- ➢Demonio Rojo: nombre dado por la prensa al monstruo en el que se convierte Valeria y siempre el caos en Chicago.
- ➢Agente Kimberly: agente herida en el enfrentamiento con el Demonio Rojo.
- ➢Pierce: testigo de la masacre en el parque al que estaban extorsionando unos matones desconocidos.
- ➢Comisario Grayson: antiguo jefe de Valeria en homicidios y su mayor enemigo en la actualidad, exencargado del Bureau de Detectives del CPD.
- ➢Yaroslav Kuznetsov: mafioso ruso que se encarga de los intercambios de droga con los cárteles mexicanos. Y uno de los socios de Grayson que abusó de Valeria.
- ➢Doble Placer: prostíbulo propiedad de King Hill.
- ➢Giba: grandullón chepado guardaespaldas de King Hill.
- ➢Retaco: nombre en clave usado por King Hill para sus fechorías con las diferentes mafias.
- ➢King Hill: enano proxeneta y traficante propietario de Doble Placer.
- ➢Diego Enrique Acosta: jefe del Cártel de Coahuila, que hace tratos con los rusos en San Antonio.
- ➢Tim Drake: agente del departamento forense que trabaja con Axel y que trabajó con Valeria.
- ➢Leonardo Castelli: antiguo mano derecha de don Giovanni y propietario del club Edén, que se lo deja todo a Valeria tras su muerte.

➢SWAT: grupos especiales de asalto de la Policía. Special Weapons and Tactics.
➢Claire O'Donell: cirujana con la que Valeria establece una relación de amistad y sentimental muy estrecha.
➢Los Frikis: cariñoso apelativo que Valeria les da a Jayden, Thomas y Aiko. Los tres científicos que crearon el nanotraje y los nanobots que desatan al Demonio Rojo. Con los que ella y Jonathan forjan una amistad.
➢Ethan O'Donell: marido de Claire, también cirujano.
➢Jonathan: compañero de piso de Valeria al que ella tutela y que es como un hermano para ella. Con una habilidad innata para la informática.
➢Jayden Todd: Ingeniero, especializado en electrónica, robótica, y nanorrobótica.
➢Aiko Reed: Bióloga genetista, especializada en genética molecular y epigenética.
➢Thomas Fuller: Ingeniero químico y físico, especializado en bioquímica, fisicoquímica y física mecánica.
➢Vladislav Solovyev: jefe de la Mafia rusa en Chicago, principal contacto de Grayson, quien controla la información que se facilita a la Policía, el cual también abusó de Valeria cuando fue secuestrada.

Capítulo Ocho. La Vindicare:

➢Rick: exmarine, portero del club Edén y amante de Valeria.
➢Manuel: gran amor de Valeria y su antiguo compañero de patrulla con quien llegó a prometerse.
➢BOD: Bureau of Detectives del CPD.
➢Alexander Brooklyn: El Violador del punzón.
➢Michael Anderson: El Secuestrador.
➢Anthony Johnson: El Traficante.
➢Roger Green: El Luchador.
➢Katie Green: La Estranguladora.
➢Elijah Chadwick: El Psicólogo, el cual trata a Valeria tras su incidente con el comisario y que está comprado por él.
➢CPD: Chicago Police Department.
➢Margaret Morris: Fiscal de Chicago.
➢Marshal: Agencia federal de policía que depende directamente de la fiscalía.
➢William: agente de la CIA que ayuda a Valeria y también amante.
➢FBI: Federal Bureau of Investigation. Cuerpo policial federal que investiga los delitos federales.
➢LSD: sustancia estupefaciente alucinógena de tipo ácido.
➢Adam Wheeler: El Carnicero. Encargado de hacer desaparecer cadáveres para la Mafia rusa.
➢Vindicare: nombre con el que se conoce a la "alter ego" de Valeria.
➢Logan: delincuente de los bajos fondos, propietario de El Foso y organizador de peleas clandestinas.
➢V: nombre usado por Valeria en Detroit cuando huye y desaparece, durante su etapa autodestructiva.

➢Umi Tatsu: El Samurai Eterno.
➢Katsumoto Kai: jefe de la Yakuza en Chicago y mano derecha de Hiroshi.
➢Hiroshi: jefe supremo de la Yakuza en Tokio (Japón).
➢Yoshiro: pijo rico japonés aficionado a las peleas clandestinas.
➢Saikeirei: reverencia japonesa.
➢Dohyō: ring de sumo.
➢Taiko: gran tambor japonés.
➢Menpō: un tipo de máscara usada por los samurái para ocultar el rostro.
➢Bear: matón de Logan.
➢Vicéfalo: apodo de luchadora usado por Valeria en las peleas clandestinas de el Foso.
➢Bestia: campeón de el Foso al que derrotó Valeria.
➢Oni—namahage: demonio o espíritu maligno de la mitología japonesa, representado en máscaras para provocar terror en el adversario.
➢Eshaku: saludo tradicional japonés para mostrar respeto y gratitud.
➢Taito: pose de combate con la espada aún envainada, listo para desenvainar rápidamente de ser necesario.
➢Bushidō: código de conducta y ética japonesa, especialmente extendido en la cultura samurái.
➢Torii: gran arco tradicional japonés que se encuentra comúnmente en templos.
➢Tokonoma: nicho o habitación tradicional utilizada para exhibir objetos de arte o históricos.
➢Geisha: artista tradicional japonesa especializada en diversas formas de entretenimiento, tales como música, danza, poesía o conversación.
➢Gaijin: término japonés para referirse a los extranjeros.
➢Yoroi: un tipo de armadura tradicional japonesa utilizada por los samuráis.

Capítulo Nueve. La Hija:

➢Mr.Bigotes: gatito que regentaba la casa de Nora y posterior gato de peluche que es igual que él.
➢SFR: Servicio de Fuerzas Reservadas. Unidad militar secreta de la OTAN en la que se integran los Echos.
➢Echo Uno: León Alcaide, padre de Valeria.
➢Arturo Varela: antiguo científico del SFR, creador del proyecto ECHO y amigo y compañero de León.
➢Nora: nombre real de Valeria, de cuando era niña.
➢Soldado ECHO: Enhanced Combat Humanoid Organism (organismo humanoide de combate mejorado).
➢María Fernandez: madre de Valeria.
➢Welixir: nombre dado al compuesto nanotecnológico creado por los frikis, capaz de despertar a Vindicare.
➢Proyecto ECHO: proyecto militar secreto de la OTAN para la creación de soldados con altas capacidades mejoradas genéticamente, establecido en una base secreta en la Sierra de Gredos.

- ➢RFS: Reserved Forces Service. Misma unidad que el SFR pero con sus siglas en inglés.
- ➢El Director: máximo responsable del proyecto ECHO y jefe del SFR.
- ➢Jian: espada de origen chino.
- ➢Echo Ocho: la Sombra.
- ➢Echo Nueve: el Coloso.
- ➢Dao: pequeña daga china con la hoja ligeramente curva.
- ➢Stanley y Cooper: nombres falsos creados por la CIA y usados por William y Jonathan para infiltrarse en la base de la NSA como agentes del FBI.
- ➢Comandante Scott: máximo responsable de la base de la NSA donde contienen a Vindicare cuando es capturada.
- ➢M2 Bradley: vehículo blindado de combate y transporte de infantería, artillado con un cañón automático M242 Bushmaster de 25mm, entre otras armas secundarias.

Capítulo Diez. La Súper:

- ➢Samuel Cage: Echo Nueve, el Coloso, afroamericano. Proveniente de los SEAL de la marina de Estados Unidos.
- ➢Xiao Li Liu: Echo Ocho, la Sombra, de origen chino. Proveniente de los Ranger del ejército de tierra de Estados Unidos.
- ➢Echo Tres: Fiommetta Rizzo, italiana, la Chispa. Proveniente del Col Moschin (Regimiento de Asalto Paracaidista italiano).
- ➢Echo Seis: Louis Dubois, francés, el Muro. Proveniente del Regimiento de Dragones Paracaidistas de las fuerzas terrestres francesas o RDP.
- ➢Echo Cuatro: Francisco García, español, el Cometa. Proveniente del EZAPAC del ejército del aire español (Escuadrón de Zapadores Paracaidistas).
- ➢Echo Cinco: Edward Rex, británico, el Témpano. Proveniente del famoso SAS británico (Special Air Service).
- ➢Echo Dos: Klaus Müller, alemán, der Geist (la Mente). Proveniente del Kommando Spezialkräfte alemán o KSK.
- ➢Primus: Echo Uno, León Alcaide, padre de Valeria. Proveniente de la BOEL de la Legión española (Bandera de Operaciones Especiales de la Legión).
- ➢Óscar: soldado destinado en la base del SFR que trabajó con Arturo.
- ➢Humvee: vehículo militar ligero de infantería que puede estar o no artillado con ametralladora pesada.

Epílogo. La Heroína:

- ➢Estrella: compañera y amiga de Valeria, también bailarina en el pub Edén.
- ➢Austin: director del banco que le dió las imágenes de las cámaras a Valeria en el caso del secuestrador y actual pareja de Estrella.
- ➢Elisabeth: enfermera que cuidó de Manuel en el hospital cuando estaba en coma y su actual esposa.
- ➢Theo: hijo de Manuel y Elisabeth.

CRONOLOGÍA DEL PRESENTE

(contiene spoilers)

- **2024** - Alba Brown desaparece y Valeria comienza a investigarlo.
  - Austin y Valeria se conocen cuando él le facilita las imágenes de las cámaras del banco.
  - Valeria descubre que Michael Anderson es el Secuestrador y se enfrenta a él, pero no consigue salvar a Alba. Más tarde lo asesina en su celda a petición de los Brown.
  - Valeria investiga el caso del Luchador y la Estranguladora que resultan ser Roger Green y Katie Green.
  - Valeria mata a Roger durante su enfrentamiento y Katie se suicida.
  - Valeria investiga a Anthony Johnson que resulta ser el Traficante.
  - Valeria conoce a Ryan, que en realidad es William.
  - Jonathan y Valeria se conocen, a quien ella acogerá poco después.
  - Claire O'Donell salva a Valeria de la muerte y Valeria se reencuentra con Axel Smith en el hospital, conociendo también a Gina Morritch.
  - Valeria asalta el barco de la Yakuza y se enfrenta a Katsumoto Kai, Lillian y Ryan, liberando a las chicas secuestradas.
  - Manuel y Elisabeth se casan.
  - Valeria investiga el caso del violador del punzón.
  - Valeria le cuenta todo su pasado a Claire y su relación se estrecha enormemente, llegando a ser física.
  - Valeria asesina a Alexander Brooklyn, el Violador del punzón.
  - Axel y Gina preguntan a Robert Rodriguez por la muerte del violador del punzón y él consigue el ADN de Valeria al verle las heridas del punzón en el glúteo.
  - Leonardo Castelli muere de cáncer y se lo deja todo a Valeria.
  - William y Valeria tienen un encuentro *accidentado* y él le ofrece trabajar para la CIA, pero ella lo rechaza.
  - Valeria viaja a Detroit y asesina a Dmitriy Orlov y Kirill Zhukov cuando don Giovanni la pone tras su pista.
  - En Detroit se reencuentra con Manuel y descubre que Elisabeth está embarazada.
  - Cuando regresa a Chicago, Jonathan le presenta a Jayden Todd, Thomas Fuller y Aiko Reed y le hablan del proyecto contra el cáncer de nanotecnología y le enseñan el nanotraje.

- Vindicare se despierta por primera vez como el Demonio Rojo al fusionarse Valeria con los nanorrobots.
- Vindicare siembra el caos en Chicago.
- Axel y Gina intentan detener a Valeria en su piso, pero ella consigue escapar.
- Valeria acaba con Yaroslav Kuznetsov en San Antonio y la mansión de Leonardo es asaltada por el SWAT y Gina cuando ella regresa.
- Gina cae gravemente herida al enfrentarse con Valeria.
- Escondida de la Policía, Valeria planea su golpe final contra Vladislav Solovyev y el Comisario Grayson mientras Gina se recupera y Axel investiga los ataques del Demonio Rojo.
- Valeria se entrega a Axel mientras Gina va con el SWAT hacia su piso franco de la mafia donde ha pasado un tiempo escondida.
- Valeria confiesa todo a Axel y ejecuta su plan para ser llevada a la mansión de Vladislav.
- Los rusos secuestran a Valeria cuando estaba siendo trasladada por los Marshal y la llevan ante Grayson.
- Valeria mata a Vladislav en un duro enfrentamiento pero es brutalmente asesinada por Grayson y entregada al Carnicero para que se deshaga de su cuerpo.
- El cuerpo de Valeria es rescatado por William y Jonathan consigue que reviva gracias al Welixir.
- Vindicare es desatada y acaba con todos los rusos de la mansión y con el Comisario Grayson.

- **2025 -** Valeria acepta trabajar para la CIA y pasa un tiempo en Tokio, infiltrada en la Yakuza.
  - Valeria derrota al Samurai Eterno y es llevada ante Hiroshi, el jefe supremo de la Yakuza.
  - Valeria asesina a Hiroshi y a Katsumoto y huye de la Yakuza.
  - Gracias a Valeria y la ayuda de William, la red de tráfico de chicas de la Yakuza es desmantelada y la CIA se encarga de limpiar todo su historial delictivo, así como evita que siga siendo investigada por la Policía de Chicago.
  - El Banco de la Reserva Federal de Chicago es secuestrado junto con multitud de rehenes y Claire convence a Valeria para que use a Vindicare.
  - Vindicare acaba con todos los secuestradores y la prensa registra el momento de su aparición.
  - Echo Ocho y Nueve alcanzan a Vindicare y la derrotan, apresándola y llevándola a una base de la NSA.
  - William y Jonathan se infiltran como agentes del FBI y liberan a Vindicare.
  - Vindicare derrota a Echo Ocho y Nueve, huyendo de la base de la NSA.

- Durante su encuentro íntimo con William, Valeria descubre la carta de su madre y comienza a investigar sobre su pasado.
- Sus averiguaciones llevan a Valeria a la Sierra de Gredos, en España.
- Tiene un violento reencuentro con León, su padre, y conoce a Arturo Varela, creador del proyecto ECHO.
- Arturo le cuenta todo sobre sus padres a Valeria.
- León, Arturo y Valeria planean la destrucción del proyecto ECHO y de la base del FSR capaz de crearlos.
- León y Valeria se enfrentan a los Echos de la base de la Sierra de Gredos y los derrotan, destruyendo el proyecto.
- León pasa sus últimos días de vida disfrutando de la compañía de su añorada hija, Nora, ahora Valeria.
- Valeria regresa a Chicago y comienza a usar a Vindicare con regularidad, dándose a conocer por todas los medios de comunicación.

- **2026** - Claire tiene una hija a la que llama Nora, en honor a Valeria cuando era niña.
- Don Giovanni visita a Grayson en la cárcel, que resulta que sobrevivió milagrosamente a su encuentro con Vindicare.
- Valeria celebra su 34 cumpleaños rodeada de todos a los que ama.

Nota del autor:

¡Vaya viaje… ¿verdad? Si has llegado hasta aquí, me gusta pensar que Valeria ya forma parte de ti. Que, de algún modo, te ha rozado por dentro. Porque eso es exactamente lo que hizo conmigo mientras la creaba: me acompañó, me rompió y, a su manera, también me sostuvo.

Ella lo es todo en esta historia. Y ahora, de algún modo, también es un poco tuya. Si has sentido algo al recorrer estas páginas, si en algún momento te has quedado sin aliento o has tenido que detenerte… entonces ya hemos conseguido algo juntos. Y quizá, si te nace, puedas ayudar a que su historia siga creciendo, compartiéndola, recomendándola, hablando de ella, dejándola vivir más allá del papel.

Y hablando de viajes, este no ha hecho más que empezar.

Desde que el primer tomo fue lanzado, he tenido la suerte de cruzarme con personas increíbles: lectores apasionados, escritores valientes… gente que ama las historias tanto como yo. Y entre todos ellos, hay alguien que se ha ganado un puesto especial: Estefania Posada Ortiz.

Llegó a este universo de casualidad a través de una historia de Instagram, pero lo atravesó con una intensidad difícil de describir. Fue la primera en sumergirse en los tres tomos con una entrega absoluta, con una pasión que emociona y que recuerda por qué merece la pena escribir. Y como ella, muchas más se van sumando cada día.

Gracias, Estefanía, a todas. De corazón.

Y antes de despedirme… un pequeño secreto: la historia de Valeria no termina aquí. De hecho, ya está latiendo en lo que viene. *Vindicare II* está en marcha. Porque hay historias que no saben detenerse y personajes que no pueden dejar cabos sueltos… Grayson incluido.

Cuídate mucho. Nos vemos entre páginas.

Puedes seguirme en Instagram para vivir la historia más allá de las páginas:

GUILLERMOUGARTE_ESCRITOR

Tu opinión es el motor de mi escritura. Si esta historia logra sacudirte, te invito a compartir tu experiencia dejando una reseña en Amazon. ¡Ayúdame a que la verdad de Valeria llegue a más lectores!

MUCHAS GRACIAS por tu tiempo y confianza.